

John Connolly  
EL FRÍO DE LA MUERTE

*colección andanzas*

SERIE  
DETECTIVE  
**CHARLIE  
PARKER**



TUSQUETS  
EDITORES

# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Primera parte

1

2

3

4

5

Segunda parte

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

Tercera parte

21  
22  
23  
24  
25  
26  
27  
28  
29  
30  
31  
32  
33  
34

Cuarta parte

35  
36  
37  
38  
39  
40  
41  
42  
43  
44  
45  
46  
47  
48  
49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

#### Quinta parte

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

73

74

75

76

77

78

79

80

Sexta parte

81

82

83

84

85

86

87

88

89

90

Séptima parte

91

92

93

94

95

96

97

98

99

100

101

102

103

Agradecimientos

Notas

Créditos

## Sinopsis

El detective privado Jaycob Eklund ha desaparecido, y Charlie Parker recibe el encargo de localizar su paradero. Quien le pide eso a Parker es Edgar Ross, agente especial del FBI, que tiene sus motivos — inconfesados— para encontrar a Eklund. Pero Eklund no es un investigador común y corriente. Está obsesionado con seguir el rastro de desapariciones y homicidios poco comunes. Y ahora Parker, acompañado por los inseparables Louis y Angel, debe internarse en el mundo por el que ha transitado ya Eklund, un lugar regentado por una Madre monstruosa que dirige un vasto imperio criminal al margen de la ley.

Para solucionar este caso, Parker también tendrá que llegar allí donde el frío de la muerte, desde hace más de un siglo, alcanza a los inocentes, sin que éstos nunca lleguen a saber por qué.

# EL FRÍO DE LA MUERTE

John Connolly

Traducción de Vicente Campos

TUSQUETS  
EDITORES

*Para Lucy Hale*



## Primera parte

Ciertamente, tal como están las cosas en la actualidad, la Tierra de los Espíritus es una especie de América... llena de montañas, mares y monstruos.

Joseph Glanvill, *A Blow at Modern Sadducism* (1668)

La nieve caída en la última nevada se había asentado sobre la que ya había caído previamente, como sucede con los recuerdos, con los años.

Según el hombre del tiempo, también acabaría solidificando y añadiendo otra capa de hielo a la que ya cubría la ciudad, y eso retrasaría un día, quizá dos, el lento deshielo que de forma inexorable llegaría. Sin embargo, esa noche de febrero no parecía que el frío fuera a remitir en algún momento. Pero al menos la última nevada, la primera que caía desde hacía más de una semana, había ocultado la suciedad de la nieve acumulada anteriormente, y las calles de Portland se veían limpias e inmaculadas de nuevo, al menos por un tiempo.

Pese a que el aire era gélido, el día no acababa de despejarse. Una leve bruma se cernía sobre las calles creando zonas de penumbra alrededor de las farolas, como halos de santos, y convirtiendo la línea del horizonte en un paisaje onírico. La neblina confería a la ciudad un aire de duplicación, como si sus calles y edificios hubieran sido dispuestos de manera imperfecta sobre una versión anterior de sí misma y ahora esa variante fantasmal asomara y la gente del presente quedara al alcance de la mano del pasado.

Charlie Parker caminaba por Exchange Street, iba con la cabeza gacha para contrarrestar el crudo frío y la oscuridad, y avanzaba con torpeza entre los montones de nieve de las aceras. No le hacía falta ver la cadena NBC para saber que el invierno apretaba. Una antigua encarnación de aquel invierno parecía percibir la cercanía de la primavera, aunque nadie más la notara, y estaba resuelta a aferrarse a su blanco reino tanto tiempo como pudiera. Parker lo sentía en los huesos, y en las heridas. Llevaba la mano izquierda metida en

el bolsillo, hecha un ovillo de dolor, y la piel de las cicatrices que tenía en la espalda le molestaba por lo tensa que estaba. Le dolía la cabeza, y si alguien le hubiera preguntado, podría haber señalado las extrañas marcas que le habían dejado en el pelo, de un canoso plateado, las postas de escopeta al desgarrarle el cuero cabelludo, y también podría haber atribuido a cada una un dolor determinado.

Las heridas más antiguas también le incordiaban. Muchos años atrás se había arrojado a un lago helado en el remoto norte del estado para esquivar los disparos que, de no haberse zambullido, seguramente habrían puesto fin a su vida. Con todo, pese al riesgo que había corrido, había recibido un balazo, pero el dolor del impacto quedó amortiguado por la impresión aún mayor del agua gélida. Debería haber muerto, pero no murió. Más tarde, los especialistas del hospital le dedicarían una retahíla de términos médicos —hipotermia, hipotensión, hipervolemia, elevada viscosidad de la sangre—, ninguno de los cuales suponía una gran ventaja para el cuerpo humano, ni para sus perspectivas de inmortalidad, pero todos, en un momento u otro, se le diagnosticaron.

Aparte de que le dispararan, había infringido prácticamente todas las normas médicas en caso de producirse una inmersión en agua helada, porque había seguido luchando con sus torturadores, y eso fue antes de que alguien intentara dejarle sin dientes a patadas. Uno de los médicos que lo asistía, especialista en medicina marítima, quiso escribir un artículo sobre él, pero Parker había rechazado educadamente la oferta de tratamiento y terapia gratuitos a cambio de su colaboración. Fue una decisión que a veces lamentaba. Con frecuencia pensaba que su cuerpo no se había recuperado del todo del trauma que había sufrido, porque desde entonces notaba el frío del invierno con una intensidad que no recordaba de su juventud ni de sus primeros años de madurez. En ocasiones, incluso en una habitación caliente sufría unos temblores tan violentos que lo dejaban debilitado durante horas. Le

dolían hasta los dientes. Una vez, le castañetearon con tal fuerza que perdió una corona.

Pero, en fin, seguía vivo y de eso se trataba, ¿no? Recordó el viejo tópico de que si dejas los vicios no vivirás más, pero sí tendrás la impresión de que tu vida es más larga. En noches como ésta tenía la impresión de haber vivido siempre con dolor.

Era el primer día de febrero. Parker recordó las conversaciones con su abuelo sobre los meses de invierno, poco después de que el anciano hubiera acogido al pequeño y a su madre, permitiéndoles escapar de Nueva York y de las secuelas de la muerte de su padre. Para Parker, los meses de invierno eran diciembre, enero y febrero, pero su abuelo, cuya memoria hundía sus raíces en otro continente, siempre pensaba en términos del antiguo calendario gaélico, en el que noviembre era el primer mes del invierno y, por tanto, para él febrero señalaba el inicio de la primavera. Ni siquiera las décadas sufriendo los lóbregos inviernos de Maine, y en especial la gélida oscuridad de febrero, le habían hecho cuestionarse su convicción. Con el paso del tiempo, Parker había llegado a sospechar que el anciano tal vez fuera más sensato de lo que su nieto creía. Al asumir febrero como el nacimiento de una nueva estación, en lugar del inicio de la muerte lenta de otra, su abuelo demostraba un grado de agudeza psicológica que le permitía sobrellevar uno de los peores meses del año considerándolo como el heraldo del mejor tiempo por venir.

Parker se detuvo fuera del Crooners & Cocktails. El bar lo había elegido Ross. Parker no sabía muy bien por qué. No es que el agente del FBI estuviera muy al día de los restaurantes de Portland. Aunque, bien pensado, Parker había acabado por aceptar que Edgar Ross estaba más acostumbrado a los ritmos de la vida en lugares desconocidos de lo que parecería aconsejable, incluso para alguien directamente implicado en cuestiones de seguridad nacional.

A decir verdad, a Parker le gustaba el Crooners & Cocktails. Es posible que el nombre fuera un tanto cursi, pero el interior era como volver a otra época, al pasado, y la comida y las bebidas estaban bien. Miró a través de la

cristalera del local, empañada por el calor interior, y le pareció distinguir la figura de Ross al fondo. El agente tenía ante sí un vaso medio lleno y lo que parecía una bandeja de ostras. Parker detestaba las ostras. En cuanto a sus sentimientos hacia Ross, bueno, el jurado seguía deliberando.

Parker se apartó de la cristalera. Oía la música que llegaba hasta la calle desde el Sonny's, y, en la otra acera, distinguió unas figuras que se acomodaban en el bar del Press Hotel, un edificio que había alojado el *Portland Press Herald* hasta que el periódico se reubicó en el One City Center, en 2010. Parker sólo había estado una vez en el hotel, para echar un vistazo y tomar una copa con Angel y Louis. Le pareció que era un establecimiento aceptable en el que alojarse, aunque, como el Crooners & Cocktails, fuera un esmerado ejercicio de nostalgia. No obstante, tal vez la nostalgia era una reacción comprensible frente a un mundo que parecía irse por entero al infierno, al menos mientras todos tuvieran claro que el pasado era un lugar agradable para ir de visita, aunque poco recomendable para volver a establecerse en él.

Uno de los coches aparcados frente al Crooners & Cocktails era un Lexus negro. Había dos hombres sentados delante. Para evitar discusiones, estarían escuchando algo neutral, imaginó Parker: Classic Vinyl o Deep Tracks en la emisora Sirius. Ambos iban armados. Parker les había informado de que venía Ross. Sentían curiosidad al igual que él. Ross raramente se aventuraba tan al norte.

Sonó el móvil de Parker, contestó y Angel le dijo:

—Ha llegado en una limusina, pero sin matrícula oficial. La limusina lo ha dejado ahí delante y se ha ido. Yo me he quedado con Ross y Louis ha seguido al vehículo. Está aparcado en Middle Street. Alquiler privado, pero nada llamativo. El chófer está en el Starbucks, jugando con su móvil.

Parker puso fin a la llamada y se ajustó la aguja de la corbata. Detestaba llevar corbata.

—¿Todavía me oyes? —preguntó.

Desde el asiento del pasajero del coche, Angel levantó un pulgar. Al menos Parker esperaba que fuera el pulgar. Con Angel nunca se sabía.

Y seguidamente, Parker entró en el bar.

Mientras le acompañaban hasta la mesa, se le ocurrió que no sabía prácticamente nada de Ross. ¿Estaba casado? No llevaba anillo, pero Parker conocía a hombres y mujeres que trabajaban en profesiones peligrosas que preferían no hacer públicos sus lazos maritales. Podía estar separado o divorciado. Dado su trabajo, se entendería. ¿Tenía hijos? Parker pensaba que no, pero ya se había equivocado antes a ese respecto. Los hijos ablandaban a algunos hombres, pero para otros solo suponían una responsabilidad más. Había leído una entrevista que le habían hecho a un escritor cuya hija, de la que estaba distanciado, había viajado miles de kilómetros hasta algún lugar de África con la intención de reanudar su relación rota, y se topó con que su padre le cerraba la puerta en las narices. El novelista se justificó argumentando que no le habían enseñado a tratar a «niños problemáticos», pero Parker no conocía a ningún padre que estuviera preparado para tratar con niños, fueran o no problemáticos. Aunque, a decir verdad, eso no era cierto del todo: conocía a un par de psicólogos infantiles, a uno sobre todo, y ambos eran unos padres espantosos.

Ross se levantó para estrechar la mano de Parker. Le había caído salsa Tabasco en la camisa; sólo una gota, como un alfilerazo ensangrentado. Parker no dijo nada, pero a lo largo de la velada los ojos se le iban constantemente hacia ese punto, como si tuviera un sentido profundo que se resistía a desvelarse.

Parker le dio el abrigo a la camarera, pero se dejó la chaqueta puesta.

—He pensado que no te molestaría si pedía unas ostras antes de que llegaras —dijo Ross cuando ambos se sentaron—. Ya sé cuál es tu opinión sobre el marisco.

—Un detalle por tu parte —comentó Parker. Se dio cuenta de que su aversión al marisco y los crustáceos en general se había acentuado hasta

convertirse en una fobia. Se habría sentido tentado de visitar a un terapeuta para comentarle el particular si no hubiera temido lo que esa desconfianza hacia los bivalvos pudiera revelar sobre su personalidad.

—¿Qué bebes? —le preguntó a Ross.

—Un cóctel de Dewar's y *amaretto* Disaronno. Se llama un Padrino.

—Espero que estés siendo irónico.

Parker repasó la carta de cócteles, encontró una copa que no le avergonzaría demasiado pedir —un Periodista: básicamente Bombay Original y vermú— y dejó la carta a un lado. Cuando tuvo el cóctel delante, apenas le dio un sorbo. Seguían sin gustarle los licores fuertes, pero hacía mucho que había aprendido que, en compañía de una persona que bebiera, era conveniente pedir algo parecido, aunque no traspasara sus labios una sola gota del líquido. Café, cerveza, vino, whisky, no importaba: el acto de pedir relajaba al otro, y esa relajación era importante para sonsacarle información. Pero, claro, Ross eso ya lo sabía. Si no lo supiera, no estaría trabajando para el FBI.

Ross y él hablaron durante un rato de trivialidades —política, el tiempo, la salud de Parker— y luego pidieron los platos principales: rape para Ross y bistec para Parker, con copas de Riesling y Malbec, respectivamente, para acompañarlos. La música sonaba de fondo, como un contrapunto al murmullo de la conversación.

—Bien —dijo Parker—, ¿por qué estás aquí?

Estaban rodeados de gente que se lo pasaba bien, resguardados del frío que hacía al otro lado del cristal. Los restaurantes de Portland eran expertos en hacer que sus clientes se sintieran a gusto en invierno. Al fin y al cabo, tenían mucha práctica.

Ross dio un sorbo a su copa.

—¿Alguna vez te has cruzado con un investigador privado que se llama Jaycob Eklund? —preguntó—. Jaycob con i griega.

—¿Por dónde?

—Providence.

—Diría que no. ¿Está especializado en algo?

—Oficialmente, no. Hace un poco de todo para llegar a fin de mes: maridos y esposas descarriados, impagos de fianzas, notificación de órdenes judiciales..., más o menos lo que hacías tú antes de que el Gobierno federal comenzase a contribuir en tus finanzas.

Hacía sólo unos meses que habían empezado a aparecer los anticipos en la cuenta de Parker, pero ya suponían una diferencia para su nivel de vida, y para el tipo de casos que aceptaba. Sin embargo, el papeleo había llevado su tiempo. La abogada de Parker, Aimee Price, se negó a tener nada que ver con el acuerdo, considerándolo una equivocación por parte de Parker, y probablemente también por parte del FBI. Además, Price finalmente se había casado el verano anterior, tras un compromiso tan largo que el anillo, aunque en su día se compró nuevo, a esas alturas casi parecía una pieza de anticuario. Estaba embarazada de gemelos e intentaba reducir su carga de trabajo, o eso decía, pero Parker sabía que sobre todo quería mantenerse alejada del más



tristemente famoso de sus clientes. Como futura madre, no quería poner en riesgo su seguridad o la de su incipiente familia. Parker no la culpaba y había transferido sus asuntos a Moxie Castin, que no tenía esas aprensiones.

Moxie Castin redactó de nuevo el acuerdo de asesoría con el FBI, y lo corrigió tan a fondo que ahora se asemejaba más a una donación caritativa mensual del Gobierno que a un pago por sus servicios, presentes o futuros. Pero las palabras escritas no eran el problema, y su verdadero sentido quedaba oculto bajo la jerga legal. Parker comprendía que estaba atado a Ross, y Ross a él. Cualquier favor que intercambiasen iría siempre etiquetado con su correspondiente precio. Parker tenía la sensación de que en ese instante estaba a punto de empezar a ganarse parte de ese dinero.

—¿Y extraoficialmente?

—Eklund era un receptor esporádico de nuestra..., de *mi* generosidad — dijo Ross.

—¿A cambio de qué?

—De observar. De escuchar. —Ross se acabó el cóctel, se enjuagó la boca con agua y pasó al vino—. ¿Creías que eras el único?

—Haces que me sienta menos especial —dijo Parker.

—Sospecho que eso queda fuera del alcance de mis habilidades.

Parker esbozó una sonrisa.

—Eklund ha desaparecido —prosiguió Ross—. Quiero encontrarlo.

—Tú eres el FBI. Es como si un minero me pidiera que le ayudara a encontrar carbón.

Ross no respondió. Se limitó a dar un sorbo de vino y esperó. Llegó la comida. Tenía buena pinta, pero ninguno de los dos la tocó. Todavía no.

—A no ser que no te convenga que los federales se encarguen —dijo Parker por fin, una vez que había quedado claro que no podrían comer ni avanzar en la conversación hasta que le demostrara a Ross que comprendía la situación—. Tú no estás seguro de qué investigaba Eklund cuando desapareció. Si lo metes en el sistema, y él estaba en tu nómina, te arriesgas a

poner el foco de atracción tanto sobre él como sobre lo que sea que estés cocinando en esa olla que tienes por cerebro.

—Muy bien.

—Es muy triste que no te fíes de tus colegas agentes. Quiero decir, si no podemos fiarnos de aquellos que espían a sus propios conciudadanos para ganarse la vida, ¿de quién vamos a fiarnos?

—De ti —dijo Ross. Cortó un trozo de rape, le añadió con cuidado un poco de *risotto* de langosta y espinacas y con la ayuda del tenedor se lo metió todo en la boca. Asintió para mostrar su aprobación—. Un pescado muy delicado. No sabes lo que te pierdes.

Parker probó el bistec. Estaba perfecto, pero la presencia de Ross en la mesa —es más, en el estado de Maine— le impedía disfrutar de su plato.

—Podrías haberme llamado y encargarme que investigara —dijo Parker—. No tenías por qué venir hasta aquí para hacerlo.

—Te considero una inversión. Quería ver cómo maduraba.

—Y Eklund no es más que un investigador de poca monta que se ha salido de tu radar causándote una leve preocupación.

—Lo has pillado.

Mentiras, todo mentiras. Eklund era importante. Ross no habría ido hasta allí en persona si no lo fuera.

Y sin embargo, bien mirado, todo era un juego. Parker tenía en su poder una lista de nombres que había recuperado de un avión en los Grandes Bosques del Norte. La lista contenía información detallada de hombres y mujeres que habían estado comprometidos en mayor o menor medida —individuos que habían hecho un pacto, a sabiendas o no— con los servidores de un antiguo diablo. Parker le daba con cuentagotas algunos de esos nombres a Ross, y Ross se quejaba de vez en cuando del ritmo con el que compartía la información, pero Parker estaba convencido de que Ross se limitaba a memorizar esas identidades, y tal vez a actuar discretamente contra ellos cuando se le presentaba la oportunidad.

Básicamente, Ross esperaba.

En teoría, Parker podría haberle entregado la lista completa, permitiendo que Ross la introdujera en un ordenador gigante del sótano del FBI, que la procesaría y al final escupiría un nombre, porque ambos estaban convencidos de que, oculto en ese directorio de fracasos humanos, había claves de la identidad de un único individuo. Esa persona, varón o mujer, encabezaba una búsqueda del Dios Enterrado, el Dios de las Avispas, Aquel Que Espera Detrás del Espejo. Si Dios existía, entonces éste era el No-Dios, pero los nombres que se le atribuyeran eran irrelevantes. Incluso el que una entidad así existiera, en realidad sólo tenía una importancia relativa. Lo que importaba era que aquellos que creían en ella, o al menos eso decían, utilizaban esa creencia para justificar unos actos de una depravación inmensa. Aun así, si la persona que los manipulaba a todos fuera neutralizada, esa búsqueda se postergaría durante generaciones, tal vez para siempre.

Pero Ross era incapaz de llevar a cabo una operación como ésa solo, por más sigilosamente que actuara, porque no podía estar seguro de que su búsqueda permaneciera en secreto. Algunos de los perseguidos ocupaban cargos de poder. Eran gente cautelosa y vigilante. Siempre atenta, a la escucha. Por ahora, esa gente creía que la lista se había perdido. Si supieran que se había recuperado, actuarían para apoderarse de ella.

De manera que, pese a todas las dudas que albergaba sobre Parker, el agente Ross admitía que el hecho de que éste continuara en posesión de la lista, y prosiguiera su propia investigación de aquellos que aparecían en ella, quizás era lo más aconsejable. Por eso el anticipo de Parker era tan generoso. Con él, Ross financiaba una búsqueda para la que no podía confiar ni en su propia agencia.

Y ahí estaba ahora, asaeteando un pescado con el tenedor y hablando de un investigador desaparecido, mientras sonaba de fondo Tony Bennett.

—¿Cuánto tiempo hace que no sabes nada de Eklund? —preguntó Parker.

—Estaba previsto que se pusiera en contacto hace cuatro días. He esperado

al quinto para llamarte.

—¿No te suena lo de la importancia de las primeras cuarenta y ocho horas en cualquier investigación?

—Procuro evitar el alarmismo. —Hizo un gesto hacia el plato de Parker—. Apenas has tocado el bistec.

—Creo que pediré que me lo pongan en una bolsa para llevármelo. Quizá mañana me lo tome con unos huevos para desayunar.

En el plato de Ross ya sólo quedaban algunos guisantes mezclados con restos sueltos de pescado. Se dio unos toquecitos en la boca con la servilleta, se acabó el vino y pidió la cuenta. Ni siquiera sugirió que tomaran postre o café. El trabajo que le había traído a Portland casi estaba concluido.

—¿Qué te hace pensar que Eklund no se haya tomado un tiempo libre? —preguntó Parker.

—Porque no es ése el acuerdo que tengo con él. Las condiciones de nuestro pacto están muy claras.

—Ojalá yo pudiera decir lo mismo.

—No creo que a ti te interese mucho el tipo de trabajos que le encargo a Eklund.

Otra mentira. Ross se había esforzado más de lo necesario en mostrarse despectivo.

—He colocado toda la información relevante sobre Eklund en una carpeta de almacenamiento de la nube —le dijo a Parker—. Encontrarás una serie de enlaces en correos electrónicos cuando mires tu bandeja de entrada.

Llegó la cuenta. Ross pagó en efectivo. Cuando acabó de contar los billetes, escribió un número de móvil en un trozo de papel en blanco que se sacó de la cartera.

—Si necesitas ponerte en contacto conmigo, utiliza este número —dijo—. Se te reintegrarán los gastos. No me hacen falta facturas, sólo una cifra aproximada. También haré un ingreso *ex gratia* a tu cuenta para cubrir

cualquier contingencia. Si pudieras evitar llamar demasiado la atención, te lo agradecería.

Se levantó, pero Parker permaneció sentado.

—Quédate, acábate el vino —dijo Ross apoyando con incomodidad la mano izquierda en el hombro izquierdo de Parker mientras se inclinaba y pronunciaba las siguientes palabras en voz muy baja—: Y si vuelves a intentar grabar una de nuestras conversaciones, te echaré a los perros y les dejaré que os hagan pedazos a ti y a tus amigos psicópatas.

Le dio una palmada en el hombro y se fue.

Al cabo de unos minutos, Angel y Louis estaban junto a Parker.

—¿Adónde ha ido?

—El coche le esperaba fuera —dijo Louis—. Obviamente, había cronometrado el placer de tu compañía al minuto. No nos ha parecido que mereciera la pena seguirle. Si quieres hablar con él, siempre puedes llamar a la puerta del Federal Plaza y preguntar si puede salir a jugar un rato.

—Y no hemos oído ni una palabra de las que habéis dicho ninguno de los dos después de comentar algo sobre las ostras —añadió Angel—. Hemos perdido la señal.

Parker se echó la mano a la corbata y se quitó el micrófono con forma de cabeza de alfiler antes de deshacerse también de la corbata. Grabar las conversaciones de Parker con Ross había sido idea de Moxie Castin. Incluso en la versión corregida por él mismo, Moxie consideraba el acuerdo de Parker con Ross lo más tóxico que podía ser un documento antes de que requiriese la adición del símbolo de peligro biológico. La legislación federal permitía la grabación de conversaciones, en persona o por teléfono, siempre que una de las partes consintiera, lo cual era el caso de Parker, en cuanto parte implicada, aunque obviamente Ross no era de la misma opinión.

—Pues lo sabía, o lo sospechaba —dijo Parker—. Ha debido de activar interferencias al poco de llegar.

—Creo que tiene un problema con la confianza —dijo Angel—. Y encanto,

aunque lo del encanto siempre hayamos tenido que imaginarlo.

—A propósito, a Louis y a ti os ha llamado psicópatas.

Louis frunció el ceño, o al menos sus arrugas habituales se marcaron más si cabe.

—Eso me duele —dijo—. No soy un psicópata, sino un sociópata.

Angel, al que no parecía molestarle ser ni lo uno ni lo otro, señaló el bistec.

—¿Vas a comerte eso?

—Yo...

Antes de que Parker pudiera contestar, Angel se sentó en la silla de Ross, atrajo el plato hacia sí y empezó a comer. Louis tomó prestada una silla de la mesa más cercana y se puso a revisar la carta de vinos, «ya que estamos aquí». Un par de clientes los miraron un tanto alarmados. Angel en particular parecía un fontanero al que hubieran llamado para arreglar la caldera y que se había distraído con las comidas que no se habían acabado los clientes. Una mujer que estaba sentada cerca se cernió con gesto protector sobre su langosta Thermidor.

Louis pidió una copa de Malbec y algo del bar para picar: *bruschetta* y albóndigas.

—Bueno —dijo cuando acabó—, ¿qué quería Ross de ti?

—Que encuentre a un investigador privado llamado Eklund que se ha escapado de la reserva india.

—¿Vas a encargarte de ello? —preguntó Angel con la boca llena de bistec.

—Para serte sincero —dijo Parker—, no creo que me haya dado la opción de escoger.

Como le había prometido Ross, los enlaces al archivo de Eklund aguardaban a Parker en la bandeja de entrada del correo electrónico cuando volvió a casa aquella noche. Le resultó bastante engorroso descargarse el material, pero finalmente lo reunió todo. No era demasiado largo. Eklund tenía cincuenta y dos años, llevaba cinco divorciado, sin hijos. Poseía licencia de investigador privado desde hacía casi una década, tras haber sido miembro de la policía en New Hampshire y Rhode Island sin llegar a ascender ni, por lo que se veía, haber servido con un lucimiento especial. Parker no encontró historias de robos a bancos frustrados, tampoco de tiroteos con curtidos pistoleros, ni de asesinos detenidos en el curso de controles de tráfico rutinarios. La suya era una trayectoria normal y corriente en las fuerzas del orden. Eklund simplemente había cumplido sus veinte años de servicio, se había retirado y se había establecido por su cuenta. Qué era lo que lo había situado en la órbita de Ross, Parker lo ignoraba. Eklund parecía una persona bastante anodina, pero puede que se tratara precisamente de eso. No llamaba la atención, y Parker sólo tenía que mirarse al espejo para imaginar por qué esa cualidad habría seducido a Ross.

No obstante, se preguntaba si Eklund habría lamentado alguna vez haber firmado el acuerdo al que había llegado con el agente del FBI. Parker sabía en qué se había metido, o al menos eso esperaba. Manipulaba a Ross, pero a la vez se sabía manipulado. Parker era el cebo en el anzuelo, la cabra atada a un árbol del bosque, mientras Ross aguardaba a ver qué se acercaba a hincarle el diente. Pero ¿cuál era la función de Eklund? Observaba, escuchaba, eso había dicho Ross. Pero ¿a quién observaba, a quién escuchaba?

Si Ross lo sabía —y tenía que saberlo—, no se lo había dicho, y los detalles básicos de la vida de Eklund que contenía el archivo almacenado en la nube no daban pistas. Ross se había limitado a proporcionarle la dirección personal y la del despacho; el número de matrícula de su coche; el nombre y la dirección de Milena Budny, la ex esposa de Eklund; las asociaciones profesionales de las que era miembro, y detalles de las cuentas corrientes — todo lo cual, en cualquier caso, le sería de utilidad—, además del código de acceso al teléfono móvil de Eklund. Parker no iba a preguntar cómo había conseguido Ross esta última información. Lo de las cuentas bancarias lo entendía, sobre todo si Ross le pagaba a Eklund por sus servicios, pero el código era otra cuestión. O bien Ross no se fiaba del todo de Eklund, o simplemente era una forma de proceder habitual siempre que Ross trataba con gente de fuera del FBI, e incluso de dentro. En cualquier caso, Parker se alegró del esfuerzo que había dedicado a proteger su propio ordenador, y del cuidado que tenía cuando usaba el teléfono fijo o el móvil. Además, hacía que revisaran periódicamente tanto su ordenador de casa como su portátil en busca de virus o troyanos, cambiaba sus contraseñas semanalmente, y, por si acaso, anotaba poca información que fuera importante o esencial en la pantalla; prefería escribirla en cuadernos, con su propio sistema de taquigrafía, o guardarla en su propia memoria, que, de momento, no daba signos de deterioro más allá de una incapacidad esporádica para recordar los nombres de actrices de las películas antiguas.

Sin nada más que hacer por el momento, Parker llamó al móvil de Eklund. La llamada saltó directamente al buzón de voz, pero utilizó el código que le permitía acceder a los mensajes. Escuchó dieciocho, entre ellos uno de la ex mujer del investigador, que le manifestaba su preocupación por no saber de él desde hacía tiempo; dos mensajes de viejos colegas de la policía que querían quedar para tomar algo, y el resto de clientes, o posibles clientes. La mayoría dejaban un número de teléfono, que Parker anotó, pero ninguno de los mensajes le pareció significativo. Tampoco se hacía ilusiones de que Ross no



los hubiera escuchado ya, seguramente accediendo a ellos sin borrarlos, y hubiera llegado a la misma conclusión que Parker: si había algo de utilidad en los mensajes, estaba bien oculto.

Parker repasó de nuevo los mensajes de teléfono. Podrían parecer anodinos, pero eso no significaba que no contuvieran información interesante, sino simplemente que Ross —o alguien en su nombre— no había sido capaz de verla. Lo mismo podría decirse del ordenador de Eklund, una vez que lo encontrara. Las notas de Ross indicaban que tanto el ordenador portátil como el móvil habían desaparecido, y no hacía falta ser un investigador bien instruido para suponer que ambos se hallaban allá dondequiera que Eklund estuviera en esos momentos. Parker sabía que tenía que ir a la oficina y a la casa de Eklund y realizar un registro completo de todo el material que encontrara en ellas, así como localizar a cuantos habían llamado dejando mensajes para comprobar si Eklund se había puesto en contacto con ellos desde que intentaron hablar con él. Los mensajes abarcaban un periodo de cinco días, como Ross le había dicho. Dieciocho mensajes en cinco días, casi una cuarta parte de ellos personales. No eran demasiados para un investigador privado en activo.

Parker apartó la poca información que había conseguido, apagó la luz del despacho y se acostó. Era tarde, y no podía hacer gran cosa por Eklund a esas horas. Ni siquiera estaba seguro de que pudiera ponerse a trabajar a fondo hasta pasados un par de días, como mínimo. Le había prometido a Rachel, su antigua pareja y madre de su hija, Sam, que iría a Burlington para reunirse con Emily Ferguson, la psicóloga infantil que había estado tratando a Sam tras su reciente secuestro.

Parker había visto dos veces a Ferguson: una al principio de las sesiones de Sam, y otra aproximadamente una semana más tarde, cuando se había encontrado por casualidad a Ferguson y sus hijos en el centro comercial de Maine. Según parecía, la madre de la psicóloga vivía en Falmouth, y Ferguson había aprovechado la ocasión para combinar la visita con unas compras. Por

lo que Parker pudo ver, Emily Ferguson había engendrado a tres monstruos; o eso, o había cogido a tres criaturas y las había convertido en monstruos. En cualquier caso, de lo que no había duda era de que se trataba de auténticas bestias. Si los hubieran dejado a su aire el tiempo suficiente, probablemente habrían reducido el centro comercial a un montón de escombros y metales retorcidos. Rachel tenía en gran consideración a Ferguson, y Parker se plegaba al conocimiento profesional de Rachel, pero dudaba que ella hubiera conocido a la tribu de los Ferguson cuando se dedicaban a saquear. Si los hubiera visto, tal vez habría cambiado de opinión.

Sam: el problema de su hija, al menos por lo que a su madre y a Ferguson concernía, no era que estuviera traumatizada por su secuestro, sino que el incidente casi parecía no haberle afectado en absoluto. Un hombre se la había llevado de casa, la había metido en el maletero de su coche y la había llevado a un motel bien lejos, pero entonces el hombre había padecido una especie de hemorragia interna masiva antes de poder causarle algún daño. Sam había tenido mucha suerte, aunque habría cabido esperar que mostrara algún signo de estrés postraumático. Por el contrario, se comportaba como si no hubiera sucedido nada. Tanto Rachel como la psicóloga estaban convencidas de que Sam estaba enterrando sus verdaderos sentimientos. Parker no lo tenía tan claro, pero no lo decía. Sólo sabía que su hija era más fuerte, y mucho más excepcional, de lo que incluso su madre podría haber sospechado.

Yacía a oscuras. No se había tomado la molestia de correr las cortinas y, a través de la ventana, las marismas cubiertas de nieve de Scarborough resplandecían a la luz de la luna, negro sobre blanco, como el negativo de la imagen de un paisaje. Parker abría y cerraba la mano izquierda, estirando los dedos, como llevaba haciendo ya toda la noche. El gesto le provocaba dolor, pero haría que por la mañana la mano le doliera menos, o eso esperaba. A veces su vida entera parecía reducirse a esa serie de compensaciones: un poco de sufrimiento ahora a cambio de la posibilidad de un alivio del sufrimiento

más adelante. Tal vez era un vestigio de su catolicismo. En una vida anterior, podría haber sido un asceta o un penitente que mortificaba su propia carne.

Se quedó dormido con el sonido de las olas lamiendo la orilla, en este mundo y en otro.

En una casa, muy al oeste, una conversación tenía lugar mientras la sangre que se lavaban de las manos teñía el fregadero y desaparecía por el desagüe formando un remolino rosáceo.

—Puede que vengan otros —dijo un hombre.

—Pues que vengan —fue la respuesta. Una voz femenina, pero más fría—. Todos conseguirán lo mismo.

La mujer miró por la ventana. La nieve se arremolinaba a medida que la tormenta se desplazaba hacia el este. Se alegraba de que su hermano no pudiera verle la cara. No quería preocuparle más. A él no le gustaba esta parte de sus vidas. A ella tampoco, pero, al contrario que su hermano, era capaz de hacer lo que fuera necesario, por desagradable que resultara.

—¿De quién es el trabajo que hacemos? —preguntó ella, recurriendo a la pregunta que habían compartido cuando eran niños.

La respuesta fue automática, aunque no la había utilizado desde hacía años.

—Es el trabajo de nuestro padre.

Su hermana se acercó y le besó suavemente en los labios. Él abrió la boca y la lengua de la mujer fue al encuentro de la suya.

Desde las sombras, los Hermanos observaban y sonrieron mostrando su aprobación.

Parker se levantó temprano para emprender el viaje en coche a Burlington. Sabiendo que iba a pasarse bastantes horas al volante, llenó de café un pequeño termo y dio un paseo por las lindes de las marismas, entre pinos broncos y arces rojos, dedaleras y alisos negros, ensimismado en sus pensamientos.

Le asaltó una fugaz sensación de melancolía. No quería viajar al oeste, pero no habría sabido decir por qué. Volvió a casa y pensó en lo mucho que echaba en falta un perro. Los perros tendían a ser incompatibles con la melancolía.

Antes de salir, hizo una serie de llamadas a los que habían dejado mensajes para Jaycob Eklund, y confirmó que no les había devuelto las llamadas. Por último, se puso en contacto con Milena Budny, la ex esposa de Eklund, que ahora vivía en Florida con su segundo marido. Tras identificarse, le informó de que actuaba en nombre de un cliente que estaba preocupado por su ex desde que éste no se había puesto en contacto con él a la hora y el día que previamente habían acordado.

—¿Le ha pasado algo a Jaycob?

La preocupación en su voz sonó sincera. Parker no mencionó que ya había escuchado el mensaje que ella había dejado en el móvil de Eklund.

—No lo sé —dijo Parker—. Hace muy poco que me han contratado para buscarlo.

—No he hablado con él desde hace más de un mes.

—¿Es normal?

—Sí y no. Procuramos hablar cada dos semanas, pero si pasa un mes sin

que nos hayamos llamado tampoco es muy raro.

No muchas parejas divorciadas mantenían el contacto de ese modo, al menos por lo que Parker había visto, y se lo comentó a Budny.

—Nuestro divorcio fue bastante amistoso —dijo ella.

Parker captó algo en el tono de su voz. «Bastante» amistoso no era lo mismo que «amistoso», ni de lejos.

—¿Puedo preguntarle por qué se separaron?

—Hacía tiempo que estábamos distanciados.

—Ah.

—Y yo conocí a otra persona, alguien con quien me apetecía estar más que con Jaycob.

—Así que fue usted la que inició los trámites de divorcio.

—Sí.

—Soy reacio a fisgonear, señora Budny, y cualquier cosa que me diga será confidencial, pero...

—Puede preguntarme lo que quiera. Si me parece que algo es demasiado personal, se lo diré.

—Bueno, la amistad tiene sus grados. Me preguntaba, supongo, si su marido se enfadó, o se alteró, cuando usted le informó de que quería poner fin a su matrimonio.

—De todo eso hace mucho tiempo.

—Cinco años, no tanto.

—Parece saber muchas cosas sobre nosotros.

—Me han encargado que busque a su marido. Digamos que forma parte de mi trabajo averiguar todo lo que pueda.

—Claro, lo comprendo. A Jaycob le entristeció el fin de nuestro matrimonio. No se enfadó, se entristeció.

—¿Intentó que cambiara de opinión?

Una pausa.

—Sí.

—Pero usted no estaba por la labor.

Casi la veía sonreír.

—No.

—¿Jaycob sigue triste?

—Sí, creo que sí. Ojalá hubiera encontrado a alguien, pero no ha sido así.

—Dadas las circunstancias, algunas mujeres simplemente habrían cortado todo contacto con él.

—Dejé de amar a Jaycob, pero nunca dejó de caerme bien. Hablar con él de vez en cuando, comprobar que está bien, me hace sentir mejor.

—Menos culpable.

—Sí.

Parker no insinuó que esa situación podría contribuir a la incapacidad de Eklund de salir adelante tras el divorcio. No quería predisponer a Budny en contra.

—¿Le habla Jaycob alguna vez de su trabajo?

—No. Pero la verdad es que nunca lo ha hecho. Tal vez ése fuera uno de nuestros problemas.

—¿Tenía algún amigo especialmente cercano?

—No. Jaycob fue siempre bastante solitario. Se mantenía en contacto con algunos de sus antiguos colegas de la policía, pero sólo para tomar unas copas un par de veces al año. Jaycob no tiene ningún amigo de verdad.

—¿Y qué puede decirme de sus aficiones o pasatiempos?

—Los fantasmas.

—¿Cómo ha dicho?

—Jaycob está fascinado por lo paranormal. Lee libros sobre el tema, asiste a conferencias.

—¿Y ese interés viene de lejos?

—Me parece que se ha acentuado desde el divorcio, pero siempre lo tuvo.

—¿En general o centrado en algo específico?

—No sabría decirle. Sólo sé que invierte mucho tiempo y dinero yendo por

ahí, hablando con gente. No me cuenta los detalles. Y yo tampoco es que le pregunte mucho al respecto.

—¿Por qué no?

—Me pone la carne de gallina, y a él no parecía hacerle gracia mi interés.

—¿Y le explicó Jaycob por qué prefería no contarle más cosas sobre lo que hacía?

Esta vez, ella tardó un poco más en contestar.

—Sólo hará unos dos meses.

—¿Y qué razón le dio?

—Dijo que por mi seguridad sería mejor que yo no supiera nada.

—¿Ésas fueron sus palabras exactas?

—Sí.

Parker pensó que eso podría haber explicado la angustia que reflejaba su voz en el mensaje que había dejado, pero tenía que asegurarse.

—Señora Budny, ¿está usted preocupada por su ex marido?

—Señor Parker, siempre he estado preocupada por él.

Antes de poner fin a la llamada, le aseguró a la mujer que la avisaría si descubría algo útil, y ella, a su vez, convino en llamarle si Eklund se ponía en contacto con ella.

Seguidamente llamó al número que le había dado Ross y aclaró con el agente un par de detalles de la información en el archivo de Eklund. Esa llamada duró menos de un minuto.

Su última llamada, pensó, tendría que haberla hecho antes de hablar con Milena Budny, pero no creía que el receptor de ésta hubiera agradecido que le despertaran temprano. Se llamaba Art Currier y vivía junto al lago Seboomook, en las lindes de los Grandes Bosques del Norte del estado. Currier estaba jubilado, le gustaba tomarse una copa y dormir hasta tarde. También era una fuente de información muy útil sobre la zona para hombres como Parker, y estaba dispuesto a hacer trabajo de campo por veinte dólares la hora, siempre que no interfiriera con sus horas de sueño.



Currier contestó al quinto timbrazo, si un bostezo puede considerarse una contestación.

—Soy Charlie Parker.

—Pues vaya.

—Podrías sonar más alegre.

—Soy así cuando estoy alegre.

—No me extraña que vivas solo. Tengo trabajo para ti.

—En ese caso, habla.

Según los datos del archivo que le había mandado Ross, Eklund poseía una cabaña cerca del lago Baker, a poco más de quince kilómetros de Seboomook. Ross no había ido a inspeccionarla porque se hallaba en un lugar remoto y no tenía línea telefónica, pero obviamente daba por supuesto que Parker sí lo haría. Era un trayecto en coche muy pesado para emprender en invierno, y dado el tiempo que hacía era poco probable que Eklund estuviera allí, pero Art Currier tenía una motonieve y se conocía toda la zona mejor que Parker. Currier aceptó echar un vistazo al «campamento» de Eklund, que era como se le llamaba a aquello en Maine, e informar a Parker más tarde, ese mismo día.

Una vez realizadas las llamadas, Parker se dirigió a Vermont. Hacía mal tiempo, aunque la tormenta amainaba a medida que se acercaba a la costa. Durante el trayecto escuchó música, dejando que cada álbum sonara hasta el final, resistiéndose a la tentación de ir cambiando de melodía en el iPod. Pensó que en eso radicaba una de las razones de la vuelta del vinilo: dado que sólo se alargaba veinte minutos por cara, no merecía la pena salir de la habitación para hacer otra cosa. Era mejor sentarse y escuchar y, ya puestos, cuando se había acabado la primera cara, ¿qué sentido tenía no escuchar la cara b?

Se dejó llevar por la música y pensó en Sam. No había visto a su hija desde hacía dos semanas, aunque había hablado con ella por teléfono y vía Skype, que era el medio por el que se comunicaban cada vez con más frecuencia. Cuando Rachel se fue, llevándose a Sam, Parker y ella había llegado a un

acuerdo informal sobre el contacto y las visitas a la niña, y el acuerdo había funcionado razonablemente. Pero, a lo largo del año anterior, Sam se había visto inmersa en situaciones muy peligrosas a causa de su padre en dos ocasiones. No había sido intención de Parker que corriera el menor riesgo, y en ninguno de los dos casos podría haber anticipado o evitado lo que ocurrió, pero era él quien tenía que cargar con la culpa. Esos dos sucesos habían alterado el equilibrio de su relación con Rachel. Sabía que ella todavía se preocupaba por él, y que comprendía la profundidad de sus sentimientos hacia Sam, pero ya no estaba tan dispuesta como antes a confiarle el cuidado de su hija. Las negociaciones estaban en marcha, y él hacía todo lo posible para que no se enfrentaran con acritud, una postura que pareció sorprender a Rachel, como si hubiera esperado por alguna razón que él presentara más batalla.

Pero no se trataba de ninguna batalla. Sam era especial. Tenía que estar protegida.

Y lo estaba, aunque la naturaleza precisa de esa protección todavía no estaba muy clara para nadie.

Eran casi las tres y media cuando Parker llegó por fin a la consulta de Emily Ferguson en Spear Street, en una casa a medio camino entre la Universidad de Vermont y el contiguo Burlington Country Club. Sam ya había entrado en el despacho de Ferguson para su sesión. Rachel estaba sentada fuera, en la sala de espera, hojeando el último ejemplar de *Vanity Fair*. Le saludó con un beso superficial en la mejilla y se sentaron el uno delante del otro, con la mesa entre ambos, sólo por si alguno necesitaba cogerla y utilizarla como escudo.

—Siento llegar tarde —dijo.

—No te preocupes. El tiempo es espantoso, y Emily dijo que, en cualquier caso, prefería hablar con nosotros después de la sesión.

—¿Cómo está?

—Todavía bien.

—Lo has dicho casi decepcionada.

—No empieces.

—Lo siento. —Y era verdad, Parker lo sentía.

Ella jugueteó con el cordón de la capucha de su jersey de la Universidad de Vermont.

—No es normal —dijo, y no era la primera vez.

—Supongo que no.

Soltó el cordón.

—Me han ofrecido un contrato en la universidad —dijo ella.

—Eso está muy bien.

—Tres años, con la opción más que probable de una renovación si todo va bien. Estaré vinculada al Falls Laboratory como parte de un subprograma de ciencias de la bioconducta.

—¿Pareceré muy tonto si confieso que no sé qué significa «bioconducta»?

—Es el estudio de la interacción del comportamiento y los procesos biológicos. Ésa es la explicación sencilla.

—Gracias por no complicarlo demasiado.

—Me especializaré en los sistemas neuronales que subyacen al miedo. — En ese momento lo miró directamente—. Supongo que he tenido tanta relación con el miedo que debería intentar comprenderlo mejor.

—Y cobrando por ello.

Ella le concedió una sonrisa.

—Sigues siendo el mismo gilipollas de siempre.

—Lo sé.

La sonrisa se desvaneció.

—Mi padre es de la opinión de que deberíamos pasar por el juzgado — dijo—. Piensa que tenemos que formalizar nuestros acuerdos, por el bien de Sam.

—Tu padre quiere que me caiga por el borde del fin del mundo y desaparezca.

Rachel no se esforzó en negarlo. La relación de Parker con su padre se

había deteriorado demasiado para intentarlo siquiera.

—Se preocupa mucho por Sam. Lo que sucedió con el secuestro..., bueno, casi se desmorona. Casi nos desmoronamos todos.

—No hace falta que me lleves a ningún tribunal.

—¿No?

—Dime qué es lo que os va mejor a Sam y a ti, y estaré de acuerdo. Si Sam no se lo toma bien, hablaré con ella. Lo comprenderá.

—¿Por qué lo haces?

—¿Por qué hago qué?

—Ser tan razonable; no, ser..., Dios, no sé cómo decirlo, ser tan *neutral* sobre esto.

Ya estábamos otra vez. En ocasiones, Parker pensaba que ella hubiera preferido que él gritara y se enfureciera o intentara defender sus derechos. Si lo hacía, seguramente las cosas le resultarían más fáciles a ella. Habría demostrado que su padre tenía razón, y al poco todos se verían empantanados entre abogados.

—Porque deseo que ella esté a salvo tanto como tú. Porque la quiero.

No hubo tiempo para más discusiones. La puerta que quedaba a la derecha de Parker se abrió y apareció Sam. Ferguson salió detrás de ella. Era una mujer con curvas, rechoncha, que a Parker le recordaba una figura compuesta por una selección de frutas blandas. Aparte de su aparente incapacidad para criar niños que no supusieran una amenaza para la estabilidad de las naciones, a él le parecía una mujer condescendiente y extrañamente inflexible pese a su carnalidad. «Engreída» era la palabra que más le venía a la cabeza cuando pensaba en ella, aunque procuraba hacerlo lo menos posible. Y procuraba ocultarle todo aquello a Sam; no quería predisponer a su hija contra la mujer que, fueran cuales fuesen sus defectos, intentaba ayudarla.

Sam le dio un abrazo cuando él se levantaba de la silla y él le revolvió el pelo mientras la abrazaba a su vez.

—¿Cómo estás, Osa? —le preguntó él.

—Bien, Oso —respondió ella.

Últimamente los osos se habían convertido en un tema recurrente con ella. Parker no sabía por qué.

—Siéntate un momento, Sam, no tardaremos mucho —dijo Ferguson.

Sam se sentó en la silla que acababa de dejar su padre y sacó un libro de su bolsa. Estaba leyendo las historias de la *Enciclopedia Brown*, y sólo le faltaban dos o tres para acabar. Cada vez que iban juntos en coche y alguien les cortaba el paso o conducía como un idiota, ella le mandaba a su padre: «A por él, tócale el claxon». No importaba que fuera hombre o mujer. «A por él, tócale el claxon» era su reacción estándar, imitando al joven detective de los cuentos.

Ferguson saludó a Parker y los invitó, a Rachel y a él, a que la acompañaran a la sala de consulta. Parker ya había estado ahí cuando Sam empezó sus sesiones. El espacio era luminoso y alegre, con estanterías pintadas en las que se intercalaban volúmenes clínicos y libros infantiles. Los cuadros de la pared eran en su mayoría paisajes, junto con algunas ilustraciones originales de obras de ficción juveniles, aunque nada amenazante o potencialmente perturbador.

Al principio, la charla con Ferguson se desarrolló en gran medida como Parker había previsto. Sam, para gran consternación de dos tercios de las personas que había en la sala, seguía sin mostrar signos de trauma por los sucesos que rodearon su secuestro. Afirmaba que no se acordaba con claridad de lo sucedido, aparte de que se la habían llevado y la habían encerrado en la habitación de un motel. Antes de que pudiera hacerle ningún daño, su captor había empezado a sangrar por múltiples puntos, y Sam aprovechó esa oportunidad para escapar y buscar ayuda. Eso era prácticamente lo mismo que le había contado a la policía y, más tarde, al propio Parker. Cuando él intentó presionarla, tanto por Skype como personalmente —aunque sólo en ausencia de Rachel—, Sam respondió a sus preguntas con un único gesto: se ponía un dedo delante de los labios, para que guardara silencio. Parker sabía lo que

significaba. Recordaba las palabras que ella le había susurrado cuando se dio cuenta por primera vez de que su hija era diferente.

«Ellos siempre están escuchando. Tenemos que andarnos con cuidado, papá, porque ellos escucharán. Nos oirán y vendrán...»

Ferguson le hablaba a él, pero Parker estaba tan absorto en sus propios pensamientos que había perdido el hilo.

—Lo siento —la interrumpió—, ¿qué decía?

Rachel le lanzó una mirada de irritación apenas disimulada. Ferguson, por su parte, estaba siendo más condescendiente de lo habitual, como si Parker fuera un alumno torpe al que había que guiar paso a paso hacia una mayor comprensión de las cosas.

—Comentaba que tengo la seria sospecha de que Sam está preocupada por usted.

—¿De verdad? Procuro no hablar de mi trabajo con ella.

—Tal vez ella se da cuenta de más cosas de las que usted cree.

«Si tú supieras», pensó.

Su cara debió de delatar algo de lo que pensaba, porque la plácida expresión de Ferguson vaciló por primera vez desde que había empezado la conversación, revelando fugazmente una vertiente más interesante de su personalidad; o eso, o simplemente se estaba preguntando cómo podía ser tan bobo ese hombre que, pese a todo, era capaz de andar en línea recta sin ayuda.

—Vio morir a un hombre delante de usted —prosiguió Ferguson—. Un hombre que estaba a punto de matarle.

—Lo entiendo. —Parker decidió enseñarle un breve destello de sus dientes—. Por mi parte, no fue deliberado.

—Dios... —dijo Rachel.

—No estoy segura de que comprenda la gravedad de la situación en lo que respecta a su hija —dijo Ferguson.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó Parker—, ¿que deje de verla? Tal como están las cosas, ya la veo muy poco.

—Yo... —empezó a decir Ferguson, pero entonces Parker la interrumpió.

—Podría buscarme otra profesión, supongo. No descarto la de psicólogo infantil, aunque mi propensión natural es intentar resolver problemas, no crearlos donde no los hay.

Entonces fue Ferguson la que le enseñó los dientes. «Bien», pensó Parker. Por primera vez estaba mostrándose deliberadamente brusco, incluso irritante, en sus respuestas, pero estaba harto de aquello. Ya se sentía bastante culpable sin que Ferguson se lo hiciera sentir más. Conocía a su hija mejor que cualquiera de ellas y, aun así, ni siquiera él la conocía de verdad.

—No creo que esa actitud nos sea de mucha ayuda —dijo Ferguson.

Parker se obligó a tranquilizarse. A través de la ventana que había detrás de Ferguson, vio que la brisa arrastraba ráfagas de nieve desde la rama pelada de un árbol. Un petirrojo se posó entre los copos, con las plumas erizadas. La mayoría de esos pájaros se dirigían al sur para pasar el invierno, pero algunos siempre se quedaban. Ése era un adulto maduro. Tenía que ser un afortunado o estar muy curtido, porque los petirrojos eran presa de las ardillas, las serpientes, los gatos, los cuervos, las cornejas y de casi todas las aves rapaces. Pocos vivían más de un par de años.

—Una vez más: ¿qué quiere que haga? —preguntó Parker y vio que Ferguson intercambiaba una mirada con Rachel. «Váyase de aquí», ésa era una respuesta, pero Ferguson y Rachel eran lo bastante inteligentes para reconocer que eso no le haría ninguna gracia a Sam. Ni siquiera así estaría más segura. Él estaba ahí para protegerla hasta que llegara el momento en que ella pudiera protegerse sola, aunque no fuera tan vulnerable como hacía creer a los demás. Sin embargo, no se trataba de una responsabilidad a la que él pensara renunciar pronto, o nunca.

—Creo que ésa es una charla que tienen que mantener Rachel y usted —dijo Ferguson. Rachel y ella intercambiaron otra mirada, y él supo que, fuera lo que fuese lo que le dijera Rachel, ya había sido objeto de una conversación previa entre ellas.

—Lo hablaremos —dijo Parker—. Y gracias por lo que ha intentado hacer por Sam.

Lo decía sinceramente. Puede que Ferguson no le cayera bien, pero ella creía que hacía lo correcto. Quién sabe, tal vez hasta había ayudado a Sam el que otro adulto, aparte de sus padres o abuelos, se interesara por ella.

Pero a Emily Ferguson le pasó inadvertida su sinceridad. Ella lo había relegado a la categoría de «mal padre», puede que incluso a la de «padre peligroso». Eso sólo había servido para aumentar la determinación de Parker de evitar más que nunca tener nada que ver con abogados y tribunales en todo lo que tocaba a Sam. Si Ferguson era convocada a dar un informe pericial como experta, no sería precisamente en su favor.

—Creo que, por el momento, debería continuar mis sesiones con Sam —dijo.

—Estoy segura de que le irán bien —dijo Rachel.

Parker no se opuso. No veía razones para hacerlo, por ahora.

Ambos se levantaron. Ferguson le estrechó la mano a Rachel y le apretó el brazo en un gesto de intimidad. A Parker le dio la mano, que le pareció tan fría como un pescado. No era un especialista, pero pensó que eso constituía una forma de prejuicio. Seguro que en los estudios que había realizado Ferguson habría habido una asignatura que le recomendaba que no exhibiera esa actitud, pero el día en que dieron esa clase ella sin duda estaba enferma.

En la sala de espera, Sam estaba inmersa en la *Enciclopedia Brown*, cuyo héroe mantenía Idaville a salvo de criminales.

—¿Podemos ir a Al's? —preguntó.

Al's French Frys quedaba cerca, en Williston Road. Hacían unas patatas fritas impresionantes desde los años cuarenta, y una visita al local formaba parte de la rutina de Sam tras las sesiones.

Parker miró a Rachel, pero ella estaba resuelta a que Sam no percibiera la menor rabia que hubiera sentido hacia él.

—Claro —dijo—. Vayamos.



Sam miró a Parker, y luego a Rachel. Levantó la nariz y la frunció.  
—A ver, chicos, ¿os habéis peleado?

## Segunda parte

Ayer, en la escalera,  
vi a un hombre que no estaba allí.  
Tampoco estaba allí hoy,  
Ojalá, ojalá se fuera...

William Hughes Mearns, «Antigonish»

El chico se llamaba Alex MacKinnon. Su familia tenía antepasados escoceses por una rama, y así lo proclamaban a la menor oportunidad, aunque ningún pariente inmediato hubiera puesto el pie en su país de origen desde principios del siglo anterior.

Alex tenía doce años y hacía muy poco que había empezado a ir y venir de la escuela en bicicleta, con el permiso reticente de su madre, aunque era una libertad que a lo largo del invierno el chico tendría razones de sobra para lamentar. Aun así, sólo el clima más crudo le obligaba a renunciar a su bici. No iba a permitir que los elementos le arrebataran, aunque fuera temporalmente, una concesión que tanto le había costado.

La bici tenía luces delante y detrás. Él llevaba un chaleco reflectante con un LED rojo que titilaba en la manga izquierda, y otro LED en la parte posterior del casco. Estaba tan convencido de que iba bien iluminado que creía que era más probable que un conductor chocase con un árbol de Navidad decorado a que le atropellara a él. Por otro lado, cuando salía de la escuela ya empezaba a oscurecer, y aunque la puerta de su casa y las verjas de la escuela distaban poco más de kilómetro y medio, había trechos sin luz en la carretera, sobre todo en la zona de bosque.

Fue ahí donde Alex vio al hombre, o lo que en el pasado habría sido un hombre. Iba vestido de negro, pero llevaba la cabeza descubierta a pesar del frío, dejando a la vista una coronilla calva ribeteada de rojo, y el color de su pelo hacía juego con el de su barba, que, como la correa de un casco, le llegaba de oreja a oreja.

Iba caminando en paralelo a la carretera por una zona en la que se

acumulaba una espesa capa de nieve. La visión de alguien caminando con la cabeza descubierta entre los árboles habría sido de por sí bastante rara en esa época del año, porque soplaba un viento frío y los montones de nieve ocultaban agujeros y raíces de árboles, por lo que era fácil dar un paso en falso y caer. Pero lo que distinguía aún más si cabe a ese individuo e hizo que Alex girara bruscamente y se metiera en una zanja perdiendo el equilibrio y cayéndose del sillín, era que no caminaba por la nieve sino *sobre* ella: sus zapatos se veían nítidamente cuando tendría que haber caminado hundido en la blancura hasta casi las rodillas. Alex también vio con claridad, incluso con la poca luz que había, que el hombre no dejaba huellas, ni una sola.

Alex se quedó boca arriba, la rueda delantera de su bicicleta giraba todavía a su lado. No se había hecho daño al caer, pero se había quedado sin respiración. Y peor todavía, estaba muerto de miedo.

El hombre se detuvo, paralizado, sin acabar el paso que estaba dando, como un cazador alerta al descubrir la presencia de un ciervo. Durante un instante permaneció completamente inmóvil, hasta que su atención empezó a desplazarse hacia Alex. Sus rasgos eran borrosos y poco definidos, como si se hubiese pasado un pulgar por encima de un dibujo de una cara recién hecho con tinta. Ladeó levemente la cabeza y descubrió al niño y su bicicleta, luego...

Bueno, Alex sólo podría describirlo como si se hubiera tragado a sí mismo. El hombre giró sobre su pie derecho de tal forma que su costado derecho quedó de cara a Alex, luego avanzó un poco y desapareció, sin dejar rastro de su paso por allí.

Alex gateó y se puso en pie, recogió la bicicleta y se lanzó a toda prisa por la carretera. No se volvió a mirar atrás. No se atrevía. Y aunque nunca había visto esa aparición, sabía de qué se trataba, porque había oído a su padre hablarle en susurros a su madre de esa figura, cuando su padre creía que se estaba volviendo loco.

Los Hermanos siguieron a Alex por el bosque, observándole desde los

árboles. Había empezado otra cacería.

La comida en Al's no fue la más animada que Parker recordaba, aunque Sam no dejó que la frialdad entre sus padres le impidiera disfrutar de su hamburguesa con queso y su ración de patatas fritas, además de un batido de fresa. No quiso acompañar a Rachel cuando ésta fue al lavabo, y se quedó con su padre en la mesa, dando los últimos sorbos al batido y mirando cómo trabajaba la pequeña quitanieves en el aparcamiento.

—¿Tengo que volver a la consulta de Emily? —preguntó.

—Creo que podría ayudar —respondió Parker.

—No necesito ayuda.

—¿Estás segura?

—Sí.

Hablaba en un tono que no admitía réplica. Como quien hace una simple exposición de hechos.

—Haría que tu madre se sintiera más tranquila.

Sam se lo pensó.

—Vale. —Sorbió ruidosamente por la pajita—. ¿Te ha contado mamá lo del dibujo?

—¿Qué dibujo?

—Emily me pidió que hiciera un dibujo de mi casa y mi familia. Yo lo hice y ella me miró de una forma rara.

—¿Por qué?

—Bueno, dibujé al abuelo y a la abuela, a mamá y a ti... y a *Walter*, aunque los perros son difíciles de dibujar. Y también dibujé la casa. A mí me pareció que me había quedado bastante bien.

—¿Y a Emily no?

—Después se lo enseñó a mamá, mientras yo esperaba fuera. Le dijo que creía que yo no me sentía parte de mi propia familia porque no me había incluido en el dibujo.

—¿Y por qué no te dibujaste?

—Yo era la artista. ¿Cómo iba a dibujarme si era yo la que dibujaba a todos los demás?

Parker dio un sorbo a su café. Para él tenía sentido, aunque no se las daba de psicólogo.

—Y luego —prosiguió Sam— hice otro dibujo y se lo he traído hoy a Emily, puse a una niña. Ella me preguntó si era yo.

—¿Y qué le dijiste?

—Sólo le sonreí. Ella se lo tomó como un sí.

Parker se dio cuenta de que estaba agarrando con demasiada fuerza la taza de café. El ruido de los otros clientes del restaurante se atenuó, y allí ya sólo estaban Sam, él y la blancura del exterior.

—Pero no eras tú, ¿verdad que no? —preguntó.

—No.

«Jennifer», pensó él: Sam incluyó a su difunta hermanastra en su dibujo.

—¿Todavía ves a Jennifer?

—Ya sabes que sí.

A Parker le dolía la garganta, los ojos se le humedecieron. Parpadeó para contener las lágrimas. No podía evitarlo. Eso no estaba bien. Pero pese a todo preguntó:

—¿Viene mucho a verte?

—Mucho.

—¿Ella es...?, ¿está...?

Se quedó sin voz. No sabía qué quería preguntar, o, al menos, nada que pudiera expresarse con una única palabra. Contenta, triste, enfadada,

asustada..., ¿tenían esos conceptos algún sentido para lo que era Jennifer ahora?

Y Sam contestó:

—Sí, es.

«Sí», pensó él, «si había una única verdad, era ésa. Ella es. Ella existe. Todo lo demás era puramente secundario.»

Sam se estaba acabando lo que quedaba de su batido mientras observaba a su padre por encima del vaso. Él se andaba con cuidado. Se dio cuenta de que cada vez se mostraba más cauteloso con ella. Miró a su izquierda. Rachel se había entretenido junto a los servicios hablando con alguien que conocía. No veía quién era desde donde estaba sentado. El cuerpo de Rachel se apartaba ligeramente de su interlocutor, como si no tuviera ganas de que la charla se alargara. Fuera cual fuese la naturaleza de la conversación, no tardaría en estar de vuelta en la mesa.

—Alguna vez tendrás que contarme lo que pasó de verdad en el motel — dijo.

Sam apartó la pajita y abrió la boca para protestar, pero él levantó la mano para que no dijera nada.

—Ya sé lo que vas a decir. Vas a repetirme que debemos tener cuidado, que hay personas escuchando, y yo lo entiendo. Pero sigo siendo tu padre, y no puedo protegerte si no puedo hablar contigo de esas cosas.

Rachel se libró por fin de su interlocutor y se encaminó hacia ellos. Sólo cuando ya casi podía oírles, aunque no del todo, Sam volvió a hablar:

—Pero no eres tú el que me protege, papá. Soy yo la que te protege a ti.

»Y —añadió en voz baja— los que escuchan no son personas...



Cuando salieron de Al's, el cielo era gris. Parker comprobó el pronóstico del tiempo en su teléfono. Se esperaba más nieve, y los meteorólogos recomendaban que no se realizaran viajes innecesarios. Podía salir de Burlington y empezar a conducir, pero lo más probable era que le pillara lo peor de la tormenta antes de haber recorrido la mitad del trayecto hasta la costa. Sería un viaje lento, tedioso y tenso. Más valía que se quedara a pasar la noche allí y emprendiera viaje por la mañana temprano cuando las carreteras estuvieran despejadas.

Miró a Rachel. Habían hecho el amor la última vez que él se había quedado en Vermont. Entonces estaba herido, ella todavía no se había recuperado de una ruptura sentimental, y ambos se preocupaban por el otro y se amaban lo bastante para ser capaces de consolarse pasando una noche juntos. Eso no pasaría esta noche, o puede que nunca más. El secuestro de Sam había alterado el delicado equilibrio que existía entre ellos, puede que irreversiblemente.

—Voy a buscar algún sitio donde pasar la noche —le dijo a ella.

Rachel ni se molestó en preguntarle dónde. Debió de adivinarlo: había una pequeña pensión cerca de la universidad que a él le gustaba. Había dormido en demasiados moteles y los evitaba siempre que fuera posible.

—Estaremos en contacto —dijo ella.

—Claro.

Le dio un abrazo a Sam. Un trocito de su corazón se desprendía y se perdía cada vez que se despedía de su hija. Nunca había creído que llegaría a ese extremo. Nunca había querido ser uno de esos padres.

—Cuida de tu madre.

—La cuidaré. Te quiero, Oso.

—Y yo a ti, Osa.

Vio cómo se alejaban en el coche. Se sentía atrapado en un extraño sueño del que no podía despertar; cada vez que abría los ojos, se encontraba más atascado en la irrealidad.

Y temía por su hija.

Se subió al coche y puso el motor en marcha, luego esperó un rato sentado a que desapareciera el vaho de las ventanillas. La puerta de Al's se abrió y salió un hombre. Tenía el pelo cano pulcramente peinado y lucía la piel bronceada del que podía permitirse escapar buena parte del invierno a climas más soleados. Era Jeff, el antiguo novio de Rachel, el novio gilipollas, se corrigió Parker, aunque lo de gilipollas se daba por sentado. Burlington era una ciudad pequeña; a veces, demasiado pequeña. Si Rachel había estado hablando con Jeff en el restaurante, ¿por qué no se lo había dicho cuando volvió a la mesa? En realidad, Parker sabía la respuesta: cualquier charla sobre Jeff sólo habría ensombrecido más unos ánimos ya de por sí sombríos.

El Mustang de Parker era lo bastante llamativo para atraer una segunda mirada al pasar por su lado, pero Jeff debía de haber salido a buscarlo intencionadamente. Parker lo vio detenerse en la puerta y echar una ojeada al aparcamiento antes de mirarlo directamente. Su expresión era de aversión contenida, pero no hizo el menor signo de reconocer la presencia de Parker. Se limitó a quedarse quieto y mirarlo, y luego se alejó caminando hacia la izquierda y desapareció al doblar la esquina.

Al's no era el tipo de restaurante que frecuentaba Jeff. No le iba eso de comer con las manos ni estar rodeado de gente que lo hacía. De manera que Parker se preguntó qué pintaba allí. No hacía falta tener un carné de investigador privado para averiguar la respuesta.

«Si Jeff empieza a salir otra vez con Rachel», pensó Parker, «haré que se lo carguen.»

«Y despacio.»

Aparte de él, la pensión estaba vacía aquella noche. En su habitación había un mirador que daba al jardín y, más allá, tenía vistas al lago Champlain y las montañas de Adirondack. Dejó su bolsa de viaje en un rincón. Siempre llevaba una bolsa de lona en el maletero del coche, con un par de mudas, algunos artículos de aseo y un pequeño botiquín. Se acomodó en el sillón orejero de la habitación y comprobó su teléfono. Vio que tenía una llamada de Art Currier, y se la devolvió al momento.

—¿Art?

—Ese campamento está en el quinto pino. Hasta en verano sería difícil llegar.

—Lo que significa que...

—Que está vacío, y no creo que nadie haya recorrido ese sendero desde antes de la primera nevada.

—¿Preguntaste por allí?

—No hacía falta, pero supuse que querrías alguna confirmación. Eklund no tiene muchos vecinos, y por esa zona casi todos prefieren no meterse donde no les llaman, pero a un vejestorio le sonsaqué que le parecía que el dueño se había llevado el año pasado algunas cosas: muebles, ropa de cama y demás. No había vuelto a verlo desde entonces.

Parker le dio las gracias a Currier, y le dijo que le mandaría un cheque.

—Manda efectivo. Fui yo el que movió el culo hasta allí, no Hacienda.

Currier cortó la llamada y Parker abrió su portátil para revisar el correo. No había nada de Ross que indicase que el desaparecido Eklund hubiera vuelto, así que buscó un mapa de Providence, en Rhode Island, guardó un par de pantallazos y reservó una habitación en un hotel equidistante entre la casa y la oficina del investigador desaparecido. Luego, y dado que pagaba Ross, reservó una segunda habitación. Una noche solo era más que suficiente, así que decidió que tendría un poco de compañía en Providence.

Esa noche Alex MacKinnon no se acabó la cena. Le dijo a su madre que no se encontraba muy bien. May MacKinnon puso la mano en la frente de su hijo y no le pareció que tuviera fiebre, pero sin duda estaba temblando, y le preocupó que se hubiera resfriado. Esa bicicleta: aunque una parte de ella se alegraba de ver cómo su hijo se iba haciendo cada vez más independiente, no le hacía ninguna gracia que fuera pedaleando al colegio. Había personas que conducían como medio idiotas, y los móviles las habían convertido en idiotas completos. Cada vez que veía a un memo o una mema mandando un mensaje de texto o hablando mientras intentaba conducir con una sola mano, le entraban ganas de apuntarle con una pistola a la cabeza y apretar el gatillo. No quería que su hijo acabara muerto en una cuneta sólo porque un chaval de diecisiete años estuviera demasiado concentrado en su móvil para mantener la atención fija en la carretera.

Poco después de las ocho fue a ver a Alex. Se había acostado y tapado con la colcha de la cama y estaba viendo vídeos de YouTube en su iPad. Se había puesto los auriculares, así que no la oyó abrir la puerta, y ella prefirió no molestarle. Estaba pensando que tal vez no debería ir a la escuela el día siguiente. Alex no era de esos chicos que se quejaban y fingían estar enfermos cuando no lo estaban. Vería cómo se encontraba por la mañana y entonces decidiría.

Fue al armario que había junto al baño de la planta baja, que era donde guardaban el cesto de la colada. Se había fijado en que estaba bastante lleno y no iría mal que pusiera una lavadora ahora que tenía un rato libre. Así podría meter la ropa en la secadora antes de acostarse y estaría lista por la mañana.

Claro que ahora había menos ropa que lavar que antes.

El próximo abril haría un año que había desaparecido Mike, el padre de Alex. Sufría depresión, y, en privado, la mayoría de la gente pensaba que se había quitado la vida. Pero May no lo creía, en absoluto. Puede que su marido pasara periodos hundido en la tristeza, pero Mike no sólo no era el tipo de hombre que se mata (aunque, ¿seguro que existía ese «tipo de hombre»?), se preguntaba a menudo May para sus adentros, cuando yacía sola en la cama y lloraba la ausencia que percibía a su izquierda), sino que no abandonaría a su mujer y a su hijo con el dolor y la incertidumbre consiguientes. Siempre había sido una persona amable y atenta. Ni siquiera aceptaba un postre de cortesía en el Sovereign Grille sin mandar una tarjeta de agradecimiento un par de días más tarde. No se habría matado sin dejar una nota para su esposa y su hijo, pero a ella incluso le costaba imaginárselo escribiendo esa carta. Mike era un hombre callado, pero no se encerraba en su dolor. Siempre habían hablado entre ellos, desde el principio. Él se había sincerado con ella en todo.

Incluso sobre su familia.

Dios, ponerse en contacto con el hermano de Mike después de que éste desapareciera fue lo más difícil que había tenido que hacer en su vida. Mike se habría puesto como loco, pero no estaba para verlo, que era, al fin y al cabo, el motivo que la había llevado a hacerlo, y May temía que su desaparición tuviera algo que ver con las actividades del hermano. Si fuera así, éste sabría a quién recurrir y dónde buscar. Pero también resultó un callejón sin salida. El hermano de Mike ayudó, o pareció hacerlo, porque ella no podía saberlo con certeza.

Y en cuanto a la mujer que estaba con él..., Dios, a May se le puso la piel de gallina.

Ella se aferraba a la esperanza. Mike tal vez había tenido un accidente o había sufrido algún tipo de percance o un ictus. Por lo que sabían, podría haber acabado en Boise, Idaho, sin ningún recuerdo de su vida anterior, y a lo mejor vivía con los sintecho, como otro hombre más que se había sumido en el

olvido. Sin embargo, últimamente, ella había empezado a sentir que había muerto. Lo percibía como un corte de los lazos que los vinculaban, quizá porque siempre habían estado muy unidos. Tal vez, su deseo de que volviera a su lado sano y salvo había hecho que se obstinara en no ver la realidad. Era como si a ella le hubieran disparado, o apuñalado, durante un incidente en el que había tenido que huir presa del pánico, y sólo se hubiera percatado de su herida cuando la adrenalina empezó a disminuir.

Pero Mike había estado triste, incluso afligido, durante las semanas previas a su desaparición. Y también había estado asustado. Pensaba que podía tener un tumor, o un derrame cerebral. Empezó a sufrir dolores de cabeza. Reconoció que padecía lo que creía que eran alucinaciones, tanto visuales como auditivas. Veía a personas que no estaban, oía voces en habitaciones vacías. Su médico lo mandó a hacerse unas pruebas, pero Mike desapareció antes de que lo examinaran.

May abrió el cesto de la ropa sucia. Las prendas que Alex había dejado allí antes estaban hechas una bola húmeda encima de todo. «Es curioso», pensó May, «que no haya vuelto a nevar hasta que regresó a casa.» Cogió sus pantalones y vio que todavía estaban empapados, y manchados de tierra en la pierna derecha. También tenían un desgarrón en una rodilla. Entonces supo que se había caído de la bicicleta y no se lo había dicho. Hay que ver, este niño: no se había resfriado —bueno, tal vez un poco sí, dado lo húmeda que estaba su ropa—, sino que se había dado un buen susto. Por el amor de Dios, quizá se había hecho daño y tenía miedo de contárselo. Sería típico de él guardar el secreto por si ella le prohibía volver a montar en bici, incluso cuando se fuera de casa y se casara, porque ella lo contaría en la boda para asegurarse de que su esposa supiese lo patán que era cuando tenía que dominar dos ruedas y una cadena.

Tiró la ropa al suelo y volvió a subir a la planta de arriba, esta vez haciendo ruido. No estaba enfadada con él, o no mucho, pero sí preocupada. Tendría que insistir para que le dejara ver la pierna izquierda. Se la imaginaba

hinchada y magullada bajo el edredón, tal vez con un bulto donde no debería haber ninguno...

Abrió la puerta de la habitación de Alex, pero el niño ya no estaba en la cama. También vio que las dos piernas estaban intactas, porque se había levantado y le daba la espalda, en calzoncillos y camiseta, de cara a la ventana. Las cortinas estaban descorridas, y una pálida imagen de su hijo flotaba en la oscuridad mientras la nieve caía a su alrededor. La asaltó una agobiante sensación de aprensión, como si el fantasma en el que tal vez se convertiría él algún día se le hubiera aparecido.

—Cariño —dijo ella—, ¿has tenido hoy un accidente con la bici?

Él no se dio la vuelta, ni siquiera reconoció su presencia. En eso era como su padre. Pese a toda su afabilidad, Mike, muy esporádicamente, fingía que no la oía cuando ella se enfurecía, sobre todo si era por algo que él había hecho, esperando que todo pasara y así librarse de la necesidad de abordar el problema. En realidad, May creía que podría ser un rasgo característico del género masculino, porque su propio padre también había sido así. Incluso había aprendido a escabullirse por la puerta trasera y escapar a la seguridad de la ciudad cuando su mujer se armaba y se disponía a declararle la guerra.

—Alex —dijo—, te estoy hablando.

Sólo entonces se dio la vuelta. Tenía la cara blanca como la leche y la boca parecía una herida roja en su carne.

—Mamá —dijo—, mamá.

Ella se dirigió hacia él con los brazos abiertos para acogerlo.

—¿Qué pasa, Alex?, ¿qué pasa, pequeño?

Y ella los vio mientras su hijo hablaba.

—Mamá, hay gente en el bosque.

Parker cenó solo en el Farmhouse Tap & Grill de Bank Street. Estaba leyendo una biografía del escritor John le Carré, y le pareció que Le Carré habría sido un magnífico agente infiltrado si hubiera aprendido a dominar mejor su oculto sentido de la vergüenza.

Parker se limitó a tomar una copa de vino. Se estaba poniendo sentimental y no quería exacerbar el sentimiento. Estaba preocupado por Sam, y por Rachel. Y también por sí mismo. Agradecía la distracción que le ofrecía la posible desaparición de Jaycob Eklund. Aunque tenía un par de casos abiertos en Portland, se trataba de asuntos rutinarios que le habían encargado Moxie Castin y un par de abogados más, que básicamente consistían en pasar documentos de sus manos a otras. Era un trabajo aburrido y seguro. Si fuera inteligente, se habría limitado a hacer juegos malabares con sobres para aquellos abogados, y así no se habría encontrado cenando solo en un bar de Burlington, en Vermont, intentando averiguar cómo impedir que su antigua pareja se pusiera en contacto con la Sala de Familia del sistema judicial de Vermont.

Pero, bien mirado, si fuera tan inteligente y tan cauteloso, no habría sido él.

El dinero más fácil que había ganado en todo ese año procedía de una mujer llamada Thea Bentling, que estaba convencida de que su marido, Steve, la engañaba. Resultó que Thea estaba en lo cierto: Steve se veía con otra mujer, Sherri Sweetman, un nombre digno de una maestra de escuela, que, por casualidad, era precisamente la profesión de Sherri. Y también resultó que estaba casada con Dave Ohlson, que era un cliente del despacho de Moxie. Ohlson había recurrido recientemente a Moxie porque creía que su mujer —



que había conservado su nombre de soltera, posiblemente porque era muy bonito— le era menos fiel de lo que él hubiera deseado, idealmente, al menos. Moxie había puesto a Ohlson en contacto con Parker, que a esas alturas ya había sido contratado por Thea Bentling para que siguiera a su marido descarriado.

Parker siguió a Steve Bentling a una nueva cafetería de estilo chic bohemio en South Portland, donde Bentling se encontró con Sherri Sweetman, un encuentro del que había informado a Parker el propio Moxie no hacía ni una hora. Bentling y Sweetman fueron a un motel barato donde pasar un buen rato juntos, mientras Parker les hacía fotos con su móvil y se preguntaba cómo alguien creía que podría mantener una aventura en secreto en una ciudad tan pequeña. La idea de discreción que tenía la pareja infiel consistía en cruzar el puente de Casco Bay desde Portland a South Portland, tal vez porque alguna gente del centro parecía considerar South Portland no sólo como otra ciudad—que lo era—, sino incluso un territorio existencial completamente distinto, debido a que tenía que cruzarse un hilo de agua para llegar hasta allí. Cuando Parker se lo explicó a Moxie, éste casi se atragantó de la risa, y Parker cobró dos honorarios por lo que era básicamente el mismo trabajo.

Acabó un capítulo de la biografía de Le Carré y pidió la cuenta. Había ido andando al bar y volvió a su alojamiento mientras la nevada remitía hasta cesar del todo. Sentía crujir la nieve bajo sus pies. Le hubiera gustado que Sam estuviera con él. Llevaba una mano metida en el bolsillo y la otra en el costado, como si en esa postura pudiera evocar la sensación de que ella caminaba a su lado, con su manita enguantada en la suya, y sus pequeños pasos avanzando al lado.

Al pensar en Sam se acordó inevitablemente de la hija que había perdido y miró entre los árboles que flanqueaban la calle y en las sombras entre las casas, esperando y temiendo a la vez vislumbrar en la oscuridad a una niña siguiéndole sin dejar huellas sobre la nieve recién caída. Tan absorto estaba en sus pensamientos que no reparó en el coche aparcado delante de la pensión,

ni en la persona que salió de él cuando se acercaba a la puerta. Sólo cuando el hombre se interpuso en su camino, Parker se detuvo y le miró a la cara.

El padre de Rachel estaba delante de él. Frank Wolfe llevaba un largo abrigo gris y un sombrero de fieltro con una pluma en la banda. Parecía un padre extraído de una película antigua, hasta por su bigote gris.

Parker y Frank nunca se habían llevado bien, y los sucesos recientes no habían ayudado a acercarlos. Cuando se reveló la identidad del secuestrador de Sam, y la relación de éste con Parker, la esposa y la hija de Frank apenas pudieron mantenerlo alejado del detective para evitar que el anciano le agrediera físicamente. Desde entonces no se habían visto ni habían intercambiado una palabra por teléfono, y pese a todo, a Parker no le sorprendió demasiado verlo. Era uno de esos días raros.

—Frank —dijo—. ¿Cuánto tiempo llevas esperando ahí fuera?

—Un par de horas. Les he dicho que iba al cine.

—¿Qué película has visto?

—¿Cómo? —Pareció confuso.

—Cuando vuelvas a casa, Rachel y tu esposa te preguntarán qué película has ido a ver. Deberías tener una respuesta preparada. A no ser que quieras contarles la verdad.

Frank Wolfe no estaba acostumbrado a mentir. Aunque Parker y él se caían peor que mal, al detective no le cabía la menor duda de que Frank amaba profundamente tanto a su hija como a su nieta. El padre de Rachel era una persona recta, y no parecía propio de él comportarse con indecencia. Tenía una vida privilegiada y confortable, lo que tal vez constituyera parte del problema, pero habría sido todavía más rico y más privilegiado si hubiera estado dispuesto a comprometer su código moral. Se tenía a sí mismo por una buena persona, pero las verdaderas buenas personas nunca se tienen por tales.

Frank miró hacia los árboles, a la calle y a su propio coche, como si de repente se hubiera encontrado en un entorno desconocido sin saber cómo había llegado hasta ahí. Dejó escapar un largo suspiro, el aliento exhalado dibujó

volutas de vaho y Parker captó el olor nítido de alcohol. Frank no estaba borracho, todavía no, pero había estado bebiendo lo bastante para que, si lo paraba la policía, le multara por conducir bajo los efectos del alcohol. Y si la policía no lo paraba, la colisión a causa del mal tiempo y la merma de reflejos sí que lo haría.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Parker.

—He venido a hablar contigo.

A Parker se le ocurrían muy pocas personas con las que le apeteciera menos hablar, pero una conversación ofrecía la posibilidad de aclarar la situación. Las relaciones entre ellos simplemente seguirían deteriorándose si rechazaba a Frank, suponiendo que éste llegara a casa vivo, o sin un desvío involuntario a la comisaría más próxima.

—Hace frío. ¿Por qué no entramos y nos sentamos?

Parker le hizo un gesto hacia la pensión. Ésta tenía un par de zonas comunes donde los huéspedes podían trabajar o leer si querían. La sala que daba a la fachada, a la izquierda de la puerta de entrada, estaba totalmente vacía. La veía a través de las cortinas descorridas.

Frank asintió, y Parker se encaminó por el sendero cubierto de nieve hacia la calidez de su alojamiento.

May MacKinnon estaba ante la ventana de su cocina, mirando fijamente al bosque que marcaba el límite de su jardín trasero. Pensó en llamar a la policía, pero optó por no hacerlo, todavía no. Pese a la desaparición de su marido, y de todas las posibles suertes que había imaginado que él podría haber corrido, aún tendía a pensar lo mejor de la gente y a confiar en un universo ordenado, porque sólo en un universo en el que la gente era buena, y el orden, el estado natural del mundo, su marido no habría sufrido demasiado antes de morir.

También estaba experimentando un reajuste de los sentidos, una distorsión selectiva de su propia memoria y percepciones. Creía haber visto figuras en el bosque, pero le había costado distinguirlos con claridad. Le recordaban esos trucos con símbolos en los naipes, en los que el símbolo desaparecía fugazmente de la vista cuando la carta se situaba en un punto ciego del ojo. Cuando intentaba mirar directamente a cualquier forma individual de las que se movían entre los árboles, esa figura desaparecía, como tragada por las sombras, mientras las demás permanecían visibles. Si desplazaba la mirada, entonces el hombre o la mujer reaparecía a la vista, titilando, en la periferia de su visión.

Ahora, en la planta baja, en su cocina y con las luces intencionadamente apagadas, que era la mejor manera que tenía de ocultarse mientras controlaba su finca, May ya no detectaba ningún movimiento. Una parte atávica de su mente —apenas utilizada, un vestigio de una humanidad más antigua— le mandaba mensajes contradictorios: la avisaba de que no saliera, mientras,

simultáneamente, intentaba sugerirle que se había equivocado al creer ver algo que no estaba allí.

Pero había tenido a su lado a Alex. Él también los había visto, ¿no? Y la voz en su cabeza, la que hablaba como una versión de su marido ausente, respondía:

«Pero tú estabas preocupada por él. Temías que se hubiera hecho daño, y él a su vez estaba asustado porque te había ocultado el accidente. Cada uno transmitía su miedo al otro, y cada uno de los dos lo alimentaba en el otro».

—¿Y por eso los dos nos inventamos a gente en el bosque?

Pronunció la pregunta en voz alta, susurrando las palabras a una entidad en su propia cabeza, una entidad que estaba haciendo una espléndida imitación de Mike, hasta reproduciendo las cadencias extranjeras de su forma de hablar, la manera en que siempre hacía pausas entre las frases, sin importar lo enfadado, contento o triste que estuviera. Era un hombre pausado, reflexivo. Pero la voz que estaba haciéndola dudar de sí misma no acababa de ajustarse del todo a la de su marido por una simple razón.

Mike jamás habría hecho que dudara de sí misma.

Su escepticismo ahuyentó la voz. Se alegró. No escucharía a ningún fantasma de su esposo perdido.

Entonces se le ocurrió: gitanos. Un grupo de gitanos había pasado por la ciudad ese mismo año, hacía poco —tres familias emparentadas, según la policía, que controló su presencia desde que aparcaron sus caravanas en el estacionamiento del Walmart junto a la Airway Drive—. Eran de todas las edades, como la gente que había vislumbrado en el bosque. No habían causado ningún problema..., porque no se les había dado ocasión, según algunos vecinos, dado que los policías y los guardias del centro comercial los expulsaron tras la segunda noche, despertándolos a oscuras, de manera que se fueron con sus niños llorando y sus perros ladrando y confusos. A May no le preocuparon, porque no le parecía que hicieran ningún daño. May era la única

persona de su familia que pensaba que Bernie Sanders habría sido un buen presidente, así pues, ¿qué sabía ella?

¿Podían formar parte del mismo grupo los que rondaban por ahí fuera o eran otros que habían levantado su campamento en el bosque ahora que el centro comercial había sido descartado como posible lugar donde hacer una parada? May sintió que sus convicciones progresistas estaban siendo crudamente puestas a prueba. Una cosa era tener a unos gitanos acampando en el centro comercial y otra totalmente distinta tenerlos encendiendo hogueras a la vista de tu propio jardín trasero.

«No salgas.»

Ya no era la voz de Mike. Era una voz que nunca había oído. Le hablaba como un padre paciente podría hablarle a un niño que está a punto de hacer una insensatez, pero May ya se estaba calzando las botas de jardinería que siempre tenía preparadas junto a la puerta trasera, y luego se puso el viejo abrigo de Mike, el que él dejaba colgado en el armario junto al cuarto de la colada y del que ella no había querido deshacerse. A veces, cuando hacía frío, se envolvía en el abrigo, se sentaba en el suelo de la cocina, cerraba los ojos e imaginaba que era Mike el que estaba con ella, que era él quien la abrazaba.

Mike, Mike, ¿por qué tuviste que marcharte?

Oyó un ruido a su espalda. Alex estaba al pie de la escalera, envuelto en una bata para protegerse del frío.

—¿Mamá?, ¿has llamado a la policía?

—Todavía no. No sabemos quiénes son.

«Ni siquiera sabemos *si* son», quería añadir, pero no lo hizo. *Dios, ¿de dónde habrán salido?*

—Mamá, hoy he visto a un hombre en el bosque.

—¿Un hombre?, ¿qué hombre?

—No lo sé. Iba vestido de una forma rara. Estaba allí y de repente desapareció. Creo que flotaba sobre la nieve. Hizo que me cayera de la bici. —Se echó a llorar—. Tendría que habértelo contado, pero estaba asustado.

A May le crepitó su propia saliva en los oídos, como el sonido del beicon al chisporrotear en la sartén.

«No me alejaré», pensó. «Me mantendré dentro del límite del anillo de la luz de seguridad, y si veo algo raro, lo que sea, estaré de vuelta dentro de casa en un abrir y cerrar de ojos.»

—Cierra en cuanto salga, ¿me has oído?

—Mamá...

—No pasa nada. Sólo quiero echar un vistazo.

Abrió la puerta trasera y salió al jardín.

Había una máquina de Nespresso en un rincón de la biblioteca de la pensión, junto a una estantería llena de volúmenes destinados a que les echaran un vistazo o a ser hojeados, pero no leídos. Intercaladas entre ellos también había un par de novelas de aeropuerto, como un par de paletos que se hubieran colado en la celebración de la noche de los intelectuales en el salón de actos local.

Parker no tenía ni idea de qué significaban los colores de las cápsulas de Nespresso, así que buscó dos iguales, le hizo un café doble a Frank Wolfe y luego se preparó uno para él. Frank se desabotonó el abrigo, pero no pareció dispuesto a quitárselo hasta que Parker se quitó la chaqueta y la dejó en un sofá. Le preguntó a Frank si quería el café con un poco de leche.

—Solo —dijo Frank, y luego añadió—: gracias.

Lo que ya era algo.

Parker le llevó el café y se sentó en una silla con respaldo firme delante del padre de Rachel. Frank no tenía buen aspecto. El frío debería de haber intensificado un poco más el rojo de la nariz y las mejillas, pero éstas sólo traslucían una lividez amarillenta. Parker tenía la vaga idea de que una piel amarillenta era una señal de problemas hepáticos. Se preguntó si Frank iría a un especialista para controlárselo, y luego se acordó de con quién vivía: a la menor señal de enfermedad, Rachel y su madre lo habrían llevado al médico, a punta de pistola si hacía falta.

Parker dio un sorbo a su café. Podría haber entablado una charla trivial, pero ambos hombres estaban muy por encima de eso. No había funcionado en



el pasado, y no había cambiado nada entre ellos para pensar que funcionaría ahora. Finalmente, Frank rompió el silencio.

—Tengo entendido que hoy no ha ido muy bien; con la psicóloga de Sam, me refiero.

—La psicóloga lo hace bien. No podría hacerlo mejor. Sam también parecía contenta. Tu hija y yo fuimos el problema.

—Rachel diría que lo fuiste tú.

Parker respiró hondo y se preguntó si el mundo pretendía poner a prueba su capacidad de controlarse hasta el final. Se alegraba de no haber pedido una segunda copa de vino. No lo habría tranquilizado en absoluto. Incluso ahora, totalmente sobrio tras su caminata de regreso a la pensión, le entraron ganas de lanzarse contra Frank Wolfe, pero no habría tenido ningún sentido.

—Yo creo que lo hice bien, pero reconozco que no soy quién para juzgar —dijo Parker—. Y es verdad que he tenido días mejores.

—Sí, bueno...

Frank probó su café. Pareció confundido.

—Sabe a vino con especias —dijo.

—No sé qué significan los colores —dijo Parker—. He cogido los dos primeros que tenía a mano. ¿Quieres otro distinto?

—No, está bien. Sólo que sabe raro.

—Es sofisticado, o eso dicen.

—Quizá por eso no lo reconozco. En casa, tomo instantáneo. —Dio unos sorbos más, y la segunda vez no frunció tanto el ceño—. Lo que le pasó a Sam, el secuestro...

Parker esperó. Frank limpió unas gotas de café del borde de su taza con el pulgar, pero no levantó la mirada.

—Quería culparte de eso —dijo—. Todavía quiero.

Entonces levantó la vista. A Parker le dio la impresión de que no parecía enfadado ni amargado, sólo perplejo.

—¿Te culpas tú? —quiso saber Frank.

—A veces —dijo Parker—. No pude controlar los sucesos una vez que se desencadenaron, y no podía haber imaginado lo que aquel hombre intentaría hacer más adelante, pero lo cierto es que ayudé a ponerlo en marcha, y todo derivó en que él se llevara a Sam.

—Podría haber acabado mal. Y, tal como acabó, ya fue de por sí bastante mal.

—Lo sé.

Frank asintió.

—Tendía a pensar que no teníamos nada en común tú y yo —dijo—. Era lo que quería creer, pero todo el tiempo veía algo en ti que también veía en mí mismo cuando me miraba al espejo. Veía a un hombre que había enterrado a uno de sus hijos.

El hermano mayor de Rachel había sido policía del estado, lo mataron en el curso de un tiroteo durante un asalto a un banco mucho antes de que Parker y Rachel se conocieran. Parker sabía que parte de lo que había atraído a Rachel hacia él era un eco de la pérdida, pero también de la rabia. Su reacción a la muerte de su hermano había sido tratar de entender, como si una exploración de la mente de los criminales pudiera permitirle comprender por qué le habían arrebatado a su hermano. Pero otra parte de ella, una que incluso era reacia a reconocer, quería responder con violencia, infligir dolor por el dolor sufrido. Era un rasgo de sí misma que ella se había negado a expresar, pero entonces Parker entró en su vida, y mientras éste arremetía contra los responsables de su propio dolor y de su pérdida, ella permitió que un poco de su propia rabia alimentara la de él. No le gustaron los resultados, o eso se dijo a sí misma, aunque su yo secreto se regocijara.

—Cualquiera pensaría que me acordaría de todo —prosiguió Frank—, pero no es así. Conservo fragmentos, pero voy perdiendo memoria. Me acuerdo de estar en el hospital, pero no de cómo llegué allí. Me acuerdo de la tumba, pero no de la iglesia. Y cuando intento recordar a mi chico, lo veo sólo en imágenes fijas. No se mueve.

»Y soy incapaz de oír su voz —concluyó—. No puedo reproducirla. Es como si la muerte hubiera borrado las cintas.

Nunca habían hablado del tema. Parker no estaba seguro siquiera de que Frank hubiera hablado así con Rachel, ni con su mujer. Rachel siempre describía el duelo de su padre como silencioso y profundamente personal. Su incapacidad para compartir o hablar había arruinado la vida de su madre, decía, porque la había obligado a llorar sola a su hijo.

—Pensé en matarme —dijo Frank—. Aunque eso ocurrió después, cuando el dolor ya no era tan agudo, cuando se había atenuado. Pero el problema era que todo se había atenuado, no sólo el dolor. Todo se tornó gris.

—¿Y por qué no te quitaste la vida? —preguntó Parker.

—Por Rachel —fue la respuesta—. Mi hija me mantuvo con vida. Ni siquiera mi mujer habría podido. —Dejó la taza en la mesa y entonces le dijo —: Pero tú no tenías otro hijo, no en aquel momento, y tu mujer murió con tu hija. ¿Cómo pudiste seguir viviendo?

—Persiguiendo al hombre que me había hecho eso —dijo Parker—. Encontrándolo y matándolo.

—Que fue lo que hiciste.

—Sí.

—¿Sirvió de algo?

—Esa pregunta no tiene una respuesta sencilla. Fue menos útil de lo que yo había esperado, pero más de lo que me convenía.

—Pero la sensación de pérdida perdura, ¿no?

—Sí.

—Yo no quiero que Rachel viva jamás ese sufrimiento.

—Yo tampoco.

—Pero sigues haciendo lo que haces, y casi nos costó perder a Sam.

Parker guardó silencio.

—¿Por qué sigues?

—Esa pregunta tampoco tiene una respuesta sencilla.

—Prueba.

—Lo hago porque tengo miedo de que, de no seguir, nadie lo hará. Sigo porque, si lo dejo, otro sufriría lo que yo he sufrido. Sigo porque es una válvula de escape para mi rabia. Sigo por razones que ni siquiera yo entiendo.

»Pero, sobre todo —añadió—, sigo porque me gusta.

—No vas a parar, ¿verdad?

—No. Lo he intentado. Nunca lo he conseguido.

Frank se limpió la boca. En la sala no hacía mucho calor, pero él estaba sudando. Contempló un momento a los coches que pasaban despacio por la calle, el resplandor de sus faros incidió en un lado de su cara, congelándolo entre la sombra y la luz.

—Pero cuando ese hombre secuestró a Sam, tenía intención de matarla.

—Ella no murió.

—¡Pero podría haber muerto!

—No murió. No morirá. No sufrirá ningún daño.

—Eso no puedes saberlo.

—Frank, mírame.

Frank apartó la mirada de la ventana.

—Rachel me dijo una vez que, después de que muriera tu hijo, te empeñaste en ir a recogerla todas los días a la escuela hasta que cumplió los dieciséis. Cuando no estabas en la ciudad, tenía que ir tu mujer a buscarla, y tú la llamabas para asegurarte de que lo hacía. Sólo dejaste de ir cuando Rachel se esposó a una barandilla como protesta.

Eso era verdad. Era una de las cosas que Parker amaba de Rachel.

—Eran esposas de plástico —dijo Frank de mal humor, agarrándose a un clavo ardiendo.

—No se trata de eso. Había países con gobiernos militares que imponían toques de queda más leves que el que reinaba en tu casa.

—No es lo mismo. Tu trabajo ha puesto en peligro a Rachel. Y ahora también a Sam. Dios, ¡vio morir a un hombre por eso!

—Frank...

—No, yo...

—¡Frank!

Frank Wolfe dejó de hablar.

—No podemos permitir que esa gente campe a sus anchas por el mundo sin resistirnos. Son depredadores. Si no pueden alimentarse en una parte, van a otra, y no dejan de infligir dolor hasta que alguien les detiene. Podemos esconder a nuestros hijos y cerrar las puertas de nuestras casas, y nuestros ojos, pero así sólo conseguiremos que vayan a por presas más fáciles.

—Pero ella es tu hija —dijo Frank.

—Todos son hijos de alguien.

Una luz se encendió en el vestíbulo. El encargado de la pensión apareció en el umbral. Su oficina estaba al fondo de la casa, desde donde un sendero con enrejado trazaba una curva que llevaba a la finca en la que vivía con su esposa. Debía de haberles oído discutir y se acercó para ver qué pasaba.

—¿Va todo bien, caballeros? —preguntó.

—Lo siento —dijo Parker—, somos hombres de ideas fijas.

El hostelero se los quedó mirando antes de concluir que la violencia no era inminente.

—Bueno, al menos, usted es el único huésped —dijo—. Supongo que puede tener las ideas todo lo fijas que quiera. Buenas noches.

Los dejó solos de nuevo. Frank se levantó.

—Tengo que irme a casa —dijo.

—He aparcado mi coche ahí atrás. Te acercaré.

—Puedo conducir.

—Yo no lo haría —dijo Parker—. Vuelve y recoge tu coche mañana por la mañana.

Habló con tono afable. El café había mejorado un poco el estado de Frank, pero Parker no estaba seguro de que fuera suficiente. Se preparó para otra discusión, pero no la hubo.

—Es posible que tengas razón —dijo Frank—. Pero llamaré a un taxi.

Parker le respondió que no le suponía ninguna molestia llevarle. Tenía las llaves del coche en el bolsillo y la casa de Wolfe estaba sólo a diez minutos, veinte con el tiempo que hacía.

La intervención del hostelero parecía haber puesto fin a que siguieran discutiendo sobre la vocación de Parker, pero éste no se engañaba tanto a sí mismo para pensar que podría cambiar la opinión de Frank Wolfe con respecto a cualquier cosa. Sin embargo, creía que habían hecho algún progreso. Habían hablado, y se habían mostrado razonablemente civilizados. Y Frank tenía razón: ambos eran padres que habían perdido hijos, y de un modo u otro habían superado la pérdida, no sin dejar de sufrir todavía y tampoco sin desgarros, pero habían aguantado, y cada uno de ellos tenía una hija a quien amaba, y recuerdos, por fragmentarios e imperfectos que fuesen, de los difuntos, recuerdos que él conservaba con esmero. La diferencia entre ellos radicaba en que el hijo que había perdido no visitaba a Frank Wolfe por la noche, o, si lo hacía, sólo acudía en sueños.

Fueron en coche en silencio hasta la casa de Wolfe, básicamente porque Frank empezó a dormitar cuando llevaban cinco minutos de trayecto. Habían limpiado el hielo del centro de las carreteras, incluso de las secundarias, pero a los lados todavía había trechos helados, y la nueva nevada impedía que los faros del coche distinguieran el resplandor que indicaba la presencia de nieve acumulada en la oscuridad. Parker conducía con cuidado, y llegaron a su debido tiempo a la finca de Wolfe. Había una luz encendida en el vestíbulo y otra iluminaba la escalera delantera y un tramo del jardín que se extendía al otro lado. De los establos remodelados en los que vivían Sam y Rachel no le llegaba sonido alguno y estaban en penumbra. De haber sido un poco más temprano, Parker habría pedido despedirse de nuevo de Sam. Le dolía estar tan cerca y no poder abrazarla o hablar con ella.

Parker detuvo el coche, pero se quedó mirando el edificio en el que dormía su hija. Frank se despertó a su lado, y los dos hombres permanecieron

sentados en silencio. Finalmente, Frank dijo:

—Rachel teme que Sam esté ocultando algún trauma sobre lo que sucedió. Pero yo temo que no esté ocultando nada.

Parker se volvió hacia él.

—A veces —dijo Frank—, la oigo hablar con otra persona. No cuando está jugando con sus muñecas o cuando se halla en compañía del perro en la habitación, sino cuando está completamente sola. Habla, luego escucha y al poco vuelve a hablar. Sé que es normal que los niños tengan amigos imaginarios, pero esto es distinto. No sabría explicarlo. Me asusta, si es que tiene algún sentido. En esas conversaciones hay una rara intensidad. Incluso le cambia la voz. Suena como una voz de mayor, no sé. Más seria. Como una voz adulta. ¿Con quién puede hablar de ese modo?

—No lo sé —mintió Parker, pero le dio la impresión de que tal vez Frank captó que mentía y prefirió no darle más vueltas.

Frank abrió la puerta del coche y se bajó.

—Gracias por traerme —dijo.

—No ha sido ninguna molestia. Y... ¿Frank?

Frank se inclinó junto a la ventanilla y esperó.

—Gracias por cuidar de las dos.

Frank asintió. No se dijeron nada más. Habían acabado.

May MacKinnon avanzó entre la nieve del jardín de su casa y se detuvo en la linde del bosque, donde la luz de la bombilla exterior de la puerta trasera empezaba a difuminarse. Se volvió a mirar y vio a Alex en la ventana de la cocina, observándola. Le saludó con la mano y él le devolvió el gesto con indecisión.

May recorrió los árboles con la linterna, intentando utilizarla para penetrar en las sombras en lugar de para crear más, pero la noche se tragaba el haz de luz, como una barrita de luz arrojada a un estanque de alquitrán. No vio signos de movimiento, ni gente. Se acercó más, entrando un poco en el bosque. No quería alejarse mucho porque el suelo era desigual y las botas sólo le llegaban hasta la parte baja de las espinillas. Ya no soportaba tener los pies fríos y húmedos.

Y tampoco quería alejarse de la luz.

La linterna fallaba. No hacía mucho que le había cambiado las pilas y casi no la había usado desde entonces. El haz tendría que haber sido más potente. La utilizó para examinar la nieve entre los árboles. Era un bosque de hoja perenne, pero la cobertura que ofrecía el follaje no era perfecta, de manera que buena parte del terreno se había quedado blanco. No había el menor rastro de que hubieran removido la nieve, ni de huellas visibles, pero eso no parecía posible. Por allí había caminado gente hacía unos minutos o menos. Ella los había visto, por Dios santo: hombres y mujeres, pero no niños. Todos eran adultos, y algunos parecían tan mayores que habrían podido ser abuelos.

May no creía en fantasmas. Puede que le hiciera gracia tener antepasados escoceses, pero eso no significaba que le fascinaran los cuentos de hadas ni



los monstruos nocturnos. Ni siquiera iba a la iglesia, aunque tampoco es que fuera una atea convencida del todo. Creía que, si existía una gran fuerza en el universo, no se parecía a un anciano con barba, y no se manifestaba a través de santos y ángeles. A esa fuerza no le importaba que le cantaran himnos y no atendía las oraciones. Se trataba de una presencia sin nombre ni forma, algo que estaba en todo lo que la rodeaba, y en cada faceta de su propio ser. En realidad, May era una especie de panteísta, pero desconocía esa palabra. Ahora ya no la oiría nunca, ni sabría nada más de ella, porque pronto estaría muerta. Se uniría a su marido y la verdad del universo por fin le sería revelada.

Pero no sintió la inminencia de su propia mortalidad mientras estaba entre los árboles, al menos, no mientras el frío de la muerte permaneció oculto a causa del aire nocturno; y el dolor que sentiría cuando llegara sería el mismo que le mordisqueaba ahora las puntas de los dedos y de la nariz, y los lóbulos de las orejas; y las lágrimas que derramaría al final serían las mismas que las dos que le caían por las mejillas cuando el frío le alcanzó los ojos, y un repentino viento gélido cortó el aire como el aliento de una presencia invisible, de una criatura difunta que no desprendía la menor calidez, que exhalaba sólo como parte de su imitación de la vida.

«Aquí no hay nada», pensó. «Estaba equivocada.»

La casa la llamaba con su luz y calor. Retrocedió, alejándose del bosque, y no se dio la vuelta hasta que casi podía tocar la puerta. Sólo entonces apartó la mirada de los árboles y volvió a la seguridad de su hogar.

Y la muerte entró con ella.

Así era como iban estas cosas: tras haber pasado tanto rato hablando con Frank Wolfe, Parker no pudo conciliar el sueño cuando volvió a la pensión. Así que se sentó a la mesa que había junto a su ventana y revisó con más detenimiento que antes los detalles de la vida y la carrera de Jaycob Eklund. No albergaba esperanzas de que emergiera una pauta en una fase tan temprana de la investigación, ni de descubrir un detalle aislado y crucial que pudiera explicar la desaparición de Eklund, pero esta información de partida le sería útil una vez que empezara a registrar la casa y el despacho del investigador. Era un trabajo preparatorio; y él sabía que quien pasaba por alto lo prosaico asumía un riesgo.

Transcurrida media hora no sabía nada que no hubiera sabido cuando empezó, pero se había hecho una imagen que corroboraba la descripción de la ex mujer de Eklund de que era un hombre solitario. Ross le había dado los extractos de las tarjetas de crédito personales y profesionales que se remontaban hasta dos años atrás, pero no había signos de que Eklund tuviera grandes vicios. Parker vio algunos pagos en moteles, del tipo que habría encontrado repetidos en sus propios gastos: viajes profesionales que requerían estancias de una noche en nombre de clientes que habrían recelado de cualquier alojamiento más caro que un Red Roof Inn y de cualquier ágape más fastuoso que un menú de centro comercial, pero nada que indicara que se diera algún capricho, o se lo diera a otro; gasolina; material de oficina; ropa. Y libros. Eklund pedía un montón de libros.

Aparte de alguna comilona esporádica en un Olive Garden o un Outback Steakhouse, y de la creciente biblioteca, Parker podría haber estado

contemplando una versión de su propia vida, y eso le deprimió un tanto. Cerró el portátil y se desvistió para acostarse. Su habitación era una de las más masculinas de la pensión, pero sólo en comparación con las demás, que tendían al tipo de chic rústico que Parker asociaba a las solteras acaudaladas. Las almohadas tenían cenefas de encaje. Si se moría ahí mientras dormía, a sus amigos les costaría contener la risa.

Antes de quedarse dormido, rezó por Rachel y Sam. Rezó también por Frank Wolfe y su mujer. El que sus oraciones fueran en vano o no era algo que le traía sin cuidado. Era la intención lo que contaba.

Pero sabía que, en alguna parte, esas oraciones estaban siendo escuchadas.

—Mamá.

La voz fue un susurro en el oído de May MacKinnon. Se despertó sobresaltada y notó una mano pequeña que le tapaba la boca. Su hijo estaba al lado de la cama, en pijama, con la cara iluminada por el resplandor de reloj digital de la mesita de noche. Eran las once y media. El niño debería estar durmiendo.

—Mamá —repitió—, creo que hay alguien en la planta baja.

Le quitó la mano de la boca. Ella escuchó, pero todo parecía en silencio.

—¿Estás seguro? —susurró ella.

—He oído un ruido.

Ella saltó de la cama. Llevaba puesta una vieja sudadera y un par de mallas con las rodillas desgarradas. Iba descalza. La casa no era muy vieja y no tenía el suelo de rruiseñor<sup>1</sup> que había en la casa de su infancia, un popurrí de sonidos que la mortificó durante sus últimos años de adolescencia hasta entrada en la veintena, convirtiendo en tarea imposible escabullirse ni volver sigilosamente a casa sin armar un jaleo que habría despertado a los muertos.

Alex intentó cogerle la mano, pero ella se la apartó suavemente.

—Tú espera aquí —le mandó—. Si oyes algo que suene como si...

«Como si... ¿qué? ¿Como si me violaran? ¿Como si me asesinaran?»

Finalmente optó por:

—Si oyes algo malo —significara eso lo que significara—, llama a la policía.

Al lado de la cama había un teléfono fijo que Alex podía usar. Ella cogió el móvil que estaba junto al despertador y se lo metió en el bolsillo de las

mallas, luego buscó debajo de la cama y sacó un martillo. No le gustaban las armas, y ciertamente no era partidaria de guardarlas en casa, donde la curiosidad de un niño podría provocar un accidente. El daño que Alex podía causarse a sí mismo con un martillo tenía un límite.

—¡Mamá!

El niño intentó retenerla tirándole de la manga, pero ella se soltó. Saldría al pasillo y escucharía. Si percibía cualquier ruido que indicara la presencia de un intruso, por mínimo que fuera, cerraría con llave la puerta de la habitación y llamaría a la policía ella misma. El Departamento de Policía de Millwood gozaba de buena reputación por responder rápidamente a las emergencias, sobre todo si implicaban a una mujer y un niño amenazados, pero tampoco quería dar una falsa alarma antes de tiempo. Alex estaba aterrado y, para ser sinceros, ella también. Cuando él la había despertado, estaba soñando. En su sueño, Alex y ella se encontraban ante la ventana del dormitorio, observando las figuras que se desplazaban entre los árboles. Ella había salido con una linterna —había leído sobre los gitanos del centro comercial y creía que algunos de ellos podrían haber estado en el bosque—, pero no encontró rastros de huellas en la nieve. Luego había vuelto adentro y...

Entonces fue cuando Alex había hablado.

«Espera», pensó. «¿Qué era el sueño?»

Todavía se estaba esforzando por distinguir lo real de lo imaginado, dos reinos que se fundían en uno, cuando se encaminó a la puerta del dormitorio. No recordaba qué había pasado entre el momento en que había vuelto a la casa y cuando se había despertado acostada. Estaba confusa y notaba un dolor punzante en la cabeza.

Salió al pasillo. La pequeña fuente de iluminación nocturna colocada en el enchufe entre su habitación y el baño estaba encendida, pero la lámpara al pie de las escaleras se había apagado. Ella siempre la dejaba encendida, utilizando una de esas bombillas ecológicas que se suponía que duraban años

y ayudaban a salvar el medioambiente pese a que a nadie parecía importarle un comino. No tendría que estar apagada.

Alex se encontraba en el umbral. Lloraba. ¿Por qué lloraba? Quería abrazarlo, pero no había tiempo, ahora no. Se aferró al marco de la puerta y escuchó. El marco estaba frío y húmedo al tacto. Se frotó el vaho que se le acumulaba entre los dedos. La casa entera estaba helada. No lo había notado en su dormitorio porque éste siempre estaba frío. El radiador llevaba una semana estropeado, así que había ido tirando con una gruesa manta por encima del edredón y una bolsa de agua caliente para entibiar la cama antes de acostarse. Tenía la intención de llamar a alguien para que le echara un vistazo, pero temía que fuera una señal de un problema mayor en la calefacción, y ese mes iba justa de fondos. Ahora parecía que sus sospechas se habían confirmado y la casa entera estaba a punto de congelarse. Mierda: no sería una reparación barata.

—Mamá —dijo Alex por última vez, pero ella no le hizo caso.

Cerró la puerta a sus espaldas girando el pomo para que no hiciera ruido y dejó de ver la cara de su hijo. La calefacción le había dado algo práctico en lo que concentrarse. Bastaba ya de sueños; de figuras en el bosque apenas entrevistas. Y en cuanto a los ladrones, más valía que se fueran de allí antes de morirse de frío en lugar de ponerse a buscar algo de valor en esa casa, aunque tal vez podrían llevarse el televisor al marcharse. Éste tampoco funcionaba muy bien, y el seguro probablemente cubriría uno de esos nuevos modelos HD.

Bajó lentamente las escaleras con el martillo en la mano. Vio más condensación en las paredes. No tenía sentido. ¿Era posible que la temperatura se desplomara tan rápido? Y ella no sentía frío. Eso también era raro. La casa podría haber retado al Ártico en cuanto a la temperatura, pero ella mantenía el calor. ¿Cómo era posible que no tuviera frío? La luz de la luna entraba por el cristal de encima de la puerta principal, líquida y densa. Instintivamente, alzó la mano hacia la luna, como si pudiera cogerla con la

mano, llevársela a los labios y probarla mientras su dulzura le goteaba como miel por la barbilla.

Dejó la mano en el aire. Contuvo el aliento.

Oyó que algo se movía en el salón.

Tobey Thayer tenía un don. No era un don del que hablara muy a menudo, y tenía tanto de maldito como de ser una bendición —a decir verdad, más de lo primero, porque le producía pocas alegrías y gran inquietud—, pero era suyo, y lo convertía en alguien especial.

Thayer se ajustaba con nitidez a la media en todos los demás aspectos de su vida: complexión y altura medias, medianamente apuesto, con una esposa medianamente atractiva, medianamente acaudalado según los criterios de los círculos en que se movía. A sus dos hijos, por suerte, les iba mejor que a la media, y ambos estaban ahora en la universidad, el chico en la de Nueva York y la chica en Amherst. Las dos matrículas universitarias y los gastos eran dos de las razones por las que no era más acaudalado, pero tampoco le concedía demasiada importancia.

Era el dueño de Thayer's Discount Furniture Sales, que tenía tiendas de muebles rebajados en Pensilvania, New Hampshire y Connecticut. El grueso de sus ingresos procedía de los almacenes que había detrás de las tiendas, que era donde exponía los artículos desperejados, que ya no se producían o levemente dañados que él conseguía en proveedores a precio de saldo y los vendía a sus clientes con un incremento del precio lo bastante ajustado para satisfacer sus propias necesidades y las de ellos, que era el truco para ser un buen comerciante. Le iba bien con los nuevos juegos de muebles de baño y sofás, pero éstos implicaban dejar depósitos y hacer encargos. Una gran parte del negocio del almacén se pagaba a tocateja, sin devoluciones. Pasara lo que pasase, el almacén estaba siempre lleno de artículos, así como de compradores que iban a la caza de una oportunidad. Todo el personal de



Thayer empezaba trabajando en el almacén. Era donde aprendían el oficio, como él lo había aprendido de su padre, Freddie, aunque Tobey se diferenciaba de su progenitor en que su propia casa estaba amueblada por entero con lo mejor de lo nuevo, mientras que el viejo papá Thayer había llenado su hogar familiar con el tipo de restos de almacén que ni siquiera el más desesperado de sus clientes habría comprado. Thayer culpaba de los problemas de espalda que sufría avanzada la mediana edad a los muebles del salón familiar, tras darse cuenta, demasiado tarde, de que hasta el suelo habría ofrecido una opción ergonómica más aconsejable.

Justo en el momento en que su padre se empotraba con su coche en el inmenso pilar de un puente, una despejada tarde de verano, mientras conducía por un tramo perfectamente acondicionado de carretera, y moría decapitado al instante, Tobey, que por entonces sólo tenía diecisiete años, estaba sentado a la mesa de su habitación, acabando sus deberes de geografía. Se quedó en blanco durante lo que le parecieron sólo unos segundos, como cuando alguien que está conduciendo cansado se queda dormido un instante antes de despertarse de golpe de nuevo, preferiblemente a tiempo de evitar que se le separe la cabeza del cuello entre las vértebras C1 y C2. Cuando Tobey bajó la mirada a la página que tenía sobre la mesa, descubrió que había hecho un dibujo bastante bueno de un coche aplastado contra la base del pilar de un puente. Incluso le había añadido la matrícula, que era la misma que la del viejo Buick de su padre. Se trataba de algo sorprendente, se mirase por donde se mirase, y no sólo porque Tobey Thayer no supiera dibujar.

La llamada llegó antes de que transcurriera una hora. Tobey tuvo que encargarse de la mayoría de los trámites del funeral, pues su madre, que había amado profundamente a su padre, estaba conmocionada, y nunca llegaría a superarlo. El responsable de la funeraria, John Welsby, que era una especie de artista, sugirió que podía presentarse el cadáver en un féretro abierto, si la familia así lo deseaba, ya que la cara y la cabeza de Freddie Thayer habían quedado considerablemente intactas debido al ángulo en el que el metal había

penetrado en su cuello. Tobey se negó. Las circunstancias de la muerte de su padre eran conocidas por todos, dado que la cabeza había ido a parar al arcén de hierba, a la vista de todos los conductores que pasaban. No quería que la gente se pusiera a especular sobre qué habría bajo el cuello de la camisa abotonada hasta arriba del cadáver.

Tobey no le mencionó a nadie el dibujo que había hecho. Tenía un insoportable sentimiento de culpa después del accidente y hasta temía haber sido de algún modo responsable de su muerte. Después de todo, se había adormilado justamente en el mismo instante en que el coche de su padre se salía de la carretera. La autopsia no mostraba el menor signo de que un infarto fulminante hubiera provocado que su padre perdiera la conciencia tan repentinamente, y Freddie Thayer no tenía motivos, por lo que se sabía, para quitarse la vida. Incluso si hubiera querido hacerlo, de eso no le cabía duda a su hijo, habría encontrado un método más fiable para poner fin a sus días que jugársela con el ángulo de una barra de metal que sobresalía del pilar de un puente. Además, no le hacía ninguna gracia el alboroto: tanto en su muerte como en su vida, habría optado por evitar dar un espectáculo. Los investigadores conjeturaron que su padre podría haberse quedado dormido al volante. Pero el hijo, que era un adolescente y por tanto el centro del universo, temía que, de algún modo, se había creado un vínculo entre su padre y él, y, al adormilarse en su mesa, él había provocado que su padre se adormeciera también precipitando así el accidente que lo mató.

Era un sinsentido, claro, si no fuera por la existencia del dibujo. Él no se deshizo del esbozo y lo guardó en un cajón, oculto entre viejos papeles de la escuela. Su madre nunca miraría ahí, y tampoco es que fuera a ponerse a registrar. Ella se pasaba la mayor parte del tiempo llorando, y no paró hasta que por fin fue a reunirse con su marido cuando todavía no habían transcurrido dos años. A esas alturas, Thayer —que ya no era «Tobey» sino el heredero superviviente y el futuro del negocio— se había puesto a trabajar a tiempo completo en Freddie & Ron's Discount Furniture Sales, bajo la cuidadosa

tutela del hermano pequeño de su padre, Ron, un soltero al que le gustaba pasar las vacaciones en South Beach, en Florida, y que era, como decía uno de los vendedores de la empresa, «rarito como unas navidades judías». Cuando murió el tío Ron, Thayer heredó toda la empresa, que pasó a ser exclusivamente suya, tanto de hecho como de nombre.

Pero en los años posteriores a la muerte de su padre, Thayer había seguido experimentando lo que él consideraba como «momentos»: un atisbo de una mujer caminando entre almiarés, con los pies suspendidos a casi veinte centímetros del suelo, el día antes de que una fotografía de esa misma mujer apareciera en los noticiarios después de que se encontrara su cuerpo desnudo y magullado en un canal de desagüe; la sangre que manaba de las paredes del Departamento de Tráfico local mientras él hacía cola para que le extendieran un duplicado del carné de conducir que había perdido, como si el edificio tuviera llagas, sólo unas horas antes de que un hombre llamado Linus Crewell —un apellido cuya pronunciación coincidía con la de la palabra cruel, pensaría Thayer más tarde— irrumpiera en la sala con un arma semiautomática y disparara una ráfaga, matando a cinco personas e hiriendo a otras siete, sólo porque, según declaró, sus compañeros de trabajo se habían olvidado de su cumpleaños por tercer año consecutivo; una dolorosa rozadura en la mano derecha cuando la introducía desde el coche por la ventanilla de un local de comida rápida, cuya cocina, como se enteraría más tarde, se incendiaría una hora después y moriría una persona y otra se quedaría ciega.

Y éstas sólo eran las consecuencias graves: había perdido la cuenta de las pequeñas, de los incidentes que, en otras circunstancias, casi habrían sido despachados como una simple coincidencia o un *déjà vu*. Suponía que era un vidente, aunque tendía a evitar la expresión, incluso para sus adentros, y no parecía ajustarse a ninguna definición del término que hubiera encontrado.

E incluso si tuviera poderes paranormales o fuera telépata o como quiera llamársele, no era nada que se pareciera a lo que salía por la televisión ni en las películas. Cuando experimentaba esos momentos, siempre tenía una

sensación de distanciamiento, como si estuviera sumido en una especie de vigilia, de sueño despierto, y después padecía unas jaquecas terribles, y sentía el apremio —no, la necesidad— de acostarse y dormir hasta que hubiera pasado el dolor. Sus visiones y destellos tampoco eran fiables: había tenido momentos en tiendas de ultramarinos y cines, y luego no había pasado nada. Nadie había sido tiroteado, nadie había muerto, y la vida seguía. Bueno, eso no era del todo cierto: a veces había cogido un periódico y se había enterado de que, en una tienda de ultramarinos o en un cine a cientos, o incluso a miles, de kilómetros, alguien había recibido un disparo o había muerto. En esas ocasiones, Thayer se tomaba una pastilla para dormir y se acostaba, porque la posibilidad de que fuera una especie de radar para la muerte y el sufrimiento le provocaba ganas de dejar esta vida.

Thayer había investigado, aunque lo había hecho con cautela. Había estudiado a Swedenborg, que creía en un mundo espiritual que existía en paralelo al nuestro, pero quedaba fuera del alcance de nuestra comprensión, y había consultado los textos de John Wesley, cuya firme convicción de que existían fantasmas influyó en el primer metodismo evangélico, una fe que Thayer todavía seguía, aunque no muy fielmente. Pero a Thayer también le interesaban las teorías psicológicas y médicas sobre su aflicción. Creía que era el único vendedor de mobiliario de saldo que podía hablar con conocimiento de causa sobre las teorías de Friedrich Nicolai, quien sostenía que las apariciones de fantasmas podrían estar relacionadas con un desequilibrio de los humores corporales; y de John Ferrier, que las consideraba manifestaciones de una percepción trastornada. Conocía también los experimentos con el magnetismo de Mesmer y Puységur, y la idea de que los fantasmas eran proyecciones de la memoria, o ráfagas de electricidad cerebral, como reacciones a alteraciones electromagnéticas. Pero ninguna de esas teorías podía explicar lo que Tobey Thayer había soportado desde el día que murió su padre.

Su mujer estaba al tanto de su desgracia. Se lo había contado después del

incidente en el Departamento de Tráfico, y le había enseñado el dibujo que había hecho del accidente de su padre. Ella había aprendido a detectar cuándo sufría un episodio, o cuándo algo que había sucedido podía ser un eco de uno, aunque todos fueran tan distintos que incluso a Thayer le costaba encontrar un patrón en ellos.

Todos salvo uno. Desde la primera vez que se había manifestado el don, había tenido un sueño recurrente en el que aparecían unas figuras que se desplazaban por los campos, los bosques y las casas. Entre ellas había jóvenes y viejos, pero no niños. El tipo de ropa que vestían abarcaba siglos, pero ellos formaban parte tanto del presente como del pasado. Percibía que de ellos emanaba una maldad profunda, en particular de su líder, una figura delgada de cabello y barba pelirrojos, con un perfil extrañamente achatado, como si no tuviera la suficiente entidad para ocupar íntegramente tres dimensiones.

Y él sabía cómo se llamaban a sí mismos.

Eran los Hermanos.

Tobey Thayer se despertó en su cama de Greensburg, Pensilvania, con su mujer roncando suavemente a su lado. El reloj marcaba las 11.37 de la noche. La cabeza le palpitaba.

—Basta —dijo a la oscuridad y a la imagen que se desvanecía de la mujer que caminaba a través de ella—. Te están esperando.

May MacKinnon no se dio la vuelta. No regresó a su dormitorio, donde esperaba su hijo para llamar a la policía. La presencia en el salón la llamaba, la convocaba con cien voces distintas y con ninguna, en una gran armonía disonante, ajena a la vez que familiar, como una canción que, una vez oída, se introduce en la propia historia personal, encontrando ecos en melodías antiguas; una configuración en el pasado oculta y que ahora se revelaba.

Un paso, otro: calor en medio del frío, riachuelos de humedad recorriendo la madera, las paredes.

Un llanto imparable.

En el salón había un hombre, sin pelo en la coronilla, con un aro de cabello pelirrojo colgando alrededor como dedos de helechos congelados sobre el cuello de su camisa; su larga barba dejaba el labio superior al descubierto, su edad era indefinida. Llevaba un chaleco oscuro, pantalones y una chaqueta, pero cada pieza formaba parte de un traje distinto. Incluso con aquella luz tenue, May se dio cuenta de que no hacían juego. Tenía las mejillas rubicundas, los labios gruesos, pero su perfil estaba como aplanado, como si una plomada cayera desde la frente a la barbilla, tocando la punta de la nariz, y aun así se mantuviera recta. Estudiaba la fotografía de Mike, May y Alex que había en un marco de plata en el centro de la repisa de la chimenea. Su lengua hacía un ruido rítmico, un chasquido contra los dientes, como el goteo de un grifo o el tictac de un reloj antiguo.

Tck-tck-tck.

May intentó hablar, pero no le salían las palabras.

Tck-tck-tck.

Algo pesado le tocó la espalda. Se dio la vuelta y vio a una mujer joven, con los dedos metidos hasta el fondo en el cuenco de flores secas que había en una mesita auxiliar. La mujer levantó la mano y fragmentos de cítricos y canela secos le recorrieron los dedos. Se llevó la palma a la nariz y olisqueó. Era pelirroja y se había recogido el pelo en una única trenza. La trenza le caía sobre el hombro izquierdo y la mano izquierda jugueteaba con ella mientras la derecha se volvió a sumergir en el cuenco para aplastar lo que había dentro. Su perfil estaba erosionado, como el del hombre mayor que seguía junto a la chimenea, y no se dio cuenta de la presencia de May.

Más movimiento: figuras en la cocina, en el comedor, hombres y mujeres. A algunas creyó reconocerlas del bosque. Estaban tocando sus pertenencias: las olían, las probaban, las acariciaban.

Las rompían.

Y May recuperó la voz.

—Basta —dijo—. Esas cosas no son tuyas.

El movimiento cesó al instante. Las voces que oía en su cabeza se acallaron. El hombre que estaba junto a la chimenea, todavía inclinado hacia la fotografía, dejó de emitir chasquidos. Incluso las motas de polvo suspendidas dejaron de arremolinarse en las corrientes de aire apenas perceptibles. El único movimiento procedía de una polilla invernal, que batía las alas tan despacio que May podía seguir su ritmo con la mirada, inspirando con su ascenso y espirando cuando descendían. El insecto se le acercó, con su lento batir de alas, hasta que quedó suspendido ante sus ojos. Tenía franjas marrones, un tono beis que se diluía en rojo en las alas delanteras, gris en las traseras, moteadas de amarillo. Un macho: las hembras no volaban y no desarrollaban alas. May sabía que eran una especie invasora, capaz de aniquilar huertos de árboles frutales, y no tenía reparo en matarlas.

Miró fijamente los ojos compuestos. Sus cortas antenas se estremecieron. El clamor de voces desapareció de la cabeza de May. Sólo oía el batir de las alas de la polilla. Las oía ahora.

Flap. Flap.

—¿Quiénes sois? —preguntó—. ¿Por qué habéis venido?

Flap... Flap... Flap...

Las alas de la polilla batieron más despacio. «Se caerá», pensó May. «No puede mantenerse en esa posición. Tendrá que caer y morir.»

Un hombre subió por las escaleras mientras, a la vez, el mismo hombre las bajaba, dos momentos en el tiempo fusionándose. Ése no era como los demás. Era un contorno borroso pálido, la impresión de una figura recortada contra la oscuridad, un fantasma en la casa.

Taaaaaa...

El fantasma de las escaleras tenía un cuchillo en la mano. Un hilo de líquido viscoso y oscuro goteaba desde la punta manchando la alfombra, que era de color crudo.

¿Por qué no tengo frío?

La polilla se quedó paralizada.

En su dormitorio, en la cama que en el pasado había compartido con su marido, la sangre había teñido de rojo la almohada. El corazón de May latió por última vez y exhaló mientras era liberada. Su hijo tiraba de la manga de su sudadera. Estaba llorando.

—Aguanta, mamá —dijo—. Quédate.

—Vete con ella —dijo la voz del hombre que estaba a sus espaldas, y Alex sintió que un horroroso filo le penetraba por la espalda y le atravesaba el corazón.



Parker salió temprano hacia Providence. Le dio vueltas a la idea de ir a ver a Sam de camino, ya que todavía no habría salido para la escuela, pero decidió que, por duro que fuera, era mejor dejar las cosas como estaban. Frank y él se habían despedido en términos razonablemente amigables, al menos para lo que era su relación, y cuanto más tiempo le diera a Rachel para que se tranquilizase, mejor. Pero no dejó de sentir una punzada cuando pasó por delante de la salida más cercana a la finca de los Wolfe, así que se distrajo con el programa matinal de la Radio Pública de Vermont.

Habían limpiado las carreteras por la noche, pero la habitual bruma, húmeda y fría, seguía suspendida en el aire matinal; no tan densa como para limitar la visibilidad, pero sí lo bastante para transmitir una sensación de irrealidad. Se sentía como si el reino de las sombras que se había manifestado en la velada con Ross hubiera empezado una invasión y contaminara cuanto tocaba, difuminando los contornos de este mundo. Apagó la radio y siguió viajando en silencio, como si así pudiera acostumbrarse mejor a las cadencias de la transformación.

Cuando estaba a sólo una hora de Burlington, recibió una llamada de Ross en el móvil. El agente del FBI quería un informe de sus avances. Parker le dijo que estaba de camino a Providence en ese mismo momento, lo que no pareció impresionar demasiado a Ross, que habría preferido que Parker ya estuviera allí, y desde hacía tiempo.

—¿Qué has estado haciendo? —preguntó Ross.

—Con el debido respeto, eso no es asunto tuyo.

—Con el debido respeto —replicó Ross— es una de esas expresiones que

en general significan lo contrario.

—Sinceramente, no lo sabía.

Ross no mordió el anzuelo.

—Te he contratado para hacer un trabajo.

—Que es lo que he estado haciendo, además de vivir.

—Entonces, con el debido respeto, tu equilibrio entre vida y trabajo puede que esté descompensado.

Parker todavía estaba explicando la diferencia entre individuos privados y organismos financiados por entero con el erario público cuando Ross puso fin a la llamada. Se preguntó si debería haberle dicho que Angel y Louis se reunirían con él en Providence, y a cuenta de Ross. En cuanto lo pensó, concluyó que era mejor no haberlo mencionado. Sólo habría conseguido preocupar a Ross, lo que no era conveniente. En cualquier caso, Ross ya parecía bastante preocupado tal como estaban las cosas. Para tratarse de alguien con una vida más bien insulsa y apagada, Jaycob Eklund agobiaba considerablemente al agente especial Ross.

Parker empezó a ver carteles de Providence. No conocía bien la ciudad. Había estado un par de veces, una de ellas con Rachel poco antes de que naciera Sam. Recordaba una ciudad que tenía en su interior el eco del pueblo que había sido en otros tiempos, un lugar más bello, con un pasado que se encarnaba en las antiguas iglesias y edificios ahora esparcidos como piezas de un rompecabezas entre edificios anónimos de apartamentos y el gran Providence Place Mall, al menos hasta que se cruzaba el río y se entraba en las calles que rodeaban la Universidad de Brown. También recordaba vagamente que un hombre podía encanecer y hasta perder todo el pelo antes de que el semáforo se pusiera verde para los transeúntes, de manera que los habitantes de Providence llevaban en los genes una tendencia innata a cruzar las calles en rojo.

Y mientras conducía, seguía preguntándose qué le ocultaba Ross sobre Eklund, y por qué.

—Ésta —le decía Angel a Louis— es la idea más cojonuda que se le ha ocurrido a alguien desde que, no sé, desde que a Colón le dio por comprarse un barco.

Los dos hombres y Parker estaban sentados en New Harvest Coffee & Spirits, en Weybosset Street, en parte del recuperado Arcade Providence, el centro comercial más antiguo del país. Por un lado, pensaba Parker, el Arcade Providence era por tanto culpable de la muerte de ciudades, del declive de comunidades y de la construcción del monstruoso Mall of America en Minesota. Por el otro, cualquier sitio que se especializara en ofrecer a un hombre un buen café exprés acompañado de un escocés de malta y un trozo de pastel merecía que se le perdonaran muchas cosas, aunque posiblemente no la creación del Mall of America. Además, estaba claro que alguien se había tomado la molestia de pensar a fondo la renovación del Arcade, y ahora acogía el tipo de negocios destinados a que se los describiera como «eclécticos». El Harvest se encontraba enfrente de una tienda llamada Lovecraft Arts & Sciences, que a Parker le recordó, en el buen sentido, al Strange Maine de Portland. El mundo, concluyó, sería un lugar más pobre sin establecimientos como éstos.

—No está mal —coincidió Louis. El único cubito de hielo de su vaso tintineó agradablemente, aunque hizo que Angel esbozara una mueca. Los dos hombres se diferenciaban en muchas cuestiones, entre ellas algunas nada nimias como la moda en el vestir y la política, pero quienes los conocían tendían a convenir en que era Louis el que poseía más gusto y criterio. Sin embargo, Angel había desarrollado cierto gusto por el whisky escocés,

relacionado en buena parte con el robo de diversas botellas y cajas de interés en un periodo temprano de su carrera delictiva. Louis y él podían permitirse ahora comprar whiskies de un precio y una antigüedad considerables, aunque Angel sostenía que ninguno sabía tan bien como lo que había robado él. «Las aguas hurtadas son dulces, y el pan comido en oculto es delicioso», decía, demostrando de ese modo que el demonio podía citar las Escrituras cuando le interesaba. <sup>1</sup>

Así que era Angel el que tenía unas opiniones muy claras sobre el consumo de whisky, y sostenía que el hielo desvirtuaba los matices de los sabores. Le gustaba añadir un poco de agua a su escocés para empezar, pero nada más. Había conseguido que Louis redujera de tres a uno los cubitos que añadía, pero todavía le dolía ver cómo lo hacía. En cuanto a quienes preferían añadirle soda o, Dios nos ampare, Coca-Cola a su whisky, Angel estaba convencido de que sólo una buena paliza podría enderezarlos.

Parker seguía con el café. La camarera le sonrió cuando le trajo su americano. Tenía una sonrisa bonita. No prometía nada, aparte de amabilidad, pero era el tipo de sonrisa que hacía sentir bien a un hombre.

—Me parece que le gustas —dijo Angel.

—Visto que las otras opciones sois vosotros y el tipo siniestro de oscuro que está allí, eso no quiere decir gran cosa.

Estaban matando el tiempo antes de entrar en el despacho de Eklund, que se encontraba en un edificio con servicios de oficina que alojaba diversos negocios que compartían un pequeño equipo de secretarías y recepcionistas. Estaba al lado de North Main, en una urbanización nueva donde también había una clínica de cosmética dental y una empresa de artículos para mascotas. Parker le había echado un vistazo de camino al centro y vio que la recepción la atendía una mujer que todavía no habría cumplido los veinte. El edificio utilizaba un sistema de acceso con tarjeta para entrar en las oficinas, aunque la recepcionista podía colar a los visitantes. Parecía el tipo de edificio que se vacía a partir de las cinco de la tarde y está muerto desde las seis en adelante.

Cuanto más se aproximara su visita a las horas de cierre de los negocios, de más tiempo dispondrían en el despacho de Eklund. Después, dependiendo de lo que encontraran ahí, irían a su casa.

—¿Crees que parecemos turistas? —le preguntó Angel a Parker. A Angel le gustaba pensar que podía fundirse con la inmensa masa de la humanidad, incluso cuando esa inmensa masa instintivamente diera un paso atrás para apartarse de él y de su socio. Su deseo de pertenencia resultaba conmovedor por imposible.

—Estamos en Providence en febrero —respondió Parker—; si parecierais turistas, imaginarían que estáis locos. Yo diría más bien que simplemente parecéis un par de tíos con armas bajo los abrigos.

—Entonces encajaremos perfectamente aquí si intentamos robar algo —dijo Angel—. Éste es un estado corrupto.

Tenía razón. Parker había leído una vez que se podía acomodar a todos los seres humanos del planeta en el espacio físico que ocupaba Rhode Island. Si eso era verdad, no se irían sin que un político les metiera la mano en los bolsillos. Buddy Cianci, que fue alcalde de Providence durante un total de veintiún años, se vio obligado a dimitir dos veces por delitos graves y pasó cuatro años en una prisión federal por dirigir una organización criminal desde el ayuntamiento, aunque el jurado no lo consideró culpable de conseguir con malas artes que lo admitieran en el University Club, lo que indicaba que aún había una remota posibilidad de redención. Cianci intentó presentarse de nuevo al cargo en 2014, pero a esas alturas era demasiado rico incluso para los estómagos de Providence. Súmese a ello al anterior gobernador Ed DiPrete, que pasó un año en la cárcel por aceptar sobornos de contratistas, y a Joseph Bevilacqua, el presidente del Tribunal Supremo del estado, que dimitió por acusaciones de mantener vínculos con la mafia —y éstos no eran más que los peces gordos—, y el resultado era un nivel de corrupción institucionalizada casi digno de admiración.

—En comparación te hace parecer casi honesto —dijo Louis.

—A mí me da igual que la gente robe —dijo Angel—, lo que no me gusta es que mienta después de hacerlo. Demuestra una falta de orgullo por su trabajo.

Le preguntaron a Parker cómo había ido la reunión con Sam y su psicóloga, y él, a su vez, les contó su charla con Frank Wolfe.

—¿Crees que no le caes tan mal por lo que te dijo? —preguntó Angel.

—Sí, un poco menos mal.

—Vas progresando. Es una pena que a tu ex le caigas ahora peor. Digamos que anula el buen trabajo que has hecho con Frank.

—Eh, gracias por los ánimos.

—De nada.

Parker miró su reloj.

—Es hora de ponerse en marcha.

Angel pidió la cuenta. La camarera volvió y sonrió de nuevo a Parker. «Mierda», pensó él.

La cuenta se quedó encima de la mesa, donde a Angel y a Louis no les costó nada ignorarla. Parker miró la suma total sin tocar el papel. Tenían gustos caros para los licores, eso se lo concedía.

—Ni hablar —dijo Parker—. Ni en un millón de años.

—Gilipollas —dijo Angel y sacó la cartera.

Salieron del Arcade por el extremo de Westminster Street y se detuvieron un momento a observar un halcón peregrino que sobrevolaba en círculo el antiguo edificio del Bank of America, el Superman Building, como todo el mundo lo conocía.

—¿Sabéis lo que significa el nombre de ese pájaro? —preguntó Louis.

Parker y Angel reconocieron que no.

—Errante —dijo Louis—. El halcón nómada. Me gusta.

A veces, pensó Parker, Louis mostraba inquietantes signos de humanidad.

Parker había tomado la decisión de registrar primero el despacho de Eklund. Eso implicaba entrar ilegalmente, pero requeriría menos tiempo que registrar la casa de Eklund, así que tenía sentido quitarse el problema de encima antes. Dejó el coche en un aparcamiento y a Louis al volante.

Por experiencia, Parker sabía que las oficinas alquiladas que ofrecían servicios tendían a contratar a empleados mal pagados. No puede decirse que dieran muchas oportunidades de promoción, y el trabajo era aburrido. Las recepcionistas con las que había que andarse con cuidado solían ser las de más edad, que eran el equivalente humano de un perro que vigila un desguace. Pero la joven seguía detrás de la mesa y parecía capaz de cierto grado de civismo, o al menos eso intuía Parker en su sonrisa.

Angel hizo la llamada desde el otro lado de la calle. Observaron cómo contestaba el teléfono mientras abría a un visitante.

—Soy el señor Eklund del despacho diecisiete —dijo Angel—. Estoy esperando a dos clientes que llegarán en cinco minutos. Puede mandarlos subir en cuanto se hayan registrado.

Si la recepcionista notó que la llamada se realizaba desde una línea externa, no lo mencionó. La mayoría de la gente estaba tan apegada a sus móviles que recibir una llamada de uno, incluso de alguien que tenía un fijo en el mismo edificio, no sorprendía a nadie.

—Así lo haré, señor Eklund.

Angel le dio las gracias y colgó. Los trucos de manual más viejos perduraban por buenas razones. La reacción de la chica también le dijo a Parker algo más: o era nueva en el puesto, o la desaparición de Eklund todavía

no había sido advertida. Esperaba que a ella no se le pasara por la cabeza comprobar si la tarjeta de acceso de Eklund se había utilizado ese día, pero suponía que no se molestaría en mirar. ¿Por qué iba a hacerlo? No estaba vigilando el Congreso.

Cuando Angel y Parker entraron en el edificio, dejando a Louis en el coche, eran cerca de las cinco de la tarde. Se presentaron ante el mostrador y le dijeron a la recepcionista —Carly, según su distintivo— que estaban citados con Jaycob Eklund, y ella les dio unos pases temporales una vez que se registraron y uno de ellos le enseñó algún supuesto documento de identidad oficial. Angel le mostró un carné de conducir: aunque el nombre que constaba poco tenía que ver con el suyo, la fotografía sí guardaba el suficiente parecido con él para engañar a cualquiera que no lo conociera íntimamente.

—¿Cuántos de éstos tienes? —preguntó Parker cuando salieron del vestíbulo y entraron en un pasillo con la zona de ascensores y unas escaleras a la derecha.

—He perdido la cuenta —dijo Angel—. A veces, hasta olvido quién soy.

Subieron por las escaleras hasta la tercera planta. Por el camino, Angel se quitó la chaqueta y dejó al descubierto una camisa en cuya espalda estaba bordado el nombre de una cerrajería, Matchless Lock Services Inc. Pero al final ese peculiar engaño no resultó necesario. El despacho de Eklund estaba cerca del final del pasillo y nadie salió de las demás oficinas cuando Angel forzó la cerradura. La abrió en menos de un minuto. Habría tardado menos con una pistola de ganzúas, pero no tenía sentido llamar la atención con el ruido. Entraron, cerraron y atrancaron la puerta tras de sí.

El despacho de Eklund era poco más que un cubículo con pretensiones. Una mesa barata ocupaba el ancho del espacio delante de una ventana con persianas verticales, dejando el sitio justo para que el inquilino pasara a presión por un lado si quería sentarse. Dos sillas acolchadas con pinta de incómodas estaban ante la mesa. Un cuadro de un irreconocible paisaje colgaba junto a un calendario en la pared de la izquierda, mientras que la



derecha estaba dominada por un archivador con cuatro cajones. Parker intentó abrirlo, pero estaba cerrado, y puso a Angel a trabajar mientras él registraba la mesa de Eklund. No había mucho que mirar. Eklund no utilizaba ordenador de mesa, al menos no en ese despacho, y si tenía una agenda se la había llevado consigo. Los cajones no estaban cerrados, pero sólo había material de oficina, sellos, diversas tarjetas de presentación, un bote de café instantáneo, paquetes de edulcorante y algunos envases de leche en polvo. Ni siquiera tenía una botella de licor barato y un par de vasos de chupito, como los detectives privados de las películas.

Parker pulsó el botón de la luz titilante de los mensajes del teléfono del despacho de Eklund y conectó el altavoz. Había algunos que se solapaban con los mensajes que ya había escuchado en el móvil, pero aun así anotó todos los nombres y números de nuevo. El último mensaje era de una mujer que no llegó a decir mucho más que «Hola» antes de que el aparato la interrumpiera. El sistema interno parecía configurado para recibir una docena de mensajes. Era lo que te daban por un alquiler barato.

A esas alturas, Angel había conseguido abrir el archivador. Parker se pasó la hora siguiente hojeando carpetas que contenían copias de informes para clientes, albaranes, facturas y el resto del papeleo que se acumula en el trabajo de un investigador por cuenta propia. Los casos eran todos normales: seguros, trámites, cobro de deudas, informes legales, algunos fraudes menores, un poco de vigilancia a empleados y un par de casos de custodia de hijos, que, al verlos Parker, le produjeron un leve dolor de cabeza. Nada de todo aquello era reciente, lo que significaba que Eklund seguramente guardaba los detalles de lo que trabajara en ese momento en otro sitio, y sólo archivaba el material cuando acababa el caso. El despacho era un espacio para reuniones y de archivo, poco más. Parker se fijó en que las tarifas por hora y día de Eklund eran más elevadas que las suyas, aunque Eklund seguramente necesitaba el dinero extra para cubrir el coste de su sórdido cubículo. La sala olía a humedad y la alfombra necesitaba una buena limpieza. Aquello le recordó a

Parker por qué no tenía despacho propio: si para trabajar necesitaba ir a un local como ése, se habría sentido mejor viviendo de la asistencia social.

Fuera había oscurecido. A través de las persianas, Parker veía a Louis sentado en su coche. El aparcamiento del edificio se había vaciado llamativamente durante el rato que habían pasado registrando el despacho de Eklund, y el vehículo de Louis era el único en una sección entera. Era hora de irse. Parker no quería que un segurata tomara nota de la matrícula.

Echó un último vistazo al espacio de trabajo de Eklund. Todavía no se hacía una idea precisa de aquel hombre. Tal vez un registro de su hogar cambiara las cosas, pero a Parker el despacho le causaba la impresión de hallarse en un decorado. Si el encargo inicial se lo hubiera hecho otro que no fuera Ross, habría sospechado que se trataba de un montaje. Tal como estaban las cosas, simplemente le parecía desconcertante. Eklund le importaba a Ross, pero, en ese momento, Parker ni había empezado a intuir por qué.

El único detalle personal era una fotografía enmarcada que había sobre la mesa. Mostraba a Eklund —prematuramente encanecido, alrededor de uno ochenta de altura, con unos kilos de más— con el brazo alrededor de los hombros de una mujer mucho más pequeña cuya sonrisa compensaba la falta de atractivo de sus rasgos. Gracias al material que le había proporcionado Ross, Parker la identificó como Milena Budny, la ex esposa de Eklund. La fotografía era anterior a su divorcio —sus anillos de casados eran claramente visibles—, pero no muchos años. Ross le había mandado una fotografía de Eklund de la renovación de su carné de conducir el año anterior, y no parecía muy distinto del hombre de la imagen.

Parker se quedó mirando la fotografía un rato. No conocía a muchos hombres que tuvieran fotografías de ex mujeres en sus mesas de trabajo, al menos no de sus propias ex mujeres.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Angel.

—Sólo remordimientos —dijo Parker—. Creo que ya hemos acabado aquí.

## Tercera parte

Tal vez otras almas que no son humanas nacen a veces en el mundo, revestidas de carne humana.

Joseph Sheridan Le Fanu,  
*El tío Silas* (1864)

Donn Routh, conocido por los Hermanos como «el Primo», llevaba horas viajando, deteniéndose tan sólo para dormir un poco en el motel más barato que encontraba. Después de matar siempre sentía la necesidad de sumirse en el olvido. No sabía por qué.

Si fuera verano, habría entrado en un aparcamiento y pasado la noche en el coche, pero en invierno eso habría significado morirse de frío o quedarse sin batería para mantener la calefacción encendida. No le gustaba gastar dinero en moteles, del mismo modo que raramente comía fuera, y, en esos casos, sólo en establecimientos que ofrecían bufet libre de ensalada o sopa. Tenía un estilo de vida frugal, incluso miserable.

Routh trabajaba como supervisor en una de las mayores lavanderías industriales de Kentucky, aunque entre sus tareas también debía realizar visitas a las lavanderías instaladas en hospitales, cárceles y colegios para asegurarse de que su equipo se mantenía adecuadamente, y dar consejos sobre productos químicos, temperaturas del agua y duración de los ciclos de lavado. Llevaba tanto tiempo trabajando con detergentes que ya casi era incapaz de distinguir otros olores, y su ropa y hasta su propio cuerpo desprendían siempre un leve olor a fragancias químicas.

Seguía viviendo en el hogar de su infancia, aunque sus padres habían fallecido hacía años. Había vendido la mayoría de las posesiones de sus progenitores cuando su madre había seguido a su padre bajo tierra. Se había planteado conservar la cama porque era más grande y cómoda que la suya, pero al final pensó que habría resultado raro dormir en la misma cama en la que fue concebido, aunque cambiara el colchón. Así que la cama se fue con la

ropa, las joyas y el resto del mobiliario, porque no era un hombre sentimental. Quien visitara la casa la habría encontrado vacía en su mayor parte, con la excepción de la cocina, el salón y un pequeño dormitorio. Aparte de en esos espacios, ninguno de los portalámparas del resto de la casa tenía bombillas, ni siquiera en los pasillos.

En la casa no se veían libros ni periódicos, ni otra cosa salvo los más rudimentarios ornamentos de la modernidad: una cocina de gas, una nevera, un antiguo horno eléctrico. La única concesión de Routh al lujo era un televisor de alta definición con una gran pantalla en la que veía Blu-rays, y un equipo de alta fidelidad de primera calidad con diversos elementos: un tocadiscos Clearaudio Concept conectado a un amplificador Rega Elicit-R y un par de altavoces Mythos STS SuperTower. También tenía un reproductor de cedés Cyrus, pero era, sobre todo, un aficionado al vinilo. Su padre había reunido una considerable discoteca de música clásica en vinilo a lo largo de su vida, y el hijo la conservaba intacta y seguía añadiendo sus propias elecciones. Había construido las estanterías que alojaban la colección y era una de las pocas cosas de la vida que le producía verdadero placer.

No tenía hervidor eléctrico y utilizaba con tan poca frecuencia la bañera y la ducha que éstas escupían agua marrón en las pocas ocasiones que las usaba. Routh solía bañarse en el trabajo —ahorraba dinero—, del mismo modo que entregaba la ropa para que se la lavaran a los empleados de la empresa, que trabajaban en unas condiciones muy similares a las de un siglo atrás.

Técnicamente, a los asiáticos y africanos que cargaban los carros, separaban los materiales manchados o desgarrados de aquellos todavía utilizables, y lavaban, secaban y planchaban bajo un calor implacable, entre el vapor y la humedad, todo por treinta y cinco centavos por encima del salario mínimo por hora, se les llamaba «socios de la lavandería», cosa que al Primo le parecía ridículo. No necesitaban ningún título, no para los trabajos que hacían. No eran nada, eran unos don nadie. Él ya ni se molestaba en aprenderse sus nombres, y no sólo porque el cargo les daba derecho a dos

monos de trabajo con la identidad del portador cosida en el lado izquierdo del pecho. Si esos monos se deterioraban, el empleado estaba obligado a pagar unos nuevos de su propio salario. Pocos lo hacían, optando por remiendos para salir del paso antes que sacrificar parte de su paga. Los que se iban, o eran despedidos, se suponía que tenían que devolver los monos para reciclarlos, pero la mayoría se los daba a los que seguían trabajando, que no se molestaban en descoser el nombre antiguo para añadir el suyo propio al uniforme, de manera que la cuestión de los nombres se acabó volviendo más imprecisa si cabe. Tampoco es que a ninguno de los supervisores le molestase: los nombres de los inmigrantes no parecían dar ninguna indicación de su género, por lo tanto ¿sabía alguien si bajo los monos con el nombre de Afua o Abioye, o Ling o Kwong, había alguien con tetas? Sólo era un problema cuando la pifiaban, o llegaban tarde o, simplemente, no se presentaban.

Para poner a prueba su teoría de que ninguna de esas personas importaba de verdad ni nadie se preocupaba por ellas —al menos nadie de la menor relevancia—, Routh, hacía unos años, había secuestrado a un china de veintiún años llamada, según su mono de trabajo, Meixiu cuando la chica corría para coger el último autobús al final de su turno. Routh la entretuvo deliberadamente para separarla de sus compañeros. Le había encargado el trabajo de lavarle las camisetas y los calzoncillos, y luego se quejó de que había utilizado demasiado almidón, y había que volver a hacer la colada entera. Routh no sólo tenía la potestad de contratar y despedir, sino que también podía reducir las horas de trabajo de los empleados o asignarlos a turnos que impedían trabajar a los que tenían hijos a su cargo. No servía de nada predisponerlo en su contra, así que Meixiu obedeció. Sólo cuando Routh dijo que estaba satisfecho con el resultado, ella salió corriendo por el aparcamiento sin molestarse siquiera en quitarse el mono ni las bolsas azules protectoras del calzado. Había un atajo a través del bosque que acortaba en cinco minutos el trayecto hasta la parada de autobús, y Routh sabía que ella lo tomaría. La alcanzó entre los arbustos cuando la chica casi estaba ya a la vista

de la carretera, y le tapó la boca con una mano enguantada para que no pudiera gritar. Ella pesaba muy poco, y Routh era un hombre corpulento. La metió en el maletero de su coche sin mayores complicaciones y le dio una bofetada para que dejara de resistirse mientras le ataba las piernas y las manos con cinta de embalar.

Más tarde, cuando la mató, fue como partirle el cuello a un pajarillo.

Al día siguiente, algunas de las mujeres chinas acudieron farfullando a su despacho. Pocas de ellas sabían hablar algo de inglés, y Jun, su portavoz, estaba sólo un poco más capacitada que las demás para explicar su preocupación por la desaparecida Meixiu. Pero pronto quedó claro que Meixiu estaba ilegalmente en Estados Unidos y que los documentos que había utilizado para conseguir el empleo pertenecían a otra chica, y se les explicó a las mujeres que, si seguían alborotando, la empresa tal vez tendría que revisar más atentamente toda su documentación, y si la policía intervenía, seguro que la gente de inmigración llegaría después y...

Bien, a saber adónde había ido Meixiu. Esa gente vivía según sus propias reglas. Meixiu no era siquiera su verdadero nombre. Una de las mujeres dijo que se llamaba Yingtai. Cuando Routh lo oyó, le pareció que le sonaba de algo. Era posible que la chica hubiera pronunciado ese nombre poco antes de morir.

Nadie avisó a la policía, y Routh no fue interrogado, aunque creyó ver suspicacia en la mirada que le dirigían algunas mujeres los días y semanas posteriores. A él no le importaba. No quedaba rastro de Meixiu, o Yingtai, o como se llamara. Ésa era una de las ventajas de conocer las sustancias químicas y sus usos.

Routh no volvió a hacer daño a ninguna otra mujer de la lavandería. Ni siquiera había violado a aquella china. Sólo le interesaba demostrar su teoría.

Routh no hacía vacaciones. El descanso anual que le correspondía cada año lo pasaba en casa, escuchando música y viendo documentales y películas antiguas. Nunca estuvo enfermo y por tanto era el único empleado de la

empresa del que no constaba que hubiera faltado ni un solo día por enfermedad. Era educado con sus superiores y —con la notable excepción de la desafortunada chica que había acabado muriendo en su bañera— por lo general trataba razonablemente a los socios de la empresa. Y aunque no le caía especialmente bien a nadie, a muy pocos les caía mal. Aquellos que en el pasado habían murmurado sobre él y le habían mirado con suspicacia, habían abandonado el trabajo hacía mucho.

No estaba solo. A veces, los Hermanos acudían a verle. Él abría los ojos mientras estaba tumbado en el sofá, con unos auriculares Beyerdynamic DT 880 acoplados a las orejas, y observaba cómo uno de ellos se deslizaba por la habitación o estaba en un rincón balanceándose al ritmo de la música, que podría haber sido la misma que él estaba escuchando o posiblemente una melodía de otros tiempos y procedencia. Esas apariciones no le perturbaban. Todos compartían la misma sangre. Con el tiempo, él ocuparía su lugar entre ellos, y para él sería como desplazarse entre dos mundos. Entre los varones de su familia era raro poseer ese don para las visiones. Solía asociarse más con la rama femenina, pero Routh era peculiar en muchos sentidos, entre ellos, y no el menos llamativo, su predisposición a cometer homicidios, y los de su sangre que le habían precedido habían contraído una gran deuda con él por sus esfuerzos.

A Routh no le gustaba salir de casa más allá de lo que le requería el trabajo. Era una criatura de rutinas. Sólo las incumplía por la familia. A Routh le hacía gracia la ironía de que un hombre que trabajaba para una empresa de lavandería fuera a la vez responsable de limpiar los cabos sueltos y resolver desaguisados. Era un deber, no una carga. Matar no le producía placer —no era un sádico—, pero tampoco le desagradaba. Era un hombre práctico.

Routh mantenía las distancias con el resto de sus parientes. Era el pacto al que habían llegado todos, solo por sí, debido a un infortunio, llegaban a detenerlo, cosa que no creía probable que sucediera. Era meticuloso y contaba



con la protección de los Hermanos. Ellos no permitirían que le ocurriera nada malo a su sicario.

La carretera se desplegaba delante de él, veía los copos de nieve ante sus faros como si el mundo mismo estuviera desintegrándose, ardiendo en un fuego frío que lo convertía todo en ceniza blanca. Había solicitado con muy poca antelación tres días de permiso en la lavandería. Le habían pedido que resolviera los problemas que les estaba ocasionando el investigador privado, Eklund; entre ellos el de May MacKinnon e, inevitablemente, su hijo. Le irritó que su jefa hubiera resoplado y mostrado su disgusto cuando él le comunicó su deseo de tomarse unos días de vacaciones. La mujer —se llamaba Wendy Bray, llevaba demasiado maquillaje y hablaba demasiado alto para su gusto— era nueva y no estaba al tanto de sus costumbres. Detectó en ella una vaga hostilidad hacia él, aunque no le había dado ningún motivo. Se preguntó si algunos hombres y mujeres estaban más dotados que otros para atisbar una potencial inmoralidad en aquellos con los que se cruzaban, si eran capaces de un reconocimiento rudimentario de una posible amenaza. No le preocupaba, sólo sentía curiosidad. El provocar ansiedad no era causa de despido, al menos la última vez que lo había consultado.

Bray aceptó su petición de mala gana, y eso que él había mentido y le había contado que quería asistir a un funeral. Incluso encontró un funeral apropiado en la Costa Este con el que justificarse si se le pedía, pero Bray no mostró ningún interés especial en indagar más a fondo en el asunto y le firmó el permiso. Contando con el fin de semana, eso le daría casi cinco días enteros para hacer lo que debía, aunque esperaba estar de vuelta en casa un día antes. Podría haber regresado aún más pronto si hubiera cogido un avión, pero no le gustaban los aeropuertos ni los aviones. No tenía miedo a volar, pero la cercanía de tantos desconocidos le incomodaba, así que había conducido primero hasta Millwood, desde donde ahora continuaba camino a Providence, con una caja de cedés en el asiento del copiloto de la que sacaba lo que quería

escuchar. El placer del viaje sólo se veía alterado por la persistente irritación que le había causado la actitud de Bray.

En algún punto cerca de la frontera meridional de New Hampshire, decidió que mataría a esa Bray: no ese año, ni siquiera el próximo. Es más, estaba dispuesto a dejar transcurrir una década y esperar a que la mujer cambiara de empleo o dejara de trabajar para formar una familia, antes de ir a por ella. Tenía mucha paciencia.

Tras haber decidido esas acciones futuras, su ánimo mejoró. Puso una grabación del *Concierto para piano* de Ravel de 1957, interpretado por el huidizo pianista italiano Arturo Benedetti Michelangeli, que siempre se había mostrado reacio a grabar sus interpretaciones en disco. La grabación se realizó en el Estudio 1 de las instalaciones de EMI en Abbey Road, en Londres. Más tarde, los Beatles colonizarían el Estudio 2, lo que el Primo consideraba un signo de la caída en picado de los criterios de calidad y buen gusto. El disco también incluía la grabación de Benedetti Michelangeli del *Concierto para piano n.º 4* de Rajmáninov, y con los compases de Rajmáninov entró en Providence y tomó la dirección de la casa de Jaycob Eklund.

Tobey Thayer estaba sentado en su oficina, entre el almacén y la planta principal de la tienda de Greensburg, esforzándose por mantener la concentración en el papeleo que tenía delante. El almacén acababa de recibir una entrega de una considerable remesa de muebles y piezas sueltas de poca calidad, y por eso seguía todavía ante su mesa cuando el reloj se acercaba a las siete de la tarde. Raramente se quedaba más allá de las cinco. Después de todo, ¿qué sentido tenía ser el rey si debías trabajar como un siervo? Su padre nunca había aprendido esa lección, tal vez porque nunca se sentía tan feliz como cuando estaba en la tienda, vendiendo tresillos desvencijados a gente en cuyas caravanas apenas cabían. Aunque, bien pensado, Freddie Thayer habría vendido incluso uno de sus brazos —o, mejor aún, el brazo de otro— si hubiera creído que podía sacar algún beneficio de la venta.

Thayer cogió el móvil y pulsó el botón de rellamada. Había perdido la cuenta del número de veces que había intentado ponerse en contacto con Jaycob Eklund desde que se despertó sintiendo la presencia de los Hermanos. Escuchó de nuevo el mensaje que decía que el buzón de voz de Eklund estaba lleno. Tampoco tuvo más suerte con el número de la oficina, y el de su casa sonaba hasta que se interrumpía el tono de llamada. En los tiempos que corrían, parecía imposible que no pudiera ponerse en contacto con alguien.

Thayer experimentó un fugaz *flashback* a cuando tenía veinte años y un malentendido entre él y una chica llamada Laurie Naylor dio lugar a un grave distanciamiento en su relación, una grieta que él acabó convencido de que Laurie intentó ensanchar buscando consuelo en brazos de Bobby Welbeck, que era un musculitos y un gilipollas, pero ejercía un extraño poder sobre el otro

sexo. Casi todos pensaban que se la habían chupado más mujeres que las que se habían ahogado en el *Titanic*, cifra que superaría las ciento diez, como poco. Cantidad que al joven Thayer le había parecido un montón, pero ¿qué sabía él? Para ser sincero, tres chicas ya habrían sido muchas desde su punto de vista.

Thayer fue a buscar a Laurie a su casa al día siguiente, sábado, sin éxito; luego se dirigió a casa de sus amigas, y al final fue de puerta en puerta para intentar dar con ella antes de que hiciera algo que luego Laurie, y sin duda él, seguramente lamentaría. Resultó que Laurie acababa de irse al cine con una de sus primas y por tanto no había añadido su nombre al Muro de la Fama de Welbeck. Thayer, ansioso por evitar que se repitiera semejante estrés, se apresuró a pedirle a Laurie que se casara con él, y aquella fue una de las mejores decisiones que tomaría en su vida. Ahora, mientras intentaba contactar con Jaycob Eklund, sintió un momento de sintonía con su yo juvenil: un momento inoportuno, pero extrañamente doloroso.

—¿Señor Thayer?

Levantó la mirada. Eric Louvish, uno de sus mejores vendedores, estaba en la puerta del despacho.

—¿Qué ocurre?

—¿Se acuerda de aquel sofá de dos plazas Ashton con una tara? Tengo a un tipo interesado, pero no quiere dar más de ciento cincuenta por él.

Thayer se acordaba del sofá. Conocía bien todo lo que tenía en existencias.

—¿Se queja de la mancha?

Una mancha de aceite, y muy fea.

—Sí —dijo Louvish—. Tal vez si usted pudiera...

—Acepta los ciento cincuenta.

Louvish se removió ligeramente. El Ashton se vendía por 399 dólares nuevo, y la mancha no se vería si ponías el sofá en un rincón de forma que la parte derecha y la de atrás quedaran ocultas. El comprador soltaría otros cincuenta si el jefe salía y ponía en práctica sus artes mágicas. Cinco minutos

por cincuenta dólares. Y también contaría para el total de ventas de Louvish, porque iba empatado con Alyce Voycich en su carrera por conseguir la prima que Thayer daba cada mes al empleado que vendiera más piezas. Alyce Voycich tenía un par de tetas de muñeca Barbie, lo que le daba una ventaja de partida, aunque era lo bastante inteligente para abotonarse un botón de más cuando negociaba con parejas.

—¿Está seguro?

—Sí. No puedo ocuparme de esa mierda en este momento. Anótalo como doscientos en tu hoja de ventas, con una nota sobre la diferencia. Lo tendré en cuenta a fin de mes.

Louvish se encogió de hombros. No era normal que el jefe se quedara en la silla de ese modo. Puede que no fuera como su padre, pero todavía le corría sangre de Thayer por las venas.

—Y cierra la puerta al salir, ¿quieres? —añadió Thayer—. Necesito un poco de paz y tranquilidad para ocuparme de esto. —Hizo un gesto hacia los albaranes de reparto que tenía sobre la mesa, aunque hubiera sido capaz de revisarlos dormido.

Louvish asintió y cerró la puerta al salir. La puerta del jefe raramente estaba cerrada, pero cuando la cerraba, el personal sabía que no se le podía molestar. Louvish volvió al almacén, consiguió que el cliente subiera a ciento setenta y cinco dólares por orgullo y completó el papeleo antes de insinuarle a Alyce Voycich que el señor Thayer podía estar enfermo.

En su oficina, Thayer cerró los ojos apenas un instante. Le dolía la cabeza y estaba experimentando aquel desagradable hormigueo en las extremidades. La sensación no había desaparecido del todo desde que se despertó por la noche. Notaba los dedos de las manos y de los pies hinchados, y los zapatos le apretaban.

Cuando volvió a abrir los ojos, habían transcurrido veinte minutos, y Alyce Voycich lo miraba fijamente a través del cristal de la puerta, con la mano en

alto como si dudara en arriesgarse a llamar. Tal vez ya había llamado, pensó Thayer, y no la había oído porque se había quedado dormido.

Pero no se había dormido, no. Es posible que hubiera cerrado los ojos y que su conciencia se hubiera desconectado un rato, pero aun así había estado ocupado. Tenía un lápiz en la mano derecha, y con la izquierda sostenía una factura sobre la mesa. En el reverso había dibujados varios esbozos de la misma cara, todos de perfil y todos con una nariz y una barbilla achatadas. Los retratos a lápiz eran tan buenos como los que dibujaba siempre. Tenían algo de elegante y arcaico, a pesar de la fealdad del sujeto retratado.

Porque aquel sujeto era feo: feo más allá de lo imaginable, más allá de su aspecto exterior.

Thayer dejó el lápiz en la mesa. El hormigueo había desaparecido. Incluso remitía el dolor de cabeza. Era como si al dibujar hubiera reventado un forúnculo dejando que saliera el pus, aliviando su incomodidad.

Durante un rato.

Llamó de nuevo a Eklund. Nada.

Absolutamente nada.

La casa de Jaycob Eklund era una vivienda de estilo *bungalow* en Fox Point, en el este de Providence.

—Tío —dijo Louis—, este sitio hace que Williamsburg parezca Salt Lake City.

No andaba muy equivocado. Fox Point era tan *hipster* que Parker creía que llamaba la atención simplemente por no llevar barba, mientras que Louis tenía la impresión de que todo el mundo lo miraba sólo por ser negro. El único de ellos que podía haberse confundido razonablemente con el paisaje era Angel, aunque sólo fuera porque llevaba tres días sin afeitarse y lucía un sombrero de lana. Pasaron por delante de varias cafeterías al recorrer Wickenden y sus alrededores intentando orientarse entre tiendas de antigüedades, discos de segunda mano, juguetes sexuales, alfombras y joyas. Costaba creer que todo eso hubiera sido tierra de cultivo hasta la construcción del primer puerto de la ciudad en India Point, después de lo cual Providence se afanó por acelerar la perdición del mundo exportando cantidades ingentes de ron. Ese pasado marítimo e industrial ahora sólo era visible en algunos de los edificios más antiguos, mientras que la gentrificación, avivada por los estudiantes de la cercana Brown, había expulsado de la zona a la mayoría de los antiguos residentes.

Parker había investigado la situación inmobiliaria de la propiedad de Eklund. Éste y su mujer habían comprado en un buen momento, antes de que Fox Point se convirtiera en un lugar atractivo para los jóvenes y acaudalados, y el valor de la casa había aumentado lo suficiente cuando se divorciaron para permitir que Eklund se aprovechara de su participación en la propiedad y

comprara la parte de su esposa. Aun así, la casa parecía demasiado grande para las necesidades de un soltero, pero Parker se dio cuenta de que no era quién para criticar a Eklund por no vender y comprarse algo más pequeño, cuando él mismo seguía trasteando en su casa de Scarborough. Además, ¿por qué iba a vender Eklund si no quería? Vivía en un barrio bullicioso e interesante, y su casa no iba a perder valor a medio plazo. Mientras pudiera asumir los impuestos, estaría bien.

La casa era la más pequeña de Arnold Street, una calle que tenía dos hileras gemelas de viviendas de varios estilos, en su mayoría del siglo XIX, no lejos del cruce con Brook. Tenía un pequeño jardín tanto en la parte delantera como en la trasera. Una verja de hierro forjado señalaba el límite, y un seto bajo la rodeaba por detrás. Una zona de juegos infantiles ocupaba una de las esquinas del cruce, y fue ahí donde Parker y Louis dejaron a Angel antes de dar otra vuelta y recogerlo de nuevo en la siguiente esquina.

—La casa está a oscuras —dijo Angel—, pero por lo que he visto tiene una alarma monitorizada. Lo principal es entrar y anular la sirena antes de que alguno de los vecinos se preocupe y llame a la policía.

Rebuscó en su mochila y con una mano sacó una caja negra del tamaño aproximado de cuatro cajetillas de cigarrillos, mientras que en la otra llevaba unos alicates. Agitó la caja ante Parker.

—Un inhibidor de señal de móvil. Potente.

Parker sabía lo que era. Llevaba uno en la caja de herramientas de su coche, sólo por si acaso, aunque el suyo era un modesto dispositivo de corto alcance. El de Angel parecía capaz de anular toda una manzana de una ciudad, y, de paso, dejar estériles a todos los varones en las cercanías. El inhibidor se encargaría del servicio de monitorización. La primera tarea de Angel consistiría en cortar la conexión de teléfono fijo entre el sistema de alarma y el centro de monitorización de la empresa de seguridad. Cuando lo hubiera hecho, la alarma intentaría mandar una señal desde un transmisor utilizando la



red para móviles, y para eso estaba el inhibidor, que garantizaba que esa señal sería bloqueada.

Angel los dejó y desapareció entre las sombras por un lateral de la casa de Eklund.

—¿Sabes? —dijo Louis—, para ser tres tipos que supuestamente le están haciendo un favor al FBI estamos infringiendo un montón de leyes.

Parker no podía discutirse. Ciertamente estaban cometiendo un buen número de actos ilegales en nombre de un organismo del Estado, o de uno de sus agentes, que no era lo mismo. Estaba casi seguro de que Ross dejaría que la policía se los comiera vivos si los detenían por robar en la casa de un agente jubilado, o les haría sudar un rato por ser tan lerdos de dejarse atrapar. Parker había estado en la prisión de más estados de los que podría enumerar. No tenía ganas de añadir Rhode Island a su colección.

La alarma de la casa de Eklund se disparó. Aunque esperaban que eso ocurriera, el ruido fue escandalosamente alto. Parker empezó a contar los segundos. Seguía sonando cuando llegó a cinco, y también a diez.

—Mierda —dijo Louis—, a lo mejor quiere que lo detengan.

Parker ya había contado hasta quince cuando la alarma se detuvo. Se encendió una luz en un edificio al otro lado de la calle, y vio movimiento en una ventana. Esperaron. Parker sabía que Angel ya no estaría en la casa y esperaría en las cercanías, por si alguien llamaba a la policía. Dejaron pasar veinte minutos, sólo para asegurarse, pero ningún coche patrulla del Departamento de Policía de Providence ni ningún vehículo de una empresa privada de seguridad se acercó.

Una luz parpadeó una sola vez desde los arbustos que había a la derecha de la casa, donde Angel se había perdido de vista en un primer momento.

—Supongo que es para mí —dijo Parker—. Pero no podremos contactar contigo una vez que estemos dentro.

Anular la conexión a la red para móviles les permitía entrar en la casa, pero también inutilizaba sus propios aparatos, lo que implicaba que Louis no

podría avisarles si se acercaba alguien. Lo mejor que podía hacer era tocar la bocina, pero en ese caso también podría haberse esposado él mismo antes de tumbarse boca abajo en la acera para ahorrarle las molestias a la policía. La segunda opción, sólo un poco mejor, era activar la alarma del coche, y eso es lo que acordaron. Louis llevaba un abrigo Chesterfield gris con el cuello aterciopelado sobre una chaqueta de seda italiana y una camisa y un jersey de cuello alto, así que parecía lo bastante respetable para evitar una detención por CN —Conducción siendo Negro— en caso de atraer la atención policial, y se encontraba lo bastante cerca de bares y restaurantes para que pareciera plausible que hubiera aparcado en una calle residencial. Si tenía que moverse, los esperaba en South Main.

Parker se apeó del Lexus de Louis y dio unas palmadas en el techo a modo de despedida.

—Así que me quedaré aquí con el coche, mi amo —dijo Louis—. Si ve a Miss Daisy, saludela de parte del viejo Louis.

—Si te detienen —dijo Parker—, procura convencerles de que eres nuestro abogado.

—Si os detienen a vosotros, estaré en Massachusetts antes de que os den calderilla para que podáis llamarme.

Parker cruzó el jardín de la casa de Eklund y se dirigió a la parte de atrás, donde Angel había abierto la puerta para entrar a través de la cocina. La alarma todavía sonaba débilmente desde la caja que había junto la puerta delantera, pero, aparte de eso, reinaba el silencio.

—La casa está despejada —dijo Angel. Por algunas amargas experiencias anteriores, sabía que aunque un edificio estuviera a oscuras, con las puertas y ventanas cerradas y el sistema de alarma activado, eso no implicaba que no hubiera nadie dentro. Se había tomado la molestia de echar un rápido vistazo a las habitaciones—. Pero la puerta del sótano está cerrada con llave.

La puerta en cuestión quedaba a la izquierda de la cocina. Parker le dijo a Angel que la abriera mientras él comprobaba la nevera. Si Eklund tenía

pensado irse de casa durante largo tiempo, aunque no le hubiera contado sus intenciones a nadie, no se habría tomado la molestia de hacer acopio de comida. Pero Parker encontró embutido, leche, nata y un par de pechugas de pollo marinadas a la tailandesa, todo con fechas de caducidad que o bien eran inminentes o acababan de cumplirse. También había fruta en un cuenco en el fregadero y una hogaza de pan de masa fermentada en una bolsa cuidadosamente sellada, en la panera. El cubo de la basura no había sido vaciado y empezaba a oler mal. Allá donde hubiera ido Eklund, no había tenido la intención de quedarse por mucho tiempo.

Parker se sacó una linterna del bolsillo y la encendió a la menor potencia posible, que equivalía a poco más que un haz que sólo iluminaba el centro de una diana. Seguía siendo instintivamente cauteloso, aunque Angel había bajado las persianas de las ventanas de todas las habitaciones. Los haces de luz de las linternas en una casa por lo demás a oscuras era una forma infalible de llamar la atención.

El interior olía a rancio. Estaba relativamente limpio, pero tenía el aire de leve dejadez que Parker asociaba con cierto tipo de hombre soltero. Los armarios de la cocina contenían algunos ingredientes interesantes y exóticos, lo que indicaba que a Eklund le gustaba cocinar un poco, pero, aparte de ese detalle, se aproximaban mucho a lo que Parker había imaginado, dado lo que sabía del investigador. Una vitrina de cristal en el salón exhibía varios trofeos y condecoraciones, algunas de las cuales se remontaban a un pasado tan lejano como el instituto de bachillerato de Eklund, y otros de los años que había pasado en la Policía del Estado de New Hampshire y en el Departamento de Policía de Providence. En la vitrina había también un montón de fotografías, aunque los que aparecían, con la salvedad de su ex, eran exclusivamente hombres: policías, compañeros deportistas, además de un par de Eklund con jugadores del equipo local de béisbol. Una camiseta firmada y enmarcada de los Providence Bruins, el equipo de hockey, colgaba de la pared detrás del desgastado sofá, y un televisor de pantalla plana dominaba la pared encima de

la chimenea, en la que se amontonaba leña reciente hasta arriba. Al lado, había más leña en un cubo rojo. Una larga estantería contenía una mezcla de novelas muy masculinas e incluso ensayos también masculinos, incluido un estante entero de volúmenes sobre JFK. Los Blu-rays, que se alineaban en una vitrina separada junto al televisor, eran de películas de acción, series de la HBO y comedias, junto a unos cuantos documentales de deportes.

—¿Has abierto ya esa puerta? —le preguntó a Angel.

—Paciencia. La primera cerradura era fácil, pero también tiene una de seguridad de doble cilindro bastante buena, y la puerta es de acero. La cerradura de seguridad puede requerir diez golpes en la puerta, y si le sumas la puerta de acero, el ruido que habría hecho intentando echarla abajo se hubiera oído en Florida.

Parker prosiguió su registro. La casa tenía tres dormitorios, en uno de los cuales había una cama de matrimonio y armarios en los que se apilaba ropa masculina envuelta en plástico para protegerla de las polillas. Parker dio unas palmadas en la colcha y levantó polvo. Hacía tiempo que no se utilizaba. Un segundo dormitorio, más pequeño —que le produjo a Parker una leve sensación de claustrofobia en cuanto entró debido al techo inclinado, el escaso espacio de suelo libre y una ventana que le recordó con desagrado la puerta de un horno—, estaba dedicado a aparatos de gimnasia, entre ellos una bicicleta estática y algunas mancuernas de peso medio y ligero. Tenía un baño anexo, aunque pequeño, con ropa dentro de una bolsa de la colada sujeta a un marco de madera. Parker abrió el botiquín y vio varios medicamentos, entre ellos metformina para tratar la diabetes de tipo 2 y una receta de un antiinflamatorio no esteroideo, seguramente para la artritis. Una caja abierta de doce condones ocupaba el estante de arriba. Se habían usado tres. Parker miró la fecha de caducidad en la caja y vio que era de 2013. O bien Eklund había abandonado el sexo seguro o estaba pasando un periodo de sequía en sus relaciones con mujeres.

Parker prosiguió el registro, pero encontró poco de interés, aparte de una

pequeña caja de seguridad para pistolas en uno de los armarios. La caja estaba abierta y vacía. Adondequiera que se hubiera dirigido Eklund, había ido armado.

Oyó un ruido en las escaleras y luego la voz de Angel llamándole.

—La he abierto —dijo.

La puerta del sótano estaba entornada. La linterna de Parker reveló un tramo de escaleras de madera y un interruptor de la luz a su izquierda. No había ventanas, lo que significaba que no se corría el riesgo de llamar la atención de un vecino si encendían la luz. Parker pulsó el interruptor y se encendió una serie de fluorescentes, tras lo cual bajó con Angel, él por delante.

Se detuvieron al pie de las escaleras y miraron fijamente las paredes que les rodeaban.

—Felicidades —dijo Angel—. Acabas de encontrar a alguien que es todavía más raro que tú.

Donn Routh llegó a Providence, pero debido a un accidente de tráfico, y luego por su propio desconocimiento del trazado urbano de la ciudad, llegó más tarde de lo previsto al barrio de Fox Point. No tenía GPS, y tampoco *smartphone*. Su móvil era un anticuado y maltrecho Nokia de tapa que había sido objeto de tantas reparaciones que sólo estaba seguro de que la funda era la única pieza original. Le gustaba el Nokia porque podía quitársele la batería con facilidad, y un móvil con una batería extraíble era prácticamente ilocalizable, siempre que se tuviera cuidado con el lugar y la forma de usarlo. Para Routh, era poco más que un servicio de contestador móvil en el que los Hermanos podían dejarle mensajes, siempre formulados en los términos más inocuos. Entonces él devolvía las llamadas utilizando tarjetas telefónicas y teléfonos públicos.

Incluso al llegar a Fox Point se sentía incómodo; ésa no era su gente, y nunca lo sería. Se sentía distanciado de ellos a causa de su propia naturaleza ajena, como si esos jóvenes privilegiados pudieran detectar su otredad, de manera que si miraba por el espejo retrovisor, sólo veía caras que no apartaban la vista de él, siguiendo sus movimientos para asegurarse de que seguía adelante y no intentaba infiltrarse en sus filas.

Entró en Arnold Street y entrecerró los ojos para ver los números de las casas a su derecha. Llevaba las llaves de Eklund en el bolsillo y había memorizado la clave de la alarma, así que no le preocupaba cómo acceder a la casa. Conocía los nombres de los vecinos y estaba al tanto del estado de las relaciones de Eklund con ellos. Sabía que no se llevaba bien con el hombre que vivía a la derecha; era por algo que tenía que ver con un árbol y lo mucho

que sus ramas se extendían sobre la finca del vecino. Por esa razón, los dos hombres no habían intercambiado una palabra educada desde hacía siete años, poco después de que el vecino, un joven cocinero dueño de un restaurante, adquiriese el inmueble. Las relaciones con la pareja de la izquierda eran mejores, aunque los dos trabajaban muchas horas fuera de la ciudad y raramente volvían a casa antes de las siete o las ocho. En cuanto a los demás, Eklund se limitaba a saludarles y nada más. Era improbable que alguno se hubiera percatado de su ausencia o, si se habían dado cuenta, que le preocupara demasiado.

Routh aparcó de tal manera que se veía desde la casa de Eklund y apagó el motor. Iba armado con una Heckler & Koch USP 9, y el cuchillo de hoja larga que había utilizado contra May y Alex MacKinnon, la misma arma que, curiosamente, había utilizado contra Mike MacKinnon, cuyo asesinato había causado buena parte de todos estos problemas a los Hermanos. Routh poseía legalmente varias armas de fuego, y había adquirido algunas más que consideraba desechables, pero sólo iba con una encima si estaba convencido de que tendría motivos para usarla. De otra forma, no merecía la pena correr el riesgo de atraer la atención por llevar un arma, aunque fuera una legal.

Para el trabajo de Eklund había optado por llevar una pistola. Si lo pillaban dentro de la casa, tendría problemas, tanto con arma como sin ella. Armado, podría encontrar una vía de escape. La enorme caja de herramientas que guardaba en el maletero del coche estaba llena de diversas piezas y utensilios, como varios fragmentos de tuberías. Disimulado entre ellos había un silenciador Osprey, que era ilegal en el estado de Rhode Island. Routh lo sabía, pero no le preocupaba. Sólo un ojo muy experto sería capaz de distinguir el Osprey mezclado entre las tuberías.

Su tarea ahí era sencilla: eliminar de la casa de Eklund cualquier rastro de las investigaciones que había estado realizando sobre los Hermanos. El ordenador portátil de Eklund ya estaba en su posesión, dado que el investigador lo llevaba oportunamente consigo. Con el tiempo, la desaparición

de Eklund sería a su vez investigada, y la ausencia de su portátil, así como la eliminación de documentos, podrían ser descubiertos. La casa se convertiría en el escenario de un posible crimen. Al menos, el trabajo del Primo no le permitía hacerse ilusiones sobre la capacidad de los seres humanos para contaminar, deliberadamente o no, los espacios por los que se movían. Teniéndolo presente, llevaba consigo un par de monos de trabajo desechables de la lavandería, así como los protectores de pies de tamaño grande que, con el mono, hacían que pareciese que iba vestido con un pelele, pero de ese modo no tendría que quitarse los zapatos. También llevaba un par de guantes protectores Hatch y una mascarilla antipolvo de plástico. Todo iba dentro de una mochila negra en el maletero del coche. Si por una rara casualidad lo paraba la policía, su empleo le ofrecía la excusa perfecta para llevar ese tipo de materiales. También tenía un par de bolsas extensibles para meter lo que decidiera llevarse de la casa.

Estaba a punto de abrir la puerta del coche cuando vio a la chica muerta en la calle.



A Louis no le gustaba hacer de centinela. Estar alerta por si llegaba la policía le hacía sentirse como el tonto de la banda, el que solía acabar muerto. Aunque en esta ocasión comprendía la necesidad de asumir la función de vigía, eso no le hacía sentirse mejor.

Y tampoco se fiaba de Edgar Ross. Las actividades de Louis en el pasado, además de algunas de las actuales, no le daban motivos para querer asociarse con el FBI ni con ninguna otra rama de las fuerzas de la ley, pero su lealtad a Parker le había empujado a la órbita de Ross. Intentaba ver el lado positivo del acuerdo, pero tenía que sortear un montón de nubarrones para encontrarlo. El FBI, fueran cuales fuesen las sospechas de la agencia, no iba a tomar medidas contra él en un futuro inmediato —Ross se había encargado de que así fuera—, pero, como consecuencia, Louis les había confirmado parte de sus propias habilidades y propensiones, y se había convertido, con Angel, en una criatura de Ross, como ya lo era Parker. Pese a que Ross les había asegurado que se mantendría a distancia en la búsqueda de Eklund, Louis no podía evitar la sensación de que lo estaban observando, pero no sabía con qué fin. Sólo tenía la certeza de que, en alguna parte del misterio de la desaparición de Eklund, había una trampa potencial.

Se rascó la mejilla, que le picaba. Miró hacia la casa de Eklund y vislumbró un velo de bruma que se cernía en el aire nocturno al otro lado de la ventanilla del coche. Exhaló una vaharada de aire en forma de cúmulo en el frío que reinaba en el vehículo. En condiciones normales no le gustaba que en el coche el ambiente fuera cálido, y aún menos cuando estaba en un servicio de vigilancia porque el calor, o la somnolencia que producía, podía suponer

un grave peligro. El vapor de dentro se disipó, pero la neblina exterior permaneció. Curiosamente, sólo podía verla cuando no la miraba directamente.

Y entonces se distrajo porque apareció el coche de policía.

La chica tenía dieciséis o diecisiete años y llevaba una chaqueta corta de *tweed* gris por encima de un vestido negro. Su cabello era más rubio oscuro que pelirrojo, y le caía suelto sobre los hombros. El pie derecho marcaba un ritmo lento en la calle, como quien en principio no tiene prisa, pero que poco a poco se va impacientando. Routh no la reconoció, pero supo quién era incluso antes de fijarse en la mirada lechosa de sus ojos, que parecía refulgir en la oscuridad del anochecer. Estaba al lado de un modelo reciente de Lexus mirando fijamente al conductor a través del cristal.

Routh permaneció en su vehículo. Miró de nuevo la casa de Eklund. Las persianas de todas las ventanas estaban bajadas. No recordaba si Eklund había comentado si las había dejado así. Routh repasó lo que le había contado y lo que él había pedido posteriormente que le confirmaran. Era bueno con los detalles. Por eso había conservado su empleo durante tanto tiempo, incluso cuando la empresa recortó la plantilla unos años antes, deshaciéndose de empleados de todas las categorías como si fueran escamas de piel vieja.

Entonces vio el coche patrulla del Departamento de Policía de Providence. Avanzaba despacio, pero sin las luces encendidas. Cuando dejó atrás el Lexus al otro lado de la calle, el agente al volante volvió la cabeza, y, sólo por un instante, Routh se preguntó si el policía habría visto de algún modo a la chica. No, pensó, era más probable que se estuviera fijando en el hombre o la mujer al volante del Lexus.

El coche patrulla no se detuvo y se limitó a seguir su camino, luego giró a la derecha antes de llegar a la manzana donde Routh estaba aparcado. Esperó un rato, pero el coche no reapareció, así que volvió a concentrarse en el Lexus

y la casa. La chica seguía en el mismo sitio, pero ahora se fijaba en Routh, para corroborar que la había visto y, más importante, que había reparado en el objeto que atraía su atención. Incluso ahora, después de tantos años, mirar directamente a los ojos de uno de los Hermanos difuntos seguía produciéndole un escalofrío.

Routh parpadeó y la chica se desvaneció.

Louis bajó el teléfono que había tenido pegado a la oreja mientras el coche patrulla se acercaba. Sólo había algo peor que atraer la mirada de un policía mientras estabas sentado en un coche aparcado, y era atraerla mientras estabas sentado en un coche aparcado sin hacer nada. Los policías tendían a sospechar de manera natural de la gente que parecía no hacer nada, dado que solía significar que en realidad sí estaba haciendo algo, a menudo algo que no deberían estar haciendo.

Louis sabía que el policía volvería al cabo de diez minutos, quince como mucho. Si Louis seguía ahí cuando regresara, le pediría que aclarara qué estaba haciendo. El coche podía quedarse donde estaba, pero sería mejor que estuviera vacío la próxima vez que pasara el agente.

Louis se bajó del Lexus y olisqueó el aire. Reconoció una leve traza de olor a quemado, como la fragancia acre que queda después de un incendio eléctrico. El cosquilleo de la mejilla había desaparecido y la neblina se había disipado.

Concluyó que no le gustaba Providence.

Calle adelante, se fijó en el coche que había aparcado más recientemente. Un hombre corpulento se bajó y sacó algo del maletero. A Louis tampoco le hizo mucha gracia hasta que el hombre cerró el maletero, le dio la espalda y se perdió de vista.

Routh había sacado el silenciador de la caja de herramientas, lo había ajustado a la pistola H&K, y estaba planteándose cuál sería la mejor manera

de aproximarse al Lexus para matar al conductor. La mochila que contenía la máscara y los monos seguía en el maletero, pero se había puesto los guantes antes de tocar la pistola.

Observó al negro alto que se bajó del coche y miró a su alrededor. Routh sólo compraba en JCPenney and Marshalls. Tenía un traje que le servía para los asuntos de negocios formales y los funerales. Nunca había asistido a una boda, pero suponía que el mismo traje le habría hecho perfectamente el servicio si surgía una ocasión como ésta. No tenía ni idea de moda, al menos de nada digno de ese nombre, pero supo reconocer con un simple vistazo que lo que vestía aquel hombre seguramente costaba más que su guardarropa entero, incluidos todos sus zapatos. Routh nunca había visto a un negro tan bien vestido, salvo en la tele.

La presencia de ese individuo ahí podía tener varias explicaciones. Una era que se trataba simplemente de una coincidencia, y sus motivos para estar en las cercanías de la casa de Eklund eran totalmente legítimos, aunque el mínimo lapso de tiempo transcurrido entre la llegada del coche policial y la salida del hombre de su propio vehículo sugería más bien otra cosa, como también lo indicaba la presencia de la chica muerta. La segunda posibilidad era que estuviera vigilando la casa, tal vez para ver quién, a su vez, mostraba algún interés por ella. La tercera era que estaba haciendo de centinela y otros habían entrado ya en la casa.

El objeto de atención de Routh cruzó la calle. La casa de Eklund estaba cerca de la esquina de la manzana, pero el hombre no entró. Siguió por la acera que la rodeaba, manteniendo la casa a su derecha. Lanzó una mirada a Routh, un gesto que pareció fortuito, pero que éste reconoció como algo más intencionado. Routh sacó la caja de herramientas, cerró el maletero y se alejó del coche, sin mirar atrás, sin dar motivos para que se sospechara que estaba vigilando. Sólo cuando perdió al negro de vista volvió a su vehículo. Encendió el motor y cambió el coche de sitio, de manera que, en lugar de

quedar aparcado en la misma acera de la casa de Eklund, ahora la encaraba desde enfrente, oculto parcialmente por un contenedor.

Desde esa perspectiva ventajosa, reanudó la vigilancia.

Tres paredes enteras del sótano de Eklund estaban cubiertas de estantes, algunos de los cuales se combaban bajo el peso de los volúmenes que aguantaban: libros de bolsillo y de tapa dura, archivadores de palanca y fajos de páginas manuscritas o mecanografiadas atados con cintas, cordeles o sujetos con gomas. El sótano era un espacio seco y con buen aislamiento, de manera que se respiraba el denso pero quebradizo aroma de una biblioteca antigua. Una mesa de metal ocupaba el centro, sobre una alfombra con borlas, al lado de una silla de oficina negra. La mesa estaba llena de pilas de papeles y de fotografías esparcidas por toda la superficie. Una lámpara de escritorio de bronce aportaba una iluminación adicional. Sujeta a su armazón tenía una lupa que podía desplazarse a la posición requerida cuando se necesitara.

Los estantes de Eklund estaban dedicados casi exclusivamente a temas paranormales. Incluían obras del investigador de lo paranormal nacido en Austria Hans Holzer y de su predecesor, Charles Fort, el investigador norteamericano que dio al mundo el término «forteano» para designar los fenómenos que no entraban en la imagen de la realidad que proporcionaban la ciencia o el sentido común. Eklund también había reunido libros de destacados escépticos, entre ellos David Marks y Joe Nickell, pero el núcleo principal de su biblioteca se inclinaba claramente a favor de los creyentes.

En la pared principal frente a la mesa y las escaleras no había estanterías y estaba ocupada por un mapa de los Estados Unidos continentales salpicado con una sucesión de alfileres. De cada alfiler salía un hilo que sobrepasaba los márgenes del mapa hasta una serie de notas, recortes de prensa, fotografías e incluso ilustraciones dibujadas a mano, todo dispuesto contra la blancura de

la pared. Cada constelación de información contenía detalles de asesinatos y desapariciones que abarcaban desde la actualidad hasta el siglo XIX: asesinatos individuales, matanzas masivas, secuestros, desapariciones jamás aclaradas. El caso más antiguo se remontaba a la década de 1850, mientras que el más reciente era de hacía un año y tenía que ver con la desaparición de un padre de familia llamado Michael MacKinnon, de Millwood, New Hampshire. Entre esos dos incidentes, como feas bolas de un árbol navideño en una cadena, había montones de datos sobre al menos otros cincuenta sucesos, una minoría de los cuales se distinguían por la violencia infligida a las víctimas —que habían sido quemadas, sometidas a una tortura lenta, despellejadas, mutiladas, se les había roto los huesos—, mientras que otros asesinatos parecían haber sido cometidos con la brutal y fría eficacia de quien pone fin al sufrimiento de un animal herido. Sin embargo, la mayoría tenía que ver con desapariciones: individuos a los que se había perdido de vista y nunca habían sido encontrados.

Las fotografías que complementaban esas informaciones eran de casas antiguas o terrenos llanos, trechos de ríos o extensiones de bosque. En algunas de las imágenes de paisajes había puntos marcados, como si dijeran: «Aquí: éste fue el lugar», mientras que de otras partían los ubicuos hilos que las unían a reproducciones teñidas de sepia de fotografías más antiguas, que mostraban una ciudad, una familia, o, a veces, a una sola persona. A Parker le llamó la atención la fotografía de una bonita joven de pelo moreno que aparecía junto a un hombre con uniforme de marinero, con un alfiler azul y un hilo del mismo color que los unía a ambos a una fotografía de un estanque rodeado de árboles marchitos y quebrados, que parecían cruces caídas y monumentos destrozados en un cementerio descuidado y abandonado.

Había dos nombres escritos en mayúscula en una ficha sobre sus cabezas en blanco y negro: RICHARD FILLER & HEIDI WOLKE. Habían muerto en diciembre de 1945, poco después de que Filler fuera licenciado de la Armada estadounidense. Él tenía veinticuatro años; ella, veintidós. Encontraron sus



cadáveres atados a un par de árboles en una zona boscosa cerca de Burdette, en el condado de Mississippi, Arkansas; los halló un grupo de estudiantes y científicos que estudiaban las pequeñas garzas azules y garcetas blancas que habían empezado a anidar en la región. Tanto Filler como Wolke estaban desnudos, aunque según uno de los que descubrió los cadáveres, un profesor de la Universidad de Arkansas, citado en un reportaje del *Blytheville Courier News* clavado junto a la fotografía de las víctimas: «Estaban cubiertos de tanta sangre ennegrecida que resultaba difícil asegurarlo».

Si se había acusado a alguien del asesinato, Eklund no lo había hecho constar, pero un rápido vistazo a los estantes reveló un grueso archivo relacionado con el caso. Con los demás había hecho lo mismo: los detalles en la pared, los alfileres en el mapa, parecían funcionar como una especie de material de ayuda nemotécnica para Eklund, mientras que la sustancia principal de cada atrocidad quedaba recogida en los archivos cuidadosamente organizados en las estanterías.

La familia Huygen: asesinada en abril de 1962 en Grinnell, Iowa. Fueron encadenados juntos y quemados vivos. El expediente de Eklund sobre ellos tenía casi tres centímetros de grosor.

Alicia Muny: secuestrada de su casa de Farmville, Virginia, en junio de 1969. Se encontraron sus restos en las afueras de Emporia, Virginia, en noviembre de 1969, con todos los huesos de los brazos y las piernas, grandes y pequeños, rotos. Un expediente más delgado, pero éste contenía una copia de una carta manuscrita de la madre de la víctima a un detective de la Oficina del Sheriff del condado de Prince Edward, negando que su hija fuera una prostituta.

Robert Damiani: asesinado en febrero de 1975 en Cross City, Florida. Causa de la muerte: estrangulamiento. Ese expediente tenía apenas un puñado de páginas, entre ellas una copia de un informe interno del FBI en el que se especulaba que Damiani podría haber sido asesinado debido a las relaciones de su hermano mayor, Jeffrey, con la familia de los Colombo de Nueva York.

Pero las atrocidades no eran el aspecto más extraño del trabajo de Eklund, porque adjunto a los documentos reales recopilados —artículos de periódicos, informes del forense, notas sobre las escenas de los crímenes— había un archivo separado sobre descripciones de apariciones: testimonios de videntes, telépatas y gente con poderes psíquicos; cartas, tanto copias como originales, de personas corrientes relatando experiencias que distaban de ser corrientes, y para las cuales no encontraban una explicación racional; extractos fotocopiados de libros y periódicos; incluso noticias cuidadosamente conservadas del tipo de publicaciones que harían parecer al sensacionalista *National Enquirer* una versión de *The New York Times*. Parker hojeó tres de los expedientes, pero con sólo leerlos superficialmente se dio cuenta de las similitudes entre los casos. Dos contenían ilustraciones de lo que era claramente el mismo anciano dibujado por dos manos distintas: la ropa, el pelo, los ojos, el perfil levemente achatado, todo coincidía.

—¿Qué clase de persona es Eklund?, ¿una especie de parapsicólogo aficionado? —preguntó Angel.

—Por lo que se ve, yo diría que más bien uno muy profesional.

—Dios, este tío debía de vivir para Halloween.

—Vivía para esto —dijo Parker señalando las paredes que los rodeaban. El sótano contenía muchos años de trabajo—. ¿De cuánto tiempo disponemos con la alarma?

—Puedo buscar un enchufe para el inhibidor. Dispones de todo lo que necesites.

Parker no tenía ningunas ganas de pasar más tiempo del necesario en casa de Eklund. Aunque no dudaba de lo que había dicho Angel sobre la alarma, no tenía sentido demorarse ilegalmente en la casa. También quería tiempo y espacio para examinar el material e intentar hacerse una idea de qué era lo que había atraído exactamente a Eklund de esos crímenes y qué le había llevado a relacionarlos con investigaciones paranormales. Por descontado, también era posible que la ausencia de Eklund no tuviera nada que ver con lo que había en

aquel sótano, pero la patente obsesión del hombre parecía el punto de partida más prometedor.

—He visto un par de maletas en el dormitorio que da a la calle —le dijo a Angel—. Bájalas y las usaremos para llevarnos estos archivos.

Angel salió. Lo que estaba haciendo era completamente ilegal, tanto si Eklund seguía vivo como si no, pero sobre todo si le había pasado algo malo. Parker no creía que la casa fuera la escena de un crimen, no había ninguna alteración de las que suelen ir asociadas a una agresión o un secuestro, pero lo que estaban a punto de llevarse de allí bien podría ser relevante para cualquier investigación. Aunque, bien pensado, Parker no tenía la menor intención de permitir que Ross los dejara tirados, ni a él ni a sus colegas. Si surgía la necesidad, utilizaría el nombre de Ross, y que el agente del FBI se las apañara y resolviera cualquier fregado que Parker hubiera dejado tras de sí.

Fue a la mesa de Eklund. No había visto ningún ordenador en la casa, lo que indicaba que Eklund o bien era un ludita o, puesto que tampoco había ningún ordenador de sobremesa en su despacho, sólo utilizaba un portátil. La mesa tenía dos cajones, pero en ellos no vio nada aparte de bolígrafos y clips sueltos. Parker hojeó los papeles y las fotografías que había encima de la mesa y vio que la mayoría estaban relacionados con la desaparición de Mike MacKinnon, el más reciente de los misterios catalogados por Eklund.

Debajo de ellos había una carpeta azul que inmediatamente le llamó la atención, porque todas las demás carpetas del sótano eran o marrones o verdes. Parker la abrió y encontró una copia de un contrato *pro bono* entre Eklund y un cliente llamado Oscar Sansom, de Natick, Massachusetts, firmado aproximadamente un año antes. A Parker le sonaba el nombre, pero no pudo ubicarlo hasta que vio el recorte de prensa y la fotografía de una mujer que se encontraban bajo el contrato.

Claudia Sansom había desaparecido tres años antes, y las fuerzas del orden sospecharon durante largo tiempo que la había asesinado su marido, Oscar

Sansom, y luego se había deshecho de su cadáver, aunque nadie encontró nunca ninguna prueba, ni siquiera un móvil plausible. Al principio, la familia de Claudia había apoyado a Oscar, convencida de que él no podía ser el responsable de la muerte de su hija, pero poco a poco se fueron abriendo grietas en su relación, que posiblemente no eran ajenas del todo a las semillas de la duda sembradas por la policía. La mancha de la sospecha de asesinato arraigó, pero Sansom nunca dejó el estado, ni siquiera cuando habría sido lo más fácil para él, y se convirtió en un miembro activo de varios grupos de apoyo de familias de personas desaparecidas. Nunca trató de casarse de nuevo, nunca —al menos que nadie supiera— inició una nueva relación. Simplemente esperaba, y no hacía caso de los rumores.

En enero, se habían encontrado los restos de la esposa de Oscar Sansom, Claudia, enterrados a muy poca profundidad no lejos de Lincoln, New Hampshire, en las Montañas Blancas. El perro de un cazador olisqueó un cráneo que sobresalía de una tumba poco profunda, y las pruebas de ADN confirmaron la identidad de Claudia. El misterio de la suerte que había corrido Claudia Sansom parecía haberse resuelto. Lo único que faltaba era confirmar la forma en que había muerto y detener al individuo o individuos responsables. Sólo unas horas después de que verificaran los resultados de la prueba de ADN, Oscar Sansom estaba en una sala sometido al interrogatorio tanto de la policía de Natick como de la Policía del Estado de New Hampshire.

Y fue entonces cuando todo se volvió muy extraño. Claudia Sansom había desaparecido a la edad de treinta y seis años, pero el cuerpo recuperado de la tierra era el de una mujer que rondaba los treinta y nueve, según los cálculos más precisos. Se trataba con toda seguridad de Claudia Sansom —de eso no había duda—, pero ¿dónde había estado durante los tres años entre su desaparición y su entierro? El análisis inicial de los restos del esqueleto no mostraba pruebas de traumas o fracturas significativos, así que no había una causa clara de la muerte. Los antropólogos forenses todavía estaban

examinando el cadáver de Claudia Sansom intentando averiguar cómo había muerto.

Se plantearon muchas teorías. Tal vez Claudia simplemente había abandonado a su marido y empezado una nueva vida antes de acabar mal, porque nadie al que le fueran bien las cosas terminaba enterrado en una tumba sin identificar cavada a poca profundidad en el bosque. También pudo haber sido secuestrada, pero ¿quién secuestra a alguien y lo mantiene con vida durante tres años?

A Oscar Sansom se le permitió ver los restos de su esposa. Algunos investigadores de la policía seguían considerándolo sospechoso, pero la mayoría de los que conocían a fondo el caso creían a esas alturas que era inocente, aunque las habladurías tras años de rumores y sospechas lo habían marcado de manera irreversible ante la opinión pública. Tras mirar los huesos en silencio durante un rato, Sansom sencillamente volvió a su casa, la misma casa en que había vivido con su mujer en los años anteriores a su desaparición, y donde había seguido viviendo desde entonces. No hizo ninguna declaración a los medios. Siguió con su vida. Si lloraba su muerte, la lloraba en silencio, y en la intimidad. Ahora parecía que Sansom había contratado los servicios de Jaycob Eklund unos dos años después de que Claudia desapareciera, pero no había mediado ningún pago.

Cuando Angel volvió con las maletas, Parker estaba sentado en la silla de Eklund, hojeando el expediente de Sansom. Eklund era uno de los tres investigadores privados que habían ayudado a Sansom a lo largo de los años, pero no había tenido más éxito que los demás. Eklund había vuelto a interrogar a varias personas, había consultado con la policía y seguido un par de líneas de investigación que no le llevaron a ninguna parte.

Bien, ¿qué pintaba el expediente de Sansom encima de la mesa de Eklund? Por supuesto, era posible que lo hubiera recuperado de sus archivos después de que se encontraran los restos de Claudia Sansom, tal vez con la esperanza

de que en él hubiera algo, un detalle que hubiera pasado por alto y que podría ser de utilidad para la policía, y luego se había olvidado de él.

No obstante, aquel interés resultaba llamativo.

Donn Routh no era un instrumento contundente y ciego que se dejara blandir indiscriminadamente: no era así como funcionaban los Hermanos. Tal vez en épocas más remotas, cuando lidiaban con una brutalidad rutinaria, esos métodos habrían sido aceptables, pero no ahora. Para ellos era importante pasar inadvertidos, tener libertad para desplazarse sin temor a que se establecieran conexiones. Por eso la aparición de Eklund había resultado tan inquietante. ¿Cuánto tiempo llevaba trabajando, investigando, recogiendo detalles sobre los Hermanos que otros habían pasado por alto, aceptando como posibilidad —incluso como probabilidad— lo que la mayoría habría descartado por absurdo? Años, seguramente.

Routh sentía cierta admiración por la insistencia de aquel hombre. Eklund ahora estaba pagando por ello, claro. Había tenido la confirmación que tanto tiempo había buscado, y así había comprendido por fin la verdad, pero Routh estaba convencido de que Eklund, en retrospectiva, habría deseado otra cosa. Por lo que a Routh se refería, todas las preguntas importantes acababan con una respuesta definitiva e implacable: la muerte. Eklund habría hecho mejor en no perseguirla con tal ansia; ella habría dado con él a su debido tiempo. Más valía no convocarla, no atraerla sobre uno mismo. Hay quienes dirían que la muerte siempre llega a la hora señalada, y el momento de su aparición está grabado profundamente en la materia esencial de cada hombre desde el instante de su nacimiento, pero Routh sabía que eso no era verdad, porque él en persona era un instrumento de esa misma muerte, y sus actos eran veleidosos.

Comprobó su reloj. Habían transcurrido quince minutos. El coche patrulla

había aparecido por segunda vez y luego se había ido. Al cabo de un momento, el negro volvió a su Lexus, confirmando las sospechas de Routh sobre él. Estaba claro que el desconocido había buscado un lugar en medio de las sombras desde el que vigilar tanto el Lexus como la casa, sabedor de que el policía volvería y de que le convenía no estar a la vista cuando lo hiciera.

Sin duda, a Routh le sería útil llevárselo con vida y descubrir qué relación tenía con Eklund, pero, como cualquier depredador del mundo, estaba acostumbrado a enfrentarse a otros depredadores, aunque sólo fuera a un nivel competitivo. No sabría decir qué edad tenía el negro, rondaría entre los cuarenta y los sesenta años, aunque a Routh le pareció distinguir un halo de color gris alrededor de su boca. Caminaba apoyándose en la parte delantera del pie, y la levedad y elegancia de sus movimientos indicaba que reaccionaría con rapidez a cualquier amenaza potencial. Era aproximadamente tan alto como Routh, pero de constitución menos gruesa. En un intercambio de puñetazos, fuerza bruta contra fuerza bruta, Routh se impondría, pero dudaba que pudiera acercarse lo bastante para alcanzarle con el primer golpe crucial antes de que su rival reaccionara. Tampoco parecía que fuera a tomarse muy bien las amenazas. A Routh le dio la impresión de que era un hombre que había visto muchas armas, las había empuñado y también había sido blanco de ellas, y seguía vivo.

Pero Routh no sabía aún si había alguien más en la casa de Eklund. Para averiguarlo, primero tendría que encararse con el desconocido. Una vez que la amenaza que representaba quedara neutralizada, Routh se encargaría de quienquiera que estuviera dentro de la casa antes de vaciarla de todas las pistas relacionadas con la naturaleza de las investigaciones de Eklund.

En un mundo ideal, Routh habría dado una vuelta a la manzana en su coche antes de detenerse junto al Lexus, situándose al lado del conductor para acorralarlo, y vaciar un cargador a través de la ventanilla, pero ese acercamiento sólo sería adecuado si se diese a la fuga de inmediato, y Routh tenía que quedarse en la zona. Así que debía acercarse a pie, y todavía sería



mejor si pudiera convencer al otro para que bajara la ventanilla antes de matarlo. Unos cristales rotos alertarían a cualquiera que pasara por allí, y Routh quería tiempo para completar lo que había ido a hacer en la casa de Eklund.

Routh se bajó del coche, pero no se molestó en cerrarlo. Pasara lo que pasase en los minutos siguientes, volvería a toda prisa y no quería que nada le demorara. Incluso con el silenciador colocado, la H&K cabía holgadamente en el hondo bolsillo falso de su chaqueta.

Routh empezó a caminar por la acera y vio una figura que se le acercaba por el mismo lado. Era un hombre e iba fumando un cigarrillo. Parecía absorto en sus pensamientos. Llevaba la cabeza baja y sus zapatos eran visiblemente inadecuados para el tiempo que hacía, porque caminaba como alguien que temiera caerse. Routh no se dejó dominar por el pánico. Necesitaba que el transeúnte se perdiera de vista antes de acercarse al Lexus. Volvió a su propio coche, abrió la puerta del pasajero y se inclinó como si se hubiera dejado algo en la guantera. Oyó unos pasos que se aproximaban, luego el ruido de alguien al resbalar. Una voz maldijo. Routh sacó la cabeza del interior del vehículo y un objeto blanco reflejó la luz de la luna, como las alas de una pequeña ave surcando la oscuridad. Routh sintió una presión en el cuello, seguida por una línea de dolor que lo recorrió de izquierda a derecha y se convirtió en una quemazón húmeda contra su piel. Un gran borbotón rojo salió a chorro al aire mientras él se desplomaba hacia atrás agarrándose con las manos a la carrocería del coche. La sangre le anegó la garganta. Dejó de sujetarse al coche y se deslizó torpemente hasta el suelo de manera que quedó sentado con la cabeza tan caída hacia atrás que la coronilla casi tocaba el asiento del pasajero. La luz interior se había encendido, pero una mano enguantada se metió en el vehículo y la apagó.

Ante sus ojos apareció una cara inclinada hacia él que lo miraba fijamente. Tenía la piel amarillenta y prematuramente envejecida del que ha fumado toda la vida, que le asomaba bajo un mechón grasiento de rizos negros despeinados

que le colgaban hasta el cuello de una camisa mugrienta. En una mano, el hombre sostenía un cuchillo curvo, como la garra de un ave rapaz. Apestaba a nicotina. Incluso en los últimos segundos de su vida, a Routh, un hombre quisquilloso, le repugnó ese hedor.

—Yingtai —dijo el hombre—, ¿te acuerdas de ella?

Ahora había otras figuras detrás de él, hombres y mujeres grises, con ojos que no eran más que huecos oscuros que resaltaban sobre su palidez. La visión de Routh se volvió borrosa. Unas manos lo tocaron. Percibió el sabor de esos dedos en su boca.

Y, mientras moría, comprendió por fin por qué los Hermanos tenían tanto miedo del otro mundo.

La pareja, Kirk y Sally Buckner, había llegado a Turning Leaf, en Virginia Occidental, en 2009, en un momento en que la Iglesia Baptista Primitiva de Turning Leaf atravesaba graves dificultades. Como un miembro destacado de la congregación comentó por entonces, en tono divertido y amargado: «Nuestra cáscara se ha resquebrajado». Su diácono, El *Elder*<sup>1</sup> Danny, había dejado brevemente a su mujer por la esposa de Thomas Hooven, y la ilícita relación sólo se hizo pública cuando, durante el ritual del lavado de pies, Thomas Hooven volcó una palangana entera de agua en la cabeza del *Elder* Danny, y luego procedió a darle una paliza con la misma palangana a la vista del resto de la congregación.

Los primitivos ya padecían una sangría de miembros que se pasaban a los Baptistas Misioneros del Paraíso Luminoso, que estaba en la otra punta de la ciudad, debido en buena medida a la impopularidad del *Elder* Danny entre una parte importante de su rebaño, con la excepción obvia de Elisabeth Hooven, pero el alboroto causado por aquella aventura, y la vergonzosa agresión con la palangana puso punto final a su periodo en el cargo. El *Elder* Danny hizo un último intento de salvarse pronunciando un sermón incoherente en el que invocaba la doctrina de la expiación limitada, en lo que podría describirse con buena fe como una versión innovadora, y lo argumentaba siguiendo una lógica peculiar: Jesús había muerto para salvar a sus elegidos, que nunca podían perderse; el *Elder* Danny era uno de esos elegidos, y no podía perderse; por tanto, su aventura con la esposa de otro hombre no afectaba a su estatus ni le hacía menos digno de cumplir con sus deberes como diácono. Por último, el *Elder* Danny señalaba que, en cualquier caso, no había disfrutado con el sexo,

así que había cargado con la culpa sin el placer. Elisabeth Hooven no estaba presente para ver ese último acto de traición, aunque ciertos congregantes masculinos comentaron más tarde por lo bajini que ella siempre les había parecido una mujer fría, así que no les había sorprendido escuchar esa parte.

Nada de aquello fue bastante para redimir al *Elder* Danny, que se marchó a vivir a Hoboken, y lo último que se sabía de él era que trabajaba en una licorería. Su cese del cargo dio lugar a una escisión en la congregación entre quienes creían que el cornudo de Thomas Hooven, al recurrir a la palangana como arma, había mostrado el mismo tipo de ardiente fervor que Cristo había exhibido al perseguir a los prestamistas del templo, y por tanto era un candidato apropiado para diácono; y aquellos que pensaban que si el *Elder* Danny le había convertido en cornudo significaba que Hooven era poco más que un idiota, y ellos serían más idiotas todavía si le recompensaban por su incapacidad para mantener bajo control a su propia esposa.

Fue el recién llegado Kirk Buckner, tranquilo y callado, y sin ninguna lealtad ni obligación con ningún bando, el que actuó como mediador en la disputa, con su esposa a su lado para ofrecer consejo y trabajar entre bambalinas con los miembros femeninos de la congregación y convencerlas de que hicieran entrar en razón a sus cónyuges. Aunque una corriente de opinión mayoritaria sostenía que Kirk sería un diácono ideal, él rechazó amablemente el honor y expuso a los fieles la posibilidad de que lo fuera Perry Garris, un hombre tan modesto, tan poco dado a la ostentación en su devoción, que lo habían pasado por alto cuando habían buscado una figura que impusiera más. Sólo a puerta cerrada, y en la comodidad y seguridad de ciertos hogares, se oían murmullos de descontento, pues los más mundanos de los primitivos comentaban que, en un periodo muy breve, los Buckner habían conseguido mucha influencia y habían encontrado, en la persona de Perry Garris, a un individuo al que podían manipular con facilidad aunque nadie supiera decir con qué fin.

Pero también cabía reconocer que, aparte de los compromisos de la Iglesia,

los Buckner, aunque no pudiera considerárseles huraños, sí eran reservados y no mostraban signos de vanidad ni de ambición. Vivían con austeridad y en general caían bien, incluso se les admiraba. Sin duda, podrían haberse relacionado un poco más con sus convecinos, pero la mayoría de los miembros de la comunidad —tanto los primitivos como el municipio entero— se sentían cómodos haciendo y dejando hacer, siempre que no se molestara a los demás.

De manera que los Buckner se habían instalado en Turning Leaf y pocos se molestaron en recordar siquiera que ninguna lápida del cementerio local llevaba su apellido, ni se tomaron a mal que siguieran protegiendo celosamente su intimidad y no permitieran que nadie traspasara su porche delantero. Era Thomas Hooven, precisamente él, el detractor que hablaba más claramente contra los Buckner. Hooven se había divorciado de su primera mujer y ahora estaba felizmente casado de nuevo, después de que personas con ideas teológicas más profundas que las suyas le aseguraran que sus razones para la separación se ajustaban perfectamente a los preceptos bíblicos, y que si la parte inocente se casaba de nuevo, ese matrimonio no estaba considerado en las Escrituras como adulterio, bigamia ni poligamia. También había abandonado a los primitivos por los baptistas misioneros, y distanciarse de ellos seguramente le permitía contemplar a los Buckner con una mirada fría.

—Es un buen truco —le comentaba a su nueva esposa cada vez que pasaban en coche por delante de la casa de los Buckner—: caer bien a todos cuando, por tu parte, no muestras el menor signo de que nadie te caiga bien.

Y su mujer le decía que bajara la voz, y él la bajaba, incluso cuando veía que la residencia de los Buckner se perdía de vista en el espejo retrovisor, y se preguntaba por qué sentía un hormigueo en el cuello sólo de mirarla.

Kirk Buckner oyó cómo se rompían cristales en la cocina mientras él estaba en la planta de arriba intentando colgar de nuevo la puerta de un armario. Profirió una maldición que habría dejado atónitos incluso a los más tolerantes de los

primitivos: había metido un tornillo en la bisagra de arriba, pero no pensaba que fuera suficiente para soportar el peso de la madera de roble. Con cuidado, colocó un taco de madera debajo de la puerta para apoyarla antes de soltarla y luego fue hasta las escaleras y le preguntó en voz alta a Sally si estaba bien. No obtuvo respuesta, y fue entonces cuando empezó a preocuparse. Bajó las escaleras de dos en dos, entró en la cocina y encontró el suelo cubierto de añicos de cristal y restos de una lasaña vegetariana sin cocinar. Sally estaba rígida ante el caos, con los brazos en los costados, los puños apretados. Temblaba de arriba abajo.

Kirk no podía ver lo que ella estaba mirando, pero casi lo percibía, incluso lo olía un poco. La cocina estaba llamativamente más fría a su derecha que a su izquierda, y captó unos indicios muy débiles de humedad vegetal y de algo que ardía, como un incendio en una marisma. Así era como él sabía siempre que uno de *ellos* estaba presente. A diferencia de su esposa, carecía del don de ver a los difuntos. Era un don que solía pasar de madre a hija, pero no a los hijos varones. Los hombres a veces los atisbaban, pero sólo en las circunstancias más excepcionales, casi siempre en el lecho de muerte, con la notable excepción del Primo, Donn Routh, pero Kirk prefería no pensar siquiera en Routh.

—¿Qué pasa? —preguntó

Sally se echó a llorar. Eso de por sí ya era toda una sorpresa. Ella no lloraba nunca.

—Está muerto —dijo Sally—. El Primo ha muerto.

Parker y Angel llenaron tres maletas con los archivos de Eklund, entre ellos el de Oscar y Claudia Sansom. Parker fotografió seguidamente el mapa de la pared y el material que lo rodeaba. No quería arriesgarse a quitarlo de allí y alterarlo. Haría lo que pudiera para recrearlo a partir de las fotografías cuando estuviera de vuelta en Maine.

A continuación, Angel y él apagaron las luces y salieron del sótano, aunque sólo pudieron cerrar la puerta sin llave porque Angel se había visto obligado a reventar las cerraduras para entrar. Angel desenchufó el inhibidor —el dispositivo, tras su prolongado uso, estaba tan caliente como el horno del infierno y no quería incendiar la casa—, pero lo dejó encendido y oculto detrás de una estantería. Se apagaría dentro de una hora aproximadamente, y entonces se activaría la alarma. A esas alturas haría mucho que se habrían ido de allí, sin dejar ninguna prueba externa de intrusión. Si tenían suerte, la activación de la alarma sería considerada un falso aviso. Louis arrancó el coche en cuanto los vio salir a la nieve que había empezado a caer y poco después habían abandonado Fox Point.

Pero su marcha no había pasado inadvertida.

Se dice que un halcón entrenado para la caza no siente el menor afecto hacia el halconero. La relación entre ellos se basa, en partes aproximadamente iguales, en la confianza y la comida. Las aves de presa son esencialmente vagas: cazar una presa requiere gastar cantidades ingentes de energía, razón por la cual el ave tiene que ser precisa en su ataque letal. Si no lo es, malgasta unos valiosos recursos que la debilitan. La debilidad da lugar a errores, que a su vez generan

una mayor fragilidad. La consecuencia final para el depredador es su propia muerte.

El responsable del asesinato de Donn Routh era conocido como el Coleccionista, y fue él quien observó cómo Parker y los demás salían de casa de Jaycob Eklund. El Coleccionista había llevado el coche de Routh a un solar cercano. El cadáver iba en el maletero, y allí se quedaría. Con la temperatura que hacía, transcurrirían varios días hasta que alguien se fijara en aquel vehículo. A su debido tiempo, el Coleccionista iría a ver a Parker y le contaría lo que había hecho.

Tal vez.

El Coleccionista era un depredador, pero también él disponía de unos recursos limitados. Las misiones que llevaba a cabo, solitarias en el pasado, para localizar, aislar y asesinar a sus objetivos requerían su tiempo, eran peligrosas, y no siempre acababan bien. Y por eso, al principio con reticencias, había aceptado entrar en la órbita del investigador privado Charlie Parker. La verdad de la naturaleza de Parker puede que al Coleccionista le fuera desconocida —del mismo modo que, en realidad, la esencia del propio ser del Coleccionista quedaba en parte oculta para él mismo con el fin de proteger a la entidad que moraba en su interior—, pero él comprendía que Parker era a la vez cazador y señuelo, que se sentía impelido a perseguir a hombres malvados incluso cuando otros como ellos eran empujados inexorablemente hacia él.

Pero el Coleccionista se había confundido con Parker. Al principio, simplemente había asumido que éste desempeñaba un papel en el gran devenir de las cosas, y actuaba como un agente involuntario de lo divino. (Y, como solía pensar el Coleccionista de vez en cuando, con algo que se asemejaba vagamente al sentido del humor, tenía una conversación pendiente desde hacía mucho con Parker sobre la realidad de Dios. El investigador no tenía ni idea de la verdad, ni la más remota.) Pero, poco a poco, el Coleccionista se dio cuenta de que Parker era mucho más que un simple peón en el tablero, aunque



su posición en la jerarquía de las piezas todavía estaba por determinar. Parker había muerto no dos sino tres veces tras el tiroteo en su casa, y en cada ocasión los médicos lo trajeron de vuelta a la vida. Habría sido un hecho excepcional para un hombre normal, pero, dado lo que Parker había soportado ya en la vida, su supervivencia podía considerarse ciertamente milagrosa. El Coleccionista había empezado a creer que tal vez no fueron los médicos quienes mantuvieron con vida a Parker, sino que había sido traído de vuelta a este mundo por otra entidad.

Pero el hombre que volvió no era el mismo que había caído bajo las descargas de escopeta y los disparos de pistola. Había visto lo que había más allá y *se acordaba*. Hablaba del despertar de antiguos dioses, y el Coleccionista sabía que decía la verdad. Él lo había sentido, y los Hombres Huecos también. Los Hombres Huecos, residuos sin alma de los muertos, seguían al Coleccionista igual que un ave de presa entrenada sigue al halconero. Él los alimentaba con las carcasas desechadas de aquellos a los que había extirpado del tejido de este mundo, permitiéndoles que se sumaran a sus filas. Su dependencia de él era casi equiparable a su odio.

Finalmente, Parker había dado con el Coleccionista, lo había seguido hasta su último refugio y allí había confirmado lo que el Coleccionista había empezado a temer: pensaba que podía utilizar a Parker, pero en lugar de eso se había visto atrapado, y ahora estaba atado al guante y con la caperuza puesta. Peor aún, el Coleccionista descubrió que casi se alegraba de ese nuevo papel o, siendo más precisos, se había resignado a él. Conservaba cierta libertad de movimientos, pero era el animal de presa de Parker, y el animal sigue instintivamente a su amo y siempre volverá a su lado mientras lo alimente.

Parker, no obstante, no había alimentado al Coleccionista tanto como a él le hubiera gustado —a decir verdad, no le había alimentado en absoluto—, así que había vuelto a sus hábitos solitarios. Eso le llevó, finalmente, a Donn Routh, un maleante de segunda fila para los criterios del Coleccionista, pero que aun así merecía que se le dedicara un poco de tiempo, sobre todo porque

al Coleccionista le había costado localizarlo y seguirlo. Era como si Routh se escondiera en la niebla y sólo se dejara ver entre medias, cuando la bruma se disipaba.

Por eso el Coleccionista no se había ocupado de Routh en la carretera. Sentía curiosidad por ver qué podía haberle sacado de la seguridad de su madriguera de Kentucky, y tal vez descubrir qué era lo que le permitía ocultarse como lo hacía. Al final, como si se confirmara la presencia de la correa y la guía de una mano invisible, la caza había acabado a dos pasos de Charlie Parker.

Pero cuando se acercó a Routh, el Coleccionista comprendió que ese hombre era más peligroso, y más interesante, de lo que había imaginado. Su capacidad letal se hizo evidente al instante, pero también su rareza. El Coleccionista podría haber creído que simplemente perseguía a un degenerado del que se pensaba que había secuestrado y asesinado a una joven china —y él sabía que eso era cierto, lo había detectado en las reacciones de los Hombres Huecos cuando lo rodeaban—, pero Routh resultó ser mucho más que eso. El aire alrededor de Routh centelleaba como si surgiera de una fuente invisible de calor, y los Hombres Huecos se habían mantenido a distancia hasta que el cuchillo del Coleccionista empezó su trabajo.

Y entonces...

Ah, ésa era la parte más extraña de todo.

Después de su muerte, los Hombres Huecos no incorporaron a Routh a sus filas. Al contrario, se alejaron del cuerpo, como aves carroñeras que detectaran veneno en un animal muerto. El Coleccionista percibió la perplejidad y la rabia de los Hombres Huecos: del mismo modo que él estaba atado a Parker, ellos estaban encadenados a él. No sentían el menor afecto hacia el Coleccionista, porque él les había hecho ser lo que eran, y tampoco sentían más lealtad que la que se derivaba de su capacidad para aliviar su desdicha sumando a otros a ella, pero, como fuera, ellos eran sus criaturas.

Así que Routh había estado vigilando a Parker, o, quizá, como el

Coleccionista, había ido a Providence previendo una cosa y se había encontrado con otra en la que Parker estaba implicado. En cualquier caso, Parker estaba relacionado con el misterio de Donn Routh, y el Coleccionista quería estar presente cuando se diera alguna explicación, si es que se daba.

Al Coleccionista no le sorprendió lo más mínimo que Routh estuviera vinculado de algún modo a Parker. Hacía mucho que nada lograba sorprenderle.

«Tendría que haberlo sabido», pensó el Coleccionista. «Por muy lejos que vuele, parece que siempre debo regresar al guante de Parker.»

Parker se planteó volver a Maine esa misma noche. Era cuestión de equilibrar el riesgo de quedarse cerca de lo que no quería pensar que era el escenario del crimen, frente al cansancio que ya sentían tanto él como los otros. A ojos de la ley, acababan de irrumpir por la fuerza tanto en una casa como en una oficina, y participar en un robo —como bien sabía Angel por su larga experiencia— era una forma agotadora de pasar el rato. Al final, acordaron abandonar el estado de Rhode Island. Recuperaron el coche de Parker y condujeron detrás de él hasta que encontraron un pequeño motel, justo al otro lado de la frontera con Massachusetts, con lo que parecía un bar bastante decente al lado. Se sentaron en un reservado junto a una ventana, donde comieron hamburguesas y bebieron botellines de Sam Adams en oferta.

Como precaución, los materiales que habían sacado de la casa de Eklund iban en compartimientos ocultos en el maletero del Lexus de Louis, aunque Angel creía improbable que la alarma de Eklund se hubiera disparado ya, y Parker no pensaba que alguien hubiera reparado en ellos cuando sacaban los papeles de la casa. Pese a todo, nadie había ido nunca a la cárcel por ser demasiado precavido.

Tras acabarse su hamburguesa, Angel sacó tres frascos de pastillas de la chaqueta, los agitó para extraer dos comprimidos de cada uno y los ingirió con un trago largo de agua. Parker observó todo el proceso con una ceja levantada.

—Eso son un montón de pastillas —dijo—. ¿Quién eres..., Bill Cosby?

—He tenido fuertes dolores.

—Visto el tamaño de esos frascos que llevas encima, no me extraña. ¿Qué clase de dolores?

—Tío, no...

—Vamos, suelta, ¿qué clase?

—Dolores en las entrañas. Vienen y van. Y también de cabeza.

—¿Has ido al médico?

—No —dijo Angel—. Lo único que he hecho es robar las pastillas.

Siguió una pausa. Angel tardó un momento en darse cuenta de que, esta vez, el sarcasmo no funcionaba. Había robado muchas cosas durante su vida.

—Sí —dijo—. He ido al médico.

Parker miró a Louis, pero no le vio los ojos.

—¿Hay algo que tendría que saber? —preguntó.

Sobre ellos se abatió un silencio incómodo. Louis miraba por la ventana. Angel hacia girar un posavasos sobre la mesa. Finalmente, con perceptible reticencia, admitió:

—El médico dijo que tenía que hacerme unas pruebas.

—Y, ni que decir tiene, pediste cita inmediatamente.

Louis emitió un sonido silbante, como si un dardo envenenado hubiera sido disparado con un canuto, pero no dijo nada.

—Estoy en ello —dijo Angel.

—¿Y eso qué quiere decir exactamente?

—Dios, ¿estamos casados? No veo ningún anillo. Mira, no me gustan los médicos, y no me gustan los hospitales.

—Pues morirte te gustará mucho menos —dijo Louis, interviniendo al fin.

—No voy a morirme.

—Claro, porque eres inmortal. Lo dice en tu currículum, justo al lado de «honesto» y «con valores puros».

—Me estás amargando la velada —dijo Angel.

—¿Sabes lo que de verdad te la amargaría? —dijo Louis—. Morirte como un cabrón porque tenías demasiado miedo a hacerte unas pruebas. Tienes que hacer lo que te dijo el médico.

—¡Vale! ¡Muy bien! Sólo ha pasado una semana. Si me estoy muriendo,

¿crees que importa algo una semana?

—Vaya, ¿así que ahora te has sacado el título de medicina?

—Eh, conozco mi cuerpo.

—Yo conozco tu cuerpo, y lo único sorprendente es que siga en pie y de una pieza.

La camarera se acercó, atraída por el ruido de las voces. Pasaba de los cincuenta, y si no parecía haber visto de todo en la vida, desde luego sí que había visto cuanto hacía falta.

—¿Todo bien, chicos?

—Nuestro amigo tiene dolores —dijo Parker—, pero no quiere hacerse las pruebas que le mandó el médico.

—Oh, por el amor de Dios...

Angel se cruzó de brazos y hundió la cabeza en ellos.

—Mi primer marido era igual —dijo la camarera—. No importaba lo enfermo que estuviera, no quería ir a ningún médico.

—¿Y qué le pasó? —preguntó Angel.

—Murió —respondió ella.

—No me joda —dijo Angel—, ¿de qué?

—Le dispararon.

Una vez más, se quedaron un rato en silencio.

—Tráiganos la cuenta —dijo Parker.

—Claro —dijo y le dio una palmada en la espalda a Angel—. Vaya al médico.

—Ya fui. Así empezó todo.

—Pues entonces vaya a otro.

La camarera se alejó.

—Aborrezco Massachusetts —dijo Angel.

—Porque aquí hablan con sensatez —sentenció Parker—. Pide la puta cita.

—Mañana. Todo sea por que me dejéis tranquilo.

—Vamos a estar encima de ti para asegurarnos de que lo hagas.

—Os odio a todos.

La camarera volvió con la cuenta.

—¿Va a pedir hora?

—Sí —dijo Angel—. Me ha convencido con su historia. No quiero que me peguen un tiro.

Parker pagó. Vio que Angel hacía una leve mueca al levantarse e intentó recordar si había visto ese gesto antes.

—Deja de mirarme —dijo Angel.

—¿Quieres que te consigamos una silla de ruedas?

—Que os den.

—Podríamos contratar a una enfermera.

—Ya he dicho que llamaré. Dejadme en paz.

Salieron del bar y cruzaron el aparcamiento hacia el motel. Un coche que pasaba iluminó a un hombre que se bajaba del asiento del conductor de un caro BMW gris aparcado junto al Lexus de Louis. Se acercó a ellos despacio, y Parker sintió, más que vio, que Louis se tensaba instintivamente, pero el hombre se apartó las manos de los costados para mostrar que no llevaba nada. Parker revisó el aparcamiento, pero no vio a nadie más. Se tratara de lo que se tratase, no era un ataque, y, a menos que algún miembro de las fuerzas del orden de Massachusetts hubiera ganado recientemente la lotería Powerball y hecho una donación a la bolsa del estado para comprar productos de ingeniería alemana, tampoco parecía un asunto de la policía. Louis se relajó un poco, pero Parker vio que Angel había cambiado de posición para ocultar a la vista la mano derecha de su amigo. Parker supuso que ya empuñaba un arma con ella.

El hombre que estaba ante ellos rozaba el metro ochenta y llevaba una chaqueta oscura de lana y unos pantalones negros. Sus zapatos de cuero, apenas salpicados de barro y nieve sucia, tenían unas gruesas suelas de goma para un buen agarre. No llevaba guantes, y Parker vio que las puntas de los dedos del extremo de la mano izquierda estaban torcidas, como consecuencia

de alguna antigua herida o como defecto de nacimiento. Las puntas se doblaban sobre la palma de la mano, con lo que daba la impresión de que estaba dibujando torpemente una pistola con los dedos. Llevaba una gorra de lana con la visera echada hacia atrás. Bajo la gorra asomaban sus ojos, que eran muy azules, y muy fríos. Cualquier calidez que hubieran podido exhibir en el pasado había desaparecido de ellos. Era como mirar un mar muerto y liso.

—¿Podemos ayudarle? —preguntó Parker.

—Me gustaría que volvieran a Providence.

La voz era extrañamente monocorde y vagamente andrógina. Carecía de profundidad y aspereza, sin rastro de individualidad. Parker intentó calcular la edad del hombre: la suavidad de sus rasgos indicaba que mediaba la veintena como mucho, pero se movía con cierta seguridad en sí mismo, incluso arrogancia. Aparentemente solo y sin armas visibles, no tenía reparos en enfrentarse a tres desconocidos en un oscuro aparcamiento, más aún, a tres desconocidos que casi con toda seguridad contaban con varias armas entre sus posesiones.

—¿Y por qué íbamos a hacerlo?

—Sus intereses pueden entrecruzarse con los de mi jefe.

No se extendió más. O bien tenía talento para el drama, lo que era perfectamente posible, o no pensaba ni se comportaba como un ser humano normal, cosa que a Parker le parecía cada vez más probable.

—¿Y quién es su jefe?

—Trabajo para el señor Caspar Webb.

Louis intervino por primera vez en la conversación.

—Caspar Webb está muerto.

Aquellos ojos árticos parpadearon hacia él.

—Sí, eso creo.



En Nueva Inglaterra, el crimen organizado —o su variedad italiana— llevaba en decadencia desde la muerte de Raymond Patriarca en 1984. Las figuras más importantes murieron, fueron encarceladas o se convirtieron en confidentes, y las disputas intestinas entre las propias familias debilitaron a las que quedaban. Providence, que había sido la base de operaciones de la mafia en Nueva Inglaterra desde la década de 1950, cuando el Patriarca la dirigía desde la National Cigarette Company y Coin-O-Matic Distributors en Atwells Avenue, había sido abandonada por Boston. Y el FBI no había dejado de machacar a la Oficina, como se llamaba a la organización del Patriarca, dejando que otros prosperaran en las sombras.

Se desconocía el verdadero nombre de Caspar Webb, e incluso su nacionalidad era objeto de discusión, aunque en general se estaba de acuerdo en que tenía sus raíces en algún lugar de Europa del Este. También era un misterio cómo había conseguido el dinero que le permitió instalarse en Rhode Island. Empezó como contrabandista, pasando así a formar parte de una larga y noble tradición en el mercado negro de la región. Traía cigarrillos, narcóticos y mujeres para el comercio sexual. A través de intermediarios, estableció acuerdos mutuamente ventajosos con los Patriarca, aunque nunca conoció a ninguno de sus jefes, o ni siquiera admitió que sus operaciones fueran la fuente del contrabando de éstos.

Webb era dueño de una inmensa finca en las afueras de New Shoreham, el único municipio de la diminuta Block Island, oficialmente el pueblo más pequeño del estado más pequeño de la Unión, donde el precio medio de una casa rondaba el millón de dólares. Si alguna vez llamó la atención de las

fuerzas de la ley, nunca se llegó a acusarle de nada. Lenta y cautelosamente, y siempre a través de intermediarios, Webb se introdujo en las esferas interconectadas de la vida política y criminal de Rhode Island, y, a partir de ahí, del resto de Nueva Inglaterra. Durante décadas fue una influencia maliciosa, de la que apenas se tenía constancia, sobre la economía de seis estados, y no dejó cadáveres tras de sí, porque aquellos que lo molestaban simplemente desaparecían. Cuando murió, su defunción pasó casi inadvertida, al menos, públicamente. Por el contrario, en privado, la mayoría de los que sabían de él ofrecieron una oración en agradecimiento por su muerte.

Ahora, mientras Parker y los otros observaban al hombre que afirmaba ser el emisario de Webb, otro BMW entró en el aparcamiento y se detuvo junto al primero. Dentro podían intuirse cuatro hombres. No se apearon y el conductor no apagó el motor. Simplemente esperaban.

El representante de Webb entrelazó las manos por delante.

—El señor Webb habría apreciado que le informaran de su presencia en su estado —dijo.

—Bien —dijo Angel—, nos olvidamos de traer un médium. Tal vez la próxima vez podría organizar una sesión de espiritismo.

Parker miró a Angel. Ahora los superaban en número, y el comentario no ayudaba.

—¿Quién es usted? —preguntó Parker.

—Me llamó Philip.

Parker hizo un gesto hacia los recién llegados.

—Debo interpretar que esos caballeros vienen con usted.

—De verdad que les agradeceríamos que nos acompañaran de vuelta a Providence —dijo Philip—. Pueden ir en su propio vehículo, si me permiten que viaje con ustedes. Mis colegas nos seguirán.

Un gran grupo de hombres y mujeres jóvenes salió del bar y miró hacia ellos. Empezaban a llamar la atención. No por lo que hacían, pero la gente era

más sensible a la violencia potencial de lo que a menudo se creía, y la mano izquierda de Louis apenas ocultaba lo justo el arma que sostenía en la derecha.

—Sólo por saberlo, ¿y si nos negáramos?

Philip sonrió. No aparecieron arrugas en su cara, así que fue como ver un plástico adoptando una nueva forma.

—No van a negarse —dijo—, así que ¿para qué sembrar aprensiones?

—«Sembrar aprensiones» —dijo Louis—. Nunca había oído que lo llamaran así.

Parker no veía que tuvieran otra opción. Si se quedaban más tiempo en el aparcamiento, cabía la posibilidad de que alguien llamara a la policía.

—En ese caso, supongo que volvemos a Rhode Island.

Sally estaba en el baño. Se había recluido ahí poco después de que Kirk la descubriera en la cocina. No le había dicho una palabra desde ese momento, aunque él había llamado a la puerta preguntándole si estaba bien. Al final, él se quedó sentado, apoyado en la pared de fuera, preguntándose qué iban a hacer ahora. Todo dependía, suponía, de cómo hubiera muerto Routh. Si había fallecido por causas naturales, no tenían por qué preocuparse y su muerte no pasaría de ser un inconveniente. Pero si su defunción estaba relacionada con Eklund, podrían tener problemas.

Oyó correr el agua de la bañera, y después el ruido de un cuerpo metiéndose en ella y acomodándose. Siguió un largo silencio —ningún chapoteo ni sonidos de placer o relajación— y le vino a la cabeza una visión de Sally con tajos verticales en los brazos, tumbada en la bañera llena de agua ensangrentada. Le había pasado a otros de los suyos en el pasado, cuando la carga emocional se volvió excesiva para soportarla. Sin embargo, la mayoría de las mujeres de su familia la habían sabido sobrellevar. Por extraño que parezca, en el curso de los siglos más varones que féminas se habían quitado la vida. Era el sentimiento de culpa, suponía Kirk, o una forma de locura fruto de la naturaleza del pacto que se habían visto obligados a asumir. Como fuese, él no acababa de entender por qué se suicidaron. Después de todo, sabían qué les esperaba en el más allá.

Y luego, claro, estaban aquellos que habían estado a punto de resistirse, los que concluyeron que sería mejor para todos poner fin al pacto, pero esos fueron descubiertos a tiempo. Entonces se les hablaba, se les recordaban sus obligaciones para con todos. De vez en cuando era necesario aplicarles un

periodo de aislamiento y control. En los casos más extremos, se les apartaba y se encargaban de ellos, pero esas medidas sólo se habían tomado en un puñado de ocasiones a lo largo de los años. La última vez fue cuando Kirk era adolescente y a la tía Hattie le diagnosticaron cáncer. La anciana empezó a preguntarse en voz alta por el arrepentimiento, algo que no suponía ningún problema cuando estaba en su propia cama, pero podría haber dado lugar a complicaciones si la ingresaban en una residencia, como en última instancia habría sido necesario. Cuando quedó claro que suponía una amenaza potencial, se avisó a Routh. Fue rápido e indoloro. Incluso podría haberse considerado una bendición a la luz de lo que habría padecido Hattie si se hubiera permitido que el cáncer siguiera su curso.

Kirk nunca había matado a nadie. No sabía si podría. Le gustaba pensar que sería capaz si no quedaba más remedio, pero de momento se alegraba de dejar el asesinato en otras manos. Aunque, bien pensado, todavía era relativamente joven, y para él la perspectiva de su propia mortalidad aún no era real. Sin embargo, había reparado en lo rápido que pasaban los años. Llegaría su hora y, como todos los demás, quería asegurarse de que estaría a salvo cuando lo hiciera.

«Sally podría matar a alguien», pensó. Había visto lo que le había hecho al investigador privado, y eso era peor que un asesinato. No había disfrutado haciéndolo, o al menos él no había visto el menor regodeo. Simplemente se había puesto manos a la obra, como habría hecho con cualquier otra tarea pesada y desagradable que requiriera su atención. Con todo, sus habilidades habían asustado a Kirk. Le recordaron al ahora difunto Donn Routh.

Una única lámpara iluminaba ese extremo del pasillo. La bombilla era potente —con más brillo del necesario para el espacio—, pero a Kirk le gustaba así. Las bombillas del sótano y el garaje también eran potentes, y las mantenía encendidas incluso cuando había suficiente luz diurna. Evitaba la oscuridad cuanto era posible, porque a *ellos* les gustaba la oscuridad. Aunque no podía verlos, a menudo sí los olía, y le molestaba tenerlos a su alrededor,

sobre todo cuando Sally se ausentaba. La luz los mantenía alejados, y eso ya le iba bien. Sally se daba cuenta de lo que hacía, pero nunca dijo nada al respecto. Para ella era distinto. Ellos sabían que no debían entrometerse ni molestarla contra su voluntad. Eso significaba que Sally y él podían apagar la luz cuando hacían el amor, y cuando descansaban. De otro modo, Kirk no estaba seguro de haber podido hacer nada, ni de dormir sin tener pesadillas. Las noches que Sally no estaba con él —y habían sido muy pocas durante esos años—, mantenía el dormitorio intensamente iluminado, y utilizaba los antifaces que dan en los aviones para cubrirse los ojos.

Kirk veía el delator titileo de la luz de las velas a través del resquicio debajo de la puerta del baño. Tal vez uno de ellos estaba con Sally ahí dentro en ese mismo instante, mirando su desnudez. Hombre o mujer, eso no inquietaba a Sally. Ella afirmaba que ellos ya no tenían esos deseos, pero Kirk no estaba tan seguro. Sentían rabia y miedo, así que ¿por qué no iban a sentir deseo, o incluso envidia? Kirk sospechaba que la envidia era la emoción que dominaba a todas las demás, por encima incluso del miedo. ¿Cómo no iban a envidiar los muertos a los vivos? Y estos muertos aún más que la mayoría. Estaban atrapados, y así tenían que seguir, porque la otra opción era...

Bueno, la otra opción no había ni que planteársela. Tan simple como eso. La opción no era opción en absoluto.

Y con el tiempo —preferiblemente más tarde que pronto—, Sally y él ocuparían su lugar entre ellos, y el maldito ciclo entero continuaría una generación más, con la mancha del pecado agrandándose con el transcurso de los años, y con ella, el castigo que sufrirían si su línea sucesoria flaqueaba.

Oyó un ruido en el baño. Sonó como si Sally se moviera en el agua, y esperó callado, con la esperanza de que saliera, se secara y le explicara qué estaba pasando.

Pero no lo hizo. Volvió a llamarla por su nombre, sólo para recordarle que él seguía allí, y luego, como generaciones de varones de los Hermanos antes que él, se quedó aguardando a que una mujer lo guiara.

Recostada en la bañera, con el agua enfriándose a su alrededor, Sally observó mientras la chica muerta caminaba sobre las baldosas del suelo del cuarto de baño, de un lado a otro, adelante y atrás, como un animal atrapado en su propia locura.

El hombre que se hacía llamar Philip se sentó en el asiento del pasajero de delante, Louis conducía, con Parker detrás de él y Angel a la espalda de Philip. Éste aceptó que lo cachearan antes de subir, porque Louis tenía la manía de no llevar en su coche a desconocidos armados, y Parker le confirmó que iba desarmado. Seguramente no podría decirse lo mismo de los cuatro hombres que los escoltaban de regreso a Providence —un BMW delante, otro detrás—, pero dado que Parker no había sugerido cachearles también, la verdad seguiría sin conocerse.

Philip se sentó con la espalda ligeramente vuelta hacia la puerta, de forma que podía mirar fijamente a Parker. Vista de tan cerca, su cara tenía un leve brillo, como una masa sin hornear que apenas estuviera glaseada. También despedía un olor peculiar, que se intensificó a medida que el interior del vehículo se fue calentando. Olía a violetas marchitas. Philip no hizo caso a las preguntas ni dio ninguna indicación, satisfecho con que Louis se limitara a seguir al coche que iba delante de ellos. Si era consciente del arma que ahora empuñaba la mano de Angel, no lo dejó entrever. La pequeña calibre 22 era el arma perfecta para la situación, porque sus balas matarían sin salir del cuerpo y así evitarían molestos desperfectos en el parabrisas o el interior del coche de Louis. Parker se preguntó distraídamente si Angel llevaba por casualidad la pistola encima, o si Louis, de algún modo, se las ingenió para pasársela. A Parker no dejaba de asombrarle la cantidad de armas a las que podía echar mano Louis sobre la marcha. No tenía ni idea de dónde las guardaba, y concluyó que, pensándolo bien, en realidad tampoco quería saberlo.

—Es curioso —dijo Parker—, pero una vez rompí con una chica porque no



dejaba de mirarme como usted me está mirando.

Philip no apartó la mirada. Hasta donde Parker veía, el otro ni parpadeaba. Era como si uno estuviera siendo examinado por un pájaro disecado. La atención de Philip no era hostil, ni siquiera parecía especialmente pensada para desconcertar, pero Parker creyó detectar, quizás, un atisbo de curiosidad y cierto grado de decepción, como si el objeto que estaba examinando no hubiera estado a la altura de su reputación o de los rumores.

Llegado el momento, volvieron a entrar en Providence, y esta vez se encaminaron al sur de la ciudad, cruzando el pequeño barrio financiero y pasando por la zona más descuidada, más allá de los lindes de lo que había sido bautizado como barrio de las artes, una denominación común cuando una ciudad tenía manzanas de viejos edificios sin los inquilinos suficientes para vivir en ellos. Esa situación parecía que no se prolongaría mucho. Habían aplanado la mayoría de los solares vacíos, dejándolos preparados para nuevas construcciones, seguramente de la Universidad Johnson & Wales, que estaba en plena expansión.

Pero todavía persistían manzanas aisladas de viejos edificios de piedra rojiza, sobre todo en torno al Barrio de las Joyas junto a Ship Street, y precisamente hacia una de esas viejas reliquias se encaminó la pequeña flota. Se detuvieron ante un edificio independiente de cinco plantas, con una placa de metal al lado de la puerta de color negro y una única ventana policromada y ornamentada que no daba ninguna indicación del tipo de negocio que se desarrollaba dentro, pero servía para ocultarlo de la vista pública, fuera lo que fuese. Louis paró detrás del primer coche, y el segundo los dejó encajonados al instante.

—No pueden entrar con ninguna arma —dijo Philip—. Déjenlas en el vehículo. Estarán bien guardadas.

Louis se volvió hacia Philip por primera vez desde que había invadido el espacio de su amado Lexus.

—Es increíble, ¿nos está pidiendo que nos fiemos de usted y entremos ahí

desarmados?

Los rasgos de Philip se fundieron y se remodelaron para crear algo parecido a una sonrisa.

—No lo estaba pidiendo.

—Tiene mano izquierda con la gente —dijo Louis.

—¿Es un sarcasmo? —Philip sonó sinceramente asombrado, como si el sarcasmo fuera algo de lo que había oído hablar pero de lo que no tenía una experiencia directa, como una comida exótica que todavía no se ha probado.

—Me gustaría creer que sí.

—La confianza funciona en ambos sentidos. Yo confié en que ustedes no me matarían en el coche. Ahora deben confiar en mí y creer que no serán asesinados al otro lado de esa puerta.

—Dado que lo plantea así —dijo Angel—, que le den.

Los cuatro hombres que les habían escoltado hasta Providence se habían situado alrededor del Lexus. Uno de ellos prestaba atención al arma que tenía Angel en la mano. La expresión de su cara sugería que no le gustaba lo que estaba viendo. De momento no había más armas a la vista, pero Parker tenía la sensación de que eso no tardaría en cambiar.

Philip tenía la mano en la manija de la puerta.

—Sólo queremos hacerles unas preguntas —dijo.

—¿Queremos? —dijo Parker.

—Madre y yo —dijo Philip—. Se servirá té.

Se bajó del coche y esperó. Parker se volvió hacia Angel y asintió. Angel dejó que el arma oscilara del guardamonte, y la levantó para que la vieran los hombres de fuera, luego la depositó cuidadosamente en el suelo. Parker no iba armado. Se abrió la chaqueta, invitando al cacheo, pero nadie se le acercó.

Louis suspiró y se descargó del peso de una Glock.

—Bueno —dijo—, si se va a servir *té*...

La puerta delantera emitió un chasquido y se abrió cuando se acercaban,

aunque nadie sacó ningún mando a distancia. La placa de metal de la pared rezaba Agave Associates. La placa estaba brillante, sin mácula, al menos hasta que Angel pasó un dedo por la superficie y la manchó. Al instante apareció un pañuelo desde un bolsillo de uno del cuarteto de escoltas y la mancha desapareció. Philip se detuvo en el umbral.

—¿Por qué lo ha hecho? —preguntó.

—Estaba demasiado limpio —dijo Angel—. No me gustan las cosas demasiado limpias. Siempre significa que hay algo sucio oculto en otra parte.

Philip se lo pensó un momento y luego lo archivó en su memoria para un examen posterior. Ante ellos se extendía un pequeño vestíbulo con una puerta de cristal. Como el de la ventana que daba a la calle, el cristal era policromado, pero se trataba claramente de una capa que había sido colocada sobre un vidrio más grueso. La puerta parecía capaz de aguantar el disparo de una granada sin venirse abajo. De nuevo, se abrió sin que pareciese que nadie la había tocado, desvelando un salón con las paredes cubiertas por paneles antiguos de caoba en la mitad inferior y, en la superior, por un caro papel pintado de color rojo y oro, estampado con lo que parecían mascarillas mortuorias, caras céreas con los ojos cerrados. Había lámparas de gas colocadas en las paredes a intervalos regulares, y sus llamas parpadeaban dentro. En el suelo se extendía una alfombra de lana de color rojo intenso tan gruesa que un niño pequeño podría haberse perdido en su tejido. La estancia conducía a un trecho de escaleras de madera que subía serpenteando a la planta siguiente. Los grabados enmarcados de las paredes mostraban escenarios del Providence de hacía siglos, todos los cuales tenían la pátina de lo antiguo.

Esta vez, Philip sostuvo la puerta abierta para que pasaran, pero los demás no les siguieron, de manera que Parker y los otros dos se quedaron a solas con Philip en el vestíbulo. Olía, y no desagradablemente, a polvo y humo de leña. Mezclado con el peculiar aroma de Philip, hacía pensar en la chimenea de una floristería. Si a eso se le sumaba la iluminación antigua, la gruesa alfombra y

el extraño papel pintado, los olores enturbiaban la atmósfera del lugar, y Parker sintió que la visión se le nublaba.

«Es como retroceder en el tiempo», pensó.

La puerta se cerró a sus espaldas, y Philip se dirigió hacia las escaleras, sin molestarse en comprobar si le seguían. Dadas las pocas opciones que tenían, lo siguieron.

—¿Vive aquí? —le preguntó Angel a la espalda de Philip.

—Aquí no vive nadie.

—Seguramente sea lo mejor.

Cruzaron un rellano oscuro en la primera planta. Había una puerta entornada, y a través del resquicio Parker atisbó muebles cubiertos con sábanas, y lo que podría haber sido equipo médico, todo apenas visible en la penumbra dado que las contraventanas estaban cerradas. Captó un leve pero intenso olor a antiséptico, y el hedor que ocultaba. Apestaba a pabellón hospitalario, y a los últimos días de los difuntos. Vio, por la forma en que arrugó fugazmente la nariz, que Louis también lo había captado. Tal vez fue ahí donde Caspar Webb había presentado su última batalla a la oscuridad invasora.

Llegaron a un segundo rellano. Philip llamó suavemente a la primera puerta a su izquierda, luego esperó un momento antes de abrirla e indicó que pasaran. Parker y los demás se quedaron inmóviles, pensando, cada uno de ellos, lo mismo: si se trataba de una trampa, podían darse por muertos.

Parker fue el primero en moverse. Después de todo, la investigación sobre Eklund era responsabilidad suya.

El espacio era amplio y ocupaba lo que debía de abarcar casi la planta entera. Una segunda puerta, cerrada, estaba justo enfrente de la primera, y Parker vio otra a su derecha, en la pared del fondo. La sala estaba vacía. Parker era la única persona ahí dentro, al menos hasta que se le unieron Angel y Louis. A su izquierda había una mesa de roble tallada, del tamaño de un sarcófago regio, con incrustaciones de cuero verde, iluminada por un par de

lámparas ornamentadas. Estaba delante de la ventana, pero habían corrido las gruesas cortinas rojas. En la sala hacía calor, pero no tanto para que resultara molesto. Había un fuego encendido en la chimenea de la pared de enfrente, con unos sillones de cuero a cada lado. Allí las paredes estaban forradas de estanterías hasta el techo, del que colgaba una lámpara de araña de cristal, una de las tres que había en la sala. Toda la luz procedía de las lámparas de pie y de mesa, y de las llamas que parpadeaban. El suelo, visible en los márgenes, era de madera y parecía formado por los tablones originales, o al menos por una buena recreación de éstos utilizando materiales antiguos recuperados. Una serie de pesadas alfombras persas, la mayor de las cuales tenía al menos tres metros de largo y casi otros tantos de ancho, ayudaban a amortiguar cualquier ruido.

La otra mitad de la sala contenía algunas estanterías de pie, pero las paredes estaban en su mayor parte cubiertas de cuadros. Todos eran de paisajes, con la excepción del que había sobre la segunda chimenea, donde un retrato a tamaño natural de un hombre contemplaba a los de abajo desde las alturas, tanto metafórica como literalmente, por lo que Parker veía de la expresión de la cara del sujeto.

Philip se sentó en uno de los sillones junto a la chimenea, cruzó las piernas y entrelazó las manos en el regazo.

—Pueden mirar lo que les plazca —dijo—. Madre estará con nosotros enseguida.

—Seguramente cuando hayan terminado de embalsamarla —dijo Angel en voz baja.

Lo dijo en un tono apenas audible para Louis y Parker, de modo que Philip no debería haberlo captado, pero Parker se fijó en que sí reaccionó. Notó que entrecerraba levisísimamente los ojos y se le torcía la boca, pero con eso bastaba. Parker llevaba menos de una hora en compañía de Philip, pero ya tenía casi la certeza de que el hombre estaba loco. Se colocó delante de Angel

para que Philip no pudiera verle la cara, y articuló sin pronunciar las palabras: «Cuidado con él». Angel ni se tomó la molestia de asentir.

Parker paseó por la sala, echando un vistazo a las estanterías. Contenían volúmenes encuadernados de las actas de varias instituciones del estado, tanto judiciales como gubernamentales, que se remontaban a principios del siglo XIX, pero también encontró una sección dedicada a monografías de artistas y catálogos razonados, divididos a partes iguales entre modernos del siglo XX y una gama de paisajistas norteamericanos, de Ralph Earl y John Trumbull, entre los más antiguos, hasta más recientes como Andrew Wyeth y Georgia O'Keeffe. Parker había identificado al menos un Wyeth entre los cuadros mientras recorría la sala, pero, aparte de Alfred Stieglitz y John Singer Sargent, la mayoría de los nombres de las monografías no le decían nada.

Delante de la segunda chimenea, también encendida, había un par de sofás de cuero, algunas sillas dispersas y una mesita baja sobre la que había una bandeja con un servicio de té de porcelana y el tipo de galletas diminutas que se desmenuzaban en una tormenta de migas en cuanto intentabas comerlas.

Louis se acercó a Parker.

—Al menos, no mentía con respecto al té —dijo.

—¿Qué piensas?

—Que no van a intentar matarnos.

—¿Por qué?

—No habrían sacado las galletas.

—Bien visto.

—Y ese Philip está pirado.

—Yo también he llegado a esa conclusión. Me interesa conocer a su madre.

—Sí, seguro que es tremenda. —Louis se fijó en las pinturas de las paredes —. Hay un montón de dinero en esta sala, y Caspar Webb está muerto. Abajo olía como si hubiera muerto allí, y hubiera muerto mal.

—¿Dejó familia?

—No, que yo sepa.

Los dos miraron el cuadro de la pared.

—¿Es él? —preguntó Parker. Conocía a Webb sólo por su reputación. Si existía alguna fotografía del hombre, nunca la había visto.

—Sólo lo vi una vez, hace muchos años. Pero sí, es él.

—¿Te recuerda a alguien?

Philip los observaba desde su asiento en la otra punta de la sala. Ninguno de los dos miró siquiera en su dirección para comprobar el parecido.

—Ahora sí que quiero conocer a la madre —dijo Louis.

Y como respondiendo a su deseo, apareció Madre.

## Cuarta parte

*Quis est iste qui venit?*  
¿Quién es este que viene?

Según M.R. James,  
«Silba y acudiré»



Sally Buckner recordaba con claridad la primera vez que vio un fantasma. Sucedió cuando tenía cinco años y estaba jugando en el cajón de arena para niños que tenían en el jardín. Una valla rodeaba el jardín trasero, y una pesada puerta cerrada situada en un lateral de la casa llevaba al delantero. No había peligro de que se escapara y su madre podía vigilarla desde la ventana de la cocina. Estaba jugando con uno de los juguetes de su hermano mayor, porque Kirk iba a la escuela y ella no. No recordaba por qué. A veces pensaba que su madre sospechaba lo que habría de ocurrir ese día. Sally siempre fue la preferida de su madre, y, pensándolo bien, también de su padre. «Enfermizo» era la palabra que utilizaba su padre para referirse a Kirk, porque a menudo estaba en cama a causa de su afección de pecho. Sally lo oía resollar por la noche, a veces respiraba con tanta dificultad que ella temía que se fuera a morir. Entonces se metía en la cama con él, para tranquilizarlo, y se quedaban dormidos uno en los brazos del otro.

Años después, ella se preguntaba si su relación habría empezado si él hubiera sido un chico más fuerte y saludable. Y no es que le importara estar con él: lo amaba. A los Hermanos tampoco les importaba. Había otros que continuarían el linaje familiar, y además tenían planes distintos para Sally. La aparición del fantasma lo había confirmado. Tal vez toda la familia sabía, ya entonces, qué vida llevarían Sally y Kirk.

Sally siempre prefirió los juguetes de chicos a los de chicas. Nunca dedicó mucho tiempo a las muñecas ni a las cocinitas. Le gustaban las armas y los camiones. Le encantaba construir casas de múltiples colores y extraños vehículos con las piezas de construcción de plástico. Ese luminoso día, en

concreto, se dedicaba a levantar grandes muros a lo largo de uno de los lados del cajón de arena. Construía uno, añadía almenas y un par de los soldaditos de Kirk, y luego arremetía con un camión de metal contra el muro con todas sus fuerzas, mandando las piezas y los soldaditos por los aires de aquel día de principios de verano. Algunos iban a parar a los arbustos cercanos, pero ella decidió que iría a buscarlos más tarde, si es que se tomaba la molestia siquiera. Kirk tenía piezas de construcción y soldaditos para dar y vender.

Estaba concentrada en la construcción de las defensas más complicadas cuando una pieza de plástico le alcanzó a un lado de la cabeza. Miró para ver de dónde venía, y vio a una chica en un pequeño parterre entre un par de arbustos. Tenía diecisiete o dieciocho años, el pelo moreno y corto y la piel llena de pecas. Llevaba un vestido vaquero estampado e iba descalza. Las puntas de los dedos de los pies se movían sobre el suelo húmedo —la madre de Sally había regado los parterres hacía menos de una hora—, pero no dejaban huella. Parecía que no pudieran agarrar la tierra, como si se hubiera colocado una delgada lámina de cristal entre ella y el suelo.

Pero lo que llamó la atención de Sally fueron sus ojos. Se veían turbios, de manera que costaba saber de qué color habrían sido en el pasado, y en los rabillos tenían legañas incrustadas, como los ojos de alguien que llevara dormido mucho tiempo y acabara de despertarse. Las comisuras de los labios también tenían costras, y cuando abría la boca para lamérselas —y asomaba su pálida lengua, semejante a la carne cruda de un pescado—, los labios se le agrietaban, pero no sangraba.

Y la chica olía. No era un olor repulsivo, sólo extraño y vegetal, con un matiz a quemado. A Sally le recordó el agua que se acumulaba en el fondo de las macetas de orquídeas de su madre, una especie de descomposición lenta y húmeda. Ese olor parecía desprenderse de la chica como la bruma se separaba del mar, y se depositaba sobre la piel de Sally como un escalofrío, aunque el sol seguía brillando con fuerza sobre ella.

Sally nunca había visto a una persona muerta hasta entonces. No tenía una

concepción de la muerte, así que se esforzó por incluir a la chica en su limitada experiencia del mundo. Estaba asustada, pero sólo un poco. La chica no habló, pero Sally percibía sus sentimientos a través de colores que se manifestaban como un resplandor en el aire a su alrededor. En ese momento, la chica estaba calmándola con verdes y dorados, animándola para que no se asustara, y Sally comprendió que no pretendía hacerle ningún daño.

—Me has tirado una pieza —dijo Sally.

La chica sonrió, y se le agrietaron todavía más los labios. A Sally no la perturbó verlo, pero no dijo nada. No quería ser maleducada.

—Pero tus pies no tocan el suelo —prosiguió Sally—, ¿cómo has podido mover la pieza?

Entonces, azul: un resplandor de admiración. Sally era inteligente. Todo el mundo lo decía.

La chica levantó la mano derecha y otra pieza voló por los aires y aterrizó donde Sally estaba de rodillas, casi tocándole la pierna.

—Guau —dijo Sally—, ¿podrías...?

Pero no pudo acabar la pregunta porque la chica miró hacia atrás por encima del hombro, como si la llamara una voz o una presencia invisible. Volvió a levantar la mano derecha, esta vez en gesto de despedida.

—¡Espera un momento! —la llamó Sally—. No me has dicho cómo te llamas.

La chica movió los hombros encogiéndolos levemente, se señaló la boca y negó con la cabeza.

—¿Puedo hablarle de ti a mi mamá? —La chica asintió una única vez, luego pareció contraerse y desapareció.

Sally se puso de pie sacudiéndose la arena de las rodillas. Se acercó al parterre y lo examinó, sólo para confirmar que no había huellas en el suelo. Ahí el olor vegetal era más intenso, pero ya se estaba disipando, y al cabo de unos segundos sólo era un recuerdo. El frío perduró un poco más antes de desvanecerse también y luego volvió a hacer el calor de antes.

Sally corrió a la cocina para contar lo que había visto. Su madre estaba sentada a la mesa, desgranando alubias carillas para añadir al jamón ahumado de la cena, y alzó la mirada cuando entró su hija.

—¡Mamá! ¡Mamá!

—¿Qué pasa, cariño?

—He visto un fantasma. Era una chica.

Su madre sonrió y abrió los brazos para abrazar a su hija.

—Oh, cariño, estoy tan orgullosa de ti...

Ahora todo aquello parecía muy remoto. Ella había sido elegida para proteger a los Hermanos —los muertos, los vivos y aquellos todavía por nacer— y, a no ser que alguna debilidad de carácter se revelara con posterioridad y la convirtiera en inepta para aquella tarea, era un deber que le correspondería cumplir hasta la tumba.

Durante los treinta y cinco años transcurridos desde entonces, la chica había acompañado a Sally casi siempre. Se llamaba Eleanor Craig. Sally lo había descubierto utilizando la inteligencia natural por la que había sido elegida desde el principio. Eleanor no podía hablar, y Sally no quería pasarse horas ni días intentando averiguar su nombre, así que escribió el alfabeto en un trozo de papel, fue señalando las letras una por una, y tachándolas según los colores que provocaban las reacciones de la chica: azul para sí, rojo para el no, como en un juego infantil.

De mayor, Sally se enteró de más cosas sobre Eleanor al buscar en internet, así como por la información sobre los Hermanos que se transmitía de generación en generación. Eleanor formaba parte del linaje original, y era hija del Magus en persona. La habían quemado con él y otros veinte más en el asedio de Capstead en el siglo XIX, que había puesto fin a los primeros pillajes y asaltos de los Hermanos. Ella sería la sombra de Sally, su enlace con los demás, hasta que llegara la hora en que Sally cruzara la línea y se convirtiera

en uno más. A decir verdad, esa perspectiva no le hacía mucha gracia a Sally, pero el pacto se había establecido hacía mucho tiempo y no podía romperse.

A esas alturas, el agua de la bañera apenas estaba tibia. Sally veía las arrugas que se le iban dibujando en los dedos de los pies y de las manos, pero no quería salir, todavía no. Kirk estaría esperando a que le respondiera algunas cuestiones y que lo tranquilizara, y ella no podía satisfacer ninguna de las dos cosas. Se estiró hacia delante y abrió el grifo para echar más agua caliente. Eleanor irradiaba un resplandor negro por la rabia, y también azul claro por el dolor, pero entre ambos ondeaba un azul índigo que Sally sólo había visto muy esporádicamente en el pasado, la última vez fue justo antes de que convocara a Routh y lo mandara al este a borrar los rastros del lío de Eklund.

Era el color de la angustia.

Sally humedeció un paño y se lo puso sobre la cara. El incesante movimiento arriba y abajo de Eleanor le estaba dando náuseas, y necesitaba mantener la cabeza despejada para pensar. Eklund le había proporcionado los nombres de todas las personas con quienes había contactado en el curso de sus investigaciones, y ella los había verificado con el material guardado en el portátil del investigador. Si Routh hubiera conseguido poner a buen recaudo el resto del material que Eklund almacenaba en su casa, Sally se habría limitado a dejar tranquilos a los demás, porque, con Eklund desaparecido, lo único que quedarían serían rumores y unas teorías descabelladas. Pero ahora Routh había muerto, lo había atacado y asesinado —hasta ahí había aclarado Eleanor— una persona cerca de la casa de Eklund. La única conclusión que podía extraerse era que alguien peligroso también estaba interesado en Eklund, o tal vez en el propio Routh. Hasta que se esclarecieran los hechos, Sally tenía que dar por sentado que el individuo o individuos en cuestión seguirían la línea de investigación de Eklund, o indagarían en la vida de Routh, y no era descabellado pensar que cualquiera de esas dos posibilidades podría llevarles hasta los Hermanos.

Le parecía que la solución era eliminar de la partida a aquellos de los contactos de Eklund que supusieran una mayor amenaza, sólo por si él había sembrado semillas que más adelante pudieran dar fruto. Los libros y archivos que Eklund reconoció que guardaba en su sótano eran peligrosos, y habría sido mejor si los hubieran reducido a cenizas, pero, por sí mismos, no bastaban para dar lugar a una investigación a fondo. Eklund tenía un interés personal en sus pesquisas a causa de su historia familiar, y ninguna de las partes que no estuviera implicada directamente debería haber sido capaz de realizar los imaginativos saltos requeridos para sentir empatía hacia él, pero Eklund había conseguido atraer al menos a otros dos a su causa. Si éstos murieran, lo más probable era que la investigación se extinguiera también con ellos. De paso, los Hermanos intentarían descubrir quiénes habían asesinado a Routh, y les harían pagar por ello. Las muertes resultantes ayudarían a los Hermanos a largo plazo. Serían el equivalente a tener dinero en el banco, y transcurrirían muchos años antes de que fueran necesarios más asesinatos. Incluso la propia Sally podría haber muerto para entonces, o sería lo bastante mayor para ceder la responsabilidad a la siguiente generación.

Una vez tomada la decisión, Sally se quitó el paño de la cara.

—No tengas miedo —dijo en voz baja para que Kirk no la oyera—. Puedo ocuparme de esto.

Eleanor dejó de moverse y se dio la vuelta para mirarla. Aun después de tantos años acompañándola, a Sally le seguía incomodando mirarla directamente a los ojos. Le recordaban lo que les aguardaba a todos más adelante, y así servía de inoportuno *memento mori*. Intentó concentrarse en las pecas de Eleanor, fijando la mirada en su nariz y mejillas mientras le contaba sus planes. Poco a poco, el resplandor negro adquirió un tono marfil, y el azul dio paso a un rubor pálido, pero la delgada franja de índigo siguió desplazándose entre ambos tonos, como un gusano por la pulpa de una manzana.

—Sigues asustada —dijo Sally—. No hay motivo. Nos hemos enfrentado a

cosas peores en el pasado.

«Te mataron entre llamas y disparos», pensó. «Sabes mejor que nadie de qué te hablo.»

La ventana del baño se había empañado por la condensación. Mientras Sally miraba, Eleanor se acercó a ella y extendió un dedo. Sally contuvo el aliento. Eleanor raramente interactuaba con el mundo físico. Pero ahora se puso a escribir sobre el cristal, moviendo concienzudamente el dedo para formar las letras en la capa de humedad, un esfuerzo que provocaba que gotas de sangre negra le cayeran de la nariz y de las orejas, que le brotaran de los rabillos de los ojos y borbotearan entre sus labios. Cuando acabó, se desvaneció, dejando tan sólo el mensaje en la ventana: trece letras, dos palabras:

HOMBRES HUECOS

La primera impresión que le produjo Madre a Parker fue que una escurridiza araña negra, casi plana, acababa de entrar arrastrándose en la sala.

La mujer que tenía delante era sólo un poco más baja que él mismo, pero parecía casi el doble de ancha. Llevaba una media melena plateada, con unas extensiones que le colgaban por los hombros y la espalda, como las patas de un crustáceo muerto. La cabeza era diminuta; la piel, pálida; llevaba los ojos muy perfilados con delineador para impedir que se desdibujaran por entero entre los profundos huecos en que se engastaban y las hinchadas ojeras debajo. La boca era poco más que un tajo fino de color rojo, y la barbilla, una cuña que sostenía los pliegues de carne suelta que le caían en capas sobre el cuello hasta que las absorbía su vestido negro. Curiosamente, sin embargo, tenía la cara demacrada, como los brazos, que resaltaban como ramas en las mangas, y también las pantorrillas, visibles bajo el dobladillo del vestido. No debía de calzar más que un treinta y cinco o un treinta y seis, y llevaba los pies ocultos en zapatillas de terciopelo negro. Sólo su torso era desproporcionado, y su ampulosidad quedaba subrayada por el contorno de su ropa.

Su hijo se le acercó. Del mismo modo que Philip conservaba huellas visibles de su progenitor masculino, también estaba claro que era hijo de su madre: cosa evidente en los ojos y la barbilla y en la piel lisa que se tensaba sobre los huesos de la cara de la anciana.

—Madre —dijo Philip—, éstos son los hombres de los que te hablé.

Madre no dijo nada, pero miró silenciosamente a Angel y a Louis antes de que sus brillantes e inteligentes ojos pasaran a Parker y se demoraran en él lo bastante para que éste se sintiera incómodo, como una mosca esperando la



picadura inevitable. Era una impresión acentuada por la percepción de que Madre había empezado a acercársele casi sin que se diera cuenta, con sus pies envueltos en las zapatillas produciendo un sonido sibilante al cruzar la alfombra. Parker resistió el impulso de retroceder unos pasos para reequilibrar la situación. A medida que se le acercaba, él captó su olor. Olía exactamente igual que su hijo. O bien compartían la misma colonia, o bien exudaban un olor común a través de los poros.

Parker, sin saber qué otra cosa hacer, le tendió la mano para estrechársela, pero los delicados puños de Madre no se movieron de sus costados. Philip, pegado a ella por detrás como si lo atara un trozo de seda, explicó:

—A Madre no le gusta el contacto físico innecesario.

Parker procuró no mirar ni a Angel ni a Louis, pero oyó que éste tosía un poco, y Angel parecía haber encontrado algo que requería toda su atención en el techo.

Madre habló por primera vez. Su voz tenía un timbre seco que no resultaba desagradable.

—Señor Parker —dijo—, ¿serían tan amables, usted y sus amigos, de tomar asiento?

Hizo un gesto hacia el conjunto de sofás que había al otro lado de la mesa, esperó a que se acercaran y luego ella se acomodó, como si se posara, en el sofá más pequeño. Los cuatro hombres se sentaron, Philip en el mismo sofá que su madre, Angel y Louis en el que había enfrente, y Parker en una de las sillas tapizadas. Philip cogió la tetera, preguntó si alguien quería leche y —al estilo inglés— la añadió a las tazas antes de echar el té. Todo parecía muy amigable, pensó Parker, si uno no tenía en cuenta el hecho de que un sesenta por ciento de los presentes estaban ahí coaccionados.

Madre dio un sorbo al té y mordisqueó una galleta. Philip no comió, ni tampoco tocó la taza después de llenarla. Angel cogió una galleta y logró comerse la mitad mientras dejaba el resto desmigajado y esparcido por el

sofá, el suelo y su ropa. Madre tuvo más éxito en el empeño, pero seguramente tenía práctica. Nadie habló.

Finalmente, Madre acabó de comer, se quitó cuidadosamente los restos de galleta de los dedos con unos golpecitos, echándolos al platillo de la taza y empezó.

—¿Qué estaban haciendo en la casa de Jaycob Eklund?

Parker dejó la taza sobre la mesa. No entendía de té, pero lo que fuera que había salido de esa tetera le había sabido bastante bien. Podría preguntarle a Madre qué era, siempre que acabaran la velada en buenos términos, lo que distaba de estar garantizado, sobre todo vista la brusquedad de la primera pregunta.

—Antes que nada —dijo Parker—, estamos un poco perdidos, ¿señora...?

Si tenía nombre, claramente no estaba de humor para compartirlo. Miró a Parker con una leve sorpresa, como si acabara de sugerirle algo levemente, aunque no del todo, fuera de lugar.

—Ella —dijo Philip despacio— es Madre.

Parker concluyó que ahora sabía cómo se sintió Alicia cuando fue a parar a la hora del té del Sombrerero Loco.

—Yo no puedo llamarla Madre —le explicó a Philip, casi en el mismo tono.

—Usted no tiene por qué llamarme de ningún modo —dijo la mujer—, sólo tiene que responder la pregunta.

—Trabajo para un cliente.

—¿Nombre?

—No estoy en condiciones de revelarlo.

—¿Y ese cliente aprueba el robo de casas?

Una mueca; un mohín de desaprobación.

—La sorprendería lo que mis clientes están dispuestos a tolerar.

Madre dio otro sorbo de té.

—Una vez vi cómo desollaban a un hombre vivo —dijo cuando acabó—.

Pocas cosas me sorprenden ya.

Si Madre esperaba que alguno de los presentes pareciera conmocionado, iba a sentirse decepcionada.

—Parece que lleva una vida muy interesante —dijo Parker.

Estaba preguntándose cuál sería la naturaleza de la relación de Madre con Caspar Webb. Obviamente, la existencia de Philip indicaba un elemento sexual en cierto momento, pero tenía la sensación de que se trataba de algo más. Esta mujer parecía ocuparse ahora de los asuntos de Webb, aunque su hijo prefiriese considerar que la influencia, y hasta la existencia, de su padre todavía perduraba.

—Pasé muchos años felices con el señor Webb —respondió ella como si hubiera leído los pensamientos de Parker.

—Sentados alrededor de la chimenea —comentó Louis—, desollando gente.

Madre le sonrió con benevolencia.

—Lo sé todo sobre ustedes tres —dijo—. Tienen las manos manchadas de sangre, de mucha sangre. —Levantó el meñique y apuntó a Louis, señalándole—. Puede que le interese saber —prosiguió— que ésta es la primera vez que tenemos a alguien de su raza en nuestra casa.

—Eso es sin duda un progreso —dijo Louis.

Los ojos de Madre siguieron fijos en Louis. Parker empezó a preguntarse si, como Philip, la mujer parpadeaba alguna vez. Por lo que veía, no lo había hecho ni en una sola ocasión desde que se les había unido. Podría ser algo genético.

—¿Tuvo alguna vez tratos con el señor Webb? —le preguntó Madre a Louis.

—No, el señor Webb no aceptaba a los de color, como usted ya parece saber.

—No creo que hubiera visto nunca a un negro hasta que llegó a Estados Unidos —dijo Madre—. Era un producto de su tiempo y su entorno.

—¿Y qué entorno era ése? —preguntó Parker.

—El señor Webb procedía del Báltico. Era muy reservado acerca de sus orígenes.

—¿Por vergüenza?

—Discreción. Dejó enemigos atrás.

—Yo diría que dejaba a sus enemigos bajo tierra, si son ciertas las historias que se cuentan.

—Esas historias, si en efecto fueran ciertas, pertenecen al pasado. El señor Webb está en el otro mundo, más allá de ese tipo de preocupaciones.

Si sólo la décima parte de lo que se murmuraba sobre Caspar Webb fuera verdad, pensó Parker, entonces su ubicación precisa en el otro mundo seguramente debía de preocuparle, y mucho. Dondequiera que estuviera, sin duda haría mucho calor.

—Creó una organización importante aquí —dijo Parker—. Espero que alguien mantenga la tradición familiar. Sería una lástima ver cómo se desperdicia tanto trabajo.

—En realidad, en este momento estamos en proceso de deshacernos de sus intereses comerciales —dijo Madre, y Parker captó una reacción de Philip al comentario, un cambio en su postura apenas perceptible.

Aquí hay un desacuerdo.

—¿De verdad? —Fue Louis el que habló—. ¿Y qué le parece a Vincent Garronne?

Vincent Garronne, por lo poco que Parker sabía de la organización, era el sicario y la cabeza visible de las empresas de su amo mientras Webb vivía. Garronne era violento si no quedaba más remedio, y también inteligente y ambicioso. Durante el periodo de decadencia de Webb, se creía que Garronne era el responsable de la gestión del día a día del imperio.

Pero hacía tiempo que no se le veía.

—Vincent Garronne está muerto —dijo Madre.

—Ah —dijo Louis—, ¿algo repentino?

—Murió cuando se estrelló contra el suelo —dijo Philip.

—Se cayó de un edificio alto —concretó Madre.

—Un hombre tiene que andarse con cuidado en las alturas —dijo Louis.

—No creo que el ser cuidadoso le hubiera ayudado —dijo Madre, poniendo así fin a cualquier especulación más sobre la naturaleza de la defunción de Garronne.

Philip le ofreció más té. Ella lo rechazó. Él no se molestó en ofrecer a los demás.

—El señor Webb dejó un legado considerable —dijo Madre—. Deseaba apoyar ciertas obras de caridad, algunas galerías y museos de los que estaba encariñado. —Hizo una pausa—. También tenía un hermano.

Parker esperó. Estaban llegando al meollo.

—Estaban distanciados. El hermano del señor Webb no aprobaba su estilo de vida. Tenía mujer y un hijo, y creía que si la relación entre el señor Webb y él se hacía pública, pondría a su familia en peligro. Se cambió de nombre, adoptó el apellido de su mujer después de casarse, aumentando más aún la separación entre ambos, antes de romper todo contacto con su hermano y llevar una vida sin tacha.

—Me he fijado en que habla de él en pasado —dijo Parker.

—Desapareció hace casi un año. El señor Webb contrató a investigadores y se cobró favores de las fuerzas de la ley, pero no se encontró nunca el menor rastro de su hermano.

—¿Y qué me dice de su mujer?

—No había motivos para sospechar que hubiera intervenido en la desaparición. De hecho, fue ella la que se dirigió al señor Webb buscando ayuda para dar con su marido.

—Pero el señor Webb la investigó de arriba abajo, sólo para asegurarse.

—Por descontado. No encontró nada, como había imaginado.

—¿Y no tuvo suerte al investigar el destino de su hermano?

—Ninguna, pero por aquel entonces el señor Webb ya se estaba muriendo.

Si hubiera tenido mejor salud, se habría tomado la investigación como algo más personal.

Ella se miró las uñas. Las llevaba sin pintar y tan cortas que la punta de la lúnula sobresalía visiblemente en cada dedo.

—Se lo preguntaré de nuevo, señor Parker: ¿para quién trabaja?

—Y yo le recordaré que no puedo divulgar el nombre.

La mano derecha de Madre se tensó formando una garra. Parker sabía que estaba contrariándola, pero esto era un intercambio de información y él no quería que le timaran.

—Pero —añadió— puedo decirle que me contrató alguien que está interesado en dar con Jaycob Eklund y no le desea ningún mal.

—¿Está seguro de eso?

Parker pensó en Ross: «No del todo».

—Sí, lo estoy —dijo—. Doy por sentado que usted sabe que Eklund ha desaparecido, de otro modo, ¿por qué iba a vigilar su casa?

—El señor Webb adquirió la empresa de seguridad que monitoriza la vivienda. Cuando se activó la alarma esta tarde, nuestra gente fue a comprobar. Encontraron el inhibidor. Su coche fue captado por las cámaras que enfocaban la casa y la calle.

—Cámaras. —Parker miró a Angel—. Y luego te llamas profesional.

—No culpe a su amigo —dijo Madre—. Son pequeñas y están bien ocultas. En cuanto tuvimos la marca, el modelo y el número de matrícula de su vehículo, no fue difícil rastrearles. Hicimos unas llamadas, accedimos a cámaras de vigilancia. Al detenerse en Massachusetts, nos ahorraron un viaje hasta Maine.

—¿Por qué se toman tantas molestias por Eklund?

—Porque cuando desapareció, supusimos que alguien podría acabar mostrando interés por su casa.

Entraban en un terreno peligroso. Parker no quería preguntarle directamente si había sido la responsable de la desaparición de Eklund. No quería seguir

los pasos de Vincent Garronne, o del desafortunado que fue despellejado en presencia de Madre.

Madre captó su preocupación.

—Nosotros no le hicimos nada al señor Eklund —dijo—. Pero estamos ansiosos por dar con él. Su desaparición podría estar relacionada con lo que le pasó al hermano del señor Webb y su familia.

—¿Su familia?

—La cuñada y el sobrino del señor Webb han muerto en las últimas veinticuatro horas. Se llamaban May y Alex MacKinnon. Fueron asesinados a puñaladas en Millwood, New Hampshire.

La mención del apellido MacKinnon le recordó a Parker el contenido del sótano de Eklund, y la más reciente de las desapariciones señalada en el mapa de la pared.

—Mire —dijo Madre—, poco antes de que falleciera el señor Webb, Jaycob Eklund se puso en contacto con él. Eklund creía que podrían tener ciertos intereses en común, entre ellos, la desaparición del hermano del señor Webb. Éste, naturalmente, receló. Se recurrió a intermediarios, incluyendo a Philip, y finalmente se celebró una reunión entre los dos hombres en esta misma sala. Yo estuve presente en la conversación.

Philip se acercó a la chimenea y echó un par de leños. Mientras se asentaban entre las ascuas silbaron, como seres vivos condenados a las llamas.

—¿Y de qué quería hablar Eklund con el señor Webb? —preguntó Parker.

—Quería —dijo Madre— hablarle de fantasmas.

El Coleccionista estaba aparcado a una distancia prudencial de las oficinas de Agave Associates. Había intentado explorar la casa que había atraído el interés tanto de Parker como del difunto Donn Routh, pero la alarma se disparó y siguió sonando durante un rato. El alboroto atrajo a un todoterreno de una empresa de seguridad, seguido al poco por dos BMW, uno de ellos conducido por un hombre que al Coleccionista le sonaba: Philip, el descendiente, comprensiblemente no reconocido, del difunto Caspar Webb.

Mantuvieron una breve charla entre ellos, seguida de una serie de llamadas telefónicas. El guardia de seguridad se quedó en la casa cuando se marcharon los BMW, así que el Coleccionista optó por seguir a Philip, una decisión que hasta ahora le había llevado a cruzar la frontera de Massachusetts para luego regresar a Providence detrás del convoy que formaban Parker, Philip y los demás. Mientras tanto, el Coleccionista había llamado a su padre y le había pedido que averiguara quién era el propietario de la casa de Fox Point. Parker, según parecía, estaba interesado en un investigador privado llamado Jaycob Eklund. Por desgracia para él, también le interesaba a Philip, y allá donde iba Philip, iba Madre.

El Coleccionista conocía los defectos del difunto Caspar Webb, pero para él no tenían la menor importancia. Webb estaba apenas un peldaño por encima de un vulgar gánster, por más que cultivara su halo de misterio. Sus pecados eran resultado de su avaricia y de su miedo, porque todos los hombres poderosos tienen miedo en secreto. Webb era desagradable, pero carecía de la vena de depravación que podría haber atraído al Coleccionista hacia él, y luego la muerte había resuelto la cuestión.



Madre, por su parte, sí tenía cierto fondo de iniquidad que merecía atención, pero no una acción inmediata todavía.

Pero ¿el hijo?

Bueno, él sí era verdaderamente interesante.

Cuando Sally salió por fin del cuarto de baño con una toalla envolviéndole el cuerpo y otra cubriéndole la cabeza, Kirk estaba adormilado en el suelo, estirado como un perro con la cabeza en un cojín. Seguramente fue mejor que no se fijara en la expresión de la cara de Sally, porque no habría encontrado amor en ella: compasión, tal vez, y es posible que frustración también, pero no amor.

Ella le dio un golpecito con el pie.

—Despierta.

Él se removió y abrió los ojos.

—Has estado ahí dentro mucho tiempo.

—Tenía mucho en lo que pensar. Baja y sírreme una copa de vino. Estaré contigo enseguida.

Sally fue a su dormitorio. Kirk y ella tenían habitaciones separadas, y sólo se juntaban cuando el impulso apremiaba a uno de los dos, aunque la decisión normalmente la tomaba Sally. Al llegar al umbral, dejó caer la toalla, permitiendo a su hermano un fugaz atisbo de su cuerpo, pero sin el menor coqueteo en el gesto. Kirk no estaba siquiera seguro de que ella fuera consciente del momento que había elegido, ni de su efecto.

Se asomó al cuarto de baño al pasar. El aire estaba saturado de vaho, pero vio que el cristal inferior de la ventana había sido limpiado descuidadamente con la mano, y en los bordes creyó distinguir partes de letras. Todavía estaba dándole vueltas cuando sintió un hormiguelo en la piel de la cara y de las manos, y el calor del cuarto de baño se tornó en un frío húmedo.

¿Cuál de ellos es? Eleanor, seguramente.

No se retiró, no inmediatamente. Se quedó mirando el vapor que se disipaba, como si dijera: «Tengo un sitio, y un propósito en el mundo. No soy una figura insignificante». Era un pequeño gesto de desafío.

Algo le rozó los labios, como si se los tocara un insecto, y notó un sabor a descomposición y flores marchitas. Le entraron arcadas y se echó atrás tambaleándose mientras se frotaba la boca con la manga en un intento de quitarse ese regusto a podredumbre. Pero no le sirvió de nada: estaba en su lengua y en su paladar, y tuvo el tiempo justo para darse la vuelta y agarrar un jarrón —porque ni se le pasó por la cabeza intentar llegar al retrete, y menos teniendo que atravesar lo que había en el umbral— antes de vomitar en él.

—Putade mierda —murmuró cuando terminó, poniendo punto final a la vomitona con un eructo que tenía olor y regusto a metano, pero percibió que Eleanor ya se había marchado. El pasillo era más cálido y el cuarto de baño estaba un poco más iluminado.

Se llevó el jarrón consigo a la planta baja y lo lavó en el fregadero. Sirvió una copa de vino para Sally antes de vaciar un par de dedos de Four Roses en un vaso y beberse la mitad para enjuagarse la boca. Lo que Eleanor había hecho, el mordisco —el beso— de un chucho callejero, era un truco barato. No estaba justificado. Kirk sólo había pretendido mantenerse firme.

De repente, se echó a llorar. En parte era, lo sabía, una consecuencia del contacto con Eleanor. A nadie le hacía ningún bien pasar demasiado tiempo cerca de los muertos: Sally se comportaría como un Anticristo durante el resto de la noche, y por la mañana se despertaría con un dolor de cabeza infernal. Pero tocarlos, o que te tocasen, implicaba malas sensaciones, como si te ofrecieran un atisbo, breve y profundo, de la propia e inevitable mortalidad.

La desesperación de Kirk en ese momento no era sólo responsabilidad de Eleanor. Él no quería acabar como ellos. No quería pasarse la próxima vida atrapado como ellos, con su suerte en manos de los vivos sólo para seguir vagando por los espacios entre los mundos, como una rata oculta en las paredes huecas de una casa antigua. Dejar de existir por completo habría sido

más deseable que eso, pero no era una posibilidad viable, las únicas opciones eran: o bien la condenación eterna o bien el ocultamiento, aislado con el resto de los difuntos Hermanos que buscaban escapar del castigo por los pecados de generaciones. Y aun así, ciertamente no quería pasarse la eternidad, ni una parte de ella, en compañía de Eleanor. Fuera lo que fuese cuando vivía, la muerte había provocado un grave deterioro en su temperamento.

Pero él no podía interrumpir el ciclo. Cuando Sally andaba cerca, temía incluso pensar en cómo podría hacerlo. Ella siempre había sido capaz de adivinar el sentido de sus pensamientos. Kirk se delataba con la expresión de su cara. Habría sido un pésimo jugador de póquer. Aunque, bien pensado, era pésimo en casi todo.

Oyó los pasos de Sally en las escaleras y se enjugó las lágrimas antes de que ella entrara en la cocina. Se había puesto el albornoz rojo. Parecía de seda, pero no lo era. Llevaban una vida frugal, porque toda la riqueza se compartía entre la familia extensa. Era importante para su prolongada seguridad que nadie se sintiera desfavorecido o excluido.

—¿Estás bien?

—He bebido demasiado rápido —dijo él—. Me arde la garganta.

Ella cogió su copa.

—Tendrías que haber tomado vino.

—Me apetecía algo más fuerte.

Ella asintió y dio un largo trago. Al instante, el vino le manchó los labios y los dientes. Estaba tan cerca de él que Kirk pudo olerlo en su aliento. Ella levantó la mano y le quitó un poco de la humedad de la mejilla.

—Lo siento —dijo Sally—. Eleanor no tendría que haberlo hecho.

Él ni siquiera se tomó la molestia de preguntar cómo lo había sabido. *Put a Eleanor*. Estuvo a punto de echarse a llorar otra vez. Ese lío, ese lamentable lío...

—Siéntate —dijo ella.

Él se sentó. Ella le cogió la mano izquierda con su mano derecha y se la

apretó para tranquilizarle.

—Se ha ido —dijo—. Sólo estamos nosotros.

—Es mala —dijo Kirk. Sonó como un niño de cinco años.

—Está preocupada. El Primo ha muerto. Podemos correr peligro.

—¿Y qué vamos a hacer?

Ella le soltó la mano y sacó una hoja de papel del bolsillo del albornoz.

—Éstos son los nombres que Eklund me ha dado hasta ahora, la gente con la que habló —dijo—. Vamos a convocar una reunión familiar... —Dio otro sorbo de vino—. Y luego mataremos a algunos de ellos.

Madre se quedó contemplando la pintura de Caspar Webb que había sobre la chimenea durante lo que a Parker le pareció un tiempo interminablemente prolongado. Intentó leerle la expresión de la cara, pero sólo llegó a la conclusión de que no detectaba demasiado amor en ella. Cuando volvió fugazmente la atención hacia Philip, que a su vez seguía la mirada de Madre, en él no distinguió ni el menor rastro de afecto.

—Como ya saben —dijo Madre—, el señor Webb procedía de una cultura distinta a la nuestra. También era un hombre profundamente religioso, de una tradición ortodoxa que yo no comprendía del todo. Al final de su vida, me contó que sabía que había quienes estaban convencidos de que ardería en el infierno por todo lo que había hecho, pero él creía que se equivocaban. Para él, el cielo y el infierno no eran realidades creadas: pensaba que contemplaría a Dios, y percibiría su presencia como un gran fuego a través del cual todos debemos pasar, tanto los virtuosos como los impíos. Los primeros emergerían indemnes, pero los demás se consumirían. En su lecho de muerte, el señor Webb se arrepintió de sus pecados. Por eso, siguiendo sus últimas instrucciones, estamos desmontando las estructuras que creó y dando buen uso a gran parte de la riqueza que había acumulado con sus operaciones.

Ahí estaba de nuevo: una reacción mal controlada de su hijo. Cualquier mención a la reducción de los negocios de Webb era como pinchar a Philip con un alfiler.

—No sabía que la salvación funcionase así —dijo Parker.

—Nunca es tarde para arrepentirse. —Los ojos fríos le retaron a que la contradijera.

—Por desgracia, y con la excepción de que reciba un mensaje del otro mundo, usted no tiene forma de saber si el señor Webb consiguió salir bien parado de su evasión.

—Mientras tanto —añadió Louis, y Parker supo que él también había reparado en las reacciones de Philip—, todos esos años de esfuerzos para levantar un imperio en el nordeste se están desbaratando en nombre de un hombre que, de una forma u otra, ya está ardiendo. Es como vender acciones cuando el precio todavía está subiendo.

—No seremos pobres —dijo Madre—. El señor Webb se aseguró de que quedáramos bien cubiertos.

Louis se encogió de hombros.

—No es asunto mío.

Apartó la mirada, indicando que, para él, el tema estaba zanjado. Habían aprendido algo sobre Philip, que ya era bastante.

—¿Qué tiene todo esto que ver con Eklund? —preguntó Parker.

Y Madre lo explicó. Eklund se había pasado horas contándole a Webb que una serie de asesinatos y desapariciones que no guardaban relación entre sí y abarcaban más de siglo y medio, podrían estar vinculados en realidad a visiones que eran a la vez potencialmente paranormales en su naturaleza y asombrosamente similares en sus detalles. El hermano del señor Webb experimentó visiones de ese tipo durante las semanas previas a su desaparición. Por lo visto, esas «alucinaciones» se mencionaban en el informe de la policía, pero sólo de pasada, y como un indicio de que, antes de su desaparición, el estado mental de MacKinnon estaba algo perturbado. Aquello también acabó publicado en algunos reportajes periodísticos, y de ahí saltaron a sitios web especializados, que era como se había enterado Eklund.

—¿Y qué afirmaba haber visto MacKinnon? —preguntó Parker.

—Variaciones de tres figuras: un hombre mayor con barba, flanqueado por dos mujeres más jóvenes. MacKinnon fue bastante específico sobre su aspecto y vestimenta. Le contó a su mujer que, la primera vez que los vio, él entraba en

su garaje y casi los atropella porque aparecieron de repente. Frenó, ellos se demoraron un par de segundos y luego desaparecieron.

—¿Y él siguió viéndolos con posterioridad?

—Sí, según su mujer. Ella dijo que siempre se lo habían contado todo el uno al otro. Su marido no dormía bien. Lo despertaban ruidos en la planta baja, y olores extraños, pero nadie más en la casa oía los ruidos ni olía lo que él olía. Había pedido hora para visitar a un psiquiatra poco antes de desaparecer, así que no pudo asistir ni a la primera sesión.

—¿Y estaba Webb al tanto de esos incidentes?

—El *señor* Webb estaba informado de cada paso que se daba en la investigación sobre la desaparición de su hermano. Dedicó considerables recursos a sus propias pesquisas privadas, pero no tuvo más suerte que la policía.

—Y entonces se presentó Eklund.

Parker mantenía un ojo atento a Philip. Ahora no delataba gran cosa, e incluso parecía aburrido por la conversación, así que resultaba difícil adivinar qué pensaba de todo el asunto. Tal vez le producía, como mucho, indiferencia.

—El señor Webb no era un escéptico sobre lo paranormal —dijo Madre—. Las teorías del señor Eklund le parecieron interesantes, hasta el punto de que estaba dispuesto a financiarle. El señor Eklund aceptó una pequeña suma como apoyo económico y acordó informar al señor Webb si descubría alguna cosa que pudiera arrojar luz sobre la suerte de Michael MacKinnon. Una de las cláusulas del testamento del señor Webb era que el señor Eklund continuara siendo financiado en su trabajo, y monitorizado. Se apartaba una suma de dinero a tal fin.

—Pero ahora Eklund ha desaparecido del radar.

—El señor Eklund viajaba con frecuencia por su trabajo. No nos preocupamos de él hasta hace muy poco. Parte de su acuerdo con nosotros requería que presentara informes semanales, y el señor Eklund cumplía escrupulosamente nuestros términos.



Así que Eklund aceptaba dinero de Webb, además de ingresar el cheque esporádico de Ross. Se trataba de dos patrones muy diferentes a los que servir. Como poco, concluyó Parker, Eklund estaba siendo imprudente.

—¿Registraron su casa? —preguntó.

—Entramos para asegurarnos de que no había sufrido ningún daño —dijo Madre—, pero no parecía que hubieran tocado ni se hubieran llevado nada. Ustedes, por su parte, no han tenido tanta cautela.

—Puede quedárselo todo si lo quiere —dijo Parker.

—¿Y su cliente?

—No le hará gracia, pero a él no le hace gracia nada, nunca. Puede llevarle un tiempo percatarse de que esta situación agrava su falta de humor.

—¿Y qué hará entonces, este cliente?

—Sospecho que irá a buscar a quien tenga el material en cuestión. Y a ustedes no les conviene.

—Le hace parecer un criminal.

—Se sentiría cómodo en esa compañía si lo fuera, pero no lo es. Más bien lo contrario.

Parker dejó que las palabras quedaran suspendidas en el aire. Le había contado a Madre todo lo que estaba dispuesto a contar, pero no mentía. Si llegaba el momento, estaba convencido de que Ross finalmente iría a por lo que quedara de la organización de Caspar Webb para conseguir cualquier información que le condujera a Eklund.

Madre asintió para mostrar que había entendido.

—Piense lo que piense de nosotros, o del difunto señor Webb —dijo ella—, su preocupación por su hermano era sincera, como también lo era por el bienestar de su esposa y de su hijo. Creo que Michael MacKinnon está muerto, como su mujer y su hijo. Nosotros, los que quedamos, tenemos una obligación con ellos. Estoy dispuesta a ofrecerles cien mil dólares a usted y sus amigos si encuentran a los responsables de lo que ocurrió y me los traen para aplicarles

el castigo. No tengo ningún interés en los mecanismos de la ley, sólo me preocupa la justicia.

Parker no vio motivos ni para plantearse el acuerdo.

—Va a ser que no.

—¿La recompensa le parece insuficiente?

—No se trata de dinero.

—Pues tampoco será por la ley, siendo usted quien es. Como le he explicado antes, conozco algo de su pasado.

—Ya tengo un cliente. No quiero otro. Daría pie a un conflicto de intereses.

—Uno no tiene por qué saber de la existencia del otro.

—Oh, sospecho que mi cliente ya sabe más sobre usted de lo que a usted le gustaría.

—Ah —dijo Madre, pero no añadió nada más.

Parker se levantó. Angel y Louis le imitaron.

—¿Adónde van? —dijo Philip—. Madre no les ha dado permiso para marcharse.

Parker ni siquiera miró hacia donde se encontraba.

—Creo que Madre ya sabe que nuestra conversación ha llegado a su punto final.

—El señor Parker tiene razón, Philip. Deja que se vayan.

—¿Te fías de ellos?

—No veo por qué no.

—Pero ¡no han aceptado ayudarnos!

—No tienen que aceptarlo. En cualquier caso, están buscando al señor Eklund. Si éste se ha metido en un lío, y está relacionado con lo que les pasó a los MacKinnon, estarán trabajando también en nuestro interés, haya acuerdo o no lo haya. Y si la suerte del señor Eklund no está vinculada a la familia MacKinnon, entonces a nosotros no nos atañe, más allá de garantizarnos la devolución de cualquier documentación que se hayan llevado de su casa por si

podiera servirnos de ayuda más adelante. ¿He resumido la situación correctamente, señor Parker?

—Creo que sí.

—En ese caso, Philip les acompañará a la puerta. También le dará un número de teléfono al que llamar, por si desea volver a visitarme.

—No creo que sea necesario —dijo Parker.

—Dele ese gusto a una anciana —dijo Madre. Con la mano se acarició el escote en una grotesca parodia de flirteo, pero en sus ojos no había ni lujuria ni deleite—. Después de todo, ya puedo disfrutar de pocos placeres.

Un leño ardía en el fuego y las llamas proyectaban una sombra sobre la pared que recordaban las piernas de un hombre oscilando, cuyos restos excoriados quedaban ocultos en la oscuridad.

—Estoy seguro de que encontrará alguno —dijo Parker, y abandonó el salón detrás de Angel y Louis.

El Lexus parecía estar como lo habían dejado, pero Louis desconectó la alarma y comprobó el maletero. Aunque un observador distraído podría creer que había permanecido intacto, él tenía la costumbre de dejar una diminuta tira de cinta adhesiva transparente a cada lado de la base del maletero. Vio que ambos trozos de cinta ya no estaban pegados. No se molestó en levantar el fondo desmontable. Aunque los hombres de Philip hubieran conseguido entrar en el coche sin activar la alarma, los cierres de los compartimentos que había bajo el forro del maletero estaban cuidadosamente disimulados y hacía falta un código electrónico para abrirlos. Su contenido estaba a salvo, pero eso no evitaba que a Louis le cabreara la intrusión.

Parker se le acercó.

—¿Todo bien?

—Como si lo estuviera.

Louis miró a los cuatro hombres que los observaban desde detrás de Philip.

—Al menos no os habéis cagado dentro —dijo.

Nadie respondió. A Louis no le importó. Sólo quería que supieran que se había percatado de su intromisión. También estaba bastante seguro de que habían colocado un dispositivo de rastreo en algún lugar del vehículo, porque eso era lo que él habría hecho dadas las circunstancias. A Angel no le costaría mucho encontrarlo. Cuando hubiera dado con él, tal vez Louis haría que lo enganchara a un camión de la basura o a una furgoneta de reparto, para que lo siguieran en círculo durante un rato.

—Por descontado, nos informarán si pretenden volver a Providence —dijo Philip.

—Tu mamá te está llamando —replicó Louis—. Más vale que vayas corriendo, antes de que te dé una azotaina.

A alguien que estaba al lado de Philip se le escapó una risita, pero él no se volvió para ver quién había sido.

—Es una mujer mayor —dijo Philip—. Ella misma se lo ha dicho. Pronto las cosas van a cambiar por aquí.

—No lo parecía desde donde estábamos sentados —dijo Parker—. Le convendría empezar a ahorrar la calderilla para los malos tiempos que se avecinan. Lo que le haya dejado su padre seguro que no bastará para cubrir sus gustos.

Esta vez, Philip ni siquiera intentó disimular su reacción. Abrió la boca y mostró unos dientes pequeños y blancos —dentadura de niño— que soltaron un mordisco al aire nocturno. El efecto fue como observar la deformación de una cabeza de cera. Y entonces, furioso, escupió al coche. Louis dio un paso adelante, y la mano de Parker lo agarró del brazo derecho.

—No —dijo.

—Me acordaré de lo que has hecho, chico —dijo.

—No me llames «chico», puto...

Estuvo a punto de pronunciar la palabra. Parker vio la lengua de Philip presionando el paladar para formar la ene.

—Vamos —dijo Louis—. Dilo.

Pero Philip no lo hizo. Se impuso algún vestigio de sentido común, cosa que Parker agradeció. Louis y él seguían desarmados. Sólo Angel, que ya había subido al coche, tenía acceso a un arma. Si aparecían pistolas, aquello no acabaría bien.

—Fuera de mi ciudad —dijo Philip.

Parker subió al asiento del copiloto, y Louis se sentó al volante. Ninguno de ellos se tomó la molestia de recordarle a Philip que aquella no era su ciudad, no le pertenecía ahora, ni le pertenecería nunca. La cuestión era:

¿cuánto daño podía hacer Philip antes de que la realidad de la situación le quedara clara?

«Mucho», pensó Parker. «Una barbaridad.»

El Coleccionista observó cómo se alejaba el Lexus. Le hubiera gustado escuchar la última conversación entre el hijo de Madre y los tres visitantes casi más que la que debían de haber mantenido en los aposentos de la planta alta. Unas palabras que provocaban que Philip diera rienda suelta a una exhibición de emoción descontrolada eran dignas de escucharse, aunque si había alguien capaz de provocar a otro para que se delatara, eran esos tres hombres. Angel y Louis en concreto podrían haber alterado a un enfermo en coma hasta despertarlo.

Sabía adónde iban Parker y los demás: el coche de Parker seguía en el motel, y todavía tenían habitaciones, aunque fuera improbable que optaran por pasar la noche en ellas después de lo que había ocurrido en Providence. A esas alturas ya se habrían percatado de hasta qué punto era imprevisible Philip —una forma diplomática de referirse a su patente locura— y sin duda dormirían más tranquilos poniendo doscientos cincuenta kilómetros de por medio entre ellos y él.

El Coleccionista podría haberlos seguido de nuevo de vuelta al motel, por descontado, y allí hablar con Parker, pero todavía prefería evitar a Angel y a Louis siempre que fuera posible. Parker, para bien o para mal, estaba dispuesto a relacionarse con el Coleccionista a un nivel que beneficiaba a ambos, aunque éste a veces tenía que esforzarse para disimular lo mucho que le desagradaba el acuerdo, pero Angel y Louis podrían haberle rebanado el cuello sin muchos miramientos de haberseles presentado la ocasión. No creía que lo hubieran conseguido, pero tampoco iba a sacar nada exponiéndose, y al Coleccionista no le apetecía en absoluto pasar el tiempo con hombres que le

eran tan abiertamente hostiles. Ya pensaría en cómo ponerse en contacto con Parker durante los dos días siguientes, bien organizando un encuentro o simplemente presentándose en persona en un momento oportuno, por más que no tuviera ninguna obligación de hacerlo. Parker creía que había convertido al Coleccionista en su vasallo, y esa posibilidad era lo bastante real como para resultar incómoda. El Coleccionista pensaba que sería divertido seguir los hilos que relacionaban a Eklund con Donn Routh, e ir cortándolos a medida que los descubría para dejar que Parker saboreara el fracaso.

Sin embargo, por ahora, esperaba en las sombras y mantenía la vigilancia sobre Agave Associates. Philip le gorroneó un cigarrillo a uno de sus lacayos, y se lo fumó a cierta distancia mientras los demás esperaban a que se calmase. En la segunda planta, uno de los postigos se abrió un resquicio y el Coleccionista vislumbró a Madre asomándose a la oscuridad para buscar a su hijo.

«Tú fuiste demasiado comprensiva con él», pensó el Coleccionista, «y Caspar Webb no lo fue lo bastante.»

Era una mala combinación y había contribuido a la creación de una aberración de la naturaleza, un monstruo. «Las mujeres con su impureza engendrarán monstruos», ¿no lo decía el Apocalipsis de Esdras? El Coleccionista era un buen conocedor de los Apócrifos: después de todo, de ahí había salido el nombre por el que a veces se le conocía, Kushiel, el ángel del castigo.

Para Parker, Philip era un mal enemigo. Tendría que vigilarlo, e incluso acabar con él, a su debido tiempo. Pero ir contra él supondría atraer la ira de Madre, y el Coleccionista no estaba seguro de que pudiera justificar todavía el asesinato de ésta aduciendo tan sólo que era reticente a, o incapaz de, frenar los excesos de su hijo.

El Coleccionista se dio la vuelta. Sólo cuando ya no había peligro, encendió su propio cigarrillo y se perdió en la oscuridad de la noche hasta que sólo podía verse el ascua encendida.



Y al momento hasta ese resplandor también se lo tragó la noche.

Parker se sintió aliviado cuando Providence se perdió de vista en el espejo retrovisor. El encuentro con Madre y Philip había sido como subirse a una atracción de feria equivocada, de las que te dejan mareado y un poco sucio.

—No me gustaría repetir una experiencia de este tipo —dijo Angel desde el asiento de atrás.

—A mí Philip me ha caído bien —dijo Louis—, tiene carácter.

Levantó el índice y se dio unos golpecitos en la oreja, luego hizo girar el dedo en el aire en un gesto que abarcaba el vehículo y cualquier dispositivo de escucha que pudiera haber.

—Y también es guapo —dijo Angel.

Parker encendió la radio y viajaron sin hablar hasta que llegaron al motel. Sus dos habitaciones habían sido registradas en su ausencia —Philip, o Madre, debía de haber hecho algunas llamadas—, pero no pareció que faltara nada. Tampoco es que hubiera mucho que llevarse: habían viajado ligeros de equipaje, y todo lo importante estaba oculto en los compartimentos del coche de Louis. El Mustang de Parker también había sido abierto y registrado, pero —una vez más— habrían encontrado poca cosa.

Llevaron los vehículos a un rincón tranquilo del aparcamiento del motel, iluminado con una bombilla colgante. Angel registró primero el Lexus y luego el Mustang. No tardó mucho en encontrar los rastreadores GPS: ambos estaban ocultos en los guardabarros de las ruedas traseras de la derecha.

—Aficionados —dijo Angel.

Le pasó los rastreadores a Louis, que, en ausencia de un camión de la basura o un roedor servicial, pegó uno en un tráiler U-Haul y el otro en un

coche de alquiler con matrícula canadiense. Tendrían que esperar hasta que volvieran a Maine para que Angel pudiera hacer un barrido en busca de cualquier posible micrófono. Los dispositivos analógicos eran relativamente fáciles de encontrar utilizando un analizador de espectro para marcar cualquier señal de radiofrecuencia, y una antena direccional para delimitar la localización, pero los micrófonos digitales resultaban más problemáticos porque utilizaban las mismas frecuencias que los teléfonos móviles y el wifi. Angel necesitaría un espacio despejado, sin contaminar por otras señales, para descubrir si su vehículo había sido intervenido de ese modo. Por el momento, no les quedaba más remedio que callarse lo que opinaban sobre Philip y Madre mientras conducían.

Trasladaron el material que habían sacado de la casa de Eklund al maletero del coche de Parker, devolvieron las llaves de sus habitaciones, y se encaminaron de regreso a Portland. Parker se pasó el viaje pensando en Webb, en Madre y en Philip, y en sus vínculos con Jaycob Eklund. Ya era hora de mantener otra conversación con Ross. Se preguntaba hasta qué punto le sorprendería al agente del FBI la noticia de que Caspar Webb proyectaba una sombra póstuma sobre el caso. Es posible que Ross ya estuviera al tanto de la relación de Webb con Eklund, pero parecía improbable. Ni siquiera Ross habría permitido que Parker se metiera en ese particular nido de víboras sin advertírselo antes.

Pensaba que empezaba a conocer mejor a Eklund. Él tenía ahora también dos prometedoras vías de investigación basadas en su trabajo nocturno: la desaparición de Claudia Sansom, y el posterior descubrimiento de su cadáver; y el entramado de conexiones que había establecido Eklund a partir de lo que creía que era una serie de apariciones, una investigación que en última instancia le había llevado ante la puerta de Caspar Webb. El próximo día de trabajo se proponía averiguar lo que pudiera sobre la desaparición de Michael MacKinnon y el asesinato de su mujer y de su hijo, pero Parker ya se sentía inquieto por dos cuestiones pendientes.

Aunque todavía tenía que aclarar si la ausencia de Eklund estaba relacionada con el caso Sansom o con sus intereses más extraños, se daba cuenta de que cada uno de ellos, de manera independiente, podría haber llevado a alguien a querer poner punto final a las investigaciones del detective privado. Pero también era posible que las obsesiones de Eklund le hubieran conducido a la puerta de May MacKinnon, y Parker todavía no sabía lo suficiente sobre Eklund para descartarlo como asesino.

Parker condujo detrás de Louis y Angel durante la mayor parte del trayecto de vuelta a Maine y sólo se separó de ellos cuando apareció la salida de Scarborough ante él. Les hizo luces a modo de despedida, y no encontró ningún otro vehículo tras dejar la Ruta 1 para seguir por la serpenteante carretera que llevaba a su casa. En la sala de la planta baja que él utilizaba como despacho siempre dejaba una lámpara encendida. Lo hacía para que Jennifer, su difunta hija, pudiera ver en la oscuridad y saber que él estaba pensando en ella, y utilizarla, si así lo quería, como faro para encontrar el camino de vuelta a él.

Antes de girar y tomar el camino de entrada, se detuvo un momento para comprobar en su móvil el estado de la alarma de la casa. Era una de las modificaciones del sistema de seguridad añadidas con posterioridad al asalto en el que casi lo habían matado. Ahora grababa toda actividad en la finca producida por cualquier cosa de mayor tamaño que un mamífero de dimensiones medias, y las cámaras colocadas en la casa reaccionaban inmediatamente realizando una grabación de vídeo de la intrusión a la que él podía acceder desde su móvil. En esta ocasión, la única visita se había producido poco antes del mediodía, cuando un conductor de UPS había llevado una entrega y la había dejado en la puerta de la fachada en lugar de en el buzón que había junto a la carretera. Era un sobre delgado, y al verlo, Parker se sintió inexplicablemente inquieto.

Aparcó, vació el maletero del coche y depositó el material de Eklund en su despacho antes de abrir el sobre. Contenía un fajo de documentos legales que le informaban de que Rachel había iniciado los trámites para formalizar los

acuerdos de las visitas y la custodia de Sam. Parker leyó los documentos una vez, pensando que Rachel tenía que haber puesto el proceso en marcha antes de su reunión más reciente. Se sentó junto a la ventana de su despacho y miró la luz de la luna y las marismas. No se movió y al cabo de un rato se quedó dormido con la cara hacia la oscuridad. Tuvo un sueño agitado, pero ni aun así vio a Jennifer acercándose entre los árboles, ni se despertó para vislumbrarla ante el cristal, mirándole con ojos que eran demasiado viejos para su cara. Al cabo de un rato, ella se sentó en el porche, dando la espalda a la pared de la casa, y allí veló a su padre hasta que llegó el alba.

Parker se despertó entumecido y frío en la silla, sintiéndose peor que si no hubiera dormido nada. El reloj marcaba las siete de la mañana. Estuvo a punto de irse a la cama y echarse el edredón por encima con las cortinas corridas, pero le inquietaba no volver a despertarse. Los documentos que había recibido de la abogada de Rachel no le habían cogido por sorpresa, y le habían dejado más triste que irritado, pero también decepcionado ante lo que percibía como cierta doblez por parte de Rachel.

«No tendría que haber llegado a este extremo», pensó. «Pero es culpa mía.»

Subió a la planta de arriba, se desvistió y se duchó, luego se puso ropa limpia y preparó café y tostadas. Iría a ver a Moxie Castin más tarde, para hablar de todo, y saber qué se suponía que debía hacer ahora. Fuera lo que fuese, quería que supusiera el menor trastorno posible para Sam. Sabía que Rachel querría lo mismo.

Con un trozo de tostada en la boca y una taza de café en la mano derecha, volvió a su despacho para dedicar toda su atención a los documentos de Eklund. Aunque fuera hacía frío, abrió un poco la ventana porque el olor del despacho delataba que alguien había dormido allí. Al hacerlo, se cayó algo rojo y negro del marco, que fue a parar al porche exterior. Salió a recuperarlo. Cuando volvió al despacho, llevaba una guirnalda de vainas y tallos invernales, de las que habría hecho un niño en un momento de tranquilidad.

De las que a Jennifer le había encantado confeccionar para regalárselas a su madre y a su padre.

Con cuidado, Parker colocó la guirnalda alrededor del brazo de su lámpara para que colgara a su lado mientras trabajaba, la luz diurna cambiaba y las

sombras variaban, y él se iba enterando de la historia de los Mártires de Capstead y del final que tuvieron. Pero ése era el nombre que les daban otros, no el que utilizaban ellos para referirse a sí mismos.

Entre ellos, eran los Hermanos.



Tobey Thayer sólo conocía a otra persona que estuviera familiarizada con las investigaciones de Jaycob Eklund, o, al menos, sólo a una a la que podía confiar sus preocupaciones. Estaba al tanto, a través de Eklund, de las conexiones familiares de Michael MacKinnon con el difunto Caspar Webb. El nombre no le había dicho nada a Thayer, pero Eklund le había contado lo suficiente de la historia de Webb para que Thayer agradeciera que no se hubieran conocido, y tampoco tenía el menor deseo de ponerse en contacto con aquellos que Webb había dejado tras de sí, es decir, los que se conocían como Madre y Philip. No podía, ni quería, recurrir a ellos en busca de consejo.

Pero ahora habían muerto la esposa y el hijo de MacKinnon, y se desconocía el paradero de Eklund. Thayer podía haber acudido a la policía para contarles lo que sabía, pero en el mejor de los casos lo habrían despachado como si se tratara de un loco, y, en el peor, hasta podría haber atraído sospechas sobre sí mismo.

Así que hizo la llamada y habló con una mujer, Michelle Souliere. La conversación no le hizo sentir mucho mejor. Souliere, a diferencia de Eklund, no era creyente, y en verdad no se parecía en nada al propio Thayer, pero convino en que ambos tenían que andarse con cuidado. Al contrario de Thayer, ella mantenía la esperanza de que Eklund reapareciera sano y salvo.

Thayer colgó el teléfono con la sensación de que Souliere no había captado la gravedad de la amenaza a la que se enfrentaban. Ella seguía creyendo que los Hermanos, si es que existían, eran de naturaleza puramente mortal. Thayer, no.

Había hablado con Eklund a menudo sobre los Hermanos. El investigador

creía que ya estaban irremediablemente corruptos cuando llegaron a estas costas, y que el Nuevo Mundo se había limitado a no proporcionarles mayores beneficios que el Viejo. Thayer no estaba tan seguro. Se preguntaba si había algo en la tierra de América, algo elemental que atraía a criaturas como los Hermanos y agudizaba sus peores apetitos. Lo imaginaba como una especie de fuego oculto, como las llamas de carbón que ardían invisibles en ese mismo estado bajo el pueblo de Centralia, manifestándose sólo en nubes de gas sulfuroso y grietas en el asfalto mientras en las profundidades no cesaban de arder.

Thayer se hundió en su sillón favorito. Podía encontrar a los Hermanos muertos de nuevo. Sabía dónde se escondían, y creía que también sabía por qué. Lo único que tenía que hacer era cerrar los ojos y soñar.

Pero no cerraba los ojos.

Más al norte, Parker seguía leyendo.

Los Hermanos eran carroñeros, o empezaron como tales: un puñado de hombres brutales y mujeres embrutecidas a quienes lo que ofrecía América les había parecido menos dorado de lo que habían esperado; o tal vez siempre lo habían sabido y ya estaban preparados para aprovecharse de los débiles, incluso mientras sus barcos cruzaban mares tan oscuros que sólo se distinguían de la noche en las casi invisibles fisuras de la espuma.

Eklund había hecho todo lo posible para encontrar sus orígenes, pero procedían de países distintos, y cambiaban de nombre apenas tocaban tierra firme, porque muchos huían de los castigos por crímenes cometidos en Europa, y temían que la ira de sus perseguidores pudiera abarcar continentes enteros. Llámesele destino, o mala suerte, pero, poco a poco, esos individuos diversos se reunieron bajo la tutela de un único hombre. Llámesele algo más, como hacían Jaycob Eklund y aquellos que compartían su fascinación.

Llámesele la obra de dioses más antiguos.

Llámesele la resolución de ángeles.

El líder de los Hermanos era Peter Magus, un nombre que Parker recordaba de algunas de las notas de la pared de Eklund. Según la información reunida por éste, casi con toda seguridad procedía de algún punto de la zona fronteriza entre Inglaterra y Gales conocida como las Marcas Galesas. Poseía cierto nivel de formación en metalurgia, lo que indicaba que podría haber sido aprendiz, o incluso haber trabajado, de herrero. Tras un proceso de eliminación, su verdadera identidad se delimitó a uno de tres posibles hombres, de los cuales Rhydderch ap Rhys parecía el candidato más probable.

Rhydderch significaba «castaño rojizo» en galés, y los primeros relatos contemporáneos del Magus mencionaban que ése era el color de su pelo. Por su parte, Ap Rhys significaba «hijo de Rhys», y el único hijo de un herrero llamado Rhys ap Madoc había desaparecido de los registros parroquiales del pueblo de Monmouth cinco años antes de la aparición de Peter Magus en Estados Unidos, en la primera mitad del siglo XIX. No se sabe a ciencia cierta lo que hizo o dejó de hacer Rhydderch en el periodo posterior. La única pista la ofreció una superviviente de su clan, una mujer llamada Nessa Perry, que fue probablemente una de las amantes del Magus, y más adelante acabaría en la horca por sus crímenes. Perry afirmaba que el Magus le contó que había pasado muchos años «estudiando las runas» y «leyendo libros de gallardía», una referencia, según Eklund, a volúmenes de ocultismo. El Magus parecía no tener preferencias religiosas, al menos ninguna que una Iglesia establecida habría reconocido. Hablaba de la tradición de los ángeles, había leído a fondo los evangelios apócrifos y afirmaba reunirse con espíritus por la noche.

—No rezo —le había dicho en una ocasión a Nessa Perry—, hablo con el ángel como un igual.

Se desaconsejaban las relaciones monógamas entre sus seguidores. Los hombres y mujeres cambiaban de pareja con regularidad, aunque algunas relaciones se prolongaban más que otras. No se permitían los celos. Si asomaban las cabezas, como las de las serpientes, se amputaban.

Nada de eso molestaba especialmente a aquellos que se sentían atraídos hacia él, dado que pocos se planteaban como prioridad una vida doméstica estable. Lo que importaba era que el Magus —mediante su carisma y cordialidad, y su habilidad para utilizar a las mujeres y más tarde a los niños, y así crear la ilusión de un cabeza de familia temeroso de Dios, un líder de un clan amplio que sólo buscaba un nuevo hogar en una tierra desconocida— era capaz de engatusar a los viajeros para que bajaran la guardia, momento en el que se convertían en presas fáciles: jinetes solitarios, diligencias e incluso, hacia el final, caravanas de carretas enteras caían en manos de los Hermanos.

El hecho de que no llamaran la atención durante mucho tiempo se debía, al parecer, a la planificación y a la brutalidad. Nadie salía con vida, nadie escapaba. Enterraban los cadáveres, limpiaban las carretas a fondo eliminando cualquier huella distintiva y marcaban los caballos sutilmente de nuevo. Las riquezas las escondían cuidadosamente o se las daban a jinetes para que las llevaran a lugares alejados de las escenas de sus crímenes y las vendieran sin que pudieran ser identificadas.

Lo que distinguía a los Hermanos de otros forajidos, aparte de su inhumanidad, era su voluntad de eliminar linajes familiares completos. Los que viajaban solos no morían sin revelar antes detalles de sus familias y las haciendas que habían dejado al partir, a las que, con el tiempo, acababan visitando los Hermanos. Una casa sin un varón adulto suponía beneficios fáciles, y cuanto más aislada, mejor. En esos casos, el método preferido de actuación consistía simplemente en vaciar la morada y hacer que la familia entera desapareciera. Idealmente, la impresión que se quería dar era que los colonos se habían dado por vencidos y reemprendido su camino, pero los Hermanos también se daban por satisfechos si la desaparición se consideraba un misterio. A los niños muy pequeños a menudo los dejaban con vida y se los entregaban a las mujeres del grupo que eran estériles o habían perdido a sus propios hijos, o simplemente los utilizaban para reforzar su imagen de normalidad. A medida que los Hermanos se multiplicaban, se separaban en grupos más pequeños para no llamar la atención, y algunos de ellos se convertían en colonos, vinculándose a comunidades, observando a cuantos iban y venían, y entregándoselos, cuando se consideraba oportuno, a los que seguían siendo nómadas.

Por descontado, aquello no podía durar. Pese a todos sus esfuerzos, los Hermanos empezaron a dejar rastro de su paso. Se volvieron cada vez más descuidados. Sobrevivían testigos. La red empezó a cerrarse sobre ellos. A esas alturas, el Magus había establecido su propio asentamiento en Capstead, cerca de la confluencia del Mississippi y el Missouri. Allí se había

atrincherado, y sus seguidores vivían en hogares que más bien parecían refugios, con ventanas diminutas en los techos, y habitáculos con el firme de arcilla excavados por debajo del nivel del suelo. A principios de la década de 1860, en medio de la nieve y el hielo, resistieron la primera de las dos incursiones de patrullas civiles que tuvieron lugar, una de las cuales contó con el apoyo de un contingente de soldados, pero estaba claro que el final se acercaba. El estado envió una cañonera, la *Pioneer*, río arriba y bombardeó Capstead para dar cobertura al asalto definitivo, pero antes de que pudieran romper las defensas del asentamiento, empezó a salir humo y luego llamas. No quedó claro si el incendio lo había provocado el bombardeo o los que se encontraban dentro, pero el resultado fue que se inmolaron todos, excepto un puñado de los Hermanos. La mayoría de los supervivientes, salvo los niños más pequeños, fueron fusilados o ahorcados, muchos sin tener siquiera la parodia de un juicio, dado que los soldados no quisieron o no pudieron protegerlos de la venganza de los civiles.

Pero los actos de los militares, combinados con la incapacidad de hacerles un juicio justo a los Hermanos, por más culpables o inocentes que fueran, provocó malestar. El ser sospechosos de un crimen no era razón suficiente para quemar vivos a mujeres y niños, y hubo quien se preguntó, premonitoriamente, si lo que les había pasado a los Hermanos no podría pasarles a ellos algún día si no se doblegaban ante el Gobierno. Así fue como nació el nombre de «Mártires de Capstead». Capstead, parecía, había sido el Waco de su época.

Parker se puso en pie y se desperezó. Había más material sobre la época en los archivos de Eklund, pero no le corría prisa leerlo en ese momento. Lo que le interesaba era la conclusión a la que habían llegado Eklund y diversos historiadores aficionados a los que había consultado, o a los que había leído: Capstead podría haber señalado el final de los saqueos y la violencia de los Hermanos, pero no los había eliminado por completo. Los demás, los que se

habían mezclado con la sociedad civilizada, pervivieron. La cuestión era: ¿qué había sido de ellos?

Ése era el punto en que las teorías de Eklund se dispersaban en un nuevo conjunto de extrañas hipótesis. Parker había pasado a su ordenador las fotografías tomadas de la pared del sótano de Eklund y las había reunido en una representación coherente del mapa. Echando un vistazo transversal a las notas y buscando referencias cruzadas, quedaba claro que Eklund creía que las presuntas apariciones paranormales que habían sucedido en cada asesinato y desaparición eran ecos de los Hermanos originales, incluido Peter Magus. Lo que no estaba tan claro era cómo había llegado Eklund a esa conclusión, que parecía basarse en gran medida en pruebas circunstanciales: partía de testimonios proporcionados por amigos y parientes supervivientes que estaban deseosos de hablar de lo aparentemente imposible, aunque sólo fuera por lo que les había pasado a sus seres queridos. Eklund tomaba nota de sus experiencias con objetividad, pero sin escepticismo, e incluso Parker tenía que admitir que las similitudes en los casos resultaban asombrosas. Sin embargo, era posible que Eklund hubiera manipulado los datos o estuviera dejando constancia de una forma de histeria colectiva y compartida, con diversas partes interesadas intercambiando información que, a su vez, contaminaba sus propios recuerdos, fuera consciente o inconscientemente, y esto se veía facilitado por internet.

Parker también reparó en que en los archivos faltaban cosas. Algunas entradas y referencias estaban incompletas. Eso significaba que Eklund guardaba más material y actualizaciones en otra parte, seguramente en su ordenador portátil. Nada de lo que Parker había leído hasta ese momento revelaba tampoco un motivo por el que los asesinatos y desapariciones más recientes tendrían que estar vinculados a un grupo que, en su mayor parte, había sido exterminado en el siglo XIX.

A no ser, claro, que algún descendiente de los Hermanos siguiera dedicándose a las actividades criminales; las viejas costumbres tardan en

morir, pero no se trataba del mismo tipo de crímenes. Los Hermanos históricos eran ladrones: perversos, pero ladrones al fin y al cabo, con el asesinato como consecuencia. Dejando a un lado las desapariciones inexplicadas de personas, los crímenes registrados por Eklund parecían tener el asesinato como un fin en sí mismo.

Parker tuvo la sensación, y no era la primera vez, de haberse introducido en una historia de fantasmas. Pero incluso si ése fuera el caso, se trataba de un relato por el que habían muerto y sufrido personas reales.



Angel y Louis llegaron poco antes de mediodía; el primero cargaba con su caja de herramientas.

—Había un micrófono en el Lexus —confirmó—. Aunque estoy seguro de que Philip lamenta haberlo puesto.

—¿Por qué? —preguntó Parker.

—Porque Charley Pride estuvo tocando su música para paletos hasta nuestro garaje. Lo aguanté sólo porque me imaginé que escucharlo sería más insufrible todavía para Philip que para mí. A estas alturas, estoy casi inmunizado a esa basura.

—¿Qué alcance tenía el micrófono?

Parker lo preguntó porque, dependiendo de ello, podría haber requerido que Philip enviara a alguien a que los siguiera de cerca. Si era así, esa persona podría andar aún por los alrededores, y a Parker no le hacía gracia la idea de que alguien relacionado con Philip y Madre estuviera más cerca de Portland que de Providence.

—Casi ilimitado —dijo Angel—. Estaba enganchado a la red eléctrica, así que no era necesario que se preocuparan por las pilas, y mandaría una alerta cuando el coche arrancara. La señal se transmite por una red 3G. Philip podía recibirla desde la comodidad de la cama de su madre.

A Parker no le apetecía en absoluto imaginarse aquello, así que se esforzó cuanto pudo por borrarlo de su memoria. Mientras tanto, Angel se puso a trabajar en el Mustang. Como ahora sabía qué estaba buscando, no tardó mucho en dar con el segundo transmisor. Era una cajita negra con un cable de micrófono gris.

—¿Qué quieres que haga con él? —preguntó Angel cuando se alejaron del coche.

—¿Qué hiciste con el tuyo?

—Dejarlo donde estaba hasta que hubiéramos hablado contigo. No es que hablemos de nada importante cuando estamos en la carretera. Uno nunca sabe quién puede estar escuchando.

Parker se dio cuenta de que Philip no tardaría en adivinar que habían encontrado los rastreadores GPS, y que se habían deshecho de ellos, pero podría suponer que se habían dado por satisfechos con quitárselos de encima y no se habían planteado la posibilidad de la existencia de dispositivos de escucha adicionales. Si también quitaban éstos, Philip podría intentar simplemente colocar otros, y Parker no quería pasarse cada mañana haciendo barridos en su coche en busca de micrófonos. Pero disponer de un canal directo con Philip para la transmisión de información —o, más probablemente, desinformación— podría ser útil.

—Dejémoslos donde están, por ahora —dijo Parker—. Entrad en casa, tenemos que hablar.

Parker preparó una cafetera, y encontró unas galletas rellenas de higo Fig Newtons que habían caducado hacía poco. Louis, que tenía olfato para esas cosas, les echó un vistazo y pasó de ellas, aunque a Angel no le molestó que estuvieran pasadas. Alargó la mano hacia la caja, pero Parker la apartó de un golpe antes de que la alcanzara.

—¿Ya has pedido hora en el médico? —le preguntó Parker.

Los hombros de Angel se hundieron.

—Sí, tengo cita.

—¿Para cuándo?

—La semana que viene. ¿Te parece bien, *mamá*?

—Muy bien. Ahora puedes coger una Fig Newtons.

—Dios bendito —murmuró Angel. Entonces comió y esbozó una mueca a la

vez, mientras Parker les contaba lo que había podido deducir de los archivos de Eklund hasta ese momento.

—No es gran cosa —dijo Louis.

—Eklund había encontrado una especie de patrón. Pero no dio con un móvil común, o, si lo encontró, está en su portátil. De lo que sí parecía convencido era de que todo estaba relacionado y remitía a los Hermanos.

Louis pareció escéptico.

—Así que les enseñaba fotos de personas del siglo XIX a quienes decían que habían visto fantasmas, y que luego afirmaban: «Sí, son ellos». No creo que eso valga como investigación escrupulosa.

—No es exactamente así como trabajaba —dijo Parker—. Cuantos dijeron haber tenido una aparición, ya habían muerto. Él se basaba en lo que sus amigos y parientes podían recordar de lo que les habían contado que habían visto.

—Peor me lo pones.

—Tal vez toda esa gente estaba en contacto —sugirió Angel—, o se intercambiaban mensajes por internet.

—Lo he pensado, pero Eklund no lo creía así. Algunas de las personas con las que habló eran demasiado mayores y los ordenadores les habrían parecido brujería.

—Entonces —prosiguió Angel—, se trata de individuos al azar, todos los cuales morirían violentamente más tarde, o simplemente desaparecerían, que afirmaban haber visto a unos fantasmas que se parecían mucho y que Eklund identificó como miembros de una extensa familia asesinada durante un asedio en el siglo XIX. ¿Lo he entendido bien?

—Tan bien como yo.

—Pues, en ese caso, la solución es rastrear a los descendientes de los Hermanos y preguntarles qué coño creen que está pasando.

—Eklund se te adelantó. No pudo encontrarlos. Si siguen entre nosotros, se han escondido bien. Y no se trata del tipo de historia familiar de la que a uno

le gusta alardear.

—Pero, aparte de eso, ¿no hay nada más que conecte a las víctimas? — preguntó Louis.

—No hasta que llegamos al hermano de Caspar Webb, a su mujer y a su hijo.

—Podría ser una coincidencia.

—Cierto, pero es el primer punto de contacto que he encontrado entre los casos, y guarda relación con algo que descubrí en las notas de Eklund: siempre que podían, los Hermanos buscaban a la familia de una víctima anterior, pensando que sería vulnerable.

—Qué listos —dijo Louis—. No muy elegantes, pero listos.

—Así que ése parece el mejor sitio por donde empezar. Eklund habló con un hombre llamado Tobey Thayer cuando se puso a investigar la desaparición de MacKinnon. Es el dueño de un negocio de muebles de saldo. Y, según las notas de Eklund, tiene poderes psíquicos.

Angel interrumpió la ingestión de una segunda galleta.

—¿Un vendedor de muebles? —dijo—. Tienes que estar de guasa. ¿No se supone que los médiums y la gente así son, no sé, ancianitas?

—Puede que se dedique a algo relacionado —dijo Louis—. Podría alquilar sus propias mesas para sesiones de espiritismo.

—Qué gracioso —dijo Parker—. Tal vez puedas sugerírselo cuando lo veas.

—No quiero conocerle.

—¿Quieres que me ocupe de esto solo?

—Eh, fuiste tú el que decidió aceptar la pasta de Ross.

—¿Crees acaso que el acuerdo con Ross no os da también a vosotros dos un respiro? Además, hay que tener en cuenta a Philip y a Madre. Madre en especial me parece una persona con una idea fija.

—¿Y Philip?

—Me temo que sus ideas se centran en sí mismo, y también es posible que

arrastre problemas con su padre.

—Por lo que sé de Webb —dijo Louis—, nunca reconoció a ningún hijo.

—Si Philip fuera hijo tuyo, ¿lo harías?

—Seguramente no. Aunque, bien pensado, tampoco creo que me hubiera apetecido acercarme tanto a la vieja Madre para conseguir esa proeza.

—Es posible que de joven fuera más bonita.

—No digo que no. Pero no me refiero a que fuera o no bonita.

Parker había estado reflexionando sobre el problema de Philip.

—Esto es lo que creo: Webb tiene una relación con Madre, que llega a ser sexual en cierto momento, aunque no se sabe durante cuánto tiempo. Lo bastante, en cualquier caso, para engendrar a Philip. Sin embargo, Webb no reconoce al chico, pero los mantiene, tanto a Madre como a él. Madre, por su parte, se convierte en algo más que una amante para Webb, o deja de ser completamente su amante y se transforma en una parte de la organización. Con el tiempo, consigue hacerse imprescindible, y Webb le confía la tarea de desmantelar su organización tras su muerte. Ella probablemente se alegra porque no quiere ser una Ma Barker.<sup>1</sup> Ha ahorrado un poco para la vejez y Webb le ha dejado más en su testamento, para que se cuide y cuide de su hijo.

»Pero Philip no quiere liquidar el negocio de su padre. Le gustaría asumir el mando, aunque sólo fuera para mearse en la tumba de su viejo. Se lo sugiere a Madre, pero ella no traga, sea porque es lista o porque está asustada, y lo uno va con lo otro, porque demostraría ser lista si está asustada. Por ahí hay un montón de gente, algunos no muy lejos, como en Boston, que la considerarían un blanco fácil. Cuanto antes se deshaga de los intereses de Webb, y el flujo de ingresos empiece a desviarse de manera natural a otros bolsillos, más probable es que sobreviva el tiempo suficiente para comprarse un apartamento con vistas en Miami o en Tucson, y no acabe en la bahía de Narragansett como carnaza para cangrejos.

—Pero su hijo no es tan listo como ella —dijo Angel.

—Creo que tenemos claro que su hijo está loco, y la locura siempre anula

la inteligencia.

—¿Te parece que Madre lo sabe?

—¿Que él es ambicioso? Oh, claro. ¿Que está loco? Ése es otro tema. Puede que lo sospeche, pero todavía no he conocido a ninguna madre que admita que su hijo esté pirado, no sin resistirse.

—Pero Madre debió de autorizar que Vincent Garronne tomara un vuelo imprevisto desde la azotea de un edificio —dijo Louis.

—Seguramente porque Garronne quería lo mismo que su hijo, sólo que a Garronne se le notaba demasiado.

—Y Madre se cubría las espaldas.

—Y las de su hijo.

—Pero ahora ha cambiado un problema por otro —comentó Louis—, porque si Garronne ya no está, su hijo sí, y Philip podría considerar la ausencia de Garronne como un vacío de poder. Si él da un paso adelante, Madre podría mostrarse reticente a que lo arrojaran desde una gran altura.

—Pero ¿sería él tan reticente si fuera a la inversa? —preguntó Parker.

—Creo que Philip sería capaz de pasarse una tarde entera arrojando cachorrillos desde la azotea del Empire State y sólo pararía cuando se le cansara el brazo.

—No es lo mismo que matar a tu madre. Se necesita sangre fría para eso.

—Yo no aseguraría nada hasta que un herpetólogo examine el ADN de Philip.

—Pero si Philip odia a su padre y puede que no rechace la posibilidad de asesinar a su madre, ¿por qué iba a tomarse la molestia de poner dispositivos de seguimiento en nuestros coches? —preguntó Angel.

—¿Porque se lo ordenó su madre? —sugirió Parker.

—Es posible, pero eso no le obligaba a hacerlo.

—Supongamos que los dispositivos de escucha y los rastreadores GPS fueran idea suya —dijo Parker, porque la posibilidad resultaba interesante—,

¿por qué tendría que estar tan obsesionado con averiguar quién había matado a su tía y a su primo o había hecho desaparecer a su tío?

—Porque se trata de algo personal relacionado con Webb —apuntó Louis—, Philip podría ser el siguiente.

—Pero la posibilidad de que Philip sea hijo de Webb no es de conocimiento público, porque Webb se mantenía tan en segundo plano que sólo un puñado de gente sabía siquiera qué aspecto tenía. Me refiero a que no teníamos ni idea de nada de esto hasta que conocimos a Philip, vimos el cuadro del viejo y unimos la línea de puntos. Así que si se trata de algo personal, no es él el siguiente en el punto de mira, sino Madre.

—En ese caso —dijo Louis—, Philip, como un buen hijo, quiere asegurarse de que no le pase nada a su mamá.

—O de que le pase.

—Ay, la familia —dijo Angel, con cierto sentimiento—, no se puede vivir con ella, y no te la puedes cargar sin que haya complicaciones.

—Entonces, ¿evitamos a Philip, nos mantenemos a una distancia prudencial de Madre y vamos a ver a Thayer, el comerciante de muebles con poderes paranormales? —preguntó Louis.

—El comerciante de muebles de saldo vidente —le corrigió Angel—. Vende productos de baja calidad.

—Ése es el plan —dijo Parker—, a falta de otro mejor.

—¿Y qué pasa con Ross? —le recordó Angel—, ¿qué vas a contarle?

—Todo. Es el que paga las facturas.

—¿Incluso lo de Madre y Philip?

—Especialmente lo de Madre y Philip.

—Eso les hará tener problemas —dijo Louis.

—¿Y te parece mal?

—Sólo porque no podré verlo.

—A lo mejor Ross te manda unas fotos.

—Eso es mucho esperar.

Kirk y Sally Buckner no solo evitaban que los miembros de su parroquia entraran en su casa, sino que raramente recibían a nadie. Sus vecinos más próximos, los Ferrier, podían contar con los dedos de una mano las veces que habían visto a desconocidos presentarse ante la puerta de los Buckner y pasar después un rato dentro.

Los Ferrier no eran especialmente religiosos, aparte de esforzarse un poco en navidades porque a los dos les gustaban los villancicos y cómo decoraban la iglesia católica de St. Joseph. Sus dos hijos ya estaban sacando adelante sus propias familias, y no eran más practicantes de su fe que sus padres. Si los Ferrier —padres e hijos— creían en algo, era en que la gente tendría que procurar no ser tan imbécil. Punto.

Pero incluso teniendo presente ese principio, a David Ferrier no acababan de caerle bien los Buckner. Sí, eran bastante simpáticos, y no hacían nada que fuera motivo de queja. No celebraban fiestas salvajes y su casa y su jardín se veían bien cuidados. Kirk diseñaba y se encargaba del mantenimiento de sitios web, y Sally confeccionaba pastas y pasteles sofisticados que vendía a algunas tiendas, cafeterías y restaurantes del pueblo, además de servir pedidos especiales para cumpleaños y otras celebraciones. Ferrier había aprendido a reconocer sus creaciones a simple vista, para no ingerirlas accidentalmente. Etta, la mujer de Ferrier, creía que su marido estaba un poco pirado. Pensaba que tenía demasiado tiempo libre y que no debería haberse jubilado tan pronto como lo hizo. También creía que era demasiado huraño y que si dedicara su tiempo a socializar un poco más y se implicara en las instituciones de la comunidad, no tendría motivos para juzgar tan alegremente a los demás. Era



verdad que a Ferrier le gustaba estar a solas, y hasta es posible que le gustara demasiado, pero había mucho que decir sobre la capacidad que puede tener un hombre para sentirse a gusto sin estar acompañado, y Ferrier nunca se aburría ni se sentía solo. Había muchas cosas que podía hacer: leer libros, ver películas, escribir poesía —bueno, sí, mala poesía—, y dar paseos con su perra. Tal como se organizaba, le faltaban horas al día para cosas tan importantes como éstas sin que lo distrajeran las malditas reuniones y comités. Tenía los suficientes amigos para lo que necesitaba —cuatro, dos de ellos íntimos—, y a estas alturas de la vida no pensaba ponerse a buscar más seleccionando aquí y allá. Muy poca gente le caía verdaderamente mal, y la mayoría de ellos eran abogados, políticos, golfistas y predicadores.

Así que, a escala local, sólo los Buckner le daban dentera, aunque ni siquiera poniéndole una pistola en la cabeza y amartillándola habría sabido explicar por qué. Su mujer podía considerarlo un viejo cascarrabias, y no habría sido la única, pero David Ferrier era un hombre observador, y tenía algo de estudioso de la humanidad, aunque fuera sólo a distancia. Había sido un buen contable, y un obseso de los detalles. Y se podían saber muchas cosas de la gente por la forma en que gestionaba su dinero, y Ferrier se había pasado más de cuarenta años examinando los pormenores financieros de las vidas de los demás.

Le gustaría haber visto las cuentas de los Buckner, porque estaba seguro de que serían limpias y pulcras, sin un solo desliz que atrajera a Hacienda hasta su puerta. Sería lo propio del papel que interpretaban, porque Ferrier estaba convencido de que los Buckner eran eso: personajes, fachadas. Interpretaban unos papeles. Al sonreír nunca se les iluminaban los ojos, y siempre estaban alerta. Incluso captó una discordancia en las interacciones entre ambos, una especie de distancia emocional y física que le hizo preguntarse por la naturaleza de su relación y la situación de su matrimonio. No le cabía duda de que eran listos. El pueblo era demasiado pequeño para que Ferrier no se hubiera enterado de cómo se las habían ingeniado para garantizarse una

posición de autoridad e influencia en su propia iglesia sin parecer que se esforzaban para conseguirla, y eso era un truco difícil.

Pero ser listo no era lo mismo que ser decente.

Ferrier había intentado investigar a los Buckner en internet, pero no había encontrado gran cosa: apenas unos enlaces al sitio web de Kirk, y otros tantos al de Sally. No pudo descubrir cuándo ni dónde habían pasado por la vicaría, ni siquiera dónde habían vivido antes de instalarse en Turning Leaf. Había intentado sacar el tema en una ocasión con Kirk, de pasada, poco después de que los Buckner se mudaran al barrio. Un día de calor, ambos se habían encontrado trabajando en sus jardines, y Ferrier decidió ofrecerle un refresco frío para dar pie a una conversación. Pero ésta no duró mucho —sólo el tiempo necesario para que Kirk se bebiera el refresco e intercambiaran algunos comentarios sobre el tiempo—, y lo único que pudo sonsacarle fue que Kirk y su esposa habían viajado mucho.

—Ya sabe —dijo Kirk, todo sonrisas pero con mirada inexpresiva—, como espíritus libres.

—Hippies —apuntó Ferrier.

—Qué va, no es lo nuestro. No nos gusta la hierba, nunca he podido escuchar a los Grateful Dead mucho rato seguido.

Kirk estrujó la lata vacía de refresco y la arrojó junto a su puerta para recogerla más tarde.

—Gracias por la bebida —dijo—. Tengo que volver al trabajo. El césped no se cortará solo.

Entonces pulsó el interruptor del cortacésped, que cobró vida ruidosamente. Ferrier siguió bebiéndose el refresco, pero no se movió.

—A mi mujer le gustaría que usted y Sally vinieran a cenar una noche —dijo por encima del ruido de la máquina.

—¿Sí?

—Ya llevan un tiempo aquí, y todavía no nos conocemos.

—Oh, somos muy tranquilos. No hay gran cosa que contar sobre nosotros.

Kirk avanzaba con el cortacésped alejándose de Ferrier, que se deslizaba para mantenerse a su altura, aunque eso implicaba meterse no sólo en el espacio personal de Kirk, sino también en su propiedad.

—Eso es lo que dice toda la gente interesante —le respondió Ferrier.

—Con la diferencia de que en nuestro caso es verdad.

—Ni siquiera sabemos cuánto tiempo llevan casados.

—¿Ah, no?

—Bueno, ustedes nunca lo han dicho.

Kirk intentó hacer un chiste, pero no le salió.

—Demasiado tiempo —dijo, pero pareció que le costó más de lo habitual esbozar una sonrisa.

—Eso me suena —dijo Ferrier—. Etta y yo nos casamos en la iglesia de St. Joseph, aquí mismo, en el pueblo. Podríamos habernos casado en la ciudad, pero ya habíamos echado el ojo a una casa, así que decidimos que intercambiaríamos nuestros votos en el mismo sitio donde íbamos a vivir. Como plantar la bandera. ¿Y ustedes?

—En la oficina del ayuntamiento. Nada espectacular.

—Pero los dos son baptistas, ¿no? Pensaba que ustedes serían bastante estrictos con estas cosas.

—Celebramos una ceremonia en la iglesia después.

—¿No me diga? Vaya. ¿Y dónde?

Kirk apagó el cortacésped. El aire olía a hierba recién cortada, con un fondo de gasolina. Era uno de esos días calurosos en que hasta los pájaros parecen reacios a volar, pero Kirk no parecía sudar mucho.

Miró a Ferrier. Ya no sonreía.

—Somos personas a las que nos gusta la intimidad, señor Ferrier —dijo—. No pretendo ser maleducado, pero sólo queremos ser reservados. No hacemos mucha vida social fuera de la iglesia. Con nuestra propia compañía nos basta.

—Sí —dijo Ferrier, muy despacio, como si Kirk Buckner acabara de apuntarle con una pistola—, pues en ese caso saldré de su jardín.

—Gracias otra vez por el refresco.

—De nada.

Ferrier cruzó la calle y volvió a su casa. No se sentía enfadado ni ofendido en lo más mínimo. De hecho, estaba bastante complacido consigo mismo. Creía que había conseguido la corroboración de una sospecha, y con eso era suficiente.

Los Buckner ocultaban algo.

Cuando esa misma noche, un poco más tarde, su mujer volvió de una conferencia sobre integración en el centro comunitario local, él le explicó que se había acercado a hablar con Kirk Buckner.

—Lo invité a cenar —dijo Ferrier.

Su esposa no sufrió un síncope al oírle, pero, a punto de verter el agua caliente para prepararse una infusión, se quedó inmóvil para no quemarse, y miró sorprendida a su marido.

—¿Que hiciste *qué*?

—Los invité, a su mujer y a él, a cenar.

—¿Pero es que han venido unos extraterrestres y han abducido a mi marido mientras yo estaba fuera? —preguntó Etta. Alzó un puño hacia el techo y lo agitó—. ¡Malditos seáis, monstruos del espacio, devolvédme!

—Muy graciosa.

—¿Y qué te dijo?

—Eludió la invitación.

—¿Fuiste brusco?

—¿Cómo voy a ser brusco invitando a alguien a cenar?

—Pues no lo sé, pero si alguien es capaz de serlo, ése eres tú.

—No fui brusco. Él me respondió que eran personas que valoraban su intimidad y que les gustaba ser reservados. No me echó de su propiedad, pero poco faltó.

—¿Y por qué los invitaste? Si ni siquiera me invitas a mí.

—Por curiosidad, supongo.

—¡Oh, David!

—¿Qué?

—Querías husmear en sus cosas. ¿Qué más le preguntaste, que número de zapato calza, con qué frecuencia va al lavabo? Menudo eres tú, ¿acaso no te das cuenta?

—Sólo quería saber dónde se había casado. Y, esto..., cuándo.

—Dios. Tendré que disculparme ante ellos la próxima vez que los vea.

—¿Por qué?

—¡Por estar casada contigo!

Agarró su taza de té y salió a toda prisa.

—Sólo los invité a cenar —dijo Ferrier, pero ya nadie le escuchaba, salvo *Slipper*, su basset hound.

*Slipper* miró a Ferrier. Ferrier miró a *Slipper*.

—Sólo quería ser amable —dijo Ferrier.

La perra cerró los ojos.

Al otro lado de la calle, Kirk se había acercado a la cama de Sally y le había contado su conversación con Ferrier.

—Es natural que sienta curiosidad —dijo ella—, somos vecinos.

—No me cae bien.

—No tiene por qué caerte bien. Sólo tienes que soportarlo.

—Creo que está investigándonos.

—Pues que investigue.

—Puede haber lagunas, detalles sobre los que tendremos que mentir.

—Pues mentiremos.

—No lo entiendes. Ahora todo esto es más difícil debido a internet.

—No me hables como si fuera idiota.

Ella dejó de prestarle atención y se concentró de nuevo en el libro que estaba leyendo. Era una de las novelas de Oprah, las que él siempre evitaba.

—Lo siento —dijo él—. No pretendía insinuar nada por el estilo. Pero

Ferrier estaba husmeando.

—Hablaré con su mujer. Ella parece mejor.

—Muy bien.

Kirk se demoró en la puerta.

—¿Quieres que me quede? —preguntó.

Ella ni siquiera levantó la mirada.

—Me parece que leeré un rato más antes de dormir. Mañana por la mañana tengo que preparar un pedido grande.

Kirk se dio la vuelta, cerró la puerta al salir y regresó a su habitación.

«No existimos», pensó. «No hay ningún Kirk ni ninguna Sally Buckner.»

«Ya somos fantasmas.»

El Coleccionista no se dirigió hacia el norte, a Maine y a Parker, sino al sur, de regreso a su refugio en Delaware. Pero esa última guarida, su santuario, ya no era tan seguro como antes. Parker lo había seguido hasta allí, pero fue el único, y no parecía muy inclinado a compartir con otros que conocía el paradero del Coleccionista. Eso, al menos, era una buena noticia. El Coleccionista no tenía ningunas ganas de vender la casa y mudarse de nuevo, todavía no.

Su padre, el abogado Eldritch, estaba cada vez más delicado de salud. Durante un tiempo, después de las heridas que había sufrido en el asalto a sus antiguas oficinas en Massachusetts parecía que se recuperaba, pero a esa mejoría le había seguido un deterioro progresivo. Ahora se pasaba la mayor parte del día durmiendo, y a menudo le costaba recordar nombres y detalles de casos antiguos. Además, sus esfuerzos por rehacer sus archivos destruidos recurriendo a la memoria se habían interrumpido de golpe. Sin su vocación como estímulo, Eldritch parecía haberse rendido. Sus ojos, que habían sido claros y brillantes, se habían vuelto amarillentos y legañosos. Ya no se afeitaba todas las mañanas y había prescindido de las corbatas que hasta entonces habían completado su esmerado vestuario. El Coleccionista incluso se sentía reacio a plantearse el cambiar de vivienda por temor al efecto que un trastorno así podría tener en su padre.

Pero en los momentos de lucidez, Eldritch recuperaba sus antiguas fuerzas, aunque el defectuoso expediente que tenía sobre Routh sólo hubiera dado pistas muy vagas sobre la singularidad del muerto. Cuanto más descubría su padre sobre Routh, más misterioso parecía aquel hombre. Resultaba huidizo,

impenetrable. No había resultado tan fácil de entender como muchos de los otros a los que había castigado el Coleccionista. Tal vez la culpa no fuera de Eldritch. Tal vez no era culpa de nadie. Routh era alguien anómalo, simplemente, y si el Coleccionista necesitaba más pruebas, las había encontrado en la reacción de los Hombres Huecos. No habían querido tocarlo. No mostraron el menor deseo de convertirlo en uno más de ellos. Routh tenía una mancha más profunda y más extraña que ahora convertía su pasado en algo que merecía una investigación más a fondo.

En la quietud de su estudio, mientras su padre dormitaba en un sillón en la habitación contigua y la televisión emitía banalidades en silencio, el Coleccionista revisó de nuevo el material sobre Routh, detalle a detalle, pero al final sólo consiguió confirmar lo que ya sospechaba: durante décadas, Donn Routh había logrado ocultar a la vista de todos una rareza innata, y tras morir no había dejado pistas, o ninguna que el Coleccionista pudiera seguir.

La luz vespertina se desvanecía, y la oscuridad se despertaba de su somnolencia. El Coleccionista oyó un sonido a su espalda. Eldritch puso una mano en el hombro de su hijo, como si se posara un pájaro.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Eldritch.

—Pensando en este hombre. —El Coleccionista señaló con la mano al expediente, y su padre se inclinó para ver la fotografía que había adjunta, porque no se había puesto las gafas.

—Routh.

—Sí.

—¿Dónde está ahora?

—Muerto.

—¿Lo mataste tú?

—Sí.

—Entonces, ¿qué hace su expediente en tu mesa y por qué sigues dándole vueltas a su suerte? Está muerto, se acabó.

—Éste era distinto.



—¿En qué?, ¿no me digas que te arrepientes de su muerte?

—Sólo de no interrogarle antes de que muriera, aunque no creo que me hubiera dicho nada, ni siquiera amenazándolo con un cuchillo. Ocultaba un secreto. Lo había estado ocultando la mayor parte de su vida, creo.

—¿Y cuál era ese secreto?

—Todavía no lo he descubierto. Probablemente, que era aún peor de lo que imaginábamos.

Eldritch agarró con más fuerza el hombro de su hijo, como las garras de un pájaro que se tensan preparándose para alzar el vuelo.

—En ese caso, que se vaya al infierno.

Ambos miraron al reflejo del otro en la ventana. La nieve había formado una gruesa capa sobre el césped, las ramas peladas de los arbustos asomaban entre la nieve como dedos marrones de hombres enterrados.

—Me estoy muriendo —dijo Eldritch.

—Lo sé.

Su tono no delató el menor sentimiento.

—Nunca me has hablado.

—¿De qué?

—De lo que hay más allá. De lo que me aguarda.

—No corres peligro. Te dormirás, y cuando despiertes, te habrás transformado.

—¿Me acordaré?

—Sólo si quieres.

—No creo que quiera, o no de esto. —Y el Coleccionista supo que se refería a todo lo que habían hecho, y a su intervención en las muertes que habían causado—. Pero no quiero olvidar a tu madre. No quiero olvidarlo todo.

—¿Y a mí?

El silencio que se hizo a continuación sólo lo quebró la respiración ronca y entrecortada de su padre.

—Te he tratado como si fueras hijo mío.

—¿Y no lo soy?

—Mi hijo murió. Tú ocupaste su lugar. Tienes su piel, hablas con su voz, me miras con sus ojos, pero nunca fuiste mi hijo. Eras un niño cambiado en la cuna.

—Tú me criaste. Yo te llamé «padre». Si no era el hijo que habrías tenido, al menos era un hijo.

—Supongo que tienes razón. Sea como sea, carece de sentido discutirlo ahora. Tengo hambre. Hay embutido en la nevera. Voy a prepararme un sándwich, ¿quieres uno?

No le apetecía, pero se oyó a sí mismo diciendo que sí. Sabía que Eldritch sólo mordisquearía el pan, y tiraría la mayor parte a la basura. Comía para que su hijo comiera, y su hijo hacía otro tanto, pero a la inversa. Si era cosa de locos, se trataba de su versión amable.

—En ese caso, enseguida estarán listos —dijo su padre. Se alejó; su reflejo se fue desvaneciendo, pero se detuvo antes de desaparecer por completo.

—Has sido un buen hijo —dijo—. No podría haber pedido nada mejor.

El Coleccionista no respondió. Miró más allá de su reflejo, a las sombras que se estaban congregando, y pensó que la aflicción, que durante tanto tiempo le había sido ajena, muy pronto podría dejar de ser para él una desconocida.

Moxie Castin trabajaba desde un denso complejo de oficinas en el Marginal Way de Portland. Se había casado y divorciado tres veces, y seguía, milagrosamente, llevándose bien con todas sus ex, aunque no mostraba la menor inclinación a tentar a la suerte una cuarta vez. Nunca le faltó compañía femenina, pese a su nada atractivo físico. Estaba gordo, o era demasiado bajo, como le gustaba decirle a Parker: «Mi peso es el adecuado, el problema es mi estatura». Vestía trajes claros que nunca le quedaban bien, con un par de zapatos de cuero marrones o negros, sin tener en cuenta si el color de los zapatos iba a juego con el del traje. Fumaba suficientes cigarrillos para que Philip Morris le enviara una felicitación navideña cada año, y el apodo le venía de un brebaje con gas que consumía en cantidades comparables al oxígeno. Aunque se llamaba Oleg de nacimiento, nadie en Portland le llamaba así. Hasta los periódicos habían dejado de entrecomillar el apodo. Era Moxie Castin, y ése sería el nombre que grabarían en su lápida.

Parker le había telefonado con antelación para asegurarse de que estaría, y lo encontró repasando las cifras con su secretaria en un caso de lesiones en el que un hombre había perdido el brazo derecho en un accidente laboral. Por lo que Parker pudo oír mientras Moxie le hacía pasar a su despacho, la compañía de seguros estaba resistiéndose porque se había enterado de que era zurdo y por tanto había hecho una oferta que era un treinta por ciento inferior a los cálculos de Moxie.

—Vampiros —dijo Moxie con cierta pasión—. Sanguijuelas. Serpientes en la hierba.

La secretaria de Moxie saludó a Parker con un movimiento de cabeza. No

era una mujer habladora; o a lo mejor simplemente había renunciado hacía mucho a decir palabra cuando Moxie estaba presente, y ese silencio había acabado por contaminar toda su relación con el mundo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Parker.

—Diré que era ambidextro. Y les deseo lo mejor si intentan demostrar que no lo era.

Acabó de garabatear algunas notas, se las pasó a su secretaria y le pidió que las mecanografiara. Moxie tenía un despacho para él solo casi en miniatura. En caso de necesidad contrataba a un par de personas, pero se enorgullecía de que nadie que recurriera a sus servicios lo hacía porque él le hubiera ido detrás. Parker hacía algún trabajo esporádico para Moxie, básicamente entregando notificaciones judiciales y realizando investigaciones previas a los juicios. Moxie pagaba bien, y puntualmente. Cuando muriera, la gente de Maine tendría que hacer una colecta para erigir una estatua en su honor, aunque sólo fuera para recordarse a sí mismos, y a la mayoría de los de su profesión, que no hacía falta ser un cabrón para ser abogado. Aunque, bien mirado, Parker suponía que todo dependía del lado en que estuvieras. En algún sitio, un abogado de una compañía de seguros no tardaría en maldecir el nombre de Moxie, preguntándose cómo podía probarse de manera concluyente que un manco no había sido, hasta hacía poco, ambidextro.

Moxie le dijo que se sentara, abrió una lata de refresco y le preguntó qué podía hacer por él. Como respuesta, Parker le entregó los documentos de la abogada de Rachel. Moxie los revisó despacio. Parker no le molestó. Cuando acabó, Moxie dejó los documentos sobre la mesa y frunció el ceño.

—En esta fase, se trata de material estándar. ¿Cómo os lleváis Rachel y tú?

—Podría irnos mejor. Si no, no estaría aquí.

—Sí, casi no hacía falta preguntártelo. Lo que quiero decir es que no vais a empezar a tiraros los trastos a la cabeza el uno al otro ni a dispararos, ¿no?

—No.

—¿Hace esto como último recurso?

—Supongo que sí.

—¿Lo veías venir?

—En cierto modo sí. Después de lo que pasó con Sam, las cosas sólo podían ir a peor.

—Sí. Con todo, al menos parece que está jugando limpio. Si te joden, pues te joden. Pero que te joda alguien que está sonriéndote, entonces es que te está jodiendo de verdad.

—Un lema para toda la vida.

—Eso quiero creer. Haré la llamada y pondré las cosas en marcha con su abogada. No la conozco, pero si vive en Vermont, probablemente lleva un collar de cuentas y paga a alguien para que le purifique el aura. Lo mejor en estos casos es averiguar qué quiere la otra parte, y con qué se conformaría, y luego tú le dices lo que quieres y con qué te conformarías, y cuando todo el mundo esté igual de insatisfecho, tenemos un acuerdo que podemos presentarle al juez.

—Sólo quiero lo mejor para Sam.

—Claro, pero no hace falta que te acribillen. Es posible que creas que Rachel no lo hará, pero, si las cosas se ponen feas, no le temblará el pulso. No os casasteis, vivís en distintos estados y la gente parece disparar a una de las partes, o sea, a ti, cada dos por tres. A riesgo de amargarte los trámites antes de empezar, la verdad es que no partes desde una posición de fuerza. Doy por sentado que contribuyes a la manutención de la niña, ¿no?

—Sí.

—¿Hubo algún acuerdo formal?

—No. Rachel y yo lo decidimos entre nosotros.

—¿Tienes algún tipo de constancia por escrito?

—No.

—Mierda.

—Ella no mentirá sobre eso.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Guardas recibos, copias de comprobantes de cajeros, cualquier cosa por el estilo?

—Ya te lo he dicho: Rachel no mentiría.

—Ya te he oído, pero límitate a buscar lo que puedas y envíamelo, ¿vale?

—Vale.

—Mientras tanto, tómate unos días de reflexión. Piensa en lo que de verdad quieres sacar de esto, aparte de la felicidad de tu hija.

Parker abrió la boca para hablar, pero Moxie levantó las manos para que se tranquilizara.

—Lo sé, lo sé: quieres lo mejor para ella, pero si pretendes crucificarte, búscate a otro abogado que martillee los clavos. No me dedico al negocio de facilitar la creación de mártires. Por eso te digo que lo dejes reposar un tiempo y pienses con qué puedes vivir. Por el momento, procura no dispararle a nadie, y si alguien parece que va a dispararte a ti, pídele que no lo haga hasta que nos hayamos presentado al juez. ¿Te quedarás por aquí?

—Es posible que tenga que salir de la ciudad un par de días.

Parker le contó la reunión que había tenido con Ross y la investigación sobre la desaparición de Jaycob Eklund. Moxie, debido a su intervención en la redacción del contrato de asesoría, era una de las pocas personas que conocía el acuerdo de Parker con Ross, y no le gustaba.

—¿Te he dicho ya que no me gusta? —preguntó.

—Un millón de veces, más o menos.

—En ese caso, te lo repito. Esto no acabará bien. Tú crees que estás utilizando a Ross, y Ross cree que te está utilizando a ti. Eso requiere un delicado equilibrio para que ambas partes se den por satisfechas, y ese equilibrio no puede sostenerse durante mucho tiempo, es como un matrimonio.

—Ahora entiendo por qué acumulas un trío de divorcios.

—¿«Trío de divorcios»? Dios, ¿quién te crees que eres, William Shakespeare? El abogado que te dejó firmar ese contrato debería avergonzarse

de sí mismo.

—Dudo que tenga esa habilidad.

—¿De verdad? Pues ya me cae mejor.

Parker se levantó para marcharse. Se estrecharon las manos.

—Arreglaremos este asunto con Sam —dijo Moxie—. Te lo prometo.

—Confío en ti.

—Y sé que es una mierda. A nadie le gusta acabar en un tribunal peleándose por un niño. Si podemos encontrar una forma de evitarlo, habremos hecho la buena obra del día.

—Nos vemos, Moxie.

Parker salió y cerró la puerta del despacho. Estaba casi en el vestíbulo, cuando la puerta de Moxie se abrió de nuevo.

—Eh, ¿te he dicho alguna vez que no deberías haber hecho ese trato con Ross?

Parker fue en coche hasta Middle Street y encontró un sitio para aparcar cerca del Bull Moose. Habían ampliado la tienda, ahora parecía tener más espacio para DVD y Blu-rays que antes y, aunque las estanterías de cedés seguían siendo más o menos iguales, había más vinilos. Fuera como fuese, a Parker le alegraba ver un negocio que todavía se resistía a la muerte de las tiendas de discos, y parecía irle bien. Incluso le gustaba el olor del sitio, a papel y plástico. Se gastó suficiente dinero para sentir que estaba ayudando a la causa, luego se dirigió a Arabica, se compró un café y se sentó en la zona elevada al fondo de la cafetería. Estaba solo.

Miró los coches que pasaban por Spring Street. Pensó en Sam. Recordó la noche que Rachel le dijo que estaba embarazada, cómo la había abrazado hasta que se había quedado dormida, casi desbordado por sentimientos de gratitud y miedo. Había perdido a una hija, y nunca había imaginado que sería padre de otra. Ahora su vida, de alguna manera que no sabría explicar, giraba en torno a Sam.

Se alegraba de dejar la ciudad. Le distraería de sus problemas personales. Todavía no estaba enfadado. Eso, al menos, le producía cierta satisfacción. Enfadarse no serviría de nada.

Se acabó el café y se levantó para marcharse. El suelo le pareció frágil y hueco, como si fuera a desmoronarse si se colocaba más peso encima. Por debajo —por debajo de todo— sólo había oscuridad.

Oscuridad, y las criaturas que se movían a través del panal del mundo.



Philip observó cómo Madre se servía otra taza de té. Cuando muriera y la carne se le pudriera, él creía que sus huesos descarnados estarían teñidos de marrón.

Amaba a su madre.

Odiaba a su madre.

Aunque no tanto como odiaba a su padre.

—Tengo trabajo para ti —dijo Madre.

Philip no se inmutó, aunque ella le hablaba como si fuera un chico de los recados. Se había esforzado mucho para que su apariencia exterior no delatara sus emociones. Cada vez que no lo conseguía, como había pasado cuando Parker se burló de su linaje, se sentía muy decepcionado consigo mismo. La noche anterior no había dormido bien, había estado dándole vueltas sin parar a versiones alternativas de lo que podía haber sido su enfrentamiento con el detective y sus colegas, cada una de las cuales acababa con los otros en, o bajo, tierra. Cada exhibición de debilidad se lo ponía más difícil. Si quería ser un líder, tendría que aprender a comportarse como tal.

—Claro, Madre —dijo—. ¿Qué quieres que haga?

—Quiero que te vayas.

Ella estaba mirando un fajo de documentos: tomaba notas en algunos, añadía adhesivos de colores en otros, y apartaba un puñado para que los destruyeran. Él se resistió al impulso de arrancarle los papeles de las manos. Ahí estaba su futuro, decidiéndose y definiéndose ante sus ojos, y ella ni siquiera tenía la decencia de consultarle al respecto. Incluso parecía complacerse en dejar claro que lo excluía de esas decisiones trabajando

mientras hablaba con él, cuando bien podría haberse ocupado de los negocios en la intimidad de su propio pequeño despacho.

Pero ahora Philip estaba confuso.

—¿Qué quieres decir con «que te vayas»?

—Me preocupa que la última disposición de... —La pausa fue apenas perceptible, pero Philip había pasado demasiado tiempo en compañía de su madre para no notarla.

«Vamos», pensó, «dilo, aunque sólo sea una vez: mi padre.»

Pero Madre, como siempre, se negó a reconocer al progenitor masculino de su hijo. Era extraño ese juego al que jugaban. Desde que era niño, él había sospechado que Caspar Webb era su padre, por más que el hombre no le tratara con un afecto especial y mostrara poco interés por sus actividades, presentes o futuras. Durante buena parte de su vida, Madre y él ocuparon un ala de la casa de Block Island, pero sólo en la adolescencia Philip comprendió que Caspar Webb, el hombre para el que Madre trabajaba como secretaria, era algo más que un ermitaño rico.

Philip sospechaba que su concepción había sido consecuencia de una breve relación, un momento de debilidad y lujuria por parte de Madre y Webb. No creía que fuera fruto de una violación, porque la devoción de su madre por Webb no tendría sentido en ese contexto, pero no recordaba haber presenciado ni un solo momento de intimidad entre ellos.

Mientras cavilaba, Philip se dio cuenta de que se estaba agarrando los dedos deformes como si quisiera ocultarlos. Para él eran una manifestación exterior de su pedigrí mancillado, un símbolo físico de su fracaso. A veces pillaba a Webb mirándolos con asco, o tal vez Philip se engañaba a sí mismo para justificar los actos que tendrían lugar más adelante.

Para Philip, a lo largo de su vida, Webb había sido una figura distante y fría casi hasta el final, cuando su enfermedad limitó sus movimientos y optó por mudarse desde Block Island a estos apartamentos en el Distrito de las Joyas, donde no tardó en quedar postrado en la cama, aturdido por la medicación.

Aunque varias enfermeras se ocupaban de vigilarlo constantemente y recibía frecuentes visitas de sus médicos, la mayor parte de los cuidados eran responsabilidad de la madre de Philip y, esporádicamente, del propio Philip, que cumplía sus turnos junto al lecho del anciano. Webb recibía oxígeno a través de una mascarilla, y estaba consciente sólo unos minutos al día. La muerte sería un pequeño paso final, una sencilla transición del ser a la nada.

Así que Philip le ayudó a su manera. Un simple pellizco en el tubo del oxígeno. Un jadeo. Un espasmo.

Se acabó.

Se disparó la alarma, pero a esas alturas Philip ya estaba pidiendo ayuda. La enfermera, que estaba descansando un rato en la habitación contigua, intentó resucitar a Webb, pero su corazón había cedido finalmente. No fue algo inesperado, y Philip pensó que los esfuerzos de la enfermera por resucitarle eran poco más que simbólicos. Madre no estaba presente. Descansaba en sus alojamientos más pequeños del edificio de al lado. Cuando apareció, cogió la mano del difunto. No lloró. Pero tampoco miró ni le habló a su hijo.

En los meses transcurridos desde entonces, ella no había traslucido el menor indicio de que sospechara que Philip estuviera implicado en la muerte de Webb. ¿Y por qué iba a sospechar? Webb era viejo y estaba enfermo. Incluso los médicos reconocieron que les sorprendía que hubiera durado tanto.

Pero Philip creía que Madre lo sabía.

Porque Madre lo sabía todo.

Y todo eso se le pasó por la cabeza en una única pausa.

—... los valores y los intereses de los negocios del señor Webb puede que te estén causando una angustia excesiva —acabó la frase.

—Ya te he dicho lo que pienso —dijo Philip—, pero me he resignado a lo inevitable.

—¿De verdad?

Aquellos ojos que parecían endrinas lo miraban inexpresivos. Madre lo sabía hacer muy bien. Era capaz de encender y apagar sus emociones en un

instante, incluso con su hijo. Eso le permitía examinar cualquier problema con ecuanimidad.

—Sí, Madre. De verdad, no hay ninguna necesidad de mandarme fuera de aquí.

—Cuando esto esté terminado, disfrutarás de una posición acomodada el resto de tu vida.

«Acomodada», qué palabra más falsa. La comodidad era para los viejos, los moribundos.

—Lo sé. Ya hemos mantenido esta conversación antes.

—La seguimos repitiendo porque no me parece que escuches.

—Me resulta difícil. Me resulta difícil asumir que no se confía en mí.

—¿En estas cuestiones?

—En todo. Incluso mi parte de la herencia está sujeta a condiciones y permisos. La recibiré con cuentagotas, y tendré que suplicar por más.

—Aun así, es mucho dinero.

—No se trata sólo del dinero.

—Entiendo.

—Si lo entendieras, lo cambiarías.

—Tengo las manos atadas. ¿Cuántas veces tengo que decirlo? Hay estipulaciones legales. El testamento del señor Webb era muy claro en sus últimas voluntades.

—Eso no es del todo verdad, Madre, y tú lo sabes. Muchos de sus negocios no son legales.

Y el asunto se repetía, una y otra vez. Se estaban desprendiendo de un imperio, y con él se iban los sueños de Philip de convertirse en emperador.

—Philip, yo te quiero, pero no eres Caspar Webb.

—Por mis venas corre su sangre.

Madre hizo una mueca.

—Lo que corre por tus venas —dijo— es la ambición.

—Ya has visto de lo que soy capaz.

Sí, lo había visto. Todavía recordaba las reuniones en el almacén y a Philip ante el cuerpo que colgaba de Terry Nakem, el secuaz de Vincent Garronne. Madre había ordenado la muerte de Garronne porque éste conspiraba contra ella. Nakem tendría que haber huido tras la muerte de Garronne. Madre no lo habría perseguido. Pero Nakem se había quedado, lo cual indicaba que tal vez quisiera causar problemas. Madre había ordenado a Philip simplemente que encontrara a Nakem, no que lo despellejara. La visión de su hijo, desnudo hasta la cintura y cubierto de sangre, con un cuchillo de filetear en la mano derecha mientras lo que quedaba de Nakem todavía latía enrojecido detrás de él, había puesto en peligro la cordura de la anciana.

Pero era la expresión de la cara de Philip lo que se le había quedado grabado, y volvía a ella en lo más profundo de la noche. Era la expresión de un niño que esperaba ser alabado por un acto de destrucción.

Mira, Madre. Mira lo que he hecho.

Y pese a todo, ella se había quedado a ver cómo acababa el trabajo.

—Sí —dijo—. He visto de lo que eres capaz.

—Soy más duro de lo que crees. Puedo ser implacable.

—Ser implacable no es lo mismo que ser brutal.

—Puedo aprender. Yo...

—Basta, Philip. Está decidido. Puedes elegir: quedarte y guardar silencio o irte hasta que todo esté hecho. Puedes ir a cualquier lugar del mundo. Viajarás a gusto, de eso me ocuparé personalmente. Llévate a Erik contigo.

De los hombres que quedaban, Erik Lastrade era el más leal a Philip. Tenían edades y temperamentos parecidos. En la mente trastornada de Philip, saturada de visiones imperiales, él era Alejandro y Erik su Hefestión.

—Madre, me sentiría mejor quedándome, si a ti te da igual.

—No, no me da igual, pero como tú quieras, y que sea la última vez que hablamos de esto.

Ella volvió a sus papeles. Philip dejó que pasaran unos minutos, aunque sólo fuera para asegurarse de que controlaba sus emociones. Sentía calor en

los ojos y sabía que se le quebraría la voz si hablaba demasiado pronto. Sólo Madre podía causarle esa reacción, reducirlo a la condición de niño. Finalmente, cuando estuvo seguro de haber recuperado el dominio de sí mismo, dijo:

—¿Y qué pasa con Parker?

—¿Qué quieres que pase? Le hice una oferta, la rechazó. Hará lo que tiene que hacer. Si nos beneficia, mejor.

—No me gusta. Y sus amigos tampoco.

Madre no levantó la mirada de los papeles al responderle, pero a Philip no le hacía falta verle la cara. Su tono burlón le decía todo lo que necesitaba saber.

—Yo que tú, me guardaría esas opiniones para mí mismo —dijo—. La tolerancia de ese tipo de hombres con los que les irritan es aún más baja que la mía. Y ahora, por favor, déjame trabajar.

Philip se levantó, se acercó a la mesa y besó a Madre en la coronilla.

Ella extendió el brazo y le acarició la mejilla con la mano libre.

—Es lo mejor, de verdad —dijo.

—Ya te lo he dicho, Madre. Me he resignado a lo inevitable.

—Bien.

Y se había resignado: Madre tendría que desaparecer.

Parker había estado posponiendo la llamada a Ross, sobre todo porque todavía intentaba asimilar lo que había descubierto sobre Eklund y su cruzada, aunque si alguien estaba dispuesto a escuchar un cuento de fantasmas mientras mantenía a raya su escepticismo, ése era seguramente el hombre del FBI. Parker lo llamó al número que le había dado, pero saltó de inmediato al buzón de voz tras sólo dos señales de llamada. No se molestó en dejar un mensaje. Supuso que Ross sólo utilizaba ese número para una cosa. A los dos minutos, le devolvió la llamada.

—Lo siento, estaba en una conferencia.

Parker oyó tráfico y gritos al fondo, nada alarmante, sólo los sonidos de una ciudad.

—Me he imaginado que te interesaría un informe de los avances —dijo.

—Pues sí, pero no por teléfono. Estoy en Boston, ¿podemos vernos?

Parker no preguntó por qué Ross, una vez más, estaba al norte de su territorio habitual de Nueva York. Fuera cual fuese la razón, había alguien para quien no sería bueno. Con todo, Parker no tenía ganas de ir hasta Boston sólo para disfrutar de la compañía de Ross. Si quisiera perder el tiempo haciendo que la gente lo insultara y le pitara con las bocinas, se pararía en seco en medio de Congress Street durante lo que en Portland era la hora punta. Al menos, entonces la gente tendría un motivo para enfadarse con él. No tenía por qué desplazarse hasta Boston para sentirse igual pero sin ningún motivo.

—Boston es, no sé cómo decirlo, demasiado bostoniano en esta época del año —dijo Parker.

—Es bostoniano en todas las épocas del año —replicó Ross, no sin razón.

—Sí, ése es su problema.

—¿Estás sugiriendo que lleguemos a una solución intermedia?

—¿Qué te parece Portsmouth?

—¿Y no tienes nada contra los ciudadanos de New Hampshire también?

—No es como Massachusetts. En New Hampshire están locos, pero eso no les cabrea.

—Sutiles distinciones. Esta noche voy a coger el último tren para Nueva York. Puedo estar en Portsmouth dentro de, eh, dos horas. ¿Dónde quedamos?

—Tienen una librería que vende bebidas alcohólicas.

—No lo dudo. ¿Cómo se llama?

—Portsmouth Book and Bar.

—Bien, la encontraré.

Colgó.

Sí, y de paso conduce con cuidado tú también.

Ross, creía Parker, seguramente se jubilaría en Massachusetts.

Al final, Ross llegó una hora tarde, por lo que Parker tuvo tiempo de sobra para hojear libros, tomarse un café al caer la tarde y pensar en Sam y Rachel. Cuando se hartó de flagelarse, se compró un ejemplar impoluto de *Man on the Run*, una biografía de Paul McCartney que no empezaba con los Beatles sino con lo que McCartney hizo después de la ruptura. A Parker siempre le había gustado más el trabajo de McCartney que el de John Lennon, sin importarle lo que pensaran los modernitos enrollados. Lennon sólo había sido capaz de escribir sobre sí mismo, y Parker pensaba que carecía de empatía. Por el contrario, McCartney era capaz de pensar, de sentir, las vidas de los demás. Ahí radicaba la diferencia entre *Strawberry Fields Forever* y *Penny Lane*, aunque Parker amaba ambas canciones: *Penny Lane* estaba llena de personajes, mientras que *Strawberry Fields Forever* sólo tenía uno, y se llamaba John Lennon. Parker incluso podría haber aceptado que Lennon necesitaba salir más de su apartamento, pero cuando lo hizo, un idiota le pegó



un tiro. Seguramente había hecho bien pasándose casi toda una década encerrado en casa.

Ross apareció cuando McCartney se dejaba crecer la barba y vivía en el campo. El agente del FBI no parecía contento, aunque con Ross siempre resultaba difícil saberlo. No venía solo. Parker atisbó a su acompañante, una joven que llevaba una chaqueta gruesa, demasiado cálida para el interior del local, pero no se la quitó. Se sentó en una silla que daba a la puerta mientras Ross se acercaba a la barra y pedía dos cafés, uno de los cuales era para la mesa de ella, antes de sentarse con Parker.

—Siento llegar tarde —dijo—; habría sido puntual si hubiéramos quedado en Boston.

Parker cerró el libro. Ross lo señaló con el dedo.

—Yo siempre he preferido a John Lennon.

—Ya te pega —dijo Parker.

Ross no se molestó en preguntar por qué, cosa que Parker atribuyó a su solipsismo innato.

—¿A qué viene la acompañante? —preguntó.

—Un lujo para que otros descansen tranquilos. Hay otro esperando en el coche.

—Estás medrando en este mundo, o eso, o has vuelto a cabrear a quien no debes.

Llegó el café de Ross, pero él lo rechazó con un gesto.

—Pensándolo mejor —dijo—, tráigame una copa de vino. Tinto. Fuerte. ¿Quieres tú una copa?

—Claro —dijo Parker—. Lo mismo.

La decisión de pedir vino pareció relajar un poco a Ross. Se quitó la chaqueta y se recostó en la silla. Parker vio unas delgadas arrugas junto a sus ojos. No se había fijado antes en ellas. Pensó que debían de ser nuevas: el estrés, el vivir de un salario del Gobierno.

—Hemos estado hablando con alguien que conoces —dijo Ross—.

Garrison Pryor.

Garrison Pryor era el dueño de Pryor Investments, que estaba siendo investigada por la Sección de Delitos Económicos del FBI, la rama especializada en fraudes con valores y materias primas, conocida por sus siglas FCS. Pero lo interesante era que tanto Ross como Parker creían que Pryor era el correo e intermediario de un grupo de individuos conocidos como los Patrocinadores, un grupo de hombres y mujeres que dirigían la cacería para el Dios Enterrado. Por descontado, Parker suponía que Ross se había olvidado de informar de sus sospechas más esotéricas y arcanas a la FCS y en cambio había encontrado justificación suficiente en otro sitio para que se interesaran por Pryor.

Las acciones de la FCS se habían planteado como una tentativa, a instancias de Ross, de aumentar la presión sobre Pryor, con la esperanza de obligarle a convertirse en confidente. Hasta ahí sabía Parker, pero era consciente de que Ross estaba despertando deliberadamente su interés, porque el agente especial nunca daba puntada sin hilo.

—¿Y cómo ha ido?

—Desde esta tarde, está imputado.

—¿Con qué justificación?

—Algunas de las transacciones de su empresa no pasaron la criba de la Sección de Delitos Económicos.

Aquello no sorprendió a Parker. Su propio abuelo, ya difunto, había sido el hombre más honesto que había conocido, una persona de una probidad moral intachable, pero la FCS habría encontrado el modo de hacerle parecer un delincuente.

—¿Cómo se lo tomó?

—Sus abogados suplicaron que pospusiéramos la valoración. Quieren bloquear el asunto.

—En ese caso, parece que te lo planteas a largo plazo.

—Nuestras investigaciones están en marcha.

—De eso no me cabe duda.

—Esto empezó como una excursión de pesca, y no del todo ajena a ti, pero parece que algo se ha quedado enganchado en el anzuelo.

Ross había utilizado el ataque armado que dejó a Parker entre la vida y la muerte para aumentar la presión sobre aquellos que tenían motivos para querer verle muerto. Parker podría haberse sentido más conmovido si se hubiera tratado de un acto de verdadera preocupación en lugar de una excusa para sacar músculo federal.

—¿Qué se ha quedado enganchado exactamente?

—Eso aún hay que establecerlo de forma concluyente. Pero digamos que Pryor, y que éste está empezando a retorcerse. Es vulnerable, digan lo que digan sus abogados.

Llegó el vino, un buen Cabernet Sauvignon. Ross no se molestó en brindar, ni siquiera en alzar la copa, simplemente se sumergió en ella. Parker creyó atisbar a la escolta de Ross mirándole con cierto nerviosismo por encima de su capuchino.

—¿Está Pryor en tu lista? —preguntó Ross en cuanto emergió a la superficie de nuevo.

—No —dijo Parker—, Pryor no está en la lista.

—Tendrías que plantearte pasármela.

—Me lo he planteado. He decidido que no.

—¿Todavía crees que encontrarás algo que nosotros no encontraríamos?

—A lo mejor es que me gusta fastidiaros.

—Esa posibilidad parece más probable cada día que pasa. Si das con el nombre que estás buscando, asegúrate de garabatearlo en una nota y pegarla en la parte de atrás de tu nevera para que la encontremos cuando hayas muerto.

—Lo haré. ¿Viajas con acompañantes armados por el asunto de Pryor?

—Ya te he dicho que otros insistieron.

—¿De verdad crees que los Patrocinadores podrían ir a por ti a causa de Pryor? Para ellos supondría un gran salto matar a un agente federal.

—La gente que buscamos no son personas normales y corrientes.

—¿Quieres decir que estoy poniendo mi vida en peligro por el simple hecho de hacerte compañía?

—Ahora ya sabes cómo se siente el resto de la humanidad cuando se acerca a ti.

—Qué gracioso. Aunque detestaría afirmar que matarte es una solución para todo, para ellos sería más sencillo deshacerse de Pryor.

—Esa posibilidad ya se me ha pasado por la cabeza.

—También a Pryor, diría yo.

—Se lo dijimos durante nuestras charlas. Su sonrisa de baboso ni se inmutó.

—Ahora que lo dices, sí que tiene una sonrisa de baboso. ¿Crees que sabe algo que tú no sepas?

—Muchas cosas, imagino, pero está dispuesto a ponernos a prueba y que nos cansemos. Un caso como éste puede tardar años en llegar a los tribunales. A saber qué puede cambiar durante ese tiempo.

—Creo que tú ya tienes algunas ideas al respecto.

Ross bebió más vino. De fondo, sonaba una música suave. A través de la luna, Parker vio que la brisa arrastraba la nieve de los tejados de los edificios y que caía sobre los desprevenidos transeúntes que pasaban por debajo.

—Si Pryor no se desmorona —dijo Ross—, tal vez le amenace con soltarle. Se retirarán todos los cargos.

—¿Y?

—Y entonces haré que se sepa, a través de canales extraoficiales, que ha colaborado con nosotros y que va a seguir haciéndolo. Podría verme obligado a persuadirte para que nos dieras algunos nombres más, idealmente aquellos con una relación, por marginal que sea, con el trabajo de Pryor. Empezaremos a apretarles las tuercas.

—Lo que a su vez se las apretará a Pryor.

—Justo.

—Podrían acabar matándole.

—Es un riesgo que él y nosotros tendremos que correr.

—Creo que lo que te gusta es atar cabras para atraer lobos.

—Bueno, pues avísame cuando la cuerda empiece a rozarte la piel.

—Mi abogado cree que nunca tendría que haber llegado a ese acuerdo contigo.

—¿El señor Castin? Hablé con algunos de nuestro departamento jurídico que se vieron obligados a tratar con él. Esperan poder recobrase de la experiencia en el futuro.

—Le encantará saberlo.

—Supongo que también te habrá advertido sobre las consecuencias en última instancia de no entregar la lista —dijo Ross—. Los Patrocinadores, y sus asociados, descubrirán tarde o temprano que está en tus manos. Los que has escogido acabarán por dibujar un patrón y los demás se percatarán. No son tontos. Cuando eso pase, irán a por ti. Si tienes suerte, lo único que te harán será matarte.

—No me he olvidado. La nota. En la parte de atrás de la nevera.

Parker probó el vino. Era bueno, pero no tenía intención de acabárselo. Con un sorbo bastaba. Quería mantener la cabeza despejada.

—Aun así no vas a conseguir la lista —dijo.

—Con el tiempo lo haré. Por encima de tu cadáver, pero la tendré.

Parker levantó la copa.

—En ese caso, por una larga vida —brindó, pero Ross se negó ostensiblemente a acompañar el brindis. En vez de eso, dijo:

—Háblame de Eklund.

Parker le contó a Ross lo que sabía. Primero, la obsesión de Eklund por una serie de supuestas apariciones de unas figuras que podrían, o no, estar vinculadas a un grupo conocido como los Hermanos, y su convencimiento de que esas apariciones estaban a su vez relacionadas con asesinatos que se remontaban al siglo XIX; y segundo, el descubrimiento del cadáver de Claudia

Sansom tres años después de su desaparición, con el misterio consiguiente de dónde habría estado durante ese tiempo.

—El resto de los casos de Eklund se ajustan a lo que uno esperaría —dijo Parker—, lo que no significa que no haya algunos elementos que pudieran causar resentimientos. Aceptaba casos de divorcio, investigaciones de fraude, desfalcos, desapariciones. Todo parece normal, pero cualquier cosa podría ser la fuente potencial de un agravio. No hay casos pequeños, no para la gente implicada en ellos. Pero Eklund tenía fijación con los Hermanos, y el expediente de la señora Sansom estaba sobre su mesa cuando registramos su casa, así que obviamente había vuelto sobre él hacía poco.

Ross no tomó ninguna nota. No le hacía falta. Parker sabía, por experiencia, que Ross tenía buena memoria para las malas noticias.

—¿Podían estar relacionados los dos casos?

—Nada indica que Eklund lo creyera, y era meticuloso en las investigaciones.

—¿Y qué propones que hagamos? —preguntó.

—Me gustaría hablar con Oscar Sansom, aunque sólo sea porque vive a unas horas en coche de aquí. No tiene sentido empezar a perseguir a viejos y remotos fantasmas antes de intentar aclarar si la clave de la desaparición de Eklund radica en los Sansom.

—De acuerdo —dijo Ross—. ¿Algo más?

—Hay otro detalle sobre los Hermanos —dijo Parker—, no sé si merece la pena mencionarlo siquiera.

—¿Por qué tendré la sensación de que te has estado reservando lo mejor para el final? Habla.

—Adivina quién aparecía en uno de los expedientes de Eklund.

—Me tienes en ascuas.

—El hermano de Caspar Webb.

Los ojos de Ross se abrieron apenas perceptiblemente, de un modo que Parker sólo podía atribuir a la satisfacción.

—A lo mejor tendrías que pedirte otra copa de vino —dijo Parker—,  
mientras te hablo de Madre...

Sam buscaba una grapadora. Estaba dando los últimos toques a un trabajo escolar sobre montañas para el que había tenido que reunir fotos y mapas, y añadir dibujos propios junto a todos los detalles y cifras que su abuelo y ella habían encontrado en libros y en internet. Su abuelo se lo había pasado mejor que Sam con el trabajo, que a ella le había parecido un poco tonto. Se suponía que tenía que hacerlo con Stacie Mayer, pero se pelearon por cuál de las dos escribía sobre el Everest. Su maestra, la señorita Howard, decidió —con sabiduría salomónica, o así lo describió el abuelo de Sam, una vez que quedó claro el motivo de la desavenencia— que las niñas trabajarían mejor solas, y así ambas podrían incluir el Everest en sus trabajos. Sam creía que a Stacie Mayer no tendrían que haberle dejado hacer nada sobre el Everest porque era una idiota, y había decidido que ella se encargaría de decir la última palabra sobre la montaña. El resultado era que su trabajo consistía ahora en diez páginas sobre el Everest y un par de párrafos sobre varios picos de menos interés.

No podía entrar en el despacho de su madre sin permiso, pero ésta había salido con la abuela; el abuelo estaba haciendo la siesta, y Sam se moría de ganas por acabar de una vez con el estúpido trabajo para ponerse a jugar en su iPad. Además, sabía dónde guardaba su madre la grapadora, así que no pasaba nada.

Con el trabajo bajo un brazo, abrió el cajón correcto, encontró la grapadora y, cuando estaba a punto de ponerse a la tarea, algo le llamó la atención: leyó su nombre en una carta que asomaba de un expediente que había encima de la mesa de su madre. Dejó la grapadora y, antes de sacar el papel, miró



instintivamente a sus espaldas para asegurarse de que ni su madre ni nadie más hubieran aparecido misteriosamente en el despacho sin que ella se diera cuenta.

La carta era de un bufete de abogados. Sam no entendió muchas de las palabras, pero no le hizo falta. Sabía lo que significaba «custodia» y le sonaba también el sentido de «restringir» y «acceso». Miró la carta un poco más antes de devolverla al expediente. Entonces, sin hacer ruido, con calma, grapó su trabajo, guardó la grapadora, salió del despacho y cerró la puerta.

Una vez en su habitación, se sentó al borde de la cama, con la barbilla apoyada entre las manos y la cara vuelta hacia la más pequeña de las dos ventanas. Sus abuelos habían pedido que hicieran aquella ventana especialmente para ella. En el centro era clara, pero en los márgenes había vidrios cuadrados de varios colores, y a medida que el sol se desplazaba a lo largo del día, proyectaba haces de luz multicolores en las paredes de su habitación.

Sam miró fijamente la ventana, y, uno tras otro, los cristales empezaron a resquebrajarse.

El primero de los vehículos llegó a la casa de los Buckner poco después de las cuatro de la tarde. Era un día gélido, y poca gente andaba por la calle. Si una fotografía hubiera captado el cielo y las casas en la tierra, habría sido imposible saber si se estaba mirando una imagen de verano o de invierno sin echar un vistazo a los arbustos y los árboles, porque un inmenso e inmaculado azul se extendía sobre el horizonte. Pero bastaba con salir a la calle para que la respuesta se presentara por sí sola de inmediato: el aire era dolorosamente frío, un frío acentuado todavía más por un viento que parecía ensañarse en particular con la nariz, las orejas, las puntas de los dedos y los ojos, que estaban llenos de lágrimas como en un duelo.

David Ferrier, que era un hombre sensato, no había salido. Estaba sentado ante su mesa, intentando recordar qué rima de soneto era petrarquista y cuál shakespeariana. Podría haberlo buscado en internet, pero eso habría sido reconocer un fracaso. Además, como muchos que se tenían por personas cerebrales, vivía con el temor de perder la memoria, aunque su médico le había aconsejado que no se agobiara demasiado si olvidaba detalles y nombres, y que sólo se preocupara si dejaba de darse cuenta de que no recordaba, si, básicamente, se olvidaba de que se olvidaba. Ferrier no se molestó en señalar el lógico error de ese consejo, dado que estaba convencido de que el doctor Cyr ya lo había visto, y, de no ser así, él no era quién para aconsejar a nadie sobre nada.

Ferrier rebuscó en el desván de la memoria algún verso de Shakespeare, y encontró algo sobre deshollinadores y polvo (*dust*), y como *dust* rima con *must*,<sup>1</sup> significaba que un soneto shakespeariano seguía la pauta AB-AB-CD-

CD-EF-EF-GG. Golpeó triunfalmente el bolígrafo contra su cuaderno, y estaba a punto de ponerse a trabajar en otro poema que nadie leería jamás, cuando vio la furgoneta que se metía en el camino de entrada de los Buckner. No era una autocaravana, sino un vehículo comercial que había sido adaptado para proporcionar alojamiento en la parte trasera, con cortinas en las ventanas. Estaba pintado de verde, pero se trataba de un repintado con espray y, por lo que veía, poco profesional, que quedaba todavía peor si te fijabas en los parches oxidados o reparados con masilla Bondo que tanto llamaban la atención. No era un vehículo en el que a Ferrier le habría apetecido pasar una noche, pero, bien mirado, era el único entre sus colegas que nunca había llevado a su familia a un camping, justificándose con el argumento de que no obligaría a su mujer ni a sus hijos a hacer algo que él mismo no era capaz de hacer. E incluso cuando los niños habían empezado a pedirle que los llevara de vacaciones a un camping, aunque sólo fuera a pasar un fin de semana bajo una lona, llegó a la conclusión de que ya habían estado demasiado tiempo al sol y no les hizo caso, hasta que, al cabo de unos años, las ganas de los chicos de seguir incordiándole con el tema cayeron por fin en el olvido.

Una pareja en la cincuentena se bajó de la furgoneta. Por su físico, Ferrier hubiera dicho que no se alimentaban bien, cosa que se correspondía con su mal gusto en el vestir y para los coches. El pelo de la mujer estaba teñido de un rojo poco natural, mientras que el hombre podría haberse teñido de cualquier color del arco iris sin que apenas le costara unos dólares por el poco pelo que le quedaba en la cabeza. Ambos llevaban pantalones tejanos holgados, jerséis de lana a juego y zapatillas deportivas blancas.

«Palurdos», pensó Ferrier.

Sally Buckner salió a recibirlos, y su marido apareció también en la puerta a los pocos segundos. Sally abrazó a la mujer, luego al hombre, pero la forma en que se abrazaron tuvo algo de gesto de consuelo, como el que se prodigan los asistentes a un funeral. Sally los hizo pasar, con un brazo alrededor de la cintura de la mujer, o más bien de la parte que podía abarcar, que Ferrier

calculó sería la mitad, más o menos. Kirk le estrechó la mano al hombre, besó a la mujer en la mejilla y la puerta se cerró tras ellos, aunque no antes de que Ferrier viera que Kirk echaba una mirada hacia él, pero los visillos ocultaban a la vista a quien estuviera dentro de la casa.

Dejó a un lado todas sus inquietudes poéticas, no sólo porque, que recordara, ésa era una de las raras ocasiones en que Ferrier veía a alguien entrando en casa de los Buckner, aparte de ellos mismos, sino también porque siempre había tenido a Sally por una antipática. Le costaba imaginársela dejando que Kirk se le acercara, incluso vestida, y, ni que decir tiene, permitiendo la cercanía de cualquier otro, pero ahí estaba, abrazando y tocando a alguien, y, mira por dónde, comportándose casi como un ser humano normal.

A lo largo de la hora siguiente, llegaron tres vehículos más a casa de los Buckner. De dos de ellos se bajaron sendas parejas que rondarían los cuarenta y cinco años. Del último se bajaron tres personas más jóvenes —dos chicas y un chico— que podrían haber sido hermanos. Más abrazos, más apretones de manos: todo seguido de una efusión continuada de emoción.

En el momento en que los chicos estaban a punto de entrar con Kirk y Sally, la esposa de Ferrier apareció por la calle en su Subaru. Se detuvo y bajó la ventanilla, y Sally y ella hablaron durante lo que podría haber sido un minuto antes de que Etta siguiera adelante y aparcara en el camino de entrada.

Su marido la esperaba cuando entró en casa.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó él.

—¿Todo el qué?

—El rollo con los Buckner. ¿Están celebrando una fiesta o qué?

Ella se encrespó. Ésa era la mejor palabra para definir su reacción: un genuino encrespamiento. Si hubiera sido un animal, su pelaje se habría erizado.

—No, no celebran nada —dijo—. Su tía abuela ha muerto, era la última de esa generación de la familia. Sally dice que es como si una parte de su historia

acabara de desvanecerse. Vivía sola, y hay un montón de cosas que ordenar. Ella ha convocado a la familia, o a los que viven lo bastante cerca para hacer el viaje, con el fin de llorar a la anciana juntos y resolver cómo van a organizarse para lo que haya que hacer. ¡Una fiesta! Dios, espero que al menos estés un poco avergonzado de ti mismo.

Ferrier no lo estaba, pero reajustó sus rasgos para parecer contrito, aunque sólo fuera para mantener la tranquilidad conyugal, y dijo que lo sentía. La respuesta de su mujer fue «Ya», y eso lo decía todo. Fue a buscar unas galletas, vino, dulces y cualquier otra cosa disponible para llevársela a los Buckner. Ferrier la observó trajinar.

—¿Por qué les das galletas? La mujer es pastelera.

—Oh, cállate.

—Y además son baptistas. ¿Beben vino los baptistas? Yo diría que no.

—Te lo advierto, cállate.

Ferrier volvió a su mesa y se asomó para ver los vehículos reunidos. No era un hombre poco razonable, y tampoco completamente insensible, pero ni aun así era capaz de sentir nada por los Buckner o sus parientes paletos en ese momento de pérdida. Todavía estaba junto a la ventana cuando apareció su mujer y colocó una cesta con comida y bebida justo encima de su cuaderno de poesía.

—¡Eh! —dijo él—. Ándate con cuidado y mira dónde pones las cosas.

—No, cuidado tú. Estoy harta de esto. Los Buckner no han hecho nada para ofenderte más que ocuparse de sus cosas. Eres un entrometido y un hombre sin compasión, pero voy a darte esta oportunidad para redimirte a mis ojos, y demostrarles a ellos que no eres un redomado gilipollas. Vas a llevarles este cesto y a darles tus condolencias como un ser humano decente.

Ferrier sabía que de nada servía discutir con su mujer cuando estaba de ese humor. *Slipper* apareció en la puerta y empezó a ladrar. En cualquier caso, tenía que sacar a la perra. Ferrier podía utilizarla como excusa, así que no se

vería obligado a presentarse en la puerta de los Buckner con un cesto de galletas como una Girl Scout rarita con problemas de género.

—Vale —dijo—. Iré.

Su mujer le dio la espalda y se fue dejando el asunto en sus manos.

Kirk Buckner pareció sorprendido al encontrarse a Ferrier en el umbral de su casa, y el propio Ferrier no podía reprochárselo. Desde el incidente con el refresco y el cortacésped de hacía unos años, se las habían apañado para comportarse educadamente el uno con el otro, pero poco más. En ese momento, Ferrier tendió con torpeza la cesta a Kirk mientras procuraba no levantar por el cuello a *Slipper* al hacer el gesto. Ferrier vio a Sally en la puerta de la cocina al fondo, con un cuenco de patatas fritas en la mano, y a través de la puerta del salón, a la izquierda, atisbó a uno de los palurdos con lo que parecía una cerveza. Tal vez los Buckner no fueran finalmente unos baptistas tan estrictos, o a sus parientes no les importaba.

—Etta me ha contado lo de su tía abuela —dijo Ferrier—. Lo lamento mucho. Hemos pensado que esto podría serles útil, ya sabe, para sus invitados.

Kirk vaciló un momento antes de coger la cesta.

—Gracias, son ustedes muy amables —dijo—. Se lo agradecemos.

Sally se adelantó y Kirk se apartó para dejarle sitio. Una vez más, a Ferrier le quedó claro quién llevaba los pantalones en la relación, y no era Kirk.

—Por favor, agradézcaselo a Etta de nuestra parte —dijo, y por algo en el tono de su voz, y en la forma en que enfatizó el nombre de su mujer, Ferrier sintió como si le diera un pinchazo en el ojo, como si Sally supiera que él no había tenido nada que ver con toda esa tontería de la cesta.

—Lo haré —dijo.

Que os den, a vosotros y a los pringados de vuestros parientes.

Ferrier se dio la vuelta tan rápido que *Slipper* no tuvo tiempo de prepararse y se le escapó un gañido al verse obligada a seguir a su dueño de esa manera. La puerta se cerró, pero Ferrier no se volvió a mirar. Llevó a *Slipper* hasta el

campo de golf, donde estaba prohibido que entraran los perros, y por despecho dejó que se colara por un agujero de la valla y cagara cerca del hoyo dieciocho. A esas alturas había oscurecido del todo, así que Ferrier se encaminó de vuelta a casa, deteniéndose delante de la de los Buckner al pasar. Las cortinas de la ventana del salón no estaban corridas del todo, y una rendija de luz se filtraba por el hueco.

Ferrier llevaba un bolígrafo en el bolsillo de su chaqueta. Siempre llevaba un bolígrafo y papel encima por si se le ocurría una idea o, más frecuentemente, para acordarse de los recados que le hubiera encomendado su mujer. Oculto en la oscuridad, y protegido en gran medida por la mole de la furgoneta, garabateó rápidamente la marca y la matrícula de todos los vehículos que había dentro o en las cercanías del camino de entrada de la casa de los Buckner. Uno de ellos, un Chevrolet Blazer beis, tenía una pegatina en el maletero que rezaba APOYA A TU EDUCADOR LOCAL, cosa que a Ferrier le pareció una invitación a cualquier estudiante marginado para que la rayara o la empapara con una sustancia corrosiva.

—Vamos, *Slipper* —dijo cuando acabó—. Es hora de volver a casa.

Cruzó la calle, silbando para sí.

Y desde la ventana de su dormitorio, Sally Buckner observó cómo se iba.

Ross conocía a Caspar Webb sólo por su fama, pero tenía la percepción, compartida por el FBI, de que las operaciones de Webb estaban disminuyendo y la consiguiente fragmentación de sus empresas delictivas suponía, en términos generales, una buena noticia. Hizo algunas llamadas desde la relativa privacidad que ofrecía la sección de artes escénicas de la librería para confirmar un par de detalles y luego volvió a la mesa.

Los federales, según parecía, consideraban a Philip un simple eslabón más de la maquinaria de Webb; y a Madre, una secretaria con pretensiones. Se llamaba Lydia Orzel, aunque la gente de Ross no sabía si era el auténtico nombre, dado que Lydia Orzel había cobrado vida sólo hacía unas décadas, ya adulta y sin pasado.

—Pues vaya con el conocimiento del FBI de los bajos fondos —dijo Parker—. De verdad que vais cuesta abajo desde que murió Hoover.

—No teníamos pruebas de que Webb fuera siquiera un delincuente, sólo sospechas y conjeturas. Emergió de las sombras con cierta riqueza y gestionaba sus actividades a través de células desconectadas (había hombres y mujeres trabajando para él que no tenían ni idea de quién era su verdadero jefe), así que no podíamos plantearnos infiltrar a alguien. Probablemente contaba con dos o tres personas de su confianza, y sólo podemos hacer suposiciones sobre el grado de confianza que depositaba en ellas.

—Con la excepción de Madre.

—Si hemos de creerla a ella.

—No vi a nadie más asumiendo las responsabilidades, y Vincent Garronne está muerto.



—Eso lo sabemos, y su lugarteniente, Terry Nakem, ha desaparecido.

—Madre mencionó que había presenciado cómo despellejaban vivo a un hombre, pero no dijo a quién, ni cuándo.

—Tanto si Nakem fue a parar bajo tierra despellejado como si lo hizo con toda la piel, es casi seguro que acabó ahí. Los dos hombres iban a por el trono de Webb. Con ellos fuera de la escena, Madre tiene vía libre para actuar como crea conveniente.

—Te olvidas de Philip.

—¿Estás seguro de que es hijo de Webb?

—Tiene el mismo atractivo que distinguía a su padre, el de un maniquí para pruebas de accidentes de automóviles. También huele como a funeraria, pero eso podría ser una casualidad.

—El problema es de Madre, no nuestro. ¿Esperan que les informes sobre el asunto del hermano de Webb y su familia?

—Me dio la impresión de que cumplir las últimas voluntades de Webb, incluidas las referentes a su hermano, era importante para Madre, pero no tanto para Philip.

Ross se acabó el vino. Parker tenía el suyo casi intacto. Se sintió orgulloso de su autodomínio.

—Puestos a elegir, yo preferiría que se mantuviera abierto un canal de comunicación —dijo Ross—. Nos gusta lo previsible. Con Webb en su sitio, y los italianos concentrados en Boston, el nordeste se mantenía en una situación equilibrada. La disolución de los intereses de Webb implicaría una redistribución, aunque a lo largo de las líneas ya existentes. También ofrecería una oportunidad para que las autoridades federales y estatales encontraran una vía de entrada y emprendieran un proceso de desorganización. El interés de Madre por tu investigación podría ser útil para ese proceso.

—¿Me darán una placa de aprendiz de agente del FBI?

—No, sólo una gratitud eterna y el pago continuado de tu sueldo.

Había momentos en los que convenía jugar una carta. Ése era uno de ellos,

y Parker había estado esperando a que llegara.

—No voy a intentar sonsacarle información a Madre sólo para que tú puedas rellenar tu informe anual. No la conoces, ni a su hijo. No es el tipo de compañía que me guste tener. Y a no ser que se me escape algo, estás utilizando fondos de la agencia para investigar una desaparición de la que no quieres informar a tus amigos del Federal Plaza. También sé que seguramente me estás ocultando información relevante sobre Eklund, por razones que ni siquiera pretendo entender.

La expresión de Ross, que no era precisamente cálida, se volvió visiblemente gélida.

—¿Y qué quieres?

Parker metió la mano en su maletín y extrajo un fajo de papeles. Representaban las últimas intervenciones profesionales de Aimee Price en sus asuntos.

—No sólo me estás utilizando a mí —dijo—, sino también a mis amigos.

—¿Y?

—Una muestra de tu gratitud no sería en vano.

—¿Más dinero? No creo que sea posible.

—Ellos no necesitan dinero, pero puedes ofrecer alguna asistencia técnica que ayudaría a tu causa. Louis no tiene antecedentes. Angel, sí.

—Lo que, permíteme que te recuerde, me ha obligado a limpiar más de un embrollo, y a calmar a varios representantes de las fuerzas de la ley locales y estatales. En cuanto a Louis, el mero hecho de que nunca haya sido condenado, no implica que no esté en el punto de mira.

—Louis no es el problema, sino Angel. Mi precio por buscar a Eklund ha subido. Eso es todo.

Le dio los documentos a Ross, que los hojeó.

—Trámites para sellar sus antecedentes penales en el estado de Nueva York —dijo cuando acabó—. Tú y la señora Price habéis estado muy ocupados.

—Los antecedentes de Angel complican ciertos aspectos de su vida, entre ellos la posesión de un arma de fuego. Habríamos solicitado una eliminación de los antecedentes, pero eso no es posible en Nueva York. Se han pedido un montón de favores para acelerar esto. Como verás, también hay cierta confusión sobre la edad de Angel en la época en que cometió el delito que le llevó a la cárcel de Rikers Island, y por hurto, un delito sin violencia.

—Todo muy conmovedor, pero no sé qué tiene que ver conmigo.

—Quiero que apoyes la solicitud.

—¿Oficial o extraoficialmente?

—Nos conformaremos con lo segundo, siempre que el resultado sea positivo. También sabemos que hay detalles sobre Angel en la base de datos del FBI, y que el FBI, en cuanto agencia federal, no está obligado a cumplir las órdenes emitidas por un tribunal de un estado. Tendremos que asegurarnos de que la decisión del estado será seguida por todas las instituciones debidas.

—¿Todo para que otro de tus amigos pueda seguir disparando a la gente con impunidad?

—No —dijo Parker—, para que pueda disparar a la gente *correcta* con impunidad.

Algo que podía decirse a favor del agente especial Edgar Ross era que no le gustaba darle muchas vueltas a nada.

—Tendré que hablar con mis superiores. Veré qué puedo hacer. Mientras tanto danos algunas páginas de esa lista tuya. Facilitarían el asunto.

—Estoy seguro de que puedo encontrar un par.

—Mejor que sean cinco.

—Tres, no más.

Era un buen trato. Parker se había preparado para ofrecérselo a Ross.

Ross se puso la chaqueta y se estrecharon las manos.

—El asunto de Webb es interesante —le recordó Ross a Parker—, pero Eklund sigue siendo lo principal.

—Sobre eso... —dijo Parker cuando Ross estaba a punto de darse la vuelta.

—¿Sí?

—Me dijiste que mi investigación sobre Eklund tenía que quedar al margen del FBI, pero te presentas aquí escoltado por dos agentes federales. No tiene sentido.

Ross frunció el ceño.

—¿Quién ha dicho que sean agentes federales?

Parker volvió en coche a Portland. Se encontró con un atasco cerca del Kennebunk Service Plaza, donde un tráiler que había derrapado en la carretera acabó volcando. Aprovechó para detenerse y comprarse un café, más por tener algo que hacer mientras despejaban la carretera que por otra cosa. Cuando volvió a su coche, encendió las luces interiores y buscó el micrófono. Le seguiría el juego a Madre, no a Philip.

—Jódete, Philip.

Arrancó el micrófono y lo pisoteó hasta hacerlo añicos.

Esa noche, Sam estuvo callada durante la cena. Rachel no se percató; estaba tan ocupada con los preparativos de la reunión que tenía al día siguiente y que determinaría la financiación de su investigación en bioconducta, y tan concentrada en la pantalla que tenía delante que ni siquiera miraba lo que estaba comiendo.

Se encontraban en la cocina de su casa, que había sido construida remodelando los establos que antes había allí. Normalmente cenaban con los abuelos de Sam cada dos o tres noches y los fines de semana. A pesar de lo cerca que estaban de ellos, querían llevar una vida relativamente independiente.

Sam distribuyó unas verduras por su plato. Se había comido casi todo el pollo y parte del arroz, pero no tenía mucha hambre.

—¿Puedo levantarme de la mesa, por favor? —preguntó.

Rachel apartó la mirada de la pantalla.

—No has acabado.

—No quiero más.

—¿Te encuentras mal?

—No, sólo que no quiero más.

—Bueno, si no tienes hambre... ¿Qué vas a hacer?

—Ir a mi habitación.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí.

—Entonces ven aquí y dame un abrazo.

Sam se acercó a ella, pero al abrazarla mantuvo los ojos abiertos y

enseguida se separó de su madre. Fue a su habitación y miró la ventana rota. Había corrido las cortinas después de que el cristal se resquebrajara, pero al día siguiente descubrirían el daño cuando su madre o su abuela entraran a limpiar la habitación o a cambiar las sábanas. Aunque dejara las cortinas corridas, ellas las abrirían.

Se desvistió y se acostó. Cuando su madre fue a ver cómo estaba, ella fingió que se había dormido, y se removió un poco para disimular cuando sintió el beso en su mejilla. Seguía enfadada, y triste, pero al cabo de un rato se quedó dormida de verdad y soñó con fuego.

Madlyn fue la última en llegar a la casa de los Buckner, pasadas las siete de la tarde. Su hijo, Steven Lee, la llevó en coche, pero David Ferrier no estaba para presenciar su recibimiento. A esas alturas, su mujer había anunciado que estaba harta de él por esa noche —y por todas las demás noches de momento— y lo obligó a quedarse con ella en la cocina, donde echaron varias partidas de gin rummy de mal humor, que sólo resultaron un poco más llevaderas gracias a un par de copas de ginebra de verdad. Con la puerta cerrada y una única ventana que daba a su jardín trasero, Ferrier no pudo seguir los movimientos en casa de los Buckner.

Madlyn era la matriarca *de facto* de los Hermanos. Había miembros de la familia mayores que ella, pero ya no eran capaces de hacer mucho más que comer, dormir y llegar al baño a tiempo. Madlyn tenía setenta y nueve años, pero parecía una década más joven. Era alta y delgada, y le gustaba un misterioso perfume francés que a Kirk le hacía pensar en cantantes muertas.

Madlyn todavía veía a los fantasmas, pero no con tanta frecuencia desde que Sally había pasado a primer plano. Steven Lee, su único hijo, gordo y lustroso como una estatua de Buda, no se había casado y se dedicaba a atender a su madre. Cuando Madlyn muriera, casi todos creían que su hijo sería enterrado con ella, vivo o muerto.

Kirk estaba en el sótano cuando llegaron. Le había estado enseñando su trabajo de enyesado a Sumner, que se dedicaba profesionalmente a la construcción. A Sumner le parecía milagroso que la casa entera de Kirk y Sally no se hubiera desmoronado encima de ellos si ésa era la calidad del trabajo de Kirk, pero se esforzó por guardarse su opinión para sí. Pensó que le

comentaría algo a Sally antes de irse, aunque sólo fuera para sugerirle que no sería mala idea que todas las herramientas de Kirk se perdieran misteriosamente algún día y no se volvieran a encontrar.

Sumner bebía una cerveza, mientras que Kirk seguía con su refresco. Parecía que se le estaba pegando algo de esa mierda baptista, pensó Sumner. Cada uno de ellos tenía su forma de fundirse con sus respectivas comunidades —trabajo voluntario, vigilancia vecinal, Rotary Club, lo que se terciase—, pero Kirk y Sally habían preferido las iglesias desde el principio. Una cosa era utilizarlas como tapadera y otra completamente distinta empezar a tomarse en serio lo que dijeran. No importaba en absoluto: no había salvación para ninguno de ellos.

Los dos hombres subieron para saludar a Madlyn y a Steven Lee, y el grupo entero se apretujó en el salón de los Buckner, algunos tuvieron que sentarse en el suelo, o acomodarse en los reposabrazos de sofás y sillones. Hacía mucho que no se reunían tantos para una ocasión que no fuera un funeral o una boda, y estas últimas solían ser asuntos sólo superficialmente felices, sobre todo si alguien externo se integraba en la familia. Por eso los Hermanos solían casarse entre primos lejanos, con quienes no había que guardar secretos. Cuando se casaban con alguien ajeno a los suyos —y eso, al menos, era bueno para la descendencia— intentaban ocultar la verdad a los cónyuges. Un número incalculable de personas que se casaron con miembros de los Hermanos se pasaron toda su vida sin saber qué les ocurriría en el momento de morir, no eran conscientes de que se habían condenado a sí mismos desde el instante de la consumación, así como habían condenado a sus hijos, que también estarían malditos, y a los hijos de sus hijos.

Todos los reunidos en casa de los Buckner estaban emparentados por sangre, aunque Kirk y Sally eran los únicos hermanos que mantenían una relación. Ese tipo de uniones no eran raras entre los Hermanos, y se creía que, en su caso, era lo más conveniente. Significaba que Sally no tendría que sobrellevar sola la responsabilidad.



Todos sabían por qué estaban allí. Donn Routh había muerto, todavía no habían encontrado su cadáver. Las mujeres habían percibido el momento de su muerte, incluso —en el caso de Sally y Madlyn— habían compartido parte de su dolor. Ahora se habían reunido para descubrir cómo había sucedido y qué pasos debían seguir.

Sally sólo le había contado a Madlyn lo del investigador privado, Eklund. Obviamente, Kirk también lo sabía, porque había estado cuando Eklund se presentó ante su puerta, pero no hizo falta que Sally consultara a los demás antes de actuar. Ella comprendió inmediatamente la amenaza que suponía Eklund, y la única suerte en aquel momento fue que el cabrón de David Ferrier y la zorra de su mujer estaban fuera el fin de semana que apareció, así que nadie lo vio entrar en la casa, y tampoco nadie vio a Kirk marcharse más tarde en el coche de Eklund, que llevó por carreteras secundarias hasta el desguace propiedad de Steven Lee, donde fue reducido a chatarra antes de que el sol tuviera tiempo de iluminarlo.

Ahora, mientras los Hermanos escuchaban, Sally explicó todo lo que había sucedido hasta el momento en que había mandado a Routh a deshacerse de todas las pruebas comprometedoras que pudiera haber en casa de Eklund. Pasó por alto las palabras que Eleanor había escrito en la ventana del baño. No sabía qué podían significar, sólo que Eleanor había transmitido rabia y miedo al escribirlas. Hasta que pudiera averiguar algo más, le pareció mejor no alarmar a los demás. Tal como estaban las cosas, ya tenían bastante de lo que preocuparse. La excepción era Madlyn: más tarde, Sally se lo contaría todo en un aparte.

—Y bien, ¿qué hacemos? —preguntó Jeanette.

Había venido con su hermana pequeña, Briony, y su hermano mayor, Art. Sus padres habían muerto en un accidente de coche cuando Jeanette y Briony eran todavía adolescentes y Art acababa de cumplir los veintiuno. El chico había cuidado de sus hermanas con la ayuda del resto de los Hermanos, pero Jeanette era la que siempre había mostrado más madurez. Sally pensaba que

Art y ella no tardarían en acostarse, si es que no lo habían hecho ya. Se veía en la forma en que se miraban, y en cómo apoyaba Art la mano en el muslo de su hermana. Sally se lo preguntaría a la chica antes de que se marcharan. Podría ser que la nueva líder estuviera emergiendo por fin, y, a su debido tiempo, Sally podría pasar las riendas a Jeanette, que contaría con la ayuda de su hermano. La situación tenía una agradable simetría.

—Eklund habló con mucha gente a lo largo de sus investigaciones —contestó Sally, sin responder directamente a la pregunta. Tenía que andarse con cautela. Debía llevarlos a un punto en el que no hubiera vuelta atrás—. Se pasó años buscándonos, aunque hasta hace poco no concluyó que éramos nosotros, los vivos, el verdadero objeto de su búsqueda.

—Si se había dedicado con tal intensidad a buscarnos —dijo Sumner—, ¿cómo es posible que no supiéramos nada de él hasta que se presentó en tu puerta?

Sally detectó un tono acusador que no le gustó. Tras la pregunta hubo unos murmullos de aprobación por parte de las dos parejas mayores presentes: Esther y Allan, que habían sido los primeros en llegar, y Sophia y Richard. Richard y Allan eran hermanos y se habían casado a su vez con hermanas de una rama en decadencia de la familia en Iowa. A veces, los acuerdos maritales de los Hermanos le daban vértigo a Sally. Esther y Allan eran seguidores, no líderes. Decidiera lo que decidiese la mayoría esa velada, ellos lo aceptarían. Si, por alguna rara casualidad, alguno mostraba el menor signo de pensamiento individual, Sally sabía que podría reconducirlo en la dirección conveniente. Richard y Sophia eran más listos, pero también fáciles de manipular. Sumner, por el contrario, era un espabilado que se las daba de listillo, aunque su mujer, Jesse, no importunaba nunca.

—No tengo ninguna respuesta para eso —replicó Sally—. Creo que simplemente tuvo suerte, pero siempre hemos ocultado bien nuestro rastro.

—¿Qué cambió?

—Recibió fondos que le permitieron concentrarse exclusivamente en su

obsesión y empezó a hablar con algunas personas apropiadas. Lo que nos lleva al motivo por el que todos estáis aquí. Todavía corremos peligro, y debemos reaccionar. Tenemos que encargarnos de quienes ayudaron a Eklund a llegar hasta nosotros.

La noticia no fue recibida con una aprobación generalizada. Salvo uno de ellos, los Hermanos reunidos a su alrededor no eran asesinos, aunque llevaban el asesinato en los genes. Eran gente común y corriente, con empleos normales y corrientes, y vidas normales y corrientes. Esther tenía una artrosis temprana. Allan había superado un cáncer de estómago, y el próximo abril cumpliría tres años sin que se hubieran reproducido los tumores. Richard y Sophia se dedicaban ambos a la docencia, y sus dos hijos eran unos cerebritos. Richard había engañado a Sophia hacía un par de años, y ella se había enterado, pero lo habían superado y estaban esforzándose por llevarse mejor. Lo que los unía era un pacto que se había sellado en su nombre hacía más de ciento cincuenta años, y todo porque el Magus temía la justicia con la que él y los suyos tendrían que vérselas en el otro mundo. Sus descendientes habían estado pagando el precio de ese pacto desde entonces.

Donn Routh se había encargado de todo el trabajo sucio para ellos en el pasado, pero estaba muerto. Steven Lee tenía ciertas habilidades, pero era un hombre reactivo, no dinámico, y no le gustaba dejar a su madre. También prefería matar mujeres, cosa que inquietaba a Sally.

—¿Tienes nombres? —preguntó Allan.

—Sí.

—¿Cómo sabes que Eklund no te mentía o te ocultaba algo? —preguntó Sumner.

Cabrón de Sumner.

—Eso —dijo Sally— puedo demostrártelo.

El cuarto ocupaba todo el espacio del sótano. Sumner calculó que no tenía más de tres por tres metros y medio, pero la calidad de la construcción indicaba

claramente que Kirk no había estado implicado en la obra. Sally dijo que los propietarios anteriores le habían puesto baldosas e instalado las tuberías para una ducha y un retrete, pero que habían vendido la casa antes de acabar el trabajo. El suelo era de cemento sin pulir; y los azulejos de las paredes, de color crema. Tanto el suelo como las paredes estaban cubiertos de manchas de sangre.

No todos podían ver al hombre que estaba encadenado a una tubería en el rincón, de manera que los que iban delante tuvieron que hacer sitio a los que venían detrás cuando dejaron de mirar embobados y boquiabiertos. Allí dentro no hacía frío, porque la caldera estaba al otro lado de la pared, pero el hombre temblaba. Estaba desnudo, salvo por unos calzoncillos sucios, y las puntas de los dedos de las manos y de los pies que le quedaban se habían vuelto azules. Los muñones de los demás dedos habían sido toscamente cauterizados. Una gasa de algodón le tapaba los ojos, sujeta con vendas, y estaba amordazado con cinta adhesiva. Se volvió para encarar a los recién llegados e intentó decir algo, pero la cinta ahogó sus palabras.

—Dios, qué olor —dijo Esther.

Incluso Sumner, que estaba acostumbrado a las tuberías del alcantarillado, tuvo que admitir que apestaba.

—Hemos estado limpiándole con una manguera dos veces al día —explicó Kirk—, ayuda un poco.

—¿Quién le amputó los dedos de las manos y de los pies? —preguntó Sophia.

—Fui yo —dijo Sally.

—¿Te costó mucho?

—Sólo los pulgares.

Se volvió hacia Sumner.

—¿Ves ahora por qué le creí?

—Sí, ha quedado clarísimo —respondió Sumner. Un hombre daría mucha información para que no le amputaran más dedos.

—Llevaba un portátil en el coche. Nos dio la contraseña. La usé para verificar todo lo que dijo.

—¿Por qué lo mantienes con vida? —preguntó Allan—. ¿Por qué no...? Bueno, ya sabes.

—¿Por qué no lo he matado? —preguntó Sally.

Allan asintió. Parecía horrorizado por lo que veía. Él no les serviría de nada para lo que estaba por venir, y tampoco es que Sally hubiera esperado otra cosa.

—Quería esperar hasta que Donn acabara su trabajo, sólo por si teníamos más preguntas que hacerle.

—¿Y ahora?

—Sería mejor deshacerse de él, pero yo no lo voy a hacer.

—¿Por qué no se ocupa Kirk? —preguntó Esther.

—Kirk no es un asesino. Además, ¿no creéis que ya hemos hecho más de lo que nos corresponde? Es hora de que otros hagan su parte.

Sumner fue el primero en entender.

—Así que esto es una especie de prueba, ¿no?

—Si quieres llamarlo así...

Eklund gemía y negaba con la cabeza. Tal vez no pudiera ver ni hablar, pero estaba claro que oía.

Lo observaron en silencio. Entonces habló Richard.

—Muy bien, lo haré yo —dijo—. Llevo un arma en el coche.

—¿Tienes un arma? —Sumner estaba desconcertado. Siempre había tenido a Richard por un progre ecologista. Mierda, si había llorado de alegría cuando eligieron a Obama por primera vez, y había llorado más todavía la segunda.

—Sí —dijo Richard—, y además sé cómo usarla.

—Es un magnífico tirador —dijo Sophia—. Siempre le digo que tendría que apuntarse a competiciones.

Sally estaba sorprendida. Después de tantos años, era la primera vez que Richard mostraba que tenía sangre en las venas.

—No puedes usar un arma —dijo Sally—. Alguien podría oír el disparo, incluso aquí abajo.

—Entonces, ¿qué?

Sally llevaba un jersey largo por encima de los tejanos. Se levantó el jersey, metió la mano en uno de los bolsillos y sacó un cuchillo. Richard lo cogió y lo blandió. La hoja no era larga —apenas diez centímetros—, pero estaba afilada.

Se lamió los labios y parpadeó con fuerza tras sus gafas de montura negra.

—Alguien tendrá que agarrarlo —dijo.

—Yo te ayudaré —dijo Sumner.

Esther dijo que no quería verlo. Richard comentó que no pasaba nada, porque no quería público. Kirk hizo que todos subieran a la planta baja, con la excepción de Sally y Madlyn, que se negaron a irse.

Eklund lloraba, era un sonido agudo y cortante, como una mujer que estuviera sufriendo. Oyó acercarse a los dos hombres e intentó apartarlos a patadas con sus pies destrozados, pero eran demasiado rápidos para él. Sumner se sentó sobre las piernas de Eklund, pero Richard lo quería boca abajo.

—No me importa mancharme de sangre.

Sumner consiguió darle la vuelta a Eklund, y Richard le agarró por el pelo y tiró de la cabeza hacia atrás para dejar el cuello al descubierto. Richard rechinó los dientes y colocó el cuchillo a la izquierda de la mandíbula inferior de Eklund.

—Mantenlo inmóvil, mierda.

—Acaba de una vez.

Por un instante, Sumner pensó que Richard iba a echarse atrás. Le temblaba la mano y la cara se le había contraído. Entonces respiró hondo, clavó la hoja del cuchillo e hizo un tajo, rápido pero profundo.

Sumner nunca había visto tanta sangre. Apartó la mirada, pero permaneció donde estaba hasta que Eklund dejó de sacudirse y se quedó inmóvil.

Richard se levantó y se subió las gafas. Tenía un poco de sangre en la mano, y con el gesto se ensució la nariz y la mejilla izquierda. Bajó la mirada al cuerpo de Eklund antes de dejar caer el cuchillo, luego se tapó la boca y subió tambaleándose las escaleras hacia el lavabo de cortesía. A los pocos segundos le oyeron vomitar.

Sumner también sintió que se empezaba a marear. El olor a sangre era fuerte e intenso. Unas manos le agarraron y Sally le ayudó a ponerse en pie.

—Bueno —dijo Sumner, cuando se hubo recompuesto—. Supongo que Richard ha aprobado.

Los Hermanos empezaron a dispersarse. Había que pagar canguros, y tenían tareas pendientes para la mañana siguiente; lo mundano coexistía con lo extraordinario, aunque a veces podían pasar días, incluso semanas, sin que la mayoría de ellos dedicara ni un fugaz pensamiento a lo extraño de sus vidas. Para aquellos como Sally y Madlyn, las que estaban poseídas, era distinto, pero si alguno de los demás empezaba a vacilar o necesitaba un recordatorio de lo que significaba nacer o casarse en esta familia, las dos mujeres siempre estaban dispuestas a darle un toque haciéndole percibir a aquellos que se habían ido antes. Sólo había que convocarlos, un leve roce, y, una vez experimentado, nadie tenía prisa por volver a vivir algo así.

Richard y Sophia se quedaron en casa de los Buckner, junto con Sumner, Jesse, y Madlyn y Steven Lee. Richard se había recuperado de su reacción inicial tras asesinar a Eklund, y ahora hasta se mostraba con fuerzas renovadas. Sally supuso que le había gustado lo que había hecho o estaba animado por haber sido capaz de hacerlo, lo que podría ser útil para lo que les esperaba, aunque planteara serias dudas sobre el estado mental de Richard. Ella no había disfrutado especialmente haciéndole daño a Eklund, y había parado en cuanto él le contó lo que quería saber. Se habría visto obligada a matarlo ella misma si nadie más hubiera estado dispuesto, o bien a convencer a Steven Lee de que lo hiciera por ella, lo cual dependería del estado de ánimo del hombre, pero se alegraba de que al final se hubiera encargado Richard.

Bebieron café e infusiones mientras Sally sacaba una lista con tres nombres: el vendedor de muebles, Tobey Thayer; Lydia Orzel, a la que se



conocía como «Madre», que estaba financiando la investigación de Eklund con el legado de un hombre llamado Caspar Webb; y una profesora universitaria e historiadora llamada Michelle Souliere, que vivía en Waterbury, Connecticut, e impartía clases en la Universidad de Nueva York y en el Bowdoin College de Maine como profesora invitada. Souliere se había formado en psicología, sobre todo en historia de las creencias parareligiosas en Estados Unidos. Se había especializado en desacreditar a médiums y otros charlatanes, y había publicado varios libros, entre ellos una bien recibida historia feminista de la brujería. Estaba soltera y las notas de Eklund señalaban que tenía un gato. Sumner lo interpretó como prueba de que era lesbiana, puesto que servía para confirmar cuanto siempre había sospechado de las feministas. Era un hombre de ideas fijas.

Thayer, el primer individuo de la lista, tenía esposa e hijos, y aparecía en sus propios anuncios de televisión y de prensa. Sally encontró un par de anuncios en internet y se los enseñó a los demás.

—Parece un payaso —dijo Sophia.

Era una opinión lógica. A Thayer le gustaban los trajes de cuadros y las corbatas chillonas y acababa cada presentación con una invitación: «¡Venid a charlar con Tobey!». Se tapaba la calvicie peinándose el pelo de los lados por encima de la calva, aunque sin disimulo, y la producción de los anuncios era tan barata que sólo podía tratarse de una decisión deliberada. Richard comentó que no le pediría ni la hora a un hombre como Thayer, o la comprobaría dos veces después, y Sophia coincidió con él. Richard le sonrió, aparentemente sorprendido, y Sophia le devolvió una sonrisa vacilante. Las heridas que la aventura de Richard le habían dejado todavía seguían abiertas, y Sally supuso que Richard agradecía cada retazo de perdón aparente que Sophia le ofrecía.

—¿Y Eklund sostenía que este hombre era vidente? —preguntó Jesse.

—Lo dice en sus notas —dijo Sally—, pero no hay ni una referencia en los medios a nada de esa naturaleza en relación con él.

—¿Podría haber mentido Eklund? —preguntó Sumner.

—No, a no ser que falsificara sus propias notas en el portátil, y ¿para qué iba a hacerlo? No, creo que, efectivamente, Thayer podría tener un don de algún tipo. Eleanor también lo cree. Los Hermanos han percibido que los buscaba.

—¿A nosotros? —preguntó Madlyn.

—No, a ellos.

Eso era excepcional, e inquietante. Ni siquiera Madlyn era capaz de recorrer los senderos de los muertos.

—Parece que había estado haciendo pesquisas por su cuenta antes de que Eklund se pusiera en contacto con él —prosiguió Sally—. Estaban abordando el mismo problema, o sea, nosotros, desde diferentes direcciones. Seguramente era inevitable que acabaran cruzándose tarde o temprano.

—¿Y la profesora?

—Según los apuntes de Eklund, podría estar trabajando en un artículo, o incluso en el capítulo de un libro, sobre los Mártires de Capstead. No aceptó todo lo que Eklund le contó, pero estaba dispuesta a estudiar la tesis central del investigador.

—Que es...

—Que, dejando aparte cualquier indicio de fenómenos paranormales, era posible que al menos algunos de los asesinatos mencionados por Eklund hubieran sido perpetrados por descendientes de los Hermanos originales, o por individuos influidos por el culto a Peter Magus.

—Mierda —dijo Madlyn.

Kirk hizo una mueca. La anciana podría pertenecer a las castas enriquecidas de la Costa Este, pero hablaba como una arrabalera.

—Lo que nos deja a Lydia Orzel —dijo Sally—. Según Eklund, el tal Caspar Webb era un criminal, y rico. Caspar Webb ni siquiera se llamaba así, aunque Eklund no sabía cuál era su verdadero nombre, sólo que posiblemente

había nacido en Europa del Este. Estaba distanciado de su hermano pequeño, que utilizaba el nombre de Michael MacKinnon.

—Mierda y más mierda —exclamó Madlyn al reconocer el nombre.

—Por favor, Madlyn —le rogó Kirk—, ¿hace falta que hables así?

Madlyn le miró con algo parecido a la compasión.

—Tienes un cadáver en el sótano, estamos planeando cómo asesinar a tres personas más, ¿y te quejas de mi forma de hablar? Eres un cagado, Kirk. Si no tienes nada sensato que decir, mantén la puta boca cerrada.

Kirk reparó en que Sally no salió a defender su honor. No podía culparla, no si Madlyn estaba de por medio, pero aun así le dolió.

—Que el Primo asesinara a MacKinnon fue un error de juicio —dijo Sally, aunque eso suponía restarle importancia. Durante un viaje de trabajo, MacKinnon se había cruzado con Routh, y una simple discusión por una plaza de aparcamiento había llevado a una pelea a gritos. A veces, eso era más que suficiente para Routh. Se pasó varias semanas calentándose, y su creciente rabia había atraído a los peores de los Hermanos hacia él, como buitres a la carne; luego, con ellos susurrándole al oído, había ido a buscar al objeto de su ira—. Si hubiera sabido quién era MacKinnon, se habría mantenido alejado, pero, por desgracia, aparte de la familia inmediata de MacKinnon, nadie sabía que estaba emparentado con Webb. Cuando desapareció, y la policía no encontró rastro de él, su mujer finalmente recurrió a su cuñado, que ya estaba agonizando. Pero la muerte de éste, en lugar de poner punto final a cualquier interés sobre el destino de MacKinnon, transfirió la responsabilidad a Lydia Orzel, que siguió financiando a Eklund, animada por la viuda de MacKinnon. Y por eso Donn mató a la mujer y al hijo de éste, como, con el tiempo, se hubiera ocupado de Orzel, Thayer y Souliere en nuestro lugar, de haber sido necesario.

—Tal vez no tendría que haber matado a la familia de MacKinnon —dijo Jesse—. ¿No se arriesgaba de esa forma a llamar más la atención?

Sally miró a Madlyn, que asintió casi imperceptiblemente. Sally tuvo una

extraña sensación de alivio. Hasta ese momento, sólo Madlyn y ella habían sabido qué iban a contar a los demás.

—Si no hubieran sido ellos, habrían sido otros —dijo Sally—. Silenciar a la mujer de MacKinnon daba una solución temporal no a uno sino a dos problemas.

—¿Cuál era el otro? —preguntó Sophia.

Fue Madlyn la que respondió; Madlyn, que supervisaba la deuda pendiente de vivos y muertos, el precio del pacto al que había llegado Peter Magus mientras las llamas se alzaban en Capstead. Era un trato realizado con una entidad que se llamaba a sí misma ángel, una maldición sobre todas las generaciones venideras de los Hermanos. No serían castigados por sus pecados. El ángel los escondería, a ellos y a sus descendientes, de la justicia divina. Lo único que pedía a cambio era sangre. El refugio en el otro mundo se compraría con el asesinato de inocentes en éste. Los Hermanos propagarían el sufrimiento y así evitarían sufrir ellos mismos.

—Cada vez resulta más difícil hacer lo que tenemos que hacer, mantener vivas las llamas. La tecnología, las cámaras, el ADN..., todo eso implica que matar es mucho más arriesgado que en el pasado. Cada muerte nos compra tiempo, pero, a medida que nuestra familia crece y se suceden las generaciones, nuestros esfuerzos no han aumentado proporcionalmente. Donn actuaba en nuestro nombre, y Steven echaba una mano cuando podía, pero no era suficiente. Si estuviéramos tratando con un banco, casi nos habríamos quedado sin crédito. Los que se han ido antes que nosotros están inquietos. Si no cumplimos nuestra parte del pacto, bueno, no hace falta que os diga cuáles serán las consecuencias... para todos.

—Así que si matamos a estos tres, además de Eklund y los MacKinnon, podemos posponer el problema.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó Sumner.

—Una década. Más. —Ella no lo sabía con seguridad, pero parecía razonable. A esas alturas, Jeanette sería lo bastante mayor para incluirla en

estas conversaciones, y lo bastante madura para actuar. Sally y Madlyn habían hablado con ella antes de que se marchara, y les confirmó que su hermano y ella «habían intimado más», según sus propias palabras. Jeanette también les dijo que tenía visiones de una chica. La chica todavía se mantenía a distancia, pero se le iba acercando poco a poco. Era una buena noticia porque confirmaba todas las esperanzas de Sally acerca de Jeanette.

Las parejas presentes intercambiaron miradas con sus respectivos cónyuges y entre sí. Sumner se encogió de hombros.

—Así pues, parece que está decidido —dijo.

—¿Por quién empezamos? —preguntó Richard.

—La profesora, Souliere, debería ser la más fácil —dijo Sally—. Pero creo que tendríamos que encargarnos de Thayer al mismo tiempo. Eklund creía en él, y el hecho de que no encontremos ninguna referencia a sus capacidades significa que se cuida de mantenerlas ocultas. Sólo los impostores alardean.

—¿Y Orzel?

—Será la más difícil de matar. Le dijo a Eklund que no sale casi nunca del edificio donde vive, no desde la muerte de Webb.

—¿Crees que tiene miedo? —preguntó Richard.

—No, creo que está de luto.

—¿Vive sola?

—Tiene a algunos hombres de Webb con ella.

—¿Hombres de un criminal? Irán armados.

—Es muy probable. Pero también tiene un hijo. —Sally sonrió—. Según Eklund, él parece que tiene unos sentimientos *muy* ambiguos acerca de su madre.

Se llegó al siguiente acuerdo: Sally —ayudada hasta donde pudiera por Kirk — se ocuparía de Souliere, basándose en que a una mujer le resultaría más fácil que a un hombre ganarse su confianza; mientras que Richard, con la ayuda de Sumner, mataría a Thayer. Sumner trabajaba por cuenta propia, y la selecta

escuela de Richard acababa de empezar unas breves vacaciones. Sally y Kirk podían adaptarse, siempre que Sally lo organizara para que alguien la sustituyera sirviendo los pedidos de pastelería pendientes. Una mujer llamada Patti Best la ayudaba con los encargos más importantes y la sustituía cuando hacía vacaciones. Patti se alegraría del dinero extra.

Gracias a Eklund, tenían las direcciones de los tres objetivos. Necesitarían cierta coordinación entre todos, pero no sería muy difícil deshacerse de Souliere y de Thayer con un día de diferencia. Después, podrían concentrar su atención en Lydia Orzel.

Se despidieron por última vez. Sally miró a la casa de los Ferrier, pero era medianoche pasada, y todas las habitaciones estaban a oscuras. Steven Lee acercó su coche marcha atrás hasta la puerta del garaje de los Buckner para que Kirk y Richard pudieran subir el cadáver de Eklund, oculto entre bolsas de basura negras, y arrojarlo al maletero. Los restos de Eklund tendrían el mismo destino que su coche, serían compactados como chatarra y se perderían entre la basura en el desguace de Steven Lee en West Abbot, a unos cincuenta kilómetros de Turning Leaf.

Sumner y Jesse se fueron, seguidos de Richard y Sophia. Madlyn se quedó para hablar con Sally, mientras Steven Lee se sentaba al volante del coche, tan callado e implacable como siempre. Sally sospechaba que era el más loco de todos.

—Eleanor escribió algo en la pared de mi cuarto de baño —dijo Sally.

Los enjutos rasgos de Madlyn, con la piel estirada como la superficie de un tambor sobre los huesos, consiguieron expresar su sorpresa.

—Que Eleanor... *¿escribió?*

—Dos palabras: «Hombres Huecos». *¿Qué son?*

—No tengo ni idea.

—Creo que, sean lo que sean, les tiene miedo.

—Podrían estar relacionados con el pacto. Tal vez desaparezcan tras los asesinatos.

—Tal vez.

Madlyn puso una mano sobre el brazo de Sally.

—Lo has hecho muy bien —dijo—. Estoy muy orgullosa de ti.

—Gracias.

Se abrazaron y Madlyn se subió al coche y se sentó junto a su hijo, mientras Kirk sostenía la puerta abierta y la ayudaba. Sally y él se despidieron de ellos con la mano y esperaron hasta que se perdieron de vista antes de volver adentro. Entonces se pusieron guantes y limpiaron las últimas huellas de Jaycob Eklund restregando las paredes y el suelo.

Louis se despertó y descubrió que el otro lado de la cama estaba vacío. El reloj que había sobre la mesita marcaba las 3.30 de la madrugada. Esperó, pero no oyó ruidos provenientes de otra parte del apartamento. Se levantó, se puso la bata y recorrió el pasillo hasta el salón. Uno de los lados era una pared acristalada que daba a Casco Bay, y, dada la orientación del apartamento, las fincas contiguas no podían verse desde la ventana. Como su manzana era el último edificio de ese saliente de tierra y ellos vivían en el ático, colocarse ante el ventanal durante el día era como situarse en la proa de un gran buque. Por la noche, era como flotar entre las estrellas.

Angel estaba sentado en un sillón, de cara a la oscuridad. Louis tardó unos segundos en localizarlo, acurrucado con una manta sobre los hombros.

—¿Estás bien?

—No podía dormir.

—¿Dolor?

—Yo no lo llamaría así. Incomodidad, más bien.

—¿Va a peor?

—No. Normalmente doy unas cuantas vueltas en la cama y me vuelvo a quedar dormido. No sé por qué no ha funcionado hoy.

—Porque va a peor.

—Ahora todos somos médicos.

Louis se puso a su lado junto a la ventana, pero no se sentó. Distinguió las luces de un petrolero amarrado mar adentro, esperando a que llegara el alba para que lo condujeran a puerto. A lo lejos, las farolas de las islas más cercanas resplandecían como luciérnagas. Estiró el brazo y deslizó una mano



bajo la manta para apoyarla sobre la piel desnuda del hombro de Angel. La notó caliente al tacto, como una herida infectada.

No eran hombres afectuosos. Cada uno de ellos había sufrido, y había hecho sufrir a otros. Por eso, el apego que se tenían era incondicional, no había que preocuparse con disimulos ni ilusiones. Era un amor duro, pero amor al fin y al cabo.

—Tengo miedo —dijo Angel.

—Lo sé.

—Ni siquiera sabría decir de qué. Tener miedo de todo. De saber, y de no saber; de lo que vendrá. No del dolor, al dolor puedo enfrentarme, pero sí le tengo miedo a estar enfermo. No quiero ser uno de esos tipos, de los grises, desgastados por venenos.

—No te dejes llevar. Podría ser una hernia.

—No es una puta hernia.

—Vaya, ¿así que ahora estás a las puertas de la muerte? Hace un par de noches, sentado en el bar, intentabas convencernos de que no era nada.

—Todo se ve distinto a oscuras.

—Sí, supongo que sí.

Angel cambió de postura y Louis vio que hacía una mueca.

—¿Quieres que te haga compañía? —preguntó.

—¿Tienes algo mejor que hacer?

—Sólo dormir.

—En ese caso, diría que no tienes nada mejor que hacer.

—Seguramente.

Louis acercó un segundo sillón para que pudieran sentarse el uno al lado del otro, como un par de vejestorios esperando que amaneciera, con la salvedad de que no eran viejos, y, si esto era la mortalidad, no debería adoptar esta forma. Habían hecho frente a armas de fuego. Les habían herido con cuchillos y les habían disparado. El final, cuando llegara, tendría que ser necesariamente violento, no una insidiosa descomposición del cuerpo.

Louis no era un hombre religioso. No recurría a ningún dios. Pero, gracias a Parker, era consciente de que lo que había más allá de esta vida no era la nada, aunque fuera posible que la nada hubiera resultado menos inquietante. En ese momento habló en silencio con lo que fuera que esperara al otro lado y se postró ante él.

«Que no sea nada», pidió. «Que no sea éste el final.»

Cuando acabó, habló en voz alta.

—Si te mueres —le dijo a Angel—, yo en persona te mataré otra vez.

Pero Angel, que ya no estaba solo, se había dormido.

Al sur, alguien estaba velando por otra persona de forma similar. El Coleccionista se había sentado junto al lecho de su padre mientras el anciano, perdido en un delirio, recitaba una lista de nombres, sólo algunos de los cuales le resultaban familiares a su hijo: clientes, amigos, parientes, una letanía de aquellos que se habían cruzado en su camino. Entre ellos, algunos a los que había entregado a la justicia aplicada por su hijo. Era una suerte, pensó el Coleccionista, que su padre estuviera ahí y no en una residencia de ancianos. A saber quién habría escuchado sus desvaríos. Había llamado a una enfermera, que llegaría a la mañana siguiente para instalarse todo el día. Su padre se había opuesto, pero el Coleccionista ya no era capaz de cuidar de él sin ayuda, y tenía trabajo pendiente. Había decidido que no le confiaría a Charlie Parker la identidad del hombre al que había asesinado en Providence. Llámese como se quiera: pequeño acto de rebeldía, orgullo de cazador o resistencia a alimentarse sólo de las migajas de la mesa de Parker.

Tenía muchas ganas de ver lo que se habían llevado de casa de Eklund. Era posible que no se hubieran apropiado de todo lo que pudiera resultar de interés en la casa de Fox Point, así que realizar un registro a fondo era una opción. No había saltado ninguna alarma mientras Parker y Angel estaban en la casa, lo cual significaba que la habían desactivado al entrar. Pero, más tarde, Philip había conseguido seguirlos rápidamente hasta su hotel, y eso quería

decir que había algún tipo de vigilancia: cámaras, tal vez. Aunque el Coleccionista podía anular la mayoría de los sistemas de seguridad, no quería alertar a Philip o a Madre de su presencia. Se enfrentaría a ellos si tenía que hacerlo, pero sólo después de aclarar un asunto más apremiante.

La otra posibilidad era entrar en casa de Parker y ver qué podía rapiñar, pero la descartó rápidamente, por temeraria. Después del ataque que casi había acabado con su vida, la casa de Parker estaría ahora protegida de todas las formas imaginables. El Coleccionista dudaba que pudiera poner el pie en la finca sin activar algún tipo de alarma, lo que atraería a Parker, a la policía o —lo peor de todo— a Angel y Louis. No, mejor probaría en la casa de Eklund, y vería qué podía descubrir allí.

Su padre dejó de hablar. Fijó la mirada en su hijo.

—He oído voces —dijo Eldritch.

—Las has imaginado. Aquí sólo estamos nosotros.

Eldritch miró por la habitación, buscando entre las sombras a quienes habían hablado, como si dudara de las palabras de su hijo.

—No te vayas —dijo.

—No me iré. Me quedaré contigo hasta que te duermas.

—Me refería a que no vayas. Deja que el misterio de ese Routh permanezca sin esclarecer. Deja que lo que quiera que escondiera, siga oculto.

El Coleccionista apartó un pelo suelto de la frente de su padre.

—No tienes que preocuparte. La enfermera se ocupará de todo, y hay un médico de guardia en Rehoboth. Está bien pagado. Si se le necesita, puede presentarse aquí en unos minutos. Estarás bien cuidado durante mi ausencia.

Eldritch apartó de sí la mano de su hijo en un gesto de irritación, y la chispa prendió parte de su antiguo fuego. El Coleccionista lo vio en sus ojos.

—No estoy preocupado por mí. Es por ti por quien temo.

—¿Por mí? —El Coleccionista casi se rio. Era a él a quien había que temer.

E igual de rápido que se había prendido, la llama se apagó. Eldritch frunció

el ceño y se llevó los dedos de la mano izquierda a los labios secos, como alguien al que acaba de asaltarle una duda.

—¿No los oyes? —preguntó—. Están susurrando.

—¿Quién, quién susurra?

—Los Hombres Huecos —respondió Eldritch.

El Coleccionista se inclinó hacia delante. Eldritch los conocía —su hijo le había hablado de ellos—, pero nunca los había visto, y nunca los vería. Aunque el anciano hubiera cometido el más capital de los pecados, el Coleccionista nunca lo habría entregado a esos carroñeros. Y permanecían en silencio: la muerte les había arrebatado la lengua. De eso el Coleccionista estaba seguro.

¿No?

—¿Qué dicen? —preguntó.

—Están pronunciando tu nombre. Y ese sonido...

—¿Qué es? ¡Dímelo!

—Creo que..., creo que es una carcajada.

Parker se despertó poco después de las siete y media. Tenía la bolsa preparada y el trayecto hasta Natick sólo le llevaría un par de horas. Había llamado antes a Oscar Sansom para informarle de que iba. Sansom sonó cansado, pero aceptó verse con Parker en su casa. Su cansancio no era de extrañar. Parker sabía que habría tenido que sobrellevar el acoso de la policía, la prensa y los abogados desde el descubrimiento del cadáver de su esposa. Aunque, al menos, ahora Sansom sabía con certeza que estaba muerta, lo que le produciría una leve y provisional sensación de paz, porque el misterio de los años que había estado desaparecida, el trauma de la recuperación de los restos y el duradero dolor del luto consumirían las energías hasta de los hombres más fuertes.

Parker preparó una pequeña cafetera, puso unas rebanadas de pan en la tostadora y salió para recoger los periódicos del buzón que estaba junto a la carretera. Los leyó en la mesa de la cocina, luego comprobó su correo electrónico y relleno algunos cheques para enviarlos por correo de camino a Natick. Por último, hizo una llamada al Departamento de Policía de Natick, se identificó, y le pasaron con una detective llamada Dawna Hall, que había seguido el caso de Sansom desde el principio. Le dijo a Hall que estaba investigando la posible desaparición de Jaycob Eklund, y que hablaría con Oscar Sansom ese mismo día. La llamada era tanto una tentativa de sonsacar algo de información como un acto de cortesía profesional: quería averiguar lo que pudiera sobre el avance de la investigación. Hall le respondió que le devolvería la llamada, así que Parker esperó en la mesa mientras la detective realizaba una comprobación de su pasado, y le llamó al cabo de media hora.

No podía decirle gran cosa, salvo confirmar que, dondequiera que hubiera estado Claudia Sansom durante aquellos tres años, no había vivido mal. La autopsia no encontró rastros de malnutrición, ni del tipo de maltratos y sufrimientos que se producen al vivir en la calle. Sólo la dentadura estaba en malas condiciones.

—¿La dentadura?

—Caries sin tratar, y pruebas de un absceso. Debe de haberle dolido mucho hacia el final de su vida.

—O no podía pagarse un dentista, o...

—En efecto: o.

No hacía falta que ninguno de los dos añadiera más. A una mujer retenida contra su voluntad no podía permitírsele ver a un médico o a un dentista.

—¿Algo más? —preguntó Parker.

—Desnudaron y limpiaron el cuerpo antes de enterrarlo, y cuando digo «limpiaron» me refiero a que lo bañaron en lejía. Oficialmente, seguimos varias líneas de investigación. Extraoficialmente, nos damos cabezazos contra la pared. Vamos a limitarnos a vigilar el funeral, sólo por si alguien no puede resistirse a ser espectador hasta el final.

—¿Y Oscar Sansom?

—Las opiniones divergían al principio, yo nunca le creí responsable; otros sí, pero estos años que ha estado desaparecida han hecho que incluso los más recalcitrantes hayan acabado admitiendo en su mayoría que él no pudo tener nada que ver con lo que le sucedió a su esposa.

Parker le dio las gracias por su tiempo y prometió informarla si descubría algo útil en el curso de la investigación sobre Eklund.

Sus pesquisas sobre los asesinatos más recientes de May MacKinnon y su hijo tenían que ser más discretas, pero contaba con la ayuda de Ross, que le proporcionó todo el material pertinente sobre el caso, cortesía del contribuyente. Si la investigación sobre Sansom avanzaba a trompicones, la de MacKinnon estaba estancada del todo. El único ADN descubierto en el

dormitorio era el de May y Alex MacKinnon. Se encontraron huellas en el exterior de la casa, pero no daban ninguna pista sobre el tipo de zapato, ni dejaron una marca definida que pudiera cotejarse posteriormente. Se encontró un pequeño fragmento de plástico azul enganchado en una piedra, lo que indicaba que el asesino podría llevar protectores de botas o un mono, así como marcas en una de las cerraduras que apuntaban a que había entrado por la puerta de atrás, pero éstas eran todas las pistas descubiertas hasta el momento.

Con eso, Parker estaba preparado para salir hacia Natick. Esa tarde, Angel y Louis irían directamente a Greensburg, donde Parker se encontraría con ellos antes de abordar a Tobey Thayer. Podría haber hablado con Thayer por teléfono, pero prefería entrevistar a la gente en persona siempre que era posible. Eklund tenía muy buena opinión de Thayer, según sus notas, y se habían mantenido en contacto regularmente. De todos los mencionados en los apuntes de Eklund, Thayer era el más interesante.

Pero Parker también sentía curiosidad por la profesora de Waterbury, Michelle Souliere. La noche anterior había hablado de ella con Ian Williamson, que impartía clases en Bowdoin y conocía a Souliere por su trabajo allí. A Williamson le caía bien, según dijo, pero había una diferencia fundamental en su enfoque.

—Yo creo en un montón de cosas —le había comentado Williamson a Parker por teléfono—, y me gustaría dar crédito todavía a más. Pero Michelle no cree en casi nada, aparte del feminismo. Por parafrasear a Einstein, aunque viera un fantasma, no lo creería.

—Le daré saludos de tu parte.

—Hasta podrías darle un pellizco travieso en la mejilla de mi parte.

—¿De verdad?

—Claro. Al menos, tendrás una buena historia que contar sobre cómo perdiste una mano.

Parker estaba metiendo su bolsa de viaje en el maletero cuando sonó su

móvil. El identificador de llamadas mostraba el nombre de Moxie Castin.

—He hablado con la abogada de Rachel Wolfe —dijo.

—¿Y?

—No hace yoga y dudo que lleve collares de cuentas. Mira, me revienta ser el portador de malas noticias, pero van a pedir una orden para evitar que veas a Sam hasta que un juez determine los acuerdos de visitas. Después, harán lo posible para que sean visitas supervisadas, con un tercero presente en todo momento. Si lo consiguen, no podrás pasar tiempo a solas con tu hija.

Parker se desmoronó contra su coche. Se había quedado sin palabras. La temperatura pareció caer en picado, el frío le calaba los huesos.

—Me pondré en contacto con Rachel —dijo por fin—. Intentaré averiguar qué está pasando.

—No, no lo hagas. Su abogada y yo todavía estamos hablando. Tengo esperanzas de evitar la orden y de alcanzar un compromiso sobre las visitas antes de la vista en el tribunal. Pero si llamas a Rachel ahora, podría complicar la situación. Voy a acercarme a Burlington este fin de semana e intentaré sentarme a charlar con su abogada delante de una copa. Tal vez pueda averiguar a qué se debe todo esto.

—No es Rachel —dijo Parker—. Ella no haría algo así.

Pero mientras pronunciaba las palabras, recordó la ira que embargó a Rachel tras el secuestro de Sam. Cuando él llegó al hospital de New Hampshire, donde un pediatra le estaba haciendo pruebas, Rachel le pegó, abofeteándole dos veces hasta que él le agarró las muñecas. Estaba demasiado enfadada, asustada y aliviada para poder llorar siquiera. Se limitó a mirarle fijamente mientras la sujetaba, y, cuando la soltó, le dio la espalda. Más tarde le pediría disculpas, y él le dijo que lo entendía y no la culpó, pero desde entonces nada había sido igual entre ellos.

—Déjalo en mis manos —dijo Moxie—. Ahora puede que parezca el fin del mundo, pero no lo es. Te lo garantizo. Ve y haz lo que tengas que hacer,



pero recuerda lo que te dije: no dispaes a nadie, y que no te disparen a ti. Que te quede muy claro.

Se despidieron. Parker apartó el móvil.

Quería vomitar.

## Quinta parte

Un hombre es una cosa muy pequeña, y la noche es muy larga y está llena de cosas terroríficas.

Lord Dunsany (1878-1957)

Sam estaba acostada, con la manta subida hasta la barbilla. Le había dicho a su madre que no se encontraba bien, pero Rachel llegaba tarde a la reunión de presupuestos que le permitirían seguir con sus investigaciones. Los abuelos de Sam le habían asegurado a Rachel que la vigilarían, pero Sam rechazó ir a la casa principal y acurrucarse en el sofá, así que su abuelo estaba sentado en el salón del edificio del establo, leyendo el periódico y escuchando la radio.

Sam no mentía cuando dijo que se encontraba mal. Le había dolido la barriga desde que descubrió la carta de la abogada. Había tenido la sensación de que a su madre le pasaba algo, incluso antes de descubrir la carta. Lo atribuyó al trabajo, y a la preocupación y la rabia por lo que le había pasado a ella a finales del año anterior. Desde que el hombre malvado se la había llevado de los alrededores de su casa, su madre había sido reacia a perderla de vista. Ni siquiera la dejaba jugar fuera a no ser que se mantuviera cerca de la casa, donde uno de los tres adultos pudiera verla. Ninguna de las quejas de Sam había relajado esas restricciones. Después de todo, no parecía probable que fueran a secuestrarla de nuevo...

Ninguno de ellos podía entender por qué Sam no estaba más afectada por el secuestro. No tenía pesadillas. No se aferraba a su madre ni a sus abuelos, no se negaba a salir sola, y tampoco se portaba mal en la escuela. Parecía que no la hubiera afectado en absoluto lo que había sufrido.

Podría haberles explicado por qué. Ella había sabido que el hombre venía. Lo había esperado —a él y a la cosa que llevaba dentro— y estaba preparada. Se había asustado un poco cuando la metió en el maletero del coche, y más tarde cuando la trasladó al interior de la habitación del motel, porque él no

parecía que estuviera debilitándose, pero cuando empezó a salirle sangre, ella supo que estaba a salvo. Había tenido algunas pesadillas los días y semanas posteriores, sueños en los que él conservaba las fuerzas y empezaba a hacerle daño, pero al cabo de un tiempo dejó de sufrirlas.

La otra razón por la que tenía el estómago revuelto era por la ventana rota. No debería haberse dejado ir y enfadarse así. Era importante que mantuviera la calma, y guardara sus secretos. Le costaría explicar lo de la ventana. Podría contar que la había roto con un juguete, o con el canto de un libro grueso, pero entonces tendría que dar explicaciones de por qué lo había hecho. Fuera cual fuese la excusa que se le ocurriera, estaba segura de dos cosas: primero, tendría problemas; y segundo, pronto estaría de vuelta en la consulta de la señora Ferguson, sentada en una gran silla y teniendo que responder a preguntas sobre sus sentimientos.

No le apetecía hacer lo que estaba a punto de hacer, pero no se le ocurría otra salida. Se quitó las sábanas de encima, se acercó a la ventana y descorrió la cortina. Unos pájaros volaban entre los árboles del jardín trasero. Su abuela los alimentaba poniendo semillas y nueces en los comederos que colgaban de las ramas desnudas. Sam esperó. Al rato, una paloma se acercó a comer. Era grande y regordeta, y no parecía que se estuviera muriendo de hambre. Usó las garras para aferrarse al comedero más grande de los dos que había mientras picoteaba unos cacahuetes.

Sam se concentró en la paloma, en sus plumas y en su calor. El pájaro dejó de comer. Aleteó, se alzó en el aire y voló en círculos durante un momento, cada vez más rápido.

—Lo siento —dijo Sam.

Y la paloma se precipitó volando contra la ventana.

Sam tenía a su abuelo al lado, mirando los daños. El pájaro no había hecho añicos ninguno de los cristales, pero todos estaban resquebrajados de punta a punta, y una mancha de sangre señalaba el punto del impacto. La paloma yacía

muerta en el suelo, con el cuello roto. Sam la veía a través de las grietas del cristal, aunque su abuelo le dijo que se quedará atrás, no fuera a apoyarse accidentalmente en la ventana y cortarse. Al menos, no había sufrido. De eso se había asegurado ella.

—A veces pasa —dijo su abuelo—. Se desorientan, o confunden su propio reflejo con otro pájaro.

—¿Podemos enterrarla? —preguntó Sam. Era lo mínimo que podían hacer. No quería que la arrojaran a la basura.

—Claro, si eso hace que te sientas menos triste.

Él examinó el vidrio policromado, pero no lo tocó. Sam contuvo el aliento.

—Esto es la mar de raro —dijo—. Cada uno de estos cristales cuadrados tiene su propia grieta. Tendrá que ver con el modo en que están encajados.

Cogió a Sam de la mano.

—Vamos a la casa principal, llamaré a un cristalero. Por el momento, la ventana será de cristal corriente, hasta que pidamos que nos hagan una especial.

—No hace falta —dijo Sam.

Se sentía culpable. No había pensado en el coste de cambiar la ventana entera.

—Claro que sí. Es la Ventana de Sam.

Juntos se encaminaron hacia la casa. Sam no había desayunado, y sus abuelos estaban ahora aún más preocupados que antes. Ella no quería que llamaran a un médico, así que se comió buena parte de un huevo pasado por agua y una tostada. Mientras estaba acabándose la tostada, empezó a llorar. No quería, e intentó disimularlo, pero las lágrimas le salieron demasiado rápido, como una inundación que se desbordara y se la tragara.

Su abuela corrió desde el fregadero y la abrazó.

—¿Qué pasa, cariño?, ¿qué tienes?

Su abuelo apareció en la puerta de la cocina.

—Es por el pájaro muerto —dijo con tono tranquilizador—, y además no

se encuentra bien.

—No —dijo Sam—. No, no.

—Tranquila...

—Quiero ver a mi padre —dijo Sam entre sollozos, comiéndose las palabras cuando se le cortó la respiración—. Quiero ver a mi padre y vosotros no podéis impedírmelo.

—Nadie...

—Quiero a mi padre —repitió, ahora más alto, sin trabarse—. Quiero a mi padre. Quiero a mi padre. Quiero a mi padre. Quiero a mi padre...

Ahora Sam gritaba, y todo el dolor que, se había convencido a sí misma, no sentía, todo el miedo, toda la sensación de pérdida, encontraron por fin voz. Ella, esa niña, era muchas cosas, y sería muchas más, pero sobre todo era una niña pequeña cuya madre quería apartarla de su padre.

Y eso no podía pasar. Ella no lo permitiría.

—¡Quiero a mi padre!

Jennifer, la hija muerta, estaba sentada en una roca, mirando sin ver cómo pasaban los difuntos formando un interminable río de almas que fluían hacia el mar que les aguardaba.

Se acercaba un niño pequeño. Tenía unos cinco años y parecía asustado. Los más pequeños siempre eran los más aterrados; todavía seguían siendo niños en cuerpo y alma, no se habían transformado. Se sentían confusos y buscaban a sus padres, y, al hacerlo, algunos se extraviaban. Los desafortunados, los más tristes, acababan atrapados entre varios mundos, como burbujas de ira y miedo que se desplazaban por habitaciones que, con el paso de los años, se les habían vuelto desconocidas, demasiado angustiados para irse.

El niño abrió la boca para hablar, para preguntar por el camino, pero la atención de Jennifer estaba en otra parte. Estaba escuchando el grito de su hermanastra.

Y entonces desapareció.

El niño se quedó a los pies de la roca, casi rozando el agua. Contempló a los muertos, escrutando las caras en busca de alguna que le resultara familiar, pero no descubrió ninguna. Una mujer le tendió la mano al verlo tan atribulado, pero se vio arrastrada por los demás antes de que él pudiera reaccionar.

El niño dejó la orilla y se dirigió a las faldas de las montañas. Durante un tiempo siguió siendo visible, una pequeña presencia blanca que se recortaba contra la oscuridad, hasta que las sombras lo absorbieron y se perdió.

Sam estaba acostada de lado bajo la colcha, en la cama de su abuela. Las cortinas estaban corridas y había un vaso de leche caliente intacto en la mesita de noche. Su madre estaba volviendo a casa. Había escuchado el mensaje sobre Sam en cuanto salió de su reunión.

La abuela de Sam se asomó a la habitación, pero no entró ni le dijo nada. Vio que los labios de Sam se movían, aunque no decía nada en voz alta. Sam no dejaba que se le acercara nadie, no desde que la habían acostado. Si lo intentaban, chillaba. Lo único que podían hacer era contemplar a su nieta mirando fijamente al vacío, hablando con una presencia invisible.

Su abuela se alejó.

Jennifer estaba sentada en el suelo, apoyada en la pared del dormitorio, hablando con su hermanastra.

*tienes que ser cuidadosa*

—Lo sé. Lo siento.

*no debes romper cosas ni hacer daño a nada*

—Estaba enfadada. Ella quiere apartarme de él.

*está asustada por lo que pasó*

*por el Rey Muerto.*

—Estoy a salvo. Siempre lo estuve.

*no, no lo estabas*

—Da igual. Ahora ha acabado.

*ella te ama*

*los dos te aman*

*ella sólo quiere que estés a salvo*

—Estoy más segura con él, y él conmigo.

*ella no lo sabe*

—Podría obligarla a hacer lo que yo quiera.

Jennifer no contestó inmediatamente a eso. A veces, era fácil olvidar lo peligrosa que podía ser Sam.



*no debes*

—¿Por qué?

*porque estaría mal y no debes ser mala*

Sam no respondió, pero cerró los ojos y ocultó su cara.

Parker todavía no se había tranquilizado cuando llegó a Natick. Había hecho el trayecto por la I-95 exasperado, y necesitó todo su autodomínio para no desoír el consejo de Moxie Castin de no contactar con Rachel. Se sentía impotente, abrumado porque su relación con su hija estaba ahora en manos de otros. Peor aún, estaba verdaderamente furioso con Rachel por primera vez en su vida; pero también consigo mismo. Rabia, dolor, pérdida: ésas eran las emociones que había permitido que rigieran su existencia durante mucho tiempo. Habían sido las fuerzas dominantes en su vida desde la muerte de su padre, y cuando le arrebataron a Susan y a Jennifer, les había dado rienda suelta. Ahora creía tenerlas bajo cierto control, pero todavía le visitaban, y él, a su modo, las había alimentado.

Conocer a Rachel, y el nacimiento de Sam, supusieron para él una vía divergente, de salida, una segunda oportunidad. Habría podido optar por otra forma de vida. Podría haber seguido trabajando como investigador, pero en ámbitos que no hubieran puesto a su familia ni a sí mismo en peligro de sufrir algún daño. Si lo hubiera hecho así, tal vez todavía viviría con Rachel. Podrían haber tenido otro hijo juntos. Se imaginaba con nietos. Se imaginaba envejeciendo en paz y con una mujer que le amaba. Se imaginaba...

Una fantasía. La dejó escapar. Él no era ese hombre, y algunas de esas opciones las habían tomado por él. ¿Y Sam? Podría haber fingido que creía que era una niña normal —precoz, tal vez, pero no más que eso—, pero sabía que no era así, del mismo modo que sabía que él no estaba loco y que los hechos que había presenciado a lo largo de los años, y de los que él había formado parte, no eran alucinaciones de una mente enferma.

Pero ese precio, la pérdida de Sam..., era pedirle demasiado, demasiado para que estuviera dispuesto a pagarlo.

Sin embargo, ¿qué podía hacer a estas alturas para cambiarlo? La respuesta era nada. No podía hacer nada.

Oscar Sansom era agente inmobiliario. Vivía en Natick, en una casa casi tan grande como la de Parker, lo que significaba que era demasiado espaciosa para un hombre solo. Abrió la puerta delantera mientras el investigador recorría el camino de entrada, y Parker se preguntó cuánto tiempo llevaría esperando Sansom su llegada. Se quitó de la cabeza a Sam y a Rachel. Era capaz de redirigir su furia. La utilizaría como impulso mientras buscaba a Eklund, y esperaba que así pudiera deshacerse de lo peor de ella.

Sansom era un hombre pequeño, y eso hacía que su casa pareciera aún más grande. Hasta el tamaño de la puerta lo empequeñecía. Estaba levemente encorvado, pero como quien está demasiado cansado y anhela dormir. Parker ya había visto antes a hombres y a mujeres mermados físicamente de esa manera, abrumados por el sufrimiento. El dolor tiene su propia fuerza de gravedad.

Se estrecharon las manos y Sansom condujo a Parker a la cocina. Las puertas ante las que pasaron a ambos lados del pasillo estaban cerradas, así que Parker no pudo ver el interior de los cuartos, pero no le hacía falta. Sabía qué encontraría: variaciones sobre la ausencia. Ésta era una casa comprada con la intención de llenarla de niños. Estaba construida para una familia, y Sansom había permanecido entre esas paredes con la esperanza de que alguna versión de esa vida fuera todavía posible. Venderla habría sido admitir que ya no había esperanza y que su esposa no volvería. Así que se aferró a ella, desplazándose por espacios vacíos, utilizando tan sólo unas pocas habitaciones, manteniendo las demás cerradas pero limpias, por si ella regresaba; un hombre pequeño, que se encogía a medida que pasaban los años mientras el espacio a su alrededor se agrandaba. Todo eso lo vio Parker en un

instante porque quien ha sufrido una pérdida reconoce inmediatamente la pérdida ajena.

Era una cocina diáfana, con una mesa y sillas en una punta, los fogones y los armarios en la otra, y, en medio, un espacio acogedor con un sofá y grandes sillones, al que se bajaba por un pequeño tramo de escaleras; además, daba a un jardín que quedaba oculto a la vista desde el exterior por setos y robles de hoja perenne. Un televisor de pantalla plana colgaba de una pared, y, delante de él, había una mesa con libros, periódicos y revistas, además de una taza de café vacía. En un extremo de la mesa había documentos, y un par de zapatillas de andar por casa reposaban junto a una silla de la cocina con unos cojines desgastados atados al asiento y al respaldo para que fuera más cómoda. Toda la estancia resultaba descuidadamente hogareña, y Parker supuso que era ahí donde Sansom pasaba la mayor parte del tiempo.

Unos cuadros animaban las paredes, la mayoría eran reproducciones de pósteres de los años sesenta y setenta, con Hendrix, Neil Young y los Rolling Stones. La excepción era una fotografía en blanco y negro de gran tamaño, montada y enmarcada profesionalmente, en la que aparecía gente andando por un parque a finales de otoño, a juzgar por las hojas del suelo. Mujeres, niños, un par de perros correteando, pero ningún hombre. Era una escena totalmente normal, aunque realizada con ojo experto, salvo por un detalle: las caras se veían borrosas, de manera que resultaba imposible identificar ningún rasgo individual. Todas las personas captadas por la lente estaban reducidas a la condición de fantasmas.

Sansom, que preparaba café con una moderna cafetera italiana, vio que Parker miraba la fotografía, pero no dijo nada.

—¿Quién la hizo? —preguntó Parker.

Sansom no respondió al instante, y continuó trajinando con las tazas y los granos de café.

—Yo —dijo por fin.

—Es muy buena.

«Espeluznante», pensó Parker, «pero bastante bonita.» Cuanto más la miraba, más le atraía, como si pudiera desplazarse entre esas figuras congeladas, mirar a sus rostros borrosos, hasta...

Bueno, hasta que se convertía en uno de ellos.

—Me pareció que necesitaba algún hobby —dijo Sansom—. Fui a algunas clases, me compré un montón de libros de fotografía. No utilizo una cámara digital. Me gusta más trabajar con carrete. Tengo un cuarto oscuro en el sótano.

—¿No es una imagen digital?

A Parker le sorprendió, visto el grado de manipulación de las caras.

—No, está tomada y revelada a la antigua. Sólo tuve que hacer que las caras recibieran menos luz que el resto de la imagen. No me resultó muy difícil, pero antes hice un montón de pruebas. Ensayo y error. Creía que podía parecer presuntuoso enmarcarla y colgarla en la pared, pero tampoco es que la vea mucha gente. No recibo demasiadas visitas.

Parker no tuvo que preguntar por qué Sansom había escogido exhibir esa imagen, consideraciones estéticas aparte. Decía cuanto se necesitaba saber sobre este hombre y su dolor.

Se sentaron a la mesa de la cocina y Parker le preguntó por Eklund.

—¿Cuándo se puso en contacto con él por primera vez?

—No fui yo —dijo Sansom—. El contacto inicial lo estableció él, después de que Claudia llevara un par de años desaparecida, pero nunca hubo intercambio económico. Él se ofreció a ayudar donde y cuando pudiera. Al principio me pareció sospechoso, claro. Me habían hecho mucho daño antes, sobre todo desde que Claudia había desaparecido y la policía empezó a pensar que tal vez yo le había hecho algo. Hubo personas, a algunas de las cuales yo tenía por amigos, que les vendieron trolas a los periódicos, y luego aparecieron todo tipo de individuos que afirmaban saber algo de lo que había pasado, o pedían dinero a cambio de información. Recibí cartas, correos electrónicos, llamadas a mi despacho, algunas de ellas tremendamente ofensivas. La gente puede ser muy cabrona.

—Pero Eklund no lo era.

—No, él era auténtico, no un impostor. Cuando tenía tiempo, husmeaba por ahí, o contactaba con sus fuentes en la policía. Creo que, sobre todo, los incordiaba, asegurándose de que no dejaran que el caso se enfriara todavía más. No obstante, con el tiempo, se enfrió del todo. Eklund no podía hacer nada al respecto, pero si se enteraba de algo, o me enteraba yo, nos reuníamos o hablábamos por teléfono. Finalmente le convencí para que aceptara que le pagara los gastos, pero no fueron más que unos dólares de vez en cuando.

»Cuando encontraron a Claudia, él fue uno de los primeros en presentarse aquí. Me ayudó a afrontar lo que se me venía encima. Sabía cómo funcionaban la policía y los medios de comunicación. Se quedó en segundo plano, pero siempre me dio el consejo más oportuno. Me dijo que era bueno para la investigación que se hubiese recuperado el cuerpo de Claudia. Eso le daría un impulso nuevo. Resulta difícil investigar un crimen sin un cadáver. Salvo que ahora...

—Ahora —dijo Parker— hay un cadáver, pero nadie está seguro del crimen.

Sansom asintió.

—Los restos de Claudia mostraban signos de abandono físico, pero murió de causas naturales: septicemia, fruto de una herida en la pierna. Un tajo profundo, hasta el hueso. La autopsia indicó que un tratamiento médico adecuado podría haberla salvado, pero obviamente no lo recibió. La policía tiene toda clase de teorías. Se sugirió que podía haber sufrido una crisis nerviosa y luego desaparecer. Cosas así pasan con más frecuencia de lo que uno creería. No a todos esos indigentes que malviven tirados por los rincones, durmiendo bajo los puentes, los han olvidado. Hay personas que los buscan (amigos, parientes), pero muchos han perdido la cabeza y ya ni se dan cuenta. Cuando mueran, sus cuerpos quedarán por ahí hasta que alguien los encuentre, o serán enterrados por la gente que los conocía o por quienquiera que estuviera con ellos al final.

»Pero ése no era el caso de Claudia. Ella era la persona más equilibrada que he conocido. No se trataba de alguien aburrido o anodino, al menos no para mí. Si ella hubiera notado que algo no iba bien, física o psicológicamente, lo habría dicho, o habría pedido ayuda. Sé que estas cosas pueden pasar sin avisar, y tal vez me engañaba a mí mismo intentando convencerme de que habría sido distinto para Claudia porque, bueno, porque era mía, pero la hipótesis de la crisis nunca me la creí.

Parker recordó lo que Madre le había dicho de la personalidad de Mike MacKinnon, y de su desaparición. Parecía una personalidad similar a la de Claudia Sansom.

—Y Eklund, ¿qué pensaba?

—Él tampoco se la creía.

—¿Tenía su propia teoría?

—Sí. Conmigo siempre fue claro. Él pensaba que podían haberla secuestrado. Algunos de los detectives coincidían en eso. Ahora, por la forma en que la encontraron, parece que tenían razón.

Hablaba sin que su voz delatara ninguna emoción. Seguramente era la única forma en que podía abordar el tema. Parker no le dijo que había hablado con Dawna Hall sobre los avances de la investigación. Quería oír la versión de Sansom de lo sucedido.

—Claudia apareció envuelta en plástico, pero, aparte de eso, estaba desnuda —dijo Sansom—. No encontraron más ADN que el suyo, nada de nada. Si la hubieran enterrado unos sintecho, no habrían sido tan cuidadosos. Habrían dejado pistas. Eso fue lo que me dijo Eklund.

—¿Se ofreció a continuar investigando?

—Prometió que seguiría atento, pero ahora que la policía tenía un cadáver con el que trabajar, dijo que ellos contaban con mejores medios para investigar.

—¿Le han dicho cuándo le devolverán los restos de Claudia?

Sansom apartó la mirada.

—Dentro de un par de días. Voy a hacer que la incineren. Será más fácil para que todo quede en privado.

Se volvió hacia Parker. Se le había suavizado la mirada.

—Mire, todavía hay gente que cree que fui yo, que de algún modo primero hice desaparecer a mi mujer, y luego la hice reaparecer por arte de magia años más tarde. Por eso trabajo por mi cuenta. Ninguna inmobiliaria me daría trabajo. Ni siquiera vendo muchas propiedades en el estado. Trabajo sobre todo como agente para compradores acaudalados que buscan segundas residencias en Europa. No saben quién soy, o no les importa mientras consigan la propiedad que quieren a un precio justo. Incluso algunos de mis vecinos me dejaron claro que hubieran preferido que vendiera mi casa y me fuera de la ciudad, pero no quiero. Habría sido como reconocer la culpabilidad, y sabía que no había hecho nada. Si abandonaba esta casa, ¿cómo iba a encontrarme Claudia si venía a buscarme? —Miró la hora—. Lo siento, pero tengo una cita con un cliente en Boston dentro de una hora, y uno nunca sabe qué tráfico se va a encontrar... Me comentó usted por teléfono que nadie había visto al señor Eklund desde hacía tiempo.

—Así es. Me gustaría saber cuándo fue la última vez que supo de él.

—Hará un par de semanas, creo. Tomamos una copa en el Fairmont.

—¿Puedo preguntarle de qué hablaron?

—De lo mismo de siempre. De Claudia sobre todo. En cierto modo, era una copa de despedida.

—¿Por qué lo dice?

—Una vez encontrada Claudia, era como si nuestra relación llegara a su final. Como le dije, la investigación volvía a estar en manos de la policía, y el señor Eklund no creía que pudiera hacer mucho a partir de ese momento, aunque me dijo que le llamara si alguna vez surgía algo en lo que pudiera ayudar.

—¿Le mencionó algún otro caso en el que estuviera trabajando?

—No, raramente hablaba de esas cosas, tal vez por motivos de



confidencialidad, que también era la razón de que yo me fiara de él; sabía que no contaría nada íntimo que pudiera haberle dicho sobre Claudia y yo.

—¿Y no hablaban de otros asuntos que interesaran personalmente a Eklund?

Hubo una pausa apenas perceptible, Sansom cambió de postura, pero fue más que suficiente.

—Eso depende de a qué se refiera.

No es que Sansom estuviera levantando un muro, pero estaba claro que no iba a delatar tampoco ninguna confidencia. Esperó a que Parker siguiera.

—Me refiero a que si alguna vez le habló de fantasmas.

Sansom permaneció inmóvil.

—Sí.

—¿Y de los Mártires de Capstead, y de muertes relacionadas?

—Sí.

—¿Y usted cómo reaccionó?

—Al principio creí que estaba bromeando. Pero me di cuenta de que no, así que empecé a pensar que tal vez estaba loco. Pero no, tampoco lo estaba.

—¿Le creyó?

Sansom se encogió de hombros.

—¿Cómo lo diría? Me quedó claro que él sí creía lo que decía, pero no es que fuera por ahí soltando todo tipo de teorías descabelladas, o con uno de esos tableros de güija bajo el brazo. Hablaba del tema con toda naturalidad. Era un enigma y él intentaba resolverlo: ¿por qué una serie de asesinatos y de desapariciones tenían en común que hubiera habido visiones?

—¿Le dio la sensación de que se acercaba a una respuesta?

—Posiblemente. Creo que eso influyó en que se alegrara de dejar que la policía se ocupara de mi caso, y así reducir su propia implicación en él. Pero eso es todo lo que puedo decirle. No me contaba muchas cosas; aunque sí percibí una sensación de, bueno, excitación en él cuando nos vimos en el Fairmont. De expectación.

—¿Insinuó alguna vez que la desaparición de Claudia estuviera relacionada

con sus propias investigaciones sobre los Mártires de Capstead?

—No.

—¿Y no le contó que tuviera planes de viajar o mencionó los nombres de gente con la que tuviera previsto verse?

—No explícitamente.

—No le entiendo.

—Me preguntó si conocía a agentes inmobiliarios en Virginia Occidental. Le pregunté si tenía pensado vender su casa en Providence y mudarse, porque los agentes de Massachusetts pueden trabajar en Virginia Occidental y me habría encantado ocuparme de la compra o la venta de cualquier propiedad para él. Así también le habría compensado, especialmente después de todo lo que había hecho por mí. Pero dijo que sólo quería encontrar a alguien que estuviera al tanto de transacciones en la zona de Turning Leaf. Hice algunas llamadas y le di un par de nombres.

Turning Leaf, Virginia Occidental: Parker intentó recordar si se había topado con alguna mención del pueblo en las notas de Eklund, pero estaba casi seguro de que no. Al menos, era algo. Tomó nota de los nombres de los agentes a los que Sansom había remitido a Eklund.

Sansom se puso en pie, como si dijera que era hora de marcharse. Parker le dio su tarjeta y le pidió que le llamara si se le ocurría algo más. Se preguntó cuántas veces a lo largo de su vida había dicho esas mismas palabras — muchas— y cuántas veces le habían llamado con algo útil —muchas menos—. Sansom cogió un abrigo y un maletín y le acompañó a la puerta. Parker esperó mientras cerraba, luego vio cómo pulsaba el botón para abrir el garaje. Había un Kia Forte rojo nuevo, y, a su lado, apoyados en la pared, vio una pila de rótulos de SE VENDE.

—Uno de éstos va a estar ahí fuera muy pronto —dijo Sansom.

—¿La va a vender?

—Para mí esta casa es demasiado grande. Siempre lo fue, pero no podía ponerla en venta, no hasta que estuviera seguro de que Claudia no volvería.

—¿Adónde irá?

—A Europa, creo, a Francia o Italia. Me he pasado años comprando y vendiendo allí bellas propiedades para otros. Es hora de que me plantee encontrar una para mí. Quiero ir a un sitio donde nadie me conozca. Enterraré las cenizas de Claudia en un lugar cercano en cuanto me haya establecido.

—¿Y qué pasa con la investigación?

—¿Qué va a pasar? Seguirá sin mí. No hay nada más que yo pueda hacer ni decir que vaya a servir de ayuda. Pero, en el fondo, no creo que averigüen nunca lo que de verdad le pasó a mi mujer. Si al descubrir su cuerpo no obtuvieron pistas, ¿cómo van a obtenerlas? Y nada me la devolverá. Espero que el que me la arrebató muera retorciéndose y gritando de dolor y que arda en el otro mundo, pero no dejaré que me destruya. Todo lo que me queda de Claudia es lo que pueda recordar de mi vida a su lado, y cada día tengo la impresión de ir olvidando un poco. Así que iré a algún sitio nuevo, y no trabajaré tanto, y allí esperaré el momento en que por fin pueda reunirme otra vez con ella.

Se estrecharon las manos una vez más.

—Espero que encuentre al señor Eklund sano y salvo —dijo Sansom—. Es una buena persona.

—Sí —dijo Parker—, eso parece.

Si es cierto que la naturaleza abomina del vacío, la criminalidad lo considera una oportunidad de negocio. La muerte de Caspar Webb había dejado un vacío que, en otra época, habría sido explotado implacablemente tanto por sus rivales como por miembros de su propia red.

Pero Webb no era un criminal cualquiera. Sus relaciones con actividades delictivas eran complejas y nebulosas, razón por la que nunca había sido interrogado, ni siquiera formalmente, por ningún organismo de las fuerzas de la ley, ni, menos aún, acusado de nada. Sólo unos pocos de los más cercanos a él conocían aproximadamente la maquinaria que movía su organización, y la mayoría de ellos, con la excepción de Madre y Philip, había muerto. La naturaleza reservada de los negocios de Webb era el primer obstáculo con el que topaban aquellos que, desde fuera, hubieran deseado luchar por el botín.

El segundo obstáculo era la ausencia en la región de algo parecido a familias del crimen organizado, de estructuras tradicionales capaces de absorber o repartirse la mayor parte del negocio de Webb sin un excesivo derramamiento de sangre. La muerte en 2015 de Frank Angiulo, el contable del grupo de la mafia que dirigía su hermano Jerry, había desatado en el nordeste oleadas de nostalgia que suelen ser más propias de la muerte de un artista admirado. Frank era el último de los hermanos Angiulo, que habían dominado Boston desde un despacho en el North End durante más de dos décadas, hasta que las acciones de Whitey Bulger y una camarilla de agentes corruptos del FBI habían conseguido amargarles la vida a las asociaciones criminales venerables en Nueva Inglaterra. Los Angiulo eran mafiosos legendarios, de los que se saludaban besándose y degustaban expresos en las cafeterías de

Hanover Street, que dejaban cadáveres en las aceras y en los maleteros de coches junto al aeropuerto Logan, pero que se cuidaban de no matar a mujeres, civiles ni policías. Mantenían el North End tranquilo —aparte, claro, de sus propias actividades criminales—, del mismo modo que el miedo a Whitey Bulger aseguraba que las calles de South Boston, y más adelante las de la ciudad entera, eran seguras para quienes no le incordiaran. Pero ahora esas antiguas certidumbres habían desaparecido: Frank Angiulo había ido a hacer compañía a sus hermanos bajo tierra, y el reinado de Whitey Bulger había acabado. El crimen organizado había sido sustituido por el crimen desorganizado, llevado a cabo en una Babel de idiomas, y los restos del viejo orden sólo podían aspirar a sobrevivir en condiciones limitadas, y en el recuerdo de los buenos tiempos.

Fue Erik Lastrade quien inició el acercamiento, confirmándole a Philip que se había abierto un canal de comunicación. Los dos hombres se dirigieron a Boston en un coche alquilado a nombre de una de las novias de Erik, pero tuvieron que dar varias vueltas antes de encontrar sitio para aparcar junto a Commonwealth Avenue. Philip no quería dejar el vehículo en un aparcamiento. Incluso los mejores eran espacios oscuros, y si algo salía mal, no quería acabar en un lugar donde pudieran acorralarlos. Lastrade intentó tranquilizarle diciéndole que no tenían nada que temer, que sólo era una oportunidad para hablar, pero, como todos los hipócritas e impostores, Philip veía reflejadas sus propias imperfecciones morales en las caras de los demás.

La reunión iba a celebrarse en un elegante bar restaurante de Newbury Street, lejos del North End o de cualquiera de los garitos habituales de los hombres que iban a ver, que vivían en un estado de paranoia apenas contenida sobre las habilidades de vigilancia de las fuerzas del orden. Últimamente, según Lastrade, se habían obsesionado con los drones, hasta el extremo de que habían derribado uno a tiros cerca de Revere Beach, y luego tuvieron que

indemnizar a su dueño cuando confirmaron su dirección, y le advirtieron que no informara del incidente a nadie de uniforme.

Tres de ellos, todos hombres, estaban sentados a una mesa al fondo cuando llegaron Philip y Lastrade. Dos tenían treinta y pocos años y vestían camisas y jerséis. «A estos tipos no les va el estilo *macarroni*», pensó Philip. El tercero tenía sesenta y muchos y parecía menos cómodo que los otros en ese ambiente. Llevaba una chaqueta de lana por encima de un cárdigan y una corbata roja tan arrugada que ninguna plancha podría alisarla. Estaba casi completamente calvo y tenía manchas de psoriasis en la cabeza. Una vieja gorra reposaba en la silla a su lado. Philip supuso que hubiera preferido llevarla puesta, pero no quería parecer un..., bueno, lo que era, el tipo correcto en el sitio equivocado.

Lastrade conocía a uno de los jóvenes, Stefano..., o Stevie. La reunión se había concertado a través de él. Stefano se los presentó a Anthony, el segundo joven, y Bernardo, el hombre mayor. No hacía falta que diera apellidos. El quinteto habló educadamente de naderías sobre el tiempo mientras echaban un vistazo a las cartas. El restaurante era nuevo, con un toque vagamente mediterráneo en los platos, así que pidieron bandejas de aperitivos para compartir, y Bernardo pidió también un plato de sopa porque tenía frío. Nadie quiso vino, así que siguieron con agua y refrescos.

No empezaron a hablar en serio hasta que llegó la comida. Stevie fue el que llevó el peso de la conversación, mientras Anthony asentía. Bernardo parecía más interesado en sorber su sopa y casi no levantó la mirada del plato mientras hablaban a su alrededor. Philip no se dejó engañar, pero aun así quería que el viejo pasara del numerito, o al menos se tomara la puta sopa en silencio.

—Tenemos entendido —dijo Stevie— que las operaciones de Caspar Webb están reduciéndose. Visto lo cual, proponemos acuerdos alternativos, aunque, como gesto de buena voluntad, como agradecimiento por nuestra cooperación a lo largo de los años, los representantes del señor Webb ya nos presentaron a contactos útiles.

Philip no había estado al tanto de eso, pero no reaccionó más que apretando el puño derecho bajo la mesa en un espasmo de frustración. Madre debía de haberlo autorizado. Dios, ¿estaba pasando contactos que valían una fortuna a esta gente como *agradecimiento*?

—Migajas —dijo Philip.

—Migajas con mucha sustancia —dijo Stevie—. Potencialmente muy lucrativas.

—Lo que yo ofrezco es más valioso.

—Cuéntanos.

Philip les soltó la charla de venta. Podía ofrecerles mujeres de Europa del Este y África para explotarlas como prostitutas, y acceso a refugiados desesperados de suficientes países para llenar la mitad de un atlas, porque, hasta donde Philip sabía, todo el mundo, en todas partes, quería estar en otro sitio, y estaba dispuesto a pagar mucho por el viaje. Añadió falsificaciones de ropa, perfumes, licores y todo lo que se le ocurrió para despertar el interés de esos hombres.

—De todo eso tenemos —dijo Stevie.

—Yo ofrezco más y mejor, a un precio más barato.

Stevie pareció escéptico. Estaba claro que no le interesaba, o no lo bastante.

—Tú lo has dicho —dijo—. Son migajas, y ya estamos hartos de ellas.

—¿Y de drogas?, ¿también estáis hartos?

Eso llamó la atención de sus interlocutores, y ahora que la había conseguido, Philip no quería perderla.

—Yo lo veo así —dijo—. Teníais cocaína y marihuana, ambas a través de Sinaloa, pero todo se jodió con lo de la fruta.

Los mexicanos les habían arrebatado las operaciones en el nordeste a los dominicanos, que habían controlado el mercado durante mucho tiempo. «Lo de la fruta» se refería a una compleja operación encubierta del FBI en 2012, en la que agentes federales se hicieron pasar por gánsteres italianos y se ofrecieron

a crear empresas de distribución de fruta falsas, aparentemente para enviar cocaína de Sinaloa desde el nordeste a España a cambio de un veinte por ciento del negocio. La operación acabó con detenciones en España y Massachusetts y la confiscación de trescientos cincuenta kilos de cocaína. Sinaloa había salido mal parada, y las relaciones con los italianos se habían deteriorado, todo a causa de un puñado de federales vestidos con chaquetas de cuero baratas.

Mientras tanto, la 'Ndrangheta de Calabria había superado a todas las demás organizaciones criminales, incluida la Cosa Nostra, y se había convertido en la fuerza dominante en el tráfico de cocaína, ampliando su ámbito de actuación a Australia y Estados Unidos. Sus *locali* en esos países respondían ante *locali* similares en casa, creando una red cooperativa mundial. Corría el rumor de que la 'Ndrangheta tenía ahora tanto dinero que no sabía qué hacer con él. Los hombres que estaban sentados con Philip y Lastrade no eran calabreses. Y ése era uno de sus mayores problemas.

—¿Y qué nos ofreces? —preguntó Stevie.

—Heroína.

Bernardo siguió tomando sorbos de su sopa, pero parpadeó hacia Stevie. El gesto con la cabeza, cuando se produjo, fue casi imperceptible.

—Caspar Webb no traficaba con heroína —dijo Stevie.

—Porque la red no existía cuando empezó sus negocios, y estaba demasiado enfermo para aprovecharse de ella cuando estuvo lista. Pero nosotros contamos con los medios de transporte y los proveedores.

—Cuando dices «nosotros», ¿a quién te refieres? —preguntó Anthony, dejando de asentir—. Vincent Garronne está muerto y hace meses que nadie ha visto a Terry Nakem. Y nadie espera volver a verlo. —Hizo una pausa, vio que nadie iba a morder ese anzuelo, así que siguió—: Sin esos dos, y con Webb muerto, quedan un par de abogados, una anciana en Providence firmando cheques y vosotros dos. No me malinterpretéis, pero, la última vez que miré, no erais más que figurantes.



Philip dejó transcurrir un instante.

—Soy el hijo de Caspar Webb.

Stevie se rio.

—Y una mierda. No tenía ningún hijo.

—Ninguno reconocido.

—¿Y se supone que hemos de creerte?

—Hay gente en Europa que tiene lazos de sangre con Caspar Webb, gente que no trataría con nadie externo a su círculo, porque así es como trabajan. La verdad de lo que he dicho radicaré en mi capacidad para suministraros el producto.

Bernardo dejó la cuchara y se limpió la boca con una servilleta.

—¿Y de dónde procedería esa heroína? —preguntó. Su acento combinaba la forma de hablar de Boston y la de su país de origen, y farfullaba un poco, como si hubiera sufrido un derrame cerebral.

—De Afganistán —contestó Philip. ¿De dónde más pensaba que venía el opio, de Filadelfia? La ruta estaba clara: Badajshán-Doshi-Bamiyán-Herāt, y de ahí, a través de Irán, hasta Turquía.

—¿Refinada en laboratorios turcos?

Philip asintió.

—Si viene a través de Turquía, es que son esos cabrones del Dáesh los que la suministran.

—¿Supone eso un problema?

—Lo supondrá cuando estrellen un avión en un edificio de aquí o entren pegando tiros en una oficina o en una escuela.

—No están aquí —dijo Philip—. Están allí.

Bernardo lo miró de cerca.

—Si eres hijo de Caspar Webb —dijo—, ¿cómo es posible que seas tan estúpido?

—¡Eh, eh! —dijo Lastrade—. Vamos, tranquilo.

Bernardo levantó un dedo, Stevie hizo un gesto negando con la cabeza a

Lastrade a modo de advertencia, y la mesa se quedó en silencio.

—Sólo he aceptado hablar contigo porque mi sobrino respondió por tu amigo, y tu amigo respondió por ti, pero hemos acabado —dijo Bernardo—. No sé qué pretendes sacar aquí, pero más vale que me hagas caso porque este consejo es gratis. Me da igual de quién seas hijo, pero si intentas traer heroína de Turquía, acabarás muerto o vestido con un mono de preso en una cárcel federal. No te acusarán sólo de tráfico de drogas, también de ayudar a terroristas. Tienes poca memoria si no te acuerdas de lo que pasó aquí en 2013. Por si te has olvidado, en la maratón de Boston unos islamistas pusieron una bomba. ¿Y ahora quieres que les llenemos los bolsillos con nuestro dinero para que tú puedas vivir la puta fantasía de que eres un traficante de drogas importante? Piérdete de vista. Vuélvete a Providence y a lo mejor hasta me olvido de tu cara.

Bernardo se levantó, cogió la gorra, se la encasquetó en la cabeza cubierta de marcas y se encaminó hacia la puerta. Anthony fue con él, y dejaron a Stevie clavando una mirada de decepción en Lastrade.

—Dios, Erik —dijo.

—Eh —dijo Philip—. No le mires a él, mírame a mí.

—Yo no...

Philip no le dejó continuar.

—Volveremos a hablar, tanto da lo que piense el viejo. No voy a marcharme.

—Tienes que escuchar cuando la gente te da un consejo —dijo Stevie—. Sobre todo cuando te lo da alguien como mi tío.

Siguió a los otros y salió del restaurante. Philip esperó a que se hubieran ido y arrojó unos billetes en la mesa. La cara le ardía por la humillación, pero no le había mentado a Stevie. No iba a marcharse, y no olvidaría lo que acababa de pasar ni lo que se había dicho.

—¿Y ahora qué? —preguntó Lastrade.

Philip le dio una palmada en la espalda para demostrar que no estaba

enfadado con él.

—Haremos algunas llamadas.

Rachel se había sentado en el borde de la cama. Lo único que veía de su hija era la nuca. Sam había enterrado la cara en la almohada, como habría hecho si hubiera fingido estar enfadada como parte de un juego o quisiera ocultar su risa, pero en ese momento no era el caso.

Rachel estaba agotada. Se notaba cansada desde el secuestro de Sam, y cada día que pasaba el agotamiento era más profundo, como una humedad que le fuera calando los huesos. Había hablado de ello con su terapeuta, y él le había sugerido que se medicara, pero ella se había negado. Y empezaba a percibir la vida de lejos, distanciada de sus padres, de su hija, incluso de su antiguo yo. Un tratamiento con antidepresivos no iba a acercarla más a ellos, ni resolvería el problema subyacente, que era su rabia por el trastorno que había sufrido su mundo a causa de los sucesos del año anterior. Dios, su hija había estado al borde de la muerte. El hombre que la secuestró la habría matado de inmediato si no fuera por...

Por... ¿por qué, exactamente? Ésa era la cuestión. Técnicamente, había padecido una serie de hemorragias masivas que se produjeron simultánea aunque independientemente, como si unos dispositivos invisibles hubieran explotado en su interior, reventando los vasos sanguíneos en sus brazos, piernas, pecho, cara y, finalmente, en su cerebro. Nadie había dado todavía una explicación definitiva; lo máximo que habían llegado a decir es que se trató de una especie de colapso orgánico, pero Rachel comprendía lo bastante de la jerga médica para saber que eso equivalía a un inmenso encogimiento de hombros, otro gran «ni idea» que añadir a la hoguera.

Tampoco se trataba de que a Rachel le importara mucho. Su única queja era

que el hombre que había secuestrado a Sam no parecía sufrir y era probable que se mantuviese en estado vegetativo hasta que finalmente acabara muriendo. Lo que importaba era que su ex amante, Charlie Parker, había arrojado ese horror sobre todos ellos al participar en lo que equivalía a un asalto militar a la comunidad del secuestrador, aunque esa comunidad se merecía todo lo que le había pasado y, sin duda, aún más. Parker, por si fuera poco, lo había hecho sólo unos meses después de que su hija viese cómo disparaban y herían gravemente a una mujer policía, y presenciase cómo moría el responsable segundos antes de volver la misma arma contra su padre. En dos ocasiones, los actos de Parker habían puesto a su hija en peligro. No habría una tercera.

Pero ¿cómo explicarle las implicaciones legales a la niña que tenía delante? Y, además, ¿cómo se había enterado la pequeña, si es que ésa era la causa del ataque de histeria? Rachel no creía que Sam hubiera escuchado a hurtadillas ninguna llamada, pero no estaba segura. La niña era mucho más lista de lo que correspondía a su edad, cuando quería, transpiraba calma y sosiego. Era la única niña que Rachel conocía capaz de volverse invisible en una pequeña habitación; pese a todo, no dejaba de ser más que una criatura, y no podía protegerse por sí misma. Daba igual lo duro que resultara, tendría que entender que su madre sólo quería lo mejor para ella. Si le pasaba algo a Sam, Rachel creía que no podría seguir viviendo.

—¿Vas a hablar conmigo? —preguntó Rachel, pero no recibió respuesta—. Si no hablas conmigo, ¿cómo voy a saber qué te pasa? —Estuvo a punto de decir «qué he hecho mal», pero se contuvo a tiempo. No iba a correr ese riesgo.

La voz, cuando llegó, sonó amortiguada por la almohada.

—¿Por qué no quieres que vea a papá?

Así que era eso. Dios.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es la verdad.

—No, no lo es.

—Vi la carta, en tu despacho.

Una vez más, Rachel se contuvo para no preguntar quién le había dado permiso a Sam para mirar los documentos privados de su madre. Ya hablarían de eso más adelante. Además, Sam, pese a todas sus rarezas, conocía muy bien los límites, tanto los suyos como los de los demás. Si había encontrado la carta, sin duda era porque había estado buscando otra cosa, algo perfectamente inocente. Pero ¿hasta qué punto había comprendido la carta de la abogada? Al parecer, lo suficiente.

—¿Entendiste todo lo que decía la carta?

—No. Pero sí mucho, y busqué las demás palabras *online*.

Pese a lo espantoso de la situación, Rachel tuvo que esforzarse para no reír. ¡Hay que ver con la niña! Extendió la mano para acariciar la cabeza de Rachel, y un extraño detalle se abrió paso con fuerza en su memoria.

«El pájaro.»

Cuando la policía había llegado a la habitación del motel, habían encontrado al hombre que había secuestrado a Sam yaciendo en el suelo del baño. Alguien había quemado los restos de un pájaro en el lavamanos. Sam dijo que había sido el hombre, y los detectives lo atribuyeron a algún acto ritual, sobre todo por lo que se había descubierto de su comunidad. Pero más tarde, cuando Rachel fue a buscar a Sam al hospital y la llevó a casa, encontró un librito de cerillas en el bolsillo de la chaqueta de su hija, junto a un par de pequeñas plumas marrones.

«No tiene importancia», se dijo Rachel. «Ninguna importancia.»

Pero otra voz que sonó casi como la suya propia dijo: *Oh, por supuesto que la tiene.*

—Yo quiero que puedas ver a tu padre —dijo Rachel—, pero debemos tomar precauciones. Hay gente que querría hacerle daño, y si pueden, se lo harían a través de ti. Eso era lo que quería el hombre que te secuestró. Pero podrás pasar tiempo con tu padre. Él puede venir a verte a casa, como hacía, y

nosotros podemos ir a visitarle a Portland. Lo que pasa es que los dos no podéis ir por ahí juntos como antes. Eso ya no es posible, no después de lo que estuvo a punto de ocurrir. Tú lo sabes, Sam. Y tu padre también.

—¿Quieres decir que papá ha dicho que le parece bien?

Sam no pudo evitarlo. Levantó la mirada. Tenía los ojos enrojecidos por el llanto, y la expresión de su cara era de desolación.

Rachel podía haber mentido y decirle que sí, que su padre estaba de acuerdo, pero se había jurado que no mentiría nunca a su hija.

—No he hablado con él de esto, pero estará de acuerdo. Hará lo que sea necesario para que no corras ningún peligro.

—Entonces, ¿para qué necesitas un abogado?

Era como librar un combate de boxeo. Nunca sabías de dónde iba a venirte el siguiente golpe.

—Porque tiene que ser formal. Así funcionan estas cosas.

—Papá no dejará que pase.

—Sam...

—¡No lo hará! No quiero seguir viviendo contigo. Te odio. Quiero vivir con él. ¡Quiero estar con mi papá!

Y ante esas palabras, el dique que Rachel había levantado alrededor de toda su tristeza y angustia para poder salir adelante se derrumbó. El sonido que se oyó emitir a sí misma fue como el gáñido de un animal herido, cuya pata había sido atravesada por una púa o se había roto en una trampa. Intentó levantarse, pero las piernas no le respondían. Se le revolvió el estómago y notó en la boca un regusto a café rancio. Quería chillar, pero se le había cerrado la garganta. Algo pequeño y frágil se había roto muy dentro de ella y supo que nunca podría repararse.

Sam vio que su madre palidecía y luego oscilaba, como si estuviera a punto de desmayarse. Empezaron a caerle lágrimas de los ojos, pero su expresión permanecía impávida, con los labios separados en un pequeño óvalo de conmoción. Era como mirar llorar a una muñeca, y Sam sabía que ella había

sido la causa, sólo con unas pocas palabras que se le escaparon antes de saber qué estaba diciendo. Quería retirarlas, tragárselas como una medicina repugnante, rebobinar el tiempo. Había querido herir a su madre, y ahora que lo había conseguido sólo deseaba retirar el daño y desdecirse.

—Lo siento, mami —dijo—. No quería decir eso. No llores. Por favor, no llores.

Gateó por la cama y envolvió a su madre en sus brazos, susurrando su nombre, repitiendo «Lo siento» una y otra vez, pero los brazos de Rachel permanecieron inmóviles a sus costados, y fuera lo que fuese lo que sus ojos miraban fijamente, no estaba en la habitación. Sam oyó que la puerta del dormitorio se abría y su abuela entró en el instante en que su madre se apartaba de ella. Sam intentó retenerla, pero Rachel era demasiado pesada. Se cayó de los brazos de su hija y se desmoronó sobre el suelo.



Parker no había sacado mucha información de su conversación con Oscar Sansom, aunque se sentía moderadamente satisfecho de poder descartar, por el momento, cualquier relación entre el interés de Eklund por el misterio de la desaparición de Claudia Sansom y la propia desaparición del investigador. Por lo que le había dicho Sansom, daba la impresión de que Eklund estaba en proceso de desvincularse de cualquier participación en el caso cuando desapareció, y sus esfuerzos anteriores parecían haber sido más bien tangenciales, además de en gran medida infructuosos.

Por otra parte, le deseaba lo mejor a Oscar Sansom. Éste mostraba una peculiar combinación de resignación y optimismo: resignación ante la probabilidad de que nunca llegaría a conocer el largo camino que su mujer había seguido durante los años transcurridos desde su desaparición hasta su muerte, y optimismo porque creía posible empezar de nuevo, o al menos vivir lo que le quedaba de vida sabiendo que su mujer ya no estaba perdida en este mundo.

Por tanto, era hora de olvidar a Sansom y pasar a Michelle Souliere y Tobey Thayer; pero incluso al marcharse de Natick, Parker no podía deshacerse de cierta sensación de inquietud. «¿Por qué Claudia Sansom?», pensaba. «¿Por qué precisamente este caso, entre todos los posibles, había atraído el interés de Eklund?»

Le pareció que tendría que volver sobre el asunto a su debido tiempo.

Casi todo lo que sabía Parker sobre Waterbury, Connecticut, podía resumirse en dos palabras: latón y relojes. La manufactura de latón fue la base de la

riqueza de la ciudad en los siglos XIX y XX, pero eso acabó en la década de 1960 cuando Chase Brass se llevó la fábrica a Ohio. La industria relojera creció a la par que la del latón, y en Waterbury se manufacturó el reloj de bolsillo Yankee de un dólar de Robert Ingersoll a finales del XIX, y más tarde el reloj Mickey Mouse. Ahora una empresa asiática era la dueña de la marca Ingersoll, y eso, para algunos, era un ejemplo que sintetizaba los problemas de la América moderna.

Como en el caso de Sansom, Parker había llamado previamente a Michelle Souliere para asegurarse de que estaba dispuesta a reunirse con él, utilizando a Ian Williamson como referencia si era necesario. Souliere pareció interesada, pero le pidió que la llamara cuando estuviera a una hora de la ciudad. Le dijo que tenía una agenda tan ocupada esos días que no quería hacerle esperar mucho, o verse obligada a esperarle a él. Parker llamó cuando le pareció que estaba a unos cincuenta minutos de Waterbury, pero en el móvil de Souliere saltó directamente el buzón de voz. Dejó un mensaje y volvió a probar cuando entraba en Waterbury, con el mismo resultado.

Estaba oscureciendo, y no sólo porque la luz vespertina estuviera desvaneciéndose: unas nubes grises se acercaban desde el oeste, y se había anunciado más nieve. No sería una gran nevada, pero convertiría la conducción en un infierno durante un tiempo. Aunque consiguiera ponerse en contacto con Souliere durante la hora siguiente, Parker no pensaba que tuviera mucho sentido que luego condujera lentamente con mal tiempo para tener que pasar la noche en un motel de carretera. Optó por buscar algún sitio donde pasar la noche en Waterbury y esperar a que pasara la inminente tormenta.

Souliere vivía en South End, un extenso barrio poblado originalmente por inmigrantes francocanadienses, aunque sus descendientes compartían ahora la zona con una numerosa comunidad latinoamericana, a juzgar por los rótulos y los escaparates que veía Parker al pasar con el coche. También vio muchas fábricas vacías y solares abandonados, un recordatorio de lo mucho que había perdido Waterbury desde sus tiempos de esplendor.

Souliere no vivía lejos de la iglesia de St. Anne, en una casa de madera de dos plantas que no era ni la mejor ni la peor cuidada de la calle. La pintura era lo bastante reciente para que no pareciera demasiado deteriorada, pero no tanto como para atraer la atención de alguien que buscara signos de una prosperidad patente que incitara al robo. El porche de la fachada no acumulaba basura y una valla blanca rodeaba el jardín. Parker no vio luces encendidas dentro, y no había ningún coche en la entrada. Aparcó delante y llamó por tercera vez al móvil de Souliere, pero cortó la conexión en cuanto empezó a oír su mensaje del buzón de voz. Condujo hasta el centro y reservó una habitación en el Marriott. Contactó con Angel y Louis, que ya habían recorrido la mayor parte del trayecto hasta Greensburg, donde vivía Tobey Thayer. Como Parker, habían decidido que era más sensato esperar a que pasara el mal tiempo, que mejoraría por la mañana. Se habían alojado en un lugar llamado Prescott Inn en la frontera entre Nueva York y Pensilvania, en la Suite Emily Dickinson, o, en palabras de Angel, «el Ala de las Poetas Deprimidas».

—Aquí hay chintz por todas partes —dijo—. Chintz caro, pero auténtico.

—¿Cómo de caro?

—Cuatrocientos dólares la noche, aunque contribuimos pidiendo el mejor champán.

—No me cabe duda.

—¿Era un comentario sarcástico?

—Podría serlo.

—Nos pareció que Ross querría que nos sintiéramos a gusto. ¿Dónde estás tú?

—En Waterbury. En un patio del Marriott.

—Pide lo mejor.

—Es un Marriott. Ya me dan el agua gratis.

—En ese caso no te quejes.

Parker admitió que tenía su parte de razón.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó a Angel.

—Para serte sincero, me preocupa la dirección que ha tomado nuestro país, y espero que funcione la rehabilitación con Sabathia o los Yankees se pasarán otros veinticinco años sin rascar bola.

—Muy gracioso. Me refería a tu salud, idiota.

—Estoy bien. Con algo de dolor.

—Tal vez tendrías que haberte quedado en Maine.

—¿Para hacer qué?, ¿esperar el verano? Necesito distraerme. ¿Has sabido algo más de lo de Sam?

Parker le contó lo último. Angel se mostró comprensivo.

—Moxie tiene razón —dijo—. Debes mantenerte a distancia, y dejar que él juegue tus cartas.

—Creo que yo también necesito distraerme —dijo Parker—. Es un lío.

—Míralo de este modo: si necesitas guardaespaldas cada vez que veas a Sam, nos tienes a nosotros. Dile a tu abogado que se guarde esa carta en la manga. Puede que sea la que gane la partida.

Parker intentó imaginarse la cara de Rachel si ésa era la mejor sugerencia que podía hacerle. Le quitó un poco de hierro a su rabia y atenuó su tristeza.

—Debería estar con vosotros mañana a última hora de la tarde —dijo—. Cuando lleguéis a Greensburg, intentad pegaros a Thayer.

—¿Estás preocupado por él?

Parker tenía el móvil en modo altavoz. Miró la pantalla, pero no había rastro de una llamada de respuesta de Souliere.

—Todavía no —respondió—, pero no olvides que la situación puede cambiar de un momento a otro.

El Coleccionista estaba en el sótano de la casa de Jaycob Eklund, mirando fijamente el mapa y las notas de la pared.

Había entrado con el más simple de los métodos: activando repetidamente la alarma. La primera vez que lo hizo, moviendo una ventana de la parte trasera de la casa, transcurrieron diez minutos antes de que se presentara alguien a investigar: un hombre en un BMW gris, al que el Coleccionista recordaba como uno de los que habían acompañado a Parker y sus amigos a su reunión con Madre. Comprobó el exterior de la casa antes de entrar y reajustar la alarma. El Coleccionista esperó a que se fuera, contó hasta veinte y luego volvió a activarla desde la misma ventana. Regresó el mismo hombre, dio otra vuelta a la casa, entró por segunda vez, y volvió a su coche. No se fue al instante, antes hizo una llamada.

Cuando el Coleccionista sacudió otra vez la ventana, la alarma no se disparó.

Ahora, en el sótano, se preguntaba qué material adicional habría descubierto y se habría llevado Parker. Le parecía un tanto raro que Philip y Madre no hubieran reclamado lo que se llevó. Seguramente habían llegado a algún tipo de acuerdo con Parker, reconociendo que los intereses de éste también podrían servir a los suyos, mientras mantenían la suficiente cautela para asegurarse de que la casa de Eklund seguía protegida. El Coleccionista examinó cada localización en el mapa y leyó los detalles, algunos manuscritos, otros mecanografiados, que había junto a ellos. Por lo que pudo concluir, representaban un resumen de información contenida en alguna otra parte, seguramente en los expedientes de los que se había apropiado Parker. Con

todo, en los nombres y fechas de la pared había bastantes datos que permitían que el Coleccionista se hiciera una idea de los razonamientos de Eklund, e intuyera la respuesta a algunas preguntas inquietantes, la principal de las cuales era por qué Donn Routh se ocultaba con tanto celo, y por qué su muerte había provocado un estremecimiento entre los hombres huecos que seguían al Coleccionista.

El Coleccionista no conocía a los Hermanos, y el nombre de Peter Magus no le decía nada. Antes de que acabara la noche, pretendía rellenar ambas lagunas de su conocimiento. No se marchó sin hacer antes un registro superficial de la casa de Eklund, pero no encontró nada de interés y ni siquiera se molestó en borrar las pruebas de su allanamiento. Vacío el contenido de varios cajones sobre el suelo de los dormitorios, y esparció papeles por mesas y silla. No importaba: Eklund nunca volvería a esta casa, porque lo más seguro es que ya estuviera muerto.

Parker cenó en Diorio, un restaurante italiano en Bank que llevaba abierto, con varias remodelaciones, desde hacía casi un siglo. Llamó a Michelle Souliere un par de veces, sin más fortuna que las anteriores. No conocía a la mujer, así que no tenía razones para dar la alarma todavía. Había un montón de razones por las que podía no responder al móvil, y la cita acordada había sido relativamente informal. Todavía estaba leyendo la biografía de McCartney que había comprado en Portsmouth. McCartney estaba en una cárcel japonesa, lamentando profundamente haber intentado meter un cuarto de kilo de marihuana en el país. Aparte de la tontería de la historia de la maría en Japón, Parker concluyó que el libro no había cambiado demasiado su opinión sobre McCartney. Seguía cayéndole muy bien.

Después de cenar volvió a su hotel, pensando que le costaría dormir, pero se quedó frito en cuanto la cabeza tocó la almohada. No era tanto por el cansancio físico como por el agotamiento emocional; y no tuvo sueños.

Rachel Wolfe yacía en una cama de hospital en el Medical Center de la Universidad de Vermont, sintiéndose como una idiota. Había intentado explicarles a sus padres y, más tarde, al médico de la Unidad de Urgencias que sólo se había desmayado y necesitaba un descanso, pero el hospital se empeñó en tenerla en observación durante al menos una noche. La histeria de Sam hizo que todo el incidente resultara más traumático si cabe, y la niña sólo se había calmado un poco cuando quedó claro que su madre no estaba a punto de morir. Rachel intentó convencer a Sam de que no era culpa suya, pero no le pareció que el mensaje calara. A desgana, Rachel permitió que un pediatra diera algo a Sam para ayudarla a dormir. Detestaba medicar a su hija, pero estaba muy preocupada por ella. Sam no paraba de llorar, tal vez no podía parar.

El televisor de la habitación estaba apagado. A Rachel no le apetecía ver nada. Tenía un libro y algunas revistas al lado de la cama, pero la mera idea de concentrarse en algo impreso la mareaba. El médico que la atendía le había preguntado si había estado sometida a un estrés fuera de lo normal últimamente, y ella no pudo evitar reírse. Les pidió a sus padres que no le dijeran nada a Parker de su desmayo si llamaba, aunque dudaba que lo hiciera. También los instruyó para que mantuvieran a Sam lejos de los teléfonos, por si le diera por informar a su padre de lo sucedido. Tampoco en este caso Rachel creía que Sam fuera a llamar a Parker. Estaba avergonzada de lo que había dicho y no querría que él la viera avergonzada.

«Dios», pensó Rachel, «todos los niños seguramente acaban por decirles a sus padres en algún momento “Os odio”. Pero pensaba que al menos llegaríamos a la adolescencia antes de que le pasara a Sam.»

Sentía una extraña necesidad de hablar de Sam con Parker. Era el tipo de incidente que le habría contado si sus relaciones fueran mejores. Pero ahora el hombre con el que instintivamente quería hablar de la niña que habían engendrado juntos —el hombre con el que siempre había hablado de estas

cuestiones, incluso después de separarse— era la última persona a la que podía recurrir.

No iba a echarse a llorar de nuevo. Ya había llorado bastante por un día.

Estaba a punto de prepararse para dormir cuando oyó pasos por el pasillo fuera de su habitación. Eran ligeros y rápidos. Levantó la mirada y vio pasar a una niña de pelo rubio. No debía de tener más de cinco o seis años, e iba descalza. Si era una paciente, ¿qué hacía fuera de la cama?

—Eh —la llamó Rachel—, ¿estás bien?

Los pasos se detuvieron, pero la niña no reapareció. Con cautela, Rachel se levantó de la cama y se acercó a la puerta.

—Cariño, yo...

El pasillo estaba vacío, con la excepción de una enfermera en la mesa de control, que leía un expediente. Alzó la mirada y vio a Rachel.

—Señora Wolfe, ¿necesita algo?

—Acabo de ver a una niña pequeña pasando por delante de la puerta. Creía que tal vez era una paciente.

La enfermera negó con la cabeza.

—Debía de estar soñando. No hay niños en esta ala.

—Estoy segura de que he visto a una niña —dijo Rachel.

—Yo estaba aquí —dijo la enfermera— y no he visto a nadie, salvo a usted.

No obstante, ante la insistencia de Rachel, fue a comprobar las habitaciones contiguas.

—Ya se lo he dicho —dijo al volver—. No hay ningún niño. Y ahora, procure dormir.

Al cabo de un rato, Rachel se quedó dormida.

Philip bebía solo en un bar de Washington Street, en la zona de Providence conocida como Douncity. El bar era de la vieja escuela: la música no sonaba alta y la televisión del rincón estaba en silencio. Philip se rascó la zona



interior del antebrazo izquierdo, donde Lastrade le había extraído sangre para enviarla a Nueva York, el último paso para corroborar que era hijo de Caspar Webb. Lastrade afirmó saber qué hacía, pero la aguja le hizo daño al entrar y la piel alrededor del pinchazo estaba magullada y dolida.

Había un par de estudiantes sentadas en un apartado, bebiendo una cerveza extranjera muy cara con un nombre que Philip ni siquiera sabía pronunciar. Su móvil había sonado tres veces desde que empezó a beber y todas había hecho caso omiso. No quería hablar con Madre.

Philip había mentido a Lastrade cuando dijo que haría algunas llamadas tras la reunión con los italianos. No tenía a nadie a quien llamar. Bernardo y su gente, pese al mucho poder y autoridad que habían perdido, seguían siendo hombres influyentes: ningún otro grupo podía ofrecer el tipo de resultados que necesitaba para probar su propia valía. Philip había intervenido tangencialmente en otros tratos a lo largo de los años, y conocía los nombres de media docena de individuos que habían tratado con Webb, pero eran todos de segunda fila, peces pequeños. Sólo Madre conocía los nombres que importaban, y no iba a decírselos a su hijo. Sin los contactos de Lastrade, Philip ni siquiera podría haber accedido a Bernardo y su gente, y ¿para qué?, no había más que ver cómo había acabado.

Cuando iba por la mitad de la tercera copa, empezó a plantearse aceptar la oferta de Madre. Podría irse durante un tiempo, tirar la casa por la ventana. Cuando volviera, podría disfrutar de una vida placentera. No tendría que trabajar, no si no quería. Podía ir a la universidad, estudiar algo. Sabía dibujar. Su profesor de arte en secundaria estaba convencido de que tenía potencial. Podía presentar una solicitud para la Escuela de Diseño de Rhode Island. Si lo rechazaban, convencería a Madre de que hiciera un donativo y ver si así cambiaban de opinión.

—A la mierda —dijo en voz alta, y una de las estudiantes se dio la vuelta y le miró—. ¿Qué coño estás mirando, puta?

Ella apartó la mirada. Él había puesto fin a la conversación de las chicas,

eso estaba claro. Al cabo de un par de minutos se habían ido.

No, no iba a aceptar la limosna de Madre. Si lo hiciera, sería como si se cortara sus propias pelotas y las tirara al río. El mundo le miraría como si fuera el niño de mamá, y él era más, mucho más que eso. Terry Nakem lo había descubierto, justo al final; Vincent Garronne, también. Murieron con pocos días de diferencia el uno del otro, ambos asesinados por él. Le había demostrado a Madre lo que era capaz de hacer, y era algo más que acabar con el sufrimiento de unos viejos. Pero ¿le había importado a ella?

No, así que lo que pasara a partir de ahora sería culpa de Madre.

El móvil empezó a vibrar de nuevo. Esta vez no era Madre la que llamaba, sino Lastrade. Decidió contestar. Erik quizá quisiera hacerle compañía. Podían buscar un club, hablar con unas chicas, chicas de la zona, no esas putas estudiantes engreídas. A Philip no le interesaban demasiado las mujeres, pero sabía que cabrearía a Madre si llevaba a una chica a su apartamento.

—Qué hay —dijo.

—¿Dónde estás?

Philip le dijo el nombre del bar.

—Voy a recogerte —dijo Lastrade.

—¿Por qué?

—Stevie se ha puesto en contacto conmigo. La cosa va para adelante. ¿Me has oído? Va para adelante.

Michelle Souliere no parecía precisamente una mujer que se dedicara a desenmascarar médiums, cazadores de fantasmas y teóricos apocalípticos de la conspiración. Le encantaba la literatura fantástica y de terror, y era miembro de la Asociación de Escritores de Terror y de la Sociedad Histórica H.P. Lovecraft. El hecho de que también fuera miembro de la Asociación Humanista Americana y de la Sociedad de Escépticos no le causaba el menor problema, ya que era perfectamente capaz de distinguir entre fantasía y realidad. Que algo la divirtiera no significaba que tuviera que creérselo. De hecho, era más divertido si no se lo creía.

Era una mujer morena y bonita, y, pese a las sospechas de Sumner en sentido contrario, heterosexual satisfecha. Disfrutaba de una curiosa y excéntrica relación con un diseñador de videojuegos —que todavía no se creía la suerte que había tenido al haber conocido a alguien como ella—, pero él no estaba tan colado por Michelle como para suponer una amenaza a su intimidad ni a su independencia. Ella se enorgullecía de que su casa estuviera amueblada exclusivamente con piezas de segunda mano bien cuidadas, entre las que figuraba una buena parte de su amplia colección de libros. Como acompañante habitual, tenía un gato llamado *Creswell*.

Tenía su móvil delante, sobre la mesa. Una sucesión de reuniones, tanto personales como profesionales, se habían alargado hasta tarde, y la última no había concluido hasta pasadas las nueve de la noche. En cuanto volvió a encender el móvil, vio los mensajes del detective privado llamado Charlie Parker. Decidió esperar hasta volver a casa, o incluso hasta la mañana siguiente, para devolverle las llamadas, sobre todo para no tener que verle esa

noche. Estaba cansada y había sobrevivido sólo a base de agua embotellada, café pésimo y pastas aún peores. Quería darse un baño, beber una copa de vino y tomar una cena caliente. Parker podía esperar.

Curiosamente, su primera reunión con Jaycob Eklund se había pospuesto de una manera similar, aunque aquella vez había sido él, no ella, el responsable. Con todo, estaban destinados a conocerse, aunque no en el sentido romántico, y la relación ni siquiera desembocaría en una verdadera amistad, dado que no habían llegado a intimar en ningún sentido, sino porque, como él, ella llevaba varios años recopilando discreta y calladamente información sobre los Mártires de Capstead y su líder, el que se autodenominaba Peter Magus.

La razón de su cautela había sido al principio distinta de la de Eklund. Él estaba convencido de que todavía existía algún vestigio de los Mártires de Capstead —o los Hermanos, como él solía llamarlos—, físicamente presente en forma de descendientes, pero también como algo más etéreo. En consecuencia, procuraba no llamar la atención sobre sus pesquisas.

Ella, por su parte, había visto en el relato de los Mártires el potencial para reunir diversos temas que la fascinaban, entre ellos la historia de la conquista del Oeste americano del siglo XIX, asesinatos, falsos predicadores y sistemas de creencias esotéricos, y, en el caso de los Mártires, una potente combinación de alquimia, escatología, los evangelios apócrifos, la tradición angélica y la demonología que, hasta donde ella sabía, era totalmente creación de Peter Magus.

Las teorías de Eklund añadían más derramamiento de sangre a ese brebaje ya de por sí embriagador, y Souliere era lo bastante lista para saber que la sangre vendía libros. Ella le dejó claro que todavía no estaba convencida del todo para aceptar su idea de que todas las desapariciones y asesinatos que había señalado tuvieran que ver con los Mártires de Capstead, pero al menos algunos sí parecían interesantes, como poco. En cuanto a las apariciones, ella había visto suficientes casos de confabulaciones, histeria y malentendidos para descartar esa parte del relato de Eklund casi sin pensárselo, aunque la

fiabilidad de las declaraciones de los testigos era un factor que merecía la pena abordar en su libro, tal vez en un capítulo separado relativo a la capacidad de las mitologías para viciarlo todo.

Pero la figura del Magus la fascinaba. Habría merecido la pena estudiarlo, aunque sólo fuera como ejemplo del poder transformador del sueño inmigrante y las posibilidades para reinventarse que ofrecía Estados Unidos en la época de los pioneros.

Existían pocas imágenes del Magus. Dadas sus actividades y las de sus seguidores, fue reacio a dejarse fotografiar, ni siquiera ocultando su llamativo aspecto. Pero tal vez en un momento de vanidad, y espoleado por el convencimiento de que sus perseguidores se disponían a asestarles el golpe definitivo, aceptó que le hicieran un daguerrotipo poco antes de retirarse a Capstead. Souliere tenía una copia, como Eklund. Mostraba a un hombre alto y delgado, vestido con el traje negro de un predicador, con las manos a los costados. Tenía el pelo rojizo y largo, y el cráneo estaba deformado y salpicado de cicatrices, consecuencia de la violenta existencia que había llevado. En la fotografía, el Magus miraba de frente a la cámara, su llamativa barba disimulaba la pequeñez de su barbilla y el ángulo de la lente ocultaba el perfil achatado que mencionaban los textos de la época.

El ojo izquierdo del Magus sobresalía abultado, lo que Souliere atribuyó a un síntoma de la enfermedad de Graves, o incluso a una forma de cáncer: se decía que el Magus sufrió diarrea y fiebres durante los últimos meses de su vida, que, como el abultamiento del ojo izquierdo, eran síntomas de neuroblastoma. Los análisis de ADN de los restos del Magus podrían haber dado una respuesta definitiva si no hubieran quemado su cuerpo gravemente durante el asedio a Capstead, y no hubieran arrojado luego su cadáver al Mississippi, negándole un entierro apropiado como castigo añadido a sus pecados. Además, el lado derecho de la cara del Magus estaba cubierto casi por entero de tejido cicatrizal, un recuerdo del ataque de los Hermanos a la finca de los Kjellson cerca de Marietta, Ohio. El patriarca de la familia, Bjorn

Kjellson, resultó no estar tan muerto como habían creído, y pudo disparar un escopetazo que dejó al Magus casi ciego de un ojo. La hermana de Kjellson, que vivía en Chillicothe, se llamaba Agata, y se casó con Christer Eklund, que era el trastatarabuelo de Jaycob Eklund. Por tanto, para Jaycob, los Mártires de Capstead eran una cuestión de interés personal, pues tenían una relación concreta con el pasado de su familia.

Souliere parpadeó y una solitaria gota de sangre salpicó la mesa de la cocina. Tosió y la gota se perdió en una mancha roja mayor, pero ella apenas lo notó. Ya se había olvidado de las dos personas que tenía detrás, aunque una de ellas —la mujer— le había clavado un cuchillo. Pero Souliere había ofrecido mucha resistencia antes del fin, y hasta consiguió dar un golpe muy fuerte en la mejilla de aquella zorra. Souliere habría podido con ella también si el cabrón que la acompañaba no la hubiera golpeado en la nuca, y la hubiera dejado momentáneamente aturdida y desprotegida ante el cuchillo.

Nada de eso importaba ya. Estaba agonizando, y su atención se había fijado en el hombre que tenía delante. El Magus no se parecía a lo que mostraba el daguerrotipo. Aquélla era una versión del Magus mismo, herido y cansado, corrompido por años de depredación y rapiña. Éste, en cambio, resplandecía. Las cicatrices de la cara habían desaparecido y su cabeza era totalmente lisa. Sólo conservaba los ojos nublados, con una capa gris lechosa, como de agua mezclada con lejía. Vio otras figuras moviéndose por detrás, casi todas mujeres. Si le hubieran dado tiempo, Souliere podría haberles puesto nombre.

Había notado que el cuchillo estaba muy frío al penetrar en su cuerpo, y eso la sorprendió. Mientras la gelidez se propagaba por su organismo, su cuerpo se mantenía caliente. No sabía cómo era posible. Quizás el Magus podría habérselo explicado, pero no quería preguntarle. No le gustaba que estuviera en su cocina. Su presencia hacía que se sintiera sucia.

Oyó unos maullidos procedentes de la puerta trasera: *Creswell* regresaba de sus correrías nocturnas. La gatera estaba rota, y se había visto obligada a

sellarla temporalmente para que no entrara el frío hasta que pudiera hacer que la cambiaran. Quería que el gato se fuera. No quería que mataran a *Creswell*.

El Magus la estaba mirando. Permanecía inmóvil. Ella creyó que podía detectar cierto residuo de pupilas oscuras en las pálidas profundidades de sus ojos. Le recordaron a huevos de rana.

Tosió otra vez. Le dolió, pero no tanto como antes. Deseó haber respondido a los mensajes del detective. Él podría haberla salvado de esto.

El gato dejó de maullar.

El Magus y su gente se desvanecieron.

El frío pasó.

Todo había acabado.

Parker se despertó poco antes de las ocho. Sus preocupaciones acerca de la situación con Sam no tardaron en cernirse sobre él, oscuras como nubes en el horizonte, pero hizo lo posible por quitárselas de la cabeza. Tenía trabajo que hacer y sus problemas personales no le servirían de nada.

Cogió el móvil. Siempre lo dejaba encendido porque, como cualquier padre, vivía con el temor de que no pudieran ponerse en contacto con él en caso de que le pasara algo a su hija. Michelle Souliere todavía no le había devuelto las llamadas. Volvió a marcar su número —a esas alturas ya se lo sabía de memoria—. Le sorprendió que sonara. Esperó, pero no contestó nadie y finalmente oyó de nuevo el conocido mensaje de voz.

Se hizo con un café en el vestíbulo del hotel, pagó la habitación y fue en coche hasta South End. Ahora había un coche en el camino de entrada de la casa de Souliere: un precioso Volkswagen Escarabajo azul con unos años encima y que, a juzgar por su estado, era el orgullo de su dueño. Parker aparcó junto al bordillo, abrió la puerta de la cancela y caminó hasta la casa. Llamó al timbre y esperó, pero no respondió nadie. Probó una vez más, en esta ocasión pulsando tanto tiempo que Souliere lo habría considerado de mala educación, pero siguió sin respuesta.

Parker marcó el número de Souliere y oyó que sonaba dos veces: una en su oreja y la segunda en algún lugar dentro de la casa. La llamada dentro se interrumpió, y escuchó la voz ya familiar de Souliere hablando en su propio móvil: «Hola, soy Michelle. Lo siento, no puedo contestar en este momento, pero...».

Colgó. Se asomó por la ventana de la fachada de la casa y vio un pequeño



salón amueblado con un par de sillones, un montón de estanterías y poca cosa más. Unas puertas contiguas llevaban a otra habitación, pero estaban cerradas. Siguió la pared exterior de la casa por la izquierda hasta un pequeño jardín, y oyó un maullido al otro lado de la puerta de la cocina. Había un gato blanco sentado junto a un gatera cerrada. Mientras Parker miraba, el gato arañó el plástico. Parker se acercó, pero el animal no pareció asustarse. Se limitó a maullar de nuevo, alzó la mirada hacia él y lo miró con esperanza cuando Parker llegó a la puerta. Dio unos golpes fuertes y llamó a Souliere por su nombre. Las cortinas de la única ventana estaban corridas, así que no podía ver dentro.

—¿Puedo ayudarle?

De la casa de al lado había salido un hombre. Era corpulento y ancho, de tez cetrina y con un largo bigote que le hacía parecer un revolucionario mexicano. Dos niños pequeños miraban desde la cocina tras él.

—Estoy buscando a Michelle Souliere.

—Bueno, ahí es donde vive la señora Souliere, pero la mayoría de la gente se espera a entrar por la puerta principal.

No pronunció la palabra «decente» después de «gente», pero Parker la oyó. Se identificó como investigador privado y el vecino de Souliere se presentó como César Valenzuela.

—Tenía que ver a la señora Souliere ayer —dijo Parker—, pero no pude hablar con ella. Supongo que su coche es el de la entrada.

—Sí, es suyo.

—¿La oyó llegar anoche?

—No, trabajo hasta tarde. Creo que el coche ya estaba ahí cuando volví, pero no podría asegurarlo.

—¿A qué hora fue?

—Pasadas las once.

Valenzuela iba cambiando el peso de su cuerpo de un pie al otro con gesto nervioso y miraba por encima del hombro a casa de Souliere.

—¿Cree que está bien? —preguntó.

—Eso espero, pero no quiero llamar a la policía sólo para descubrir que estaba en el lavabo o ha tomado una pastilla para dormir y se ha quedado roque.

Los niños seguían mirando a través de la puerta abierta de la cocina. Valenzuela les dijo, en inglés, que entraran, y luego, en español, añadió:

—Hace frío.

Parker esperó.

—Tengo llave —dijo Valenzuela—. Me la habrá pedido un par de veces en cinco años, cuando se ha dejado la suya dentro.

—Tráigala, por favor, y yo estaré con usted cuando abra —dijo Parker—. La llamamos, y si nos responde, pues ya está. Si no responde..., bueno esperemos que responda.

Valenzuela entró en su casa a buscar la llave. Mientras lo hacía, Parker caminó por el jardín y llamó a Ross. El hombre del FBI contestó al segundo timbrazo.

—Podríamos tener un problema —dijo Parker y le explicó que Souliere no había acudido a su cita ni le había devuelto las llamadas—. Ahora estoy delante de su casa. Su móvil suena dentro, pero nadie contesta. Su vecino ha ido a buscar una llave de repuesto, pero si ha tenido algún problema, la policía intervendrá.

El silencio al teléfono no era nada cómodo, y se alargó demasiado para el gusto de Parker.

—Si tengo que llamar a la policía, me preguntarán qué relación tenía con Souliere —comentó Parker—, y eso significa hablarles de Eklund, lo que planteará la cuestión de quién me contrató para buscarlo.

—Preferiría, y puede que a ti también te resulte beneficioso, que no se mencionara la desaparición de Eklund —dijo Ross—. Y lo mismo puede decirse de mi grado de implicación en el caso.

—Con el debido respeto, puede que tus preferencias me manden a una

celda.

A través de la ventana de la cocina, Parker vio a Valenzuela enseñándole un llavero e indicándole que daría la vuelta desde la fachada de la casa, ya que una valla separaba ambas fincas. Frunció el ceño al ver a Parker hablando por el móvil. Se acababa el tiempo.

—Dales a Eklund, pero sólo si no te queda otra opción —dijo Ross.

—¿Y cuando me pregunten quién me contrató? Por si no te acuerdas, aquí no tengo ninguna protección.

La comunicación entre investigadores privados y sus clientes no era confidencial. Si le había pasado algo a Souliere, y la policía le preguntaba a Parker por qué había querido contactar con ella, no le quedaría otra que responder.

—Remítele cualquier pregunta que no quieras responder a Moxie Castin —dijo Ross.

—No ha sido Moxie el que me ha contratado para esto.

—Corregiré ese detalle.

A Parker no le alegró mucho oír aquello. Incluso en el caso de que un investigador trabajara para un abogado, la confidencialidad sólo se aplicaba a la comunicación relativa a la asesoría o la estrategia en casos judiciales, y Eklund no estaba implicado en ningún juicio al que pudiera recurrir Moxie. Pero Parker entendió lo que estaba haciendo Ross: ganar tiempo, postergar los problemas.

—A Moxie no va a gustarle —dijo.

—En ese caso, no tendría que haber empezado a trabajar contigo —dijo Ross—. Por experiencia, puedo afirmar que hacerlo no es nada agradable.

—El sentimiento es mutuo.

—Lo imaginaba —dijo Ross, y añadió—: Comprende lo siguiente: cuando he dicho que preferiría que la imprecisa situación actual de Eklund se mantuviera aparte de esto, tengo que aclararte que, en mi mundo, el verbo «preferir» se conjuga normalmente con el sentido de una orden.

Ross colgó sin decir nada más, y entonces apareció Valenzuela. El llavero que llevaba en la mano tenía forma de gato blanco, una miniatura de plástico del que seguía maullando ante la puerta trasera de Souliere. Estaba claro que Valenzuela sentía curiosidad por saber con quién había estado hablando Parker, pero no quería preguntar. Discretamente, Parker borró el número de Ross, buscó en la lista de contactos y llamó a Moxie Castin. Dejó que el número marcado sonara un par de veces antes de cortar la comunicación y luego se metió el teléfono en el bolsillo. Si había que llamar a la policía, y Valenzuela mencionaba luego que había visto a Parker mantener una conversación telefónica, la lista de números marcados recientemente mostraría tan sólo los de Souliere y Castin. Si la policía decidía investigar más a fondo, necesitarían una orden judicial. Así que se trataba de otra solución imperfecta, pero, bien mirado, este mundo era cada vez más imperfecto.

Parker y Valenzuela fueron juntos a la puerta de atrás. Parker cogió el gato y lo sostuvo en brazos mientras llamaba un par de veces con fuerza y gritaba el nombre de Souliere, sin resultado. Llevaba un jersey bajo la chaqueta, así que estiró de la manga hasta envolverse la mano con ella e intentó abrir la puerta. Estaba cerrada con llave.

—Meta la llave —le dijo a Valenzuela—, pero no toque nada más, ¿vale?

Valenzuela asintió. Insertó la llave y la giró. La cerradura emitió un clic y Parker abrió la puerta.

Michelle Souliere estaba sentada en una silla, con la cabeza caída sobre la mesa de la cocina, las manos le colgaban hasta casi rozar el suelo. Parker la reconoció por las fotografías en internet. Tenía la cara vuelta hacia la puerta, y los ojos cerrados. La superficie de la mesa y el suelo alrededor de la silla estaban viscosos por la sangre.

—*Hijole* —susurró Valenzuela. Se tapó la boca con la mano y retrocedió. Desde algún lugar lejano, Parker oyó el sonido de sirenas que se aproximaban y se dio cuenta de que Valenzuela seguramente había llamado a la policía mientras buscaba la llave de Souliere.

El gato se retorció en brazos de Parker y sus maullidos se mezclaron con el ruido de las sirenas.

«Sólo tiene hambre», pensó Parker, mientras miraba fijamente el cuerpo de Souliere. «El animal no puede saberlo.»

Entonces el gato se quedó quieto y empezó a gemir sin parar.

Parker no tenía mucho tiempo. Le pasó el gato a Valenzuela, que estaba apoyado en la valla respirando hondo, y se apartó para hacer otra llamada. Sin embargo, permaneció a la vista de Valenzuela, para que no hubiera problemas con la policía cuando llegara. No quería que hubiera la menor duda sobre una posible intrusión en el escenario de un crimen.

Llamó a Angel.

—¿Dónde estáis?

—A una media hora de Greensburg.

Un coche patrulla del Departamento de Policía de Waterbury se detuvo delante de la casa de Souliere. Sólo tenía unos segundos.

—Michelle Souliere está muerta. Id con Thayer y mantenedlo a salvo. Voy a estar liado con la policía un buen rato. Avisad a Moxie Castin cuando tengáis a Thayer.

Colgó, borró el número y se guardó el teléfono. El agente que se acercaba tenía la mano derecha sobre su arma, así que Parker se aseguró de mantener sus propias manos a la vista. Estaba a punto de decirle a Valenzuela que hiciera lo mismo, pero éste ya se le había adelantado.

Por segunda vez esa mañana, Parker se identificó como investigador privado y luego señaló la puerta trasera abierta.

—Tienen un cuerpo —dijo—. Se llama Michelle Souliere. —Se corrigió. A partir de ahora, todo lo referente a ella tenía que ser en pasado—. *Se llamaba* Michelle Souliere.

Los Buckner se habían alojado en un motel de una cadena hotelera a tres

kilómetros de la autopista. Habían hablado de la posibilidad de volver directamente a Turning Leaf, pero ninguno de los dos había matado a nadie antes, y a Sally le sorprendió lo agotada que estaba. Gracias a la televisión y a internet, tenían ciertos conocimientos sobre la ciencia forense y el ADN. Habían restregado a fondo las manos de Souliere después de que muriera y habían revisado el suelo buscando cabellos que hubieran podido caérsele a Sally durante la pelea. Encontraron un par, gracias al hecho de que Sally era pelirroja, y estaban convencidos de que apenas habían dejado rastros, si es que habían dejado alguno, de su presencia en la casa de Michelle Souliere, con la excepción obvia de un cadáver, como comentó Kirk mientras se ocupaban de la ropa que habían llevado en la escena del crimen. Lo empaparon todo con agua mezclada con lejía en la bañera del motel y lo guardaron en bolsas separadas. Cuando acabaron, Kirk se duchó, y luego fue a dar una vuelta en coche, para ir dejando las bolsas en cubos de basura y contenedores. Volvió y durmieron unas horas.

Kirk había impresionado a Sally. Siempre lo había tenido por una especie de gallina, aunque lo compensaba con sus conocimientos informáticos, pero había mostrado cierta garra cuando Souliere se resistió. Con todo, la zorra había golpeado a Sally con fuerza y ahora ésta lucía un buen moratón, que tendría que disimular con maquillaje.

Se habían hecho con el portátil de Souliere y con un archivador que contenía material sobre los Mártires. Kirk salió a comprar café y sándwiches de salchicha y huevo para desayunar, y juntos se pusieron a trabajar en el portátil y en los documentos de Souliere. A Sally le sorprendió lo mucho que había descubierto la mujer sobre el pasado de los Mártires, incluidos algunos aspectos de su historia que ni siquiera ella conocía. Y, más preocupante todavía, Souliere había hecho algunos avances trazando linajes familiares entre los Hermanos, sin dar credibilidad a los cambios de apellidos, ayudándose de rumores y habladurías. Estaba claro que su información, combinada con la de Eklund, había llevado al investigador a la puerta de los

Hermanos, aunque Eklund se dio cuenta demasiado tarde de lo mucho que, de hecho, se había acercado a ellos.

Kirk copió cuanto podía serles útil del ordenador antes de quitar el disco duro y romperlo en pedazos con un destornillador. Lo arrojaría al horno cuando llegaran a casa, junto con los documentos de Souliere. El ordenador lo llevaría al desguace de Steven Lee.

Por otro lado, sí había conservado el ordenador de Eklund, aunque no porque quisiera. El investigador había recopilado tantos datos que Sally todavía estaba trabajando en ellos, pero, para proteger el material, Eklund, que era más listo de lo que parecía, había contratado a alguien para que le montara un sistema operativo y lo instalara en un ordenador Frankenstein construido con piezas recuperadas de otros aparatos. El sistema era incompatible con todos los *drivers* que Kirk pudo encontrar, y ni siquiera con las claves de reconocimiento que le había sacado a Eklund torturándole podía evitar causar un bloqueo fatal. Kirk temía que, si toqueteaba demasiado el portátil, podrían perder todo lo que había en él. Finalmente, para asegurarse de que no podría sacarse el disco duro, Eklund había arrancado las cabezas de los tornillos que lo sujetaban. Era la tormenta perfecta de la protección, así que Kirk se veía obligado a llevar consigo el maldito aparato, por si Souliere o Thayer proporcionaban información que hubiera que cotejar.

Durante el rato que habían pasado con Souliere, Sally había aprovechado para revisar el contenido del iPhone de la mujer. No se molestaron en llevárselo, sabían lo fácil que era de rastrear, razón por la que también sólo utilizaban móviles viejos desechables; ni siquiera corrieron el riesgo de sacar el iPhone de la casa y arrojarlo en cualquier sitio del camino, pero borró todos los mensajes después de escucharlos, sólo por precaución. Kirk intentó explicarle lo fácil que sería recuperarlos, pero ella le respondió que cerrara la puta boca. La mayoría de los mensajes tenían que ver con asuntos de la universidad, y uno se refería al libro propuesto por Souliere sobre los Mártires de Capstead.



*¡Un libro! ¡Un puto libro!* Pero un par de mensajes, así como un puñado de llamadas perdidas, eran de un tal Charlie Parker, que había quedado con Souliere la noche que murió. A Sally le inquietó la posibilidad de que se le ocurriera presentarse en la casa, y por eso había recurrido al cuchillo tan rápidamente, en cuanto Souliere le dio la contraseña del portátil y el código pin del móvil.

A Sally le sonaba el nombre de Parker de alguna parte, pero no recordaba de dónde, al menos, no al principio. Tuvo que esperar a llegar al motel y a que Kirk acabara de copiar el material del ordenador de Souliere antes de poder acceder a internet. Entonces buscó a Parker en Google y tecleó el número de móvil que había dejado con su mensaje. Lo hizo distraídamente. Estaba pensando en acostarse con Kirk antes de salir. Sería una recompensa para ambos.

Apareció una página con los resultados de la búsqueda. En cuanto empezó a desplazarse por ellos, cualquier pensamiento de acostarse con su hermano se volatilizó, y entonces recordó dónde se había topado por primera vez con el nombre de Parker.

Fue en el ordenador de Eklund.

—Mierda —dijo—. Mierda, mierda, mierda.

Richard recogió a Sumner poco después de las cinco de la madrugada. Al principio habían discutido sobre utilizar otro vehículo que no fuera el de Richard, tal vez uno recuperado del desguace de Steven Lee, pero Steven Lee no contaba con ninguno fiable a mano, y lo último que querían era una avería por el camino, o, peor aún, de regreso de la casa de Thayer, así que utilizaron el Chevrolet Blazer de Richard.

Richard había comprado un par de cafés en un Dunkin' Donuts antes de llegar, además de unos buñuelos, y eso los mantuvo espabilados durante un par de horas. Richard le contó a Sumner que habitualmente escuchaba los programas de tertulias políticas mientras conducía, pero Sumner no tenía tiempo para esas charlas radiofónicas de mierda, fueran conservadoras o progresistas. Si quería oír durante horas sin parar a gente que estuviera de acuerdo con sus opiniones, podía quedarse en casa y oír a su mujer. Escucharon la emisora Deep Tracks durante la primera parte del trayecto, hicieron una parada para un desayuno tardío en un IHOP de la autopista y luego cambiaron a Classic Rewind para escuchar algo un poco más moderno. Ambos coincidían en que casi toda la música hecha a partir de 1983 era basura, aunque eso implicara que se estuvieran convirtiendo en un par de empecinados nostálgicos.

Richard siempre había considerado a Sumner un bocazas, y ocultaba un pánico secreto a aquellos que sabían construir y arreglar cosas porque le hacían sentirse menos masculino en comparación. Pero Sumner resultó ser bastante reflexivo, y si era estridente, se debía a que tenía una personalidad fuerte y desmesurada. Richard descubrió que Sumner pensaba irse a Sudáfrica

a finales de otoño a construir casas para una organización de beneficencia. Jesse le acompañaría, aunque Sumner dijo que estaba un poco nerviosa, y él la entendía. Richard no sabía qué podría hacer Jesse cuando estuvieran allí, pues todavía se le daban peor que a él el martillo y los clavos. Sumner confesó que tampoco lo sabía muy bien, pero ella no quería quedarse sola en casa.

Sumner, por su parte, nunca había pasado mucho tiempo en compañía de Richard, pero fue descubriendo poco a poco que lo que había tomado por frialdad, o incluso arrogancia, era en realidad una especie de timidez. A Sumner no le parecía que Richard fuera el tipo de hombre que engañaría a su mujer, pero, si había una clase de adúlteros estándar, intelectos mucho más perspicaces que el de Sumner no habían sabido señalarla. Fue Richard el que sacó el tema de su aventura cuando se acercaban a la frontera entre Ohio y Pensilvania. Pasaban por delante de un salón para bodas, del tipo que Sumner siempre asociaba con bodas irlandesas: muchos invitados, mala comida y remordimientos una vez pasado el efecto de la resaca. La visión del local pareció desencadenar en Richard una sucesión de asociaciones.

—Ha sido un año de mierda —dijo—. De mierda.

—¿Ah, sí? —dijo Sumner, porque ¿qué otra cosa puedes decir ante un comentario como ése?—. ¿Por el trabajo o...? —Dejó la frase sin acabar.

—Por el «o» —confirmó Richard.

La aventura era de dominio público entre los Hermanos. Sus relaciones eran tan cercanas que podían guardar pocos secretos. Los líos amorosos eran considerados una insensatez, y se desaconsejaban tácitamente. Había que afrontar y asumir la infelicidad —no podían correr el riesgo de que al conversar con pastores o sacerdotes sintieran el impulso de confesar—, pero las taras en los matrimonios implicaban riesgos muy especiales: ningún lío extraconyugal podía perdurar sin cierto grado de confesiones de alcoba, y a saber qué revelaciones podían hacerse en esos momentos.

Cuando Sophia se enteró de los devaneos de su marido, recurrió a Sally, y se presionó inmediatamente a Richard para que pusiera fin a la relación. La

chica, además, era joven. No se trataba de una de las alumnas de Richard, pero había acabado hacía pocos años la secundaria en el instituto donde él enseñaba. Se habían liado después de un acto del Lions Club por los niños desfavorecidos al que asistía la chica con su hermana pequeña. Su vida familiar era un caos, y a Sumner no le costó imaginar que Richard se había compadecido de ella y luego una cosa llevó a la otra, como suele pasar.

—Jesse dijo que pensaba que Sophia y tú estabais mejor ahora.

—Sí, estamos bien. —Pero la forma en que pronunció «bien» sólo delataba tristeza y arrepentimiento—. Pero nosotros no..., ya sabes. Dormimos en habitaciones separadas.

—Lo siento. Ya se le pasará. Sólo está enfadada y dolida.

—Hace seis meses que no nos acostamos.

—¿Cuánto tiempo lleváis casados?

—Quince años hará el próximo abril.

—En ese caso, seis meses no es tanto.

—No, supongo que no.

Richard siguió mirando por la ventana, viendo cómo los campos, los árboles y la vida pasaban ante él.

—La echo de menos.

—¿A Sophia?

—No, a Lucie. La chica. La echo de menos.

Sumner contuvo las ganas de soltarle un capón a Richard. Para ser profesor no es que fuera muy listo.

—Quise ponerme en contacto con ella otra vez —dijo Richard—. Una estupidez, ya lo sé. Simplemente necesitaba hablar con ella y decirle que sentía cómo había acabado todo y ver cómo estaba.

«Y de paso follármela por última vez», quiso añadir Sumner, pero no lo hizo, así que preguntó:

—¿Y la viste?

—¿Quedará entre nosotros?

Sumner asintió, y lo hizo sinceramente, por ahora. Iban de camino a matar a alguien y cierto grado de confianza era imprescindible en esas situaciones.

—Lo intenté —dijo Richard—, pero se había mudado. Su padre era un gilipollas, y su madrastra no es que fuera mucho mejor, así que siempre había hablado de alejarse de ellos. Lo sentí por Vicki, su hermana, pero creo que estará bien. Es más fuerte que Lucie.

—¿Tienes idea de adónde fue?

—Hablé con Vicki, pero no lo sabía. Lucie sólo le dijo que se concentrara en acabar el instituto. Una vez que Lucie se hubiera instalado y tuviera un sitio para vivir, Vicki podría irse con ella. A la pequeña le gustó la idea.

«Yo más bien diría que no», pensó Sumner, «a no ser que quiera acabar reventada y enterrada en algún rincón del desguace de Steven Lee. Tú la mataste, Richard. Puede que fuera Donn Routh el que la estranguló tras seguirla hasta un sórdido apartamento en Jersey, pero murió porque tú no supiste mantener la picha dentro de los pantalones. El problema no radicaba en lo que le contaste o dejaste de contar, sino en que era tu debilidad y había que acabar con ella.»

—¿Sabía la hermana lo vuestro? —preguntó Sumner.

—No.

—¿Estás seguro?

—Le dejé claro a Lucie que no tenía que saberlo nadie. Se lo dije en cuanto empezamos a vernos. Le dije que podría cuidar de ella y de su hermana, pero que me resultaría imposible si alguien se enteraba. Necesitaba tiempo para preparar un plan y apartar algo de dinero.

—¿O sea que le dijiste que dejarías a Sophia por ella?

—Sí.

—¿E ibas en serio?

A Richard se le quebró la voz.

—Sí.

«Menudo idiota.»

—Dios, Richard, si su hermana sospechara siquiera que había algo entre vosotros, podría ser un problema.

—¿Te refieres a que la policía iría a buscar a Lucie?

Sumner se volvió para mirarle fijamente. Sus miradas se cruzaron, y en ese momento Sumner comprendió que Richard sabía la verdad de lo que le había sucedido a su amante, o lo sospechaba. Tal vez Sophia se lo había soltado durante una discusión, o puede que él fuera lo bastante inteligente para darse cuenta de que una chica que quería a su hermana, y quería protegerla, no desaparecería por las buenas, rompiendo todo contacto.

—¿Y por qué iban a hacerlo? —preguntó, pero no se trataba de una pregunta de la que ninguno de los dos esperara una respuesta, y no volvieron a hablar hasta que se acercaron a Greensburg.

Philip y Lastrade se reunieron con Stevie en Newburyport. Llegar hasta allí suponía un trayecto en coche de casi dos horas desde Providence, pero a ellos no les importaba, y era más sensato no verse en Boston. Newburyport en febrero era un lugar tranquilo, y el riesgo de que los viera alguien conocido era casi nulo.

Stevie los estaba esperando en Angie's, en Pleasant, un local cubierto de baldosas blancas y negras y muebles limpios de formica, y a Philip le trajo a la memoria cenas que recordada vagamente de su infancia, cuando todavía miraba a Madre con adoración. Esa mañana la había evitado, por si empezaba a preguntarle qué tenía pensado hacer ese día.

A Philip, Stevie le pareció más una sabandija italiana que la otra vez: chaqueta de cuero, vaqueros que le colgaban demasiado bajos del trasero, un holgado jersey estampado para protegerse del frío. También estaba mucho menos relajado, lo que, curiosamente, hacía que Philip se fiara más de él. Ante un café y unos huevos, Stevie explicó lo mucho que respetaba a su tío Bernardo, pero que a veces era un hombre demasiado cauteloso, y había llegado la hora de poner en marcha nuevas ideas para que del gran legado criminal quedara algo más que un par de panaderías en el North End.

A decir verdad, a Philip le importaba una mierda el rollo de Stevie sobre el legado y la tradición italianas, porque en el fondo se reducían a unos cuantos *macarronis* asociados luchando por el territorio frente a los sucios latinos, los africanos, los rusos y cualesquiera otros que se pusieran de por medio. Lo que le importaba era que la charla de Stevie no estaba a un mundo de distancia de lo que él mismo decía, y uno siempre puede fiarse de la avaricia de otro

hombre. Pero estaba claro que el viejo tío Bernardo, el cabrón condescendiente que sorbía la sopa, tendía a mirar con malos ojos a la gente que a sus espaldas llegaba a acuerdos después de que él hubiera dejado las cosas claras. Esto tenía que quedar entre ellos tres. Además, Stevie no contaba con los mismos recursos financieros que su tío, así que entraría a un nivel inferior, pero Philip era lo bastante perspicaz para saber que los beneficios del primer negocio se invertirían en el siguiente. A él le interesaba el botín a largo plazo, y parecía que a Stevie también. Y, al igual que Madre, el tío Bernardo no viviría eternamente.

Como señal de su buena fe, Stevie pagó la cuenta y los llevó a su coche, un Dodge Challenger rojo y negro que no podría haber llamado más la indeseada atención de las fuerzas de la ley si hubiera expulsado humo de crack en lugar de gases de combustión por el tubo de escape. Pero Philip decidió ser comprensivo con esa excentricidad cuando Stevie sacó un paquete de billetes envueltos en plástico: cien mil dólares, que incluían una contribución de Anthony, pues éste tampoco veía ningún motivo para dejar escapar una buena oportunidad porque su tío fuera incapaz de distinguir a un musulmán (de los buenos, los que vendían droga) de otro (de los malos, los que estrellaban aviones contra edificios). Philip, que se interesaba por asuntos más allá de las fronteras de Nueva Inglaterra, no se tomó la molestia de explicarle a Stevie que esos musulmanes eran los mismos, porque eso no habría alegrado al italiano y seguramente sólo habría servido para confundirlo.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Stevie después de haber guardado el dinero en el último coche alquilado de Lastrade.

—El material llega por barco —contestó Philip—. Tres semanas. Podría ser algo más, o algo menos.

—Tres semanas está bien —dijo Stevie.

Se estrecharon las manos. El trato estaba hecho. Philip no se molestó en contarle a Stevie que la estimación de tres semanas era seguramente un cuento chino. Estaba seguro de que la heroína ya se encontraba en el país, y eso



significaba que podría abastecer a Stevie en cuestión de días, no de semanas. Pero Philip lo tendría esperando una semana como mínimo. Stevie se alegraría cuando le llegara la heroína antes de lo que había pensado, pero Philip no quería que creyera que el asunto era demasiado fácil para sus socios. No porque le preocupara que intentara descubrir la identidad del proveedor con la esperanza de llegar a un mejor acuerdo a sus espaldas. Los hombres implicados no hacían negocios con los italianos, ni con los hispanos ni con nadie más. Sólo negociaban con los suyos, y Philip era uno de ellos. Lo probaría con la sangre. Así era como trabajaba esa gente.

No, no esa gente.

*Su gente.*

Sumner y Richard habían llevado a cabo una considerable investigación previa sobre Tobey Thayer. Sabían que tenía su despacho en la tienda y almacén principal en el oeste de Greensburg, así que aparcaron al otro lado de la calle y llamaron desde allí. Cuando contestó una mujer, Sumner pidió que le pasara con el señor Thayer y ella le dijo que no podía ponerse. Sumner le soltó un cuento sobre que quería realizar una compra importante de sus productos para sustituir parte de los que se le habían quemado en un incendio. La mujer le dijo que Thayer podría aparecer más tarde, pero que probablemente no volvería hasta el día siguiente.

Después de que Sumner recurriera a todos sus encantos, ella acabó revelando que ese día Thayer trabajaba desde casa, aunque no podía darle su teléfono ni su móvil. Si Sumner le dejaba su número, le aseguró, ella se encargaría de hacérselo llegar a Thayer. Sumner, que no vio ningún riesgo en revelar el número de su móvil desechable, se lo dio. Supuso que si Thayer le devolvía la llamada, podrían sonsacarle un poco más de información, y confirmar que, de hecho, estaba en casa, como había dicho la mujer. Aunque, bien pensado, ¿por qué iba a mentirles sobre algo así? De manera que estaba claro. Sumner y Richard sabían dónde encontrar a Thayer, y tenían la dirección de su casa, gracias al difunto Jaycob Eklund.

—¿Qué hacemos? —preguntó Sumner a Richard.

Richard, que había leído lo suficiente sobre el negocio y la vida de Tobey Thayer para escribir sus memorias, estaba mirando a una chica que pasaba, con el pelo recogido en un moño suelto y unos grandes auriculares a modo de improvisadas orejeras. Llevaba una chaqueta acolchada que le llegaba sólo a

medio muslo, justo por encima del dobladillo de la falda azul marino. Le cubrían las piernas unas mallas blancas y ocultaba los pies en unos incómodos botines. Una chica guapa. De diecinueve, puede que veinte años.

«Debe de estar congelándose, joder», pensó Sumner.

La expresión de Richard mientras seguía con la mirada a la chica era a partes iguales de arrepentimiento y de lujuria. Richard, concluyó Sumner, tenía graves problemas. Tendría que hablar con Jesse sobre él cuando todo eso hubiera acabado, y tal vez incluso con Sally y Madlyn. Puede que su opinión sobre Richard ya no fuera tan crítica, pero todavía no le importaba tanto como para echarle de menos si desaparecía. Ahora mismo, no estaba seguro de que a Sophia le importara tampoco. Si Richard la cagaba otra vez...

En ese caso ¿qué? Routh había muerto. No importaba que su cuerpo no hubiera aparecido todavía. Sally dijo que había muerto. Eleanor se lo había dicho a ella, y con eso bastaba. Debido a la muerte del Primo, Richard y él estaban a punto de matar a Tobey Thayer, pero Sumner no tenía intención de asumir el trabajo sucio de los Hermanos. Siempre estaba Steven Lee, pero no es que fuera precisamente un buen planificador. Richard, por su parte, había hecho un trabajo eficiente cuando se deshicieron de Eklund, pero Eklund estaba bajo control cuando le clavó el cuchillo, y, tal como iban las cosas, ya casi veía a la muerte, gracias a Sally. Sin embargo, según cómo saliera el asunto con Thayer, serviría en buena medida para determinar si podían fiarse de Richard en el futuro —suponiendo que pudiera mantener la picha dentro de los pantalones durante cinco minutos seguidos—, por más que Sally hubiera prometido que esa serie de asesinatos, aunque fruto de la necesidad, podría comprarles años de tranquilidad.

La chica dobló una esquina y se perdió de vista, rompiendo el hechizo.

—¿Decías? —preguntó Richard.

—He dicho que qué hacemos ahora.

—Creo que deberíamos ir a por él —dijo Richard—. Para eso estamos aquí, ¿no?

—Muy bien —comentó Sumner—. Cuanto antes acabemos, antes estaremos en casa.

Con un poco de suerte, Richard y él estarían de vuelta al anochecer.

La propiedad de Michelle Souliere bullía por la presencia policial. Una multitud de curiosos se había congregado en la acera, y había varios vecinos apoyados en las verjas de las puertas observando el ir y venir.

La Oficina de Investigación Criminal del Departamento de Policía de Waterbury no tardó mucho en mordisquear a Valenzuela y pasar luego al plato principal que representaba Parker. Tras hablar con el primer agente que había llegado, había quedado bajo vigilancia del segundo uniformado que se presentó, antes de que lo derivaran a los de Investigación Criminal. Después de una breve conversación con una detective llamada Alicia Kohner y su compañero, Emile Rolde, no le sorprendió demasiado verse sentado en la parte trasera de un coche camuflado que lo llevó al Departamento de Policía de Waterbury en East Main, donde lo dejaron en una sala con una mesa, un par de sillas y una taza de café tibio. No lo esposaron, y quedó claro que no estaba detenido, pero eso no evitaba que estuviera sentado en una sala con la puerta cerrada, esperando a proporcionar lo que seguramente serían respuestas insatisfactorias a algunas preguntas muy directas. Había pasado mucho tiempo en salas como ésta, a ambos lados de la mesa. Prefería ser el interrogador, no el interrogado, pero, en cualquier caso, tampoco había mucha diferencia.

Le habían quitado el móvil, con lo que se alegró de haber borrado el número de Angel de la lista de llamadas. Parker se preguntó si Angel y Louis habrían conseguido llegar hasta Tobey Thayer e informarle del lío en el que podía estar metido. Se enteraría en cuanto pudiera llamar a Moxie Castin.

El recuerdo de Moxie hizo que volviera a pensar en Ross y su continuada reticencia a implicar a la policía en la búsqueda de Jaycob Eklund. Parker

sabía que Ross se estaba protegiendo a sí mismo, pero, pese a su conversación previa, la situación de Eklund había cambiado con el descubrimiento del cadáver de Michelle Souliere. Cabía la posibilidad de que Eklund hubiera asesinado a Souliere. Y, aunque no hubiera sido él, se convertiría en sospechoso en cuanto Parker mencionara su nombre a la policía.

Y Ross también había insinuado que a Parker le convendría que la policía no se interesara por el paradero de Eklund. Pero Parker nunca había visto a Eklund. Su única relación con él era a través de Ross. Sólo podía concluir que Ross le estaba jodiendo vivo; Ross, un hombre que podía haberse convertido en un elemento díscolo dentro del FBI. Parker se preguntó cuál sería la pena por colaboración y complicidad en el ataque a una institución federal: seguramente larga, y se cumpliría en algún lugar sin vistas.

La puerta de la sala de interrogatorios —*eh, llamemos a las cosas por su nombre*— se abrió, y entraron Kohner y Rolde. Ambos llevaban bolígrafos y cuadernos, aunque la sala contaría sin duda con otros medios de grabación, así que las notas que tomaran serían simplemente para su propia información, o para aparentar. No le habían leído sus derechos dado que no estaba detenido, pero aun así tenía que hablar con Moxie Castin, aunque sólo fuera para informarle de que podía recurrir al principio de confidencialidad hasta donde le fuera posible y un poco más.

Kohner era una rubia bonita, y Rolde, apuesto como lo son los morenos. Tenían una edad similar, al menos una decena de años más jóvenes que Parker. Si decidían enrollarse, les saldrían unos hijos muy guapos.

Empezó el baile. Rolde le pidió a Parker que le volviera a explicar qué estaba haciendo en casa de Michelle Souliere. Parker le pidió hablar con Moxie Castin. Kohner intervino para recordarle que no estaba detenido y por lo tanto no le hacía falta ningún abogado. Parker a su vez señaló —como ya había explicado antes de que lo subieran a un coche y lo llevaran hasta allí— que había sido contratado para una actividad profesional a través de un abogado y que estaba obligado a aclarar con el señor Castin qué se le permitía

decir sobre el cliente. Siguió un breve debate sobre la naturaleza del derecho de confidencialidad, pero Parker se mantuvo en sus trece. Finalmente, le llevaron hasta un teléfono y le permitieron llamar a Moxie. En cuanto se identificó a la secretaria, ésta le pasó al abogado, algo que Parker interpretó que podía ser tanto una buena como una mala señal.

—Tú —dijo Moxie de buenas a primeras— eres un hombre conflictivo y problemático, y tu trabajo te relaciona con individuos de dudosos principios y actitudes rastreras. Y me parece que ya sabes de quién estoy hablando.

—¿Te ha llegado la documentación?

—Me ha llegado un montón de documentación, y todavía no tengo muy claro qué significa todo esto. Lo que sé es que no nos servirá de nada ante un tribunal, pero contiene las suficientes tonterías y ambigüedades para mantener entretenidos a expertos en jurisprudencia durante semanas, puede que meses. Por si sirve de algo, hasta que alguien empiece a tirar de los hilos apropiados, este bufete te ha contratado para un tercero con el fin de realizar pesquisas relativas a la desaparición de una tal Claudia Sansom y el posterior descubrimiento de sus restos en una tumba a ras de suelo. Y, a su vez, este bufete ha sido subcontratado por el FBI para hacer un seguimiento, comillas: «a tu discreción», cierra comillas, de todas las pistas y contactos de interés relativos al caso Sansom.

—¿Eso explica por qué Sansom entra en la jurisdicción del FBI?

—La mujer desapareció en Massachusetts y se la encontró en New Hampshire. La geografía está de nuestra parte.

Parker tuvo que reconocer que había sido un movimiento inteligente por parte de Ross. Le permitiría explicar, de ser necesario, cómo había acabado ante la puerta de Souliere, y mencionar a Eklund sin admitir que éste fuera objeto de investigación. Eklund había proporcionado ayuda profesional a Oscar Sansom. También había hablado con Souliere. Parker simplemente había intentado aclarar si Souliere sabía algo sobre el caso de Sansom. No hacía más que lo que cualquier buen investigador, policial o privado, haría:

seguir todas las pistas, volver a interrogar a todos los testigos, aunque sólo fuera para descartar sus testimonios por irrelevantes.

—¿Qué sabes de Angel y Louis? —preguntó—. ¿Se han puesto en contacto contigo?

—¿Tus amigos pirados?... No. ¿Tendrían que haberlo hecho?

Kohner apareció en el pasillo y se dio unos golpecitos en el reloj. Se le había acabado el tiempo.

—Creo que tenemos que proteger a un hombre llamado Tobey Thayer. Les pedí que se encargaran de ello.

—Podrías informar a la policía.

—También cabe la posibilidad de que esté equivocado.

—Aun en ese caso.

—Es muy complicado.

—¿Quieres decir que el FBI está implicado?

—Justamente.

—Llamaré a Angel y a Louis. Cuando sepa algo más, te llamo. Supongo que la policía de Waterbury se ha quedado con tu teléfono, ¿no?

Parker le dio los nombres de los dos detectives para que Moxie supiera con quién ponerse en contacto.

—Llámame —dijo Parker.

—Lo haré —dijo Moxie—. Y procura no acabar encerrado ahí. Cobro el kilometraje de mis desplazamientos.

Le llenaron de nuevo la taza de café. Parker se olvidó por el momento de Angel, Louis y Tobey Thayer, y se concentró en las preguntas que le estaban haciendo. Kohner fue la que más habló, mientras que Rolde intervenía cuando lo creía conveniente. Puede que parecieran pulcros y limpios, pero también eran listos. Cuando acabó de contarles lo que sabía de Eklund, Parker se dio cuenta de que se olían algo, pero no sabían qué. Ayudaba que a Parker no le hiciera falta mentir, salvo por omisión. Cuando se vio pisando terreno



traicionero —por ejemplo, cuando Rolde preguntó por qué había hecho un viaje tan largo hasta Connecticut para entrevistar a una mujer que no parecía tener una relación directa con el caso en cuestión si una simple llamada telefónica le habría bastado—, remitió a los detectives a Moxie Castin.

—¿Así que, en todo esto, usted simplemente hacía lo que le pedía el señor Castin? —preguntó Kohner.

—Eso es.

—Cumplía órdenes —dijo Rolde.

—Pero no al estilo nazi.

—¿Es ése uno de sus principios?

—Si lo es, tampoco supone nada del otro mundo.

—Señor Parker, sabemos exactamente quién es usted y a qué se dedica. También estamos al tanto de que ningún organismo de las fuerzas de la ley ha recibido jamás una respuesta directa suya a ninguna pregunta. Parece alérgico a la transparencia.

—A lo mejor estoy pasando página con ustedes —dijo Parker—. Tienen que creer en la capacidad de un hombre para cambiar y para evolucionar como persona.

Kohner resopló. Fue un gesto casi bonito, aunque grosero.

—Háblenos de Jaycob Eklund —dijo Rolde.

Otra vez con Eklund. Rolde, en opinión de Parker, había pasado de «listo» a «demasiado listo para lo que le convendría». El único consuelo es que el sistema acabaría quitándole tanta tontería.

—No sé gran cosa sobre Eklund, aparte de lo que he descubierto siguiendo sus pasos.

—¿Sabía que se le considera desaparecido?

—Nunca he hablado con él.

—Eso no responde la pregunta.

—Sólo sé que hace tiempo que no está por aquí.

—No se le ha visto en su casa ni en su despacho desde hace más de una

semana. No contesta las llamadas. No ha vaciado el buzón. Pero durante ese tiempo, curiosamente, la recepcionista del edificio donde tiene su despacho recordaba que la había llamado para pedirle que dejara pasar a dos hombres en cuanto llegaran. Lo raro es que Eklund no parece haber estado, de hecho, en el edificio cuando hizo la llamada. ¿Le da que pensar, señor Parker?

—Me da que pensar que han estado trabajando a fondo mientras yo estaba aquí sentado solo.

—Como ya se ha comentado, no creo que esté siendo muy comunicativo con nosotros. ¿Está buscando a Jaycob Eklund, señor Parker?

—Estoy investigando la desaparición y la muerte de Claudia Sansom. Eklund era una persona próxima a su marido. Como parte de mi investigación, me interesaría hablar con él. Hasta ahora no es que haya tenido mucha suerte.

—¿Ha estado últimamente en el edificio de oficinas de Eklund?

—Hice pesquisas sobre él, como ustedes.

—¿Accedió a su despacho con engaños?

—No —mintió Parker. Que tuvieran suerte si pretendían rastrear la llamada que supuestamente había hecho Eklund; además, no había infringido ninguna ley al entrar en el edificio, al menos ninguna que pudiera probarse. Sólo cuando llegó a la puerta del despacho de Eklund empezaban los problemas.

—¿Está seguro de eso?

—Sí.

El edificio del despacho de Eklund era un negocio barato, con una cobertura mínima de cámaras de seguridad, y apostaría dinero de su propio bolsillo a que la joven recepcionista no podría identificarle concluyentemente si la policía le enseñaba una fotografía. No le hacía gracia mentir a los detectives, pero era la primera mentira de verdad que se había visto obligado a contar, y una apuesta controlada. Si admitía ese delito, podía acabar manteniendo otra torpe conversación en otra eufemísticamente llamada «sala de entrevistas», esta vez con el Departamento de Policía de Providence.

—¿Podría haber matado Eklund a Michelle Souliere? —preguntó Kohner.

—No se me ocurre ningún móvil para que lo hiciera —dijo Parker, lo que era cierto, pero eso no significaba que Eklund no fuera sospechoso.

Vio que Kohner y Rolde se sentían cada vez más frustrados. Al menos, podrían decir que no había defraudado sus expectativas.

—Ya sé que no lo parece —dijo—, pero estamos en el mismo bando. No protejo a Eklund. No sé dónde está. Si doy con él, informaré al señor Castin, y él, a su vez, pasará los detalles a las fuerzas del orden. Ninguno de nosotros tiene el menor interés en obstruir el curso de la justicia.

Kohner resopló de nuevo, esta segunda vez no le salió tan bien. Miró a su compañero y éste se encogió de hombros. Parker no había cometido ningún delito en la ciudad de Waterbury ni en el estado de Connecticut, siempre que se pasara por alto la cuestión de las mentirijillas que le había contado a la policía, y otros pecados de omisión. No podían retenerle y lo sabían, pero eso no significaba que la perspectiva de soltarle les hiciera gracia.

—En ese caso, supongo que puede irse —dijo Kohner.

Ella le condujo hasta la puerta y se la abrió. Rolde se quedó donde estaba mientras Kohner le acompañaba fuera del edificio. De camino, ella dijo en voz baja:

—De verdad, entre nosotros, ¿qué coño pinta aquí?

Parker no cambió el paso, pero le pareció que merecía la pena dejar algunos puentes intactos en Waterbury.

—Busco a Eklund.

—¿Es sospechoso de algún crimen?

—No lo era hasta que vi el cadáver de Michelle Souliere.

—¿Castin será sincero con nosotros?

—Es abogado: no podría ser sincero ni aunque lo ataran a un potro de tortura. Pero es uno de los buenos. Les contará lo que pueda.

—¿Y usted?, ¿será sincero?

Parker hizo una pausa. Estaban ante la última puerta, que daba al vestíbulo principal.

—No quiero que lo que le pasó a Michelle Souliere quede sin castigo.

—En ese caso, supongo que así será, ¿no? —dijo Kohner.

—Supongo que sí.

A Parker le devolvieron el móvil y el arma. Connecticut no tenía acuerdo de reciprocidad para reconocer las licencias de armas de Maine, pero Parker disponía de licencias de no residente para la mayoría de los estados. Su arma no era un problema, pero Kohner le había avisado de que comprobarían su situación legal, sólo para asegurarse. La noticia no le hizo sentirse muy querido en Waterbury.

Nadie se había ofrecido a llevarle de vuelta hasta su coche, que seguía aparcado cerca de la casa de Michelle Souliere. No suponía demasiada molestia: el edificio del Departamento de Policía de Waterbury estaba en East Main, y desde donde se encontraba casi veía la aguja de la iglesia de St. Anne en South Main, sólo tenía que cruzar la Yankee Expressway. Podía volver a casa de Souliere a pie, pero tampoco habría matado a Kohner o a su compañero ahorrarse la caminata.

Todavía llevaba el móvil en la mano, y estaba a punto de llamar a Angel y a Louis cuando vio el coche. Era un Chrysler Imperial de 1966, negro, en perfecto estado. Durante un instante, Parker temió que le hubieran dado un golpe en la cabeza y que no tardaría en encontrarse con una versión alucinada del Avispón Verde delante.<sup>1</sup> Entonces la ventanilla tintada del copiloto se bajó, y supo, por si no se había dado cuenta ya, que ése iba a ser uno de esos días en los que estaba condenado a no tener un momento de respiro digno de ese nombre.

Madre iba sentada en la parte de atrás.

Parker miró su móvil. Quería hablar desesperadamente con Angel y Louis, pero no parecía aconsejable hacer esperar a Madre, aunque ella ni siquiera

hubiera mirado todavía hacia donde estaba él, y si la brisa fría que entraba por la ventanilla abierta la molestaba, no lo había dejado ver. Con todo, la implicación era obvia: se requería su compañía. Al menos, pensó Parker, así ya tenía quien lo llevara.

El conductor se apeó en cuanto Parker se acercó. No lo reconoció, no formaba parte del séquito de Philip en Providence. Un hombre corpulento de cincuenta y tantos. Parecía un gorila de la vieja escuela, el tipo de hombre que había propinado tantas palizas y transmitido tantas amenazas a lo largo de su vida que ya no podía ni tomar la comunión sin parecer intimidante. Extendió una mano semejante a una pala y esperó. Lentamente, Parker se sacó la pistola, expulsó el cargador y las balas de la cámara, se metió la munición en el bolsillo de la chaqueta y volvió a guardarse el arma en la funda.

—Eso es todo lo que voy a darte —dijo. «Y es más de lo que me gustaría», podría haber añadido.

El conductor miró a Madre buscando la confirmación de que con eso bastaba y ella se la dio con el más leve de los asentimientos. Abrió la puerta para que subiera Parker y la cerró antes de volver a sentarse al volante. La ventanilla se cerró y el coche se apartó del bordillo. El interior olía levemente a cuero viejo y al perfume de Madre.

—Pensé que le gustaría que le lleváramos de vuelta a su vehículo —dijo Madre.

—Mientras el viaje de ida y vuelta de trescientos setenta kilómetros no le pille muy a contramano.

En el retrovisor, los ojos del conductor se desviaron hacia Parker, como si le avisara contra inapropiadas exhibiciones de humor en compañía de Madre.

—Me enteré de lo de la señora Souliere —dijo Madre—. ¿Tuvo ocasión de hablar con ella antes de que muriera?

—No.

—No importa. No estoy segura de que hubiera descubierto mucho más gracias a ella de lo que Eklund ya sabía.

Lo que le confirmó a Parker que Madre, o alguien cercano a ella, había revisado el material de la casa de Eklund antes, o poco después, de que Parker realizara su propio registro de la casa con Angel; seguramente antes, dado que Madre no le parecía el tipo de persona a la que le gusta jugársela en el último momento. Dudaba que le hubiera confiado esa tarea a Philip. Éste lo habría dejado todo hecho un caos.

Parker vio cómo se alejaban de Waterbury. Tenía ganas de darse una ducha. Estar encerrado en una sala de interrogatorios, tanto daba en calidad de qué, siempre le hacía sentirse sucio. Tal vez se trataba de algo que emanaba de los poros debido a la tensión, o tal vez era porque tenía a tres personas muy cerca en un espacio en el que muchos otros habían sudado antes que ellas.

—Por cierto, todavía no estoy seguro de cómo debo llamarla —dijo.

—¿Disculpe?

—Como le he dicho antes, me cuesta dirigirme a usted como «Madre».

Sabía cómo se llamaba gracias a Ross, pero no quería confirmarle que había hecho pesquisas sobre ella, aunque la anciana debía de saber que lo había hecho.

—Eso no importa —le respondió ella—. No vamos a ser amigos.

Parker intentó no parecer dolido. Le resultó más fácil de lo que había supuesto, y había supuesto que sería muy fácil.

—Bien, ¿hasta dónde han avanzado sus investigaciones? —preguntó Madre.

—Están en marcha.

—No se haga el gracioso, señor Parker. No tengo paciencia para eso.

—La última vez que miré, no trabajaba para usted.

—La última vez que nos vimos, usted rechazó mi oferta de empleo, y le advertí que observaría con interés sus actividades. Mis obligaciones para con el señor Webb siguen vivas y por tanto también le afectan a usted.

Parker se rindió.

—Creo que en alguna parte hay individuos relacionados con los Mártires de Capstead, o los Hermanos, o como sea que usted o cualquier otro quiera

llamarlos —dijo—. Por alguna razón, no quieren que la gente escarbe en su historia, y por eso ha sido asesinada Souliere. Si Eklund está muerto, murió por la misma razón. Si no lo está, es posible que él haya matado a Souliere. Mientras siga desaparecido, o bien yo, o bien la policía, lo consideraremos sospechoso.

—¿Usted no cree que la matara?

—Parece improbable.

—¿Y qué ha averiguado del hermano del señor Webb y su familia?, ¿qué relación pueden tener con esos Hermanos?

—Si aceptamos que Michael MacKinnon está muerto, entonces en su caso seguramente fue mala suerte, y en el de su mujer y su hijo se trató de un castigo. Ella no dejó de buscar a su marido, y ellos querían impedirlo. Pero todavía no entiendo por qué fueron contra alguien que no suponía una amenaza. Si mataron a MacKinnon, su muerte les ha causado más problemas de los que ha evitado.

»Y hay mucha gente desaparecida: MacKinnon, Eklund, incluso Claudia Sansom, al menos hasta que aparecieron sus restos. A lo que hay que añadir que Eklund había marcado varias desapariciones más como merecedoras de interés. Con que sólo una cuarta parte de ellas implicara a los Hermanos, ya supone una cifra importante, e indica intencionalidad. Cuesta acusar a alguien sin un cadáver, aunque han dejado algunos a su paso.

Había mencionado deliberadamente a Claudia Sansom para ver qué decía Madre.

—¿Usted cree que hay alguna relación entre Claudia Sansom y los demás?

Así que Madre estaba al tanto de quién era Claudia Sansom, y eso le confirmaba que había revisado a fondo los archivos de Eklund.

—Eklund es la conexión.

—Pero Eklund no descubrió ninguna aparición en su caso. No hay fantasmas en nada que tenga que ver con Claudia Sansom.

Parker estuvo tentado de corregirla. Según su experiencia, había fantasmas



en todas partes, aunque raramente de los espeluznantes. Pero se dio por contento con decir:

—Ella era importante para Eklund, y todo lo que fuera importante para él, lo es para mí.

Hacía mucho que habían dejado atrás la casa de Souliere, y el conductor se dirigía al sur en paralelo al río Naugatuck. Parker esperaba que girara hacia el norte antes de salir del estado, si no, el camino de vuelta paseando hasta su coche desde el edificio del Departamento de Policía de Waterbury se presentaba bastante negro. Aunque fuera hacía un tiempo desagradable, Parker intentó, sin conseguirlo, bajar la ventanilla de su lado. En el ambiente cerrado del coche, el aroma de Madre estaba pasando de empalagoso a nauseabundo. Pero incluso cuando el olor se intensificaba, también lo hacía el hedor de lo que el perfume pretendía ocultar. Madre hedía a sudor, vómito y enfermedad, aunque no estaba claro si el olor emanaba de ella misma o de su ropa. Parker tenía la terrible sospecha de que, en su mayor parte, procedía de su ropa. De cerca, veía manchas en su vestido: comida, lo que podría haber sido aceite o grasa, y otros fluidos que no eran identificables sin la ayuda de un laboratorio, pero casi con certeza tenían un origen corporal. Si no eran de ella, entonces procedían de Caspar Webb. ¿Cuánto tiempo había llevado puesto ese vestido?, ¿desde la muerte de Webb? Tal vez sólo se lo ponía en ocasiones especiales. Parker tuvo que contener el impulso de apartarse más de ella o de romper el cristal. Optó por respirar por la boca e intentó no prestar atención a la peculiar naturaleza de los olores.

—Todavía no me ha dicho quién le contrató para buscar a Eklund —dijo Madre—, aunque tengo mis sospechas.

—No voy a confirmárselas.

—Julian podría obligarle.

Hizo un gesto hacia el conductor, que de nuevo fulminó a Parker con la mirada desde el retrovisor.

—¿Julian? —dijo Parker—. ¿Se llama así de verdad? No me extraña que

parezca tan desdichado.

Julian sonrió. No fue una sonrisa agradable. Si Madre le aflojaba la correa, era probable que causara algún daño, pero Madre no siguió por ahí, y dejó que Julian —o Julie, como Parker lo llamaba ahora, aunque en silencio— se fuera calmando.

—Sí tengo una pregunta para la que necesito una respuesta sincera —dijo.

—Haré cuanto pueda.

—¿Qué le ha contado al Departamento de Policía de Waterbury sobre el señor Webb, o sobre mí y mi hijo?

—Nada. A ustedes no se les ha mencionado. A no ser, claro, que usted ordenara matar a Michelle Souliere, en cuyo caso probablemente alguien se habría encargado de que saliera a relucir.

—Me alegra saber que nos ha mantenido al margen de su conversación.

Parker no se tomó la molestia de contarle que le había referido todo sobre sus circunstancias a Ross, dado que no era ésa la pregunta que ella le había hecho. También reparó en que la anciana no había reaccionado a la segunda parte de su respuesta.

—¿Y Michelle Souliere? —preguntó Parker de repente.

—Creo que ya sabe que no tuve nada que ver.

—¿Y su hijo?

Fue como ver sacudirse un iceberg a causa de una colisión invisible en las profundidades del océano.

—A mi hijo nada de esto le importa tanto para implicarse.

—¿Y qué le importa?

—Su reputación.

Madre mantuvo la cara vuelta hacia otro lado mientras lo decía, aunque Parker podía ver su reflejo en la ventanilla. Mostraba una expresión que había visto antes: el amor emponzoñado por la decepción.

—No sabía que tuviera una reputación.

—Eso sería parte del problema.

—¿Y usted le importa?

—Él me ama.

—Lo que sería otra parte del problema.

—El amor abarca una multitud de pecados.

Julian entró en un solar que daba al río y detuvo el coche. A Parker no le hizo ninguna gracia. A Julian le bastaba con darse la vuelta con una pistola en la mano, y así se habrían acabado todas las preocupaciones de Parker. El armazón del Chrysler amortiguaría la mayor parte del ruido, con silenciador o sin él. Con munición de baja velocidad o de punta hueca, su muerte ni siquiera dejaría una mancha en la tapicería. Pero Julian mantuvo las manos en el volante y la mirada fija en el río.

—Estoy preocupada por Philip —dijo Madre.

—Por favor, no me malinterprete —respondió Parker—, quiero decir que no crea que no lo digo en serio, pero sí él fuera hijo mío, yo también estaría preocupado.

—Tenemos problemas pendientes. Es importante que se nos conceda el tiempo y el espacio para resolverlos.

—Sin la policía haciendo preguntas incómodas, se refiere.

—Sin nadie haciendo preguntas incómodas.

—Caspar Webb era un criminal y usted se dedica a deshacerse de un imperio delictivo. Nada de lo que haga pasará inadvertido. Mucha gente siente curiosidad por ver qué sucederá a continuación.

—¿Incluida la persona que le paga?

Ella se volvió para mirarle de frente y él la miró directamente a los ojos mientras respondía. Estaba harto de la compañía de Madre. Cambió de postura. Si Julian hacía un movimiento que no le gustaba, podría darle un golpe en la sien que lo aturdiría el tiempo suficiente para hacerle algo peor acto seguido.

—A la persona que me ha contratado sólo le preocupa Jaycob Eklund —dijo Parker—. Podría decir que ve la imagen general, y Eklund forma parte de

ella. Usted y su hijo, no. Como tampoco Caspar Webb. Como él, usted morirá, y su hijo morirá, y todos caerán en el olvido. Su estanque se está secando, pero su hijo no es lo bastante listo para darse cuenta. Sólo se percatará cuando esté jadeando en el barro, pero yo no estaré ahí para verlo. Si tiene suerte, usted tampoco. Pero, al final, no importará, nada de todo eso importará.

Dejó de hablar, pero siguió atento a Julian, aunque las manos del conductor no se habían apartado del volante.

Cuando Madre le dio una respuesta, no fue la que él había imaginado.

—Bien —dijo.

Dio unas palmadas en el respaldo del asiento del conductor. Julian dio la vuelta y se dirigieron de regreso a South End, hasta detenerse al final de la calle de Souliere. El coche de Parker seguía justo al otro lado del cordón policial, rodeado de camiones de televisiones y mirones. Estaba casi seguro de que nadie de los medios locales tendría la menor idea de quién era, pero procuraría mantener la cabeza gacha, por si acaso.

Julian se bajó y abrió la puerta de Parker.

—Cuando descubra lo que le pasó al hermano del señor Webb y a su familia —dijo Madre—, le agradecería que me llamara y me informara.

—Si lo descubro.

—Tengo fe en usted, señor Parker —dijo—. Aspira a la plenitud.

La puerta se cerró. Julian le dedicó una última mueca como quien desea mala suerte, luego se sentó de nuevo y se alejó en el coche. Parker volvió a colocar la munición en su arma, que enfundó antes de llamar por fin a Angel y Louis.

Fue Angel el que contestó.

—Soy yo —dijo Parker—. ¿Cuál es la situación?

Al fondo oía sirenas, y una mujer gritando.

—Bueno —dijo Angel—. Tengo buenas y malas noticias...

Sumner siempre se había considerado un hombre organizado y racional; costaba mantenerse en primera línea del negocio de la construcción si no eras así. Por otro lado, a veces le resultaba difícil encontrar el equilibrio entre el mundo físico de la madera y el cemento, con sus metros, centímetros y ángulos, y una existencia que incluía la presencia de fantasmas. Nunca había matado a nadie, pero era cómplice por parentesco de más muertes de las que se molestaba en contar, y estaba a punto de implicarse directamente en al menos una más. A qué cosas más raras, pensaba, podía adaptarse la mente humana de ser necesario.

Sumner estaba ahora detrás del volante del Blazer. A su lado, Richard tarareaba para sí y se balanceaba emocionado en su asiento. Sumner creía que Richard ocultaba mucha rabia dentro. Aunque era bueno que hubiera encontrado una válvula de escape para esa rabia, su obvio entusiasmo ante la perspectiva de convertir a Tobey Thayer en su segunda víctima indicaba que simplemente había cambiado sus viejos problemas por unos nuevos.

Thayer vivía lejos, en las afueras de la ciudad, en una casa grande y aislada, apartada de la carretera y rodeada de árboles y arbustos para tener más privacidad. Las verjas dobles de hierro forjado ornamentado estaban abiertas cuando las franquearon, y vieron un corto camino de entrada que conducía hasta la casa. Sumner, cuya propia casa tenía el tamaño justo para cubrir las necesidades de los cuatro miembros de su familia, contempló la de Thayer y concluyó que era justamente el tipo de casa en la que habría esperado encontrar a alguien que hacía anuncios cutres para muebles de saldo: calculó que tenía, como mínimo, seis dormitorios, y tantos cuartos de baño que podría

cagar una vez al día durante una semana entera sin usar dos veces el mismo retrete. Había dos coches aparcados delante, y a la derecha vio un garaje independiente para dos vehículos, con las puertas cerradas.

Por una semblanza que había aparecido en un periódico, sabían que Thayer y su mujer vivían ahora solos. Thayer había contado que sus hijos se habían ido de casa y que tal vez había llegado la hora de plantearse trabajar menos. Mencionaba vagas aspiraciones de visitar Europa, o incluso Asia, que nunca llegarían a concretarse, no si de Richard y Sumner dependía. Sin embargo, Thayer no hacía referencia en ningún momento a las habilidades que habían conducido a la muerte a sus puertas. Era, por lo que se veía, un hombre de negocios más con una esposa que se había visto obligada a elegir, al llegar a la madurez, entre su cara y su cuerpo, y había optado, a juzgar por las fotografías que acompañaban el reportaje, por el cuerpo. Se la veía bien de cuello para abajo —un poco escuálida para el gusto de Sumner, y con el tipo de venas marcadas en los brazos que a él le habría dado repelús tocar—, pero sus rasgos faciales tenían el aire demacrado y ávido de alguien que se ha pasado mucho tiempo deseando poder comer más.

Thayer le había devuelto la llamada a Sumner hacía un cuarto de hora. Parecía estar acatarrado, aunque él afirmó que se trataba de gripe, cosa que Sumner, que no era médico, podría haberle cuestionado. Sumner había pasado una auténtica gripe hacía un par de años, había tardado una semana en recuperar las fuerzas para levantarse de la cama, y nunca se le habría pasado por la cabeza llamar a un desconocido para venderle un par de piezas de muebles astillados. Al menos, la llamada les había confirmado que Thayer estaba en casa. En un mundo ideal, su mujer habría salido para ir a algún sitio cuando fueran a por él, pero, vistos los coches que había en la entrada —un Lexus y un biplaza descapotable BMW Z4, típico coche de mujeres—, parecía que estaba en casa con su marido.

A Richard no le inquietaba la presencia de la esposa. No tenía ningún problema en matarlos a los dos, le aseguró a Sumner, y eso no hizo que éste

mejorara su opinión sobre el funcionamiento de la mente de su acompañante. Sumner sugirió que esperaran hasta el anochecer para entrar, pero Richard señaló que la pareja estaba en la casa en ese momento, y que los árboles y arbustos les ocultaban bien de la carretera. También apuntó que cuanto más permanecieran en la zona, más riesgo corrían de que alguien se fijara en ellos, lo que a Sumner le pareció sensato, e indicaba que Richard, al fin y al cabo, tal vez no estuviera pirado del todo.

Así que se tomó la decisión: matarían a los Thayer temprano, y acabarían de una vez.

Tobey Thayer colgó el teléfono después de manifestarle al hombre que estaba al otro extremo de la línea que lo sentía mucho por sus recientes pérdidas en el incendio, y le aseguró que al cabo de un par de días se habría recuperado y se comprometía a satisfacer todas sus necesidades con respecto a los muebles de saldo. Estaba vestido, sentado en su estudio, donde veía una película, sin prestar mucha atención, mientras sumaba pañuelos de papel llenos de mocos a la pila que ya se acumulaba en la papelera a sus pies.

Sentía que iba a tener dolor de cabeza, y no sólo a causa de la congestión nasal. Le hormigueaban los dedos de las manos y los pies, y tenía un regusto metálico en la boca. La habitación daba vueltas a su alrededor, y el teléfono sonó de nuevo, salvo que esta vez no oyó el pitido electrónico de siempre, sino un sonido más antiguo que recordaba de su infancia: el doble campanilleo del antiguo teléfono negro de disco de su padre.

Descolgó. Oyó olas que rompían y, a lo lejos, a una mujer cantando. Al instante se vio transportado a un dormitorio del pasado, en el barrio de Fishtown de Filadelfia, donde había vivido durante generaciones la familia de su padre, cuyos antepasados más antiguos se contaban entre los germano-estadounidenses que compraron los derechos de pesca del río Delaware a finales del siglo XVIII. No obstante, su madre era de ascendencia inglesa, un legado que la había mantenido aparte en un barrio de mayoría católico-

irlandesa. Ella le había seguido cantando nanas incluso cuando ya era demasiado mayor para arrullos, y era ella la que le cantaba ahora, a través del tiempo, el espacio y la muerte:

*No temas el ruido de la brisa  
que arrastra las hojas contra la puerta.  
Que no te asuste el susurro de los mares  
ni las olas solitarias llegando a la orilla.*

Dios, recordaba esa nana, era *Sleep My Baby*. Su madre solía arrullarlo con ella de niño, y se sintió abrumado por la más desoladora sensación de pérdida y anhelo. Se encontró llamando a su madre, pero como respuesta sólo recibió el sonido del mar, y la voz que se desvanecía, perdiéndose, y ya no supo si seguía oyendo las palabras o sólo llenaba los vacíos de su memoria:

*Duerme, hijo mío, no hay nada aquí,  
mientras reposas en mi pecho,  
los ángeles sonríen, no tengas miedo,  
los ángeles benditos guardan tu sueño. <sup>1</sup>*

Ella se fue desvaneciendo hasta desaparecer por completo. Las olas que rompían en la orilla se convirtieron en un chirrido electrónico en sus orejas. El terror sustituyó a la soledad, porque el significado de la canción no radicaba en sus palabras de consuelo, sino en el énfasis que había puesto en «temas» y «asuste».

Algo se acercaba, pero no serían ángeles que guardaran su sueño.  
Y entonces llamaron a la puerta.



Sumner y Richard encontraron una carretera secundaria junto a la finca de Thayer. A lo lejos había otra casa que parecía una granja, aunque Sumner no vio rastro de ganado. A lo mejor los animales estaban a cubierto a causa del tiempo, pero lo que Sumner sabía de ganadería cabía en la palma de una mano. En cualquier caso, incluso desde lejos, la casa y las dependencias exteriores parecían deterioradas. Eso les iba bien.

Una vez que Richard y él se convencieron de que no habían atraído la atención de Madre, ni siquiera de manera superficial, dieron la vuelta en la carretera vacía, luego giraron a la derecha y condujeron por el camino de entrada de Thayer. Richard ya llevaba el arma en la mano: una Glock 19 con algunos accesorios que a Sumner, que sabía aún menos de armas que de ganadería, le parecieron exagerados, y sin duda habrían hecho difícil llevar el arma en otra cosa que no fuera la pequeña caja en que la traía Richard. El arma, le explicó Richard a Sumner, estaba equipada con una corredera Unity Tactical ATOM, una mira Trijicon RMR de punto rojo, y una linterna SureFire X300 Ultra WeaponLight, sobre la que Sumner comentó, sólo medio en broma, que quizá no le haría falta dado que iba a disparar a plena luz del día. El arma iba cargada con proyectiles de polímero-cobre que, según Richard, «desgarran el tejido blando pero no penetran en exceso».

*Dios santo.*

—Bueno, guárdala hasta que hayamos entrado en la casa —le dijo Sumner a Richard. Cualquiera que atisbara aquello en la mano de Richard se atrincheraría detrás de la puerta y llamaría a la policía o, posiblemente, abriría fuego preventivo.

Richard se había puesto un abrigo, y de algún modo se las apañó para meter la mayor parte del arma en uno de los bolsillos laterales. Se volvió hacia Sumner y sonrió.

—Te he traído ésta —dijo.

Rebuscó en otro bolsillo del abrigo y extrajo un pequeño revólver sin martillo. A Sumner le pareció un arma de chicas, sobre todo en comparación con la de Richard.

—No lo quiero —dijo Sumner.

—No vas a entrar sin nada en las manos.

—No sé disparar.

—Con éste sólo tienes que apuntar y apretar el gatillo.

—No lo has entendido: no *quiero* aprender a disparar.

—Escucha —dijo Richard—, es sólo para aparentar. Si los dos vamos armados, es más probable que Thayer y su mujer se estén quietecitos y obedezcan.

A desgana, Sumner cogió el arma. Brillaba y no pesaba casi nada.

—¿Qué es? —preguntó.

—Un Smith and Wesson Modelo 642. Cinco balas.

—¿Dónde está el cierre de seguridad?

—No tiene.

—¿No es eso peligroso?

—¿De verdad quieres que lo discutamos ahora?

Sumner concluyó que no.

—¿Debo mantener el dedo en el gatillo?

—Yo no lo haría. Ponlo fuera del guardamonte. Recuerda: es sólo para aparentar. Yo me encargaré de todo. —Richard le sonrió maliciosamente—. Todo va a salir bien.

A Sumner el corazón le latía desbocado. Estaba asustado, pero tenía que admitir que también emocionado.

Se detuvieron delante de la casa y Sumner dio la vuelta para dejar el coche

encarado hacia la puerta. Pasara lo que pasase a continuación, tendrían que irse deprisa, y no quería que le entrara el pánico y acabara chocando con la casa o con uno de los coches de Thayer. En el mejor de los casos, dejaría pruebas, y, en el peor, podía causar un daño que averiara el vehículo. Habían hablado de si Sumner debía limitarse a esperar en el coche mientras Richard se encargaba de los Thayer, pero llegaron a la conclusión de que sería mejor si ambos entraban en la casa, dado que dos hombres intimidarían más que uno. Pero, por si acaso, decidieron que dejarían el motor encendido.

Se bajaron del coche.

Caminaron hasta la puerta principal.

Llamaron al timbre.

Thayer oyó a su mujer bajando las escaleras para ver quién había llamado al timbre. Sólo poseía un arma, un revólver Taurus Public Defender que le había recomendado su cuñado, juez local jubilado. Nunca lo había disparado fuera del campo de tiro, y había dejado de llevarlo hacía años, después de contratar a una empresa de seguridad para que se hiciera cargo del transporte del dinero en efectivo del negocio. El arma estaba casi siempre en una caja de seguridad al fondo del armario del dormitorio porque su mujer detestaba verla.

Thayer intentó llamar a Laurie, pero tenía la maldita garganta atascada por la flema, y lo único que pudo emitir fue una especie de graznido. En cualquier caso, tampoco estaba seguro de qué le habría dicho, aparte de que no abriera la puerta. Ella estaba al tanto de su don. No le gustaba hablar de él más de lo que le gustaba pensar en el revólver del armario, pero comprendía que era real. Si él la avisaba de algo, ella le haría caso.

Fue trastabillando hasta la puerta de su estudio, se dio un doloroso golpe en la espinilla contra la esquina de una mesa, y llegó al pasillo en el instante en que su mujer alargaba la mano hacia la manija de la puerta principal. Tenían un sistema de seguridad con cámaras, pero no grababa. Se suponía que sí debía hacerlo, pero se había estropeado hacía un par de semanas, después de que cambiaran de empresa proveedora del servicio de internet, y Thayer no había encontrado el momento de llamar al tipo que lo había instalado para que se lo reparara. Había una pantalla en la cocina y otra en la planta de arriba, pero él no estaba cerca de ninguna de las dos. Así que sólo podía pensar que su mujer había mirado y había decidido que no pasaba nada si abría la puerta.

Pero sí pasaba. Él podía sentirlo.

La puerta era de madera maciza, con delgados cristales a cada lado. No vio a nadie.

Intentó hablar de nuevo.

Su mujer alcanzó la puerta.

Y el mundo de Tobey Thayer se oscureció mientras se desplomaba en el suelo.

Sumner y Richard llamaron al timbre por segunda vez y esperaron. Cuando nadie respondió al cabo de treinta segundos, Sumner empezó a ponerse nervioso. Thayer estaba dentro, tenía que estarlo. Tal vez su mujer y él habían salido al jardín y no habían oído el timbre. Si era así, no se le ocurría qué más podían estar haciendo. No hacía tiempo para dedicarse a la jardinería.

Se volvió hacia Richard.

—Iremos por detrás.

Thayer abrió los ojos. Estaba sentado contra la pared, con los pies estirados. Su mujer estaba arrodillada a su lado, mojándole la cara con un paño húmedo. A Laurie la reconoció, pero a los dos hombres que había detrás de ella, no. Uno era alto, negro, vestido con un traje que raramente solían llevar los clientes que pisaban el almacén de Thayer's Discount Furniture Sales, o cualquier tienda de saldos por el estilo. El otro, más pequeño y de linaje racial indeterminado, era la clase de hombre al que Thayer habría mandado a un guardia de seguridad para que lo vigilara nada más poner el pie en su tienda. Parecía alguien capaz de robarte un sofá ocultándolo debajo de la camisa mientras te dabas la vuelta.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Thayer.

—Me llamo Angel —dijo el hombre más pequeño.

Thayer parpadeó.

—Me parece —le dijo a su mujer— que me he dado un golpe en la cabeza.

Richard y Sumner estaban en el jardín de los Thayer. En la parte de atrás de la casa, la planta baja entera era una cocina con isla central y comedor, y una zona acristalada con sillas y sofás que daba al jardín. La mayor parte de éste era una extensión de césped rodeada de árboles adultos que protegían del viento.

Sumner se había puesto nervioso. No habían hecho nada para alarmar a los Thayer, al menos no hasta que empezaron a fisgonear por la parte de atrás de su propiedad, así que no sabía por qué se habrían retirado al interior de la casa y no habían abierto la puerta. Si habían despertado sus sospechas, casi

con toda seguridad la policía estaría de camino, y más valía que Richard y él pusieran toda la tierra de por medio que pudieran entre ellos y Greensburg, Pensilvania. Pero ¿por qué se habrían inquietado los Thayer ante la llegada de un coche a su camino de entrada? Si estuvieran tan paranoicos, las verjas de la finca no habrían estado abiertas de par en par.

A lo mejor los Thayer no estaban en casa y tenían más de dos coches. Si ése era el caso, Richard y él buscarían el modo de esconder su propio vehículo y esperar a que volvieran. Ésta podría ser su única oportunidad de ocuparse de Thayer. Sally les había mandado un aparentemente inocente mensaje de texto para informarles de que Michelle Souliere había muerto, y si Thayer no se había enterado ya de su asesinato, no tardaría en saberlo, y podría establecer una relación entre el asesinato de la profesora y la posibilidad de sufrir algún daño. No, había que solucionar el problema de Thayer lo antes posible. A Sumner no le hacía la menor gracia tener que enfrentarse a Sally y decirle que habían fallado, no después de que Kirk y ella hubieran conseguido asesinar a Souliere.

Richard atisbó movimiento en la casa: un hombre se desplazó desde las escaleras a una habitación a la izquierda, de la que no salió.

—Hay alguien dentro —dijo en voz baja.

A Sumner se le contrajeron los intestinos. Necesitaba un lavabo como nunca en su vida. Ahora entendía por qué los ladrones a veces se aliviaban en el suelo de las casas de la gente. No era tanto que se comportaran como cabrones, aunque sin duda algunos lo fueran: la llamada de la naturaleza era incontrolable.

Richard hizo un gesto hacia la puerta de cristal, y Sumner intentó accionar el pomo. La puerta se abrió bajo la presión de su mano enguantada. Dio un paso a un lado, dejando que Richard entrara primero. Richard sostenía la pistola aferrándola con las dos manos. A Sumner le dio la impresión de que el otro sabía qué estaba haciendo, y eso le tranquilizó un poco, porque Sumner se veía incapaz de matar a otro ser humano. Él no era como Richard. El Smith &



Wesson empezaba a pesarle en la mano. Sumner tenía ganas de deshacerse del arma.

En un último y fugaz destello de cordura, a Sumner se le pasó por la cabeza que nunca tendrían que haber aceptado participar en esto.

Richard había llegado al centro de la cocina.

Sumner, ya condenado, le siguió.

## Sexta parte

Espanta verlo, pero es el movimiento de las sombras, nada más que sombras. Hechizos y fantasmas, espíritus malignos que han sumido ciudades enteras en el sueño.

Maksim Gorki, «En el reino  
de las sombras» (1896)

Angel le explicó a Tobey Thayer por qué habían ido a su casa. Thayer no había visto nunca a Michelle Souliere, pero habían hablado por teléfono, y creía que le habría gustado pasar un rato con ella en persona, aunque sólo fuera para explicarle lo equivocada que estaba acerca de los caminos que comunicaban este mundo y el otro. Ahora ya no sería posible.

Su esposa y él estaban sentados en el estudio con Angel y Louis. Laurie había preparado café. Para un observador fortuito, la situación habría parecido casi normal.

—Veo cosas —dijo Thayer—. Supongo que es la mejor manera de expresarlo, aunque en realidad no describe del todo lo que experimento. Capto destellos, imágenes. A veces percibo colores, oigo sonidos, y tengo que extraerles el sentido.

—¿Nunca ve números de lotería? —preguntó Angel.

—No.

—Mierda.

—Sí. Pero predije el resultado de la Super Bowl en 1993. Dallas contra Buffalo, cincuenta y dos a diecisiete.

—Yo no tengo poderes psíquicos, pero también podría haberlo acertado —comentó Angel.

—Supongo que sí —dijo Thayer—. Es una pena que no me gusten los juegos de apuestas.

—¿Cuánto hace que sabe de la existencia de los Hermanos? —preguntó Louis.

—Tengo la impresión de haberlo sabido desde siempre. Los veía en sueños

cuando era más joven, pero hasta mucho más tarde no empecé a reconocer una pauta. Los atisbaba reflejados en un cristal, o en el agua. Tal vez estaba escribiendo cualquier cosa en un papel, en el trabajo, y luego me fijaba y descubría que había dibujado una cara o una casa. Empecé a llevar un registro de fechas y horas, y poco a poco pude relacionar algunas de mis visiones, o «ataques», como las llama mi mujer, con incidentes. Pero no es fácil. Nunca lo fue. En este país se cometen unos cuarenta asesinatos al día. Sería hasta difícil tener una visión y *no* descubrir que coincidió con algún asesinato en alguna parte. Y además, si empiezas a tener en cuenta las desapariciones, se vuelve una tarea imposible. No se trata de algo con lo que pudiera acudir a la policía, y este don no es de los que se comentan con los demás. Si pudiera encontrar el modo de librarme de él, lo haría. Sólo causa dolor.

—Y Eklund lo encontró —dijo Angel.

—A decir verdad, yo lo encontré a él. Leí algo que había escrito en un foro de internet hará un año, y me puse en contacto con él. Al principio, fui cauteloso, y él también. Casi suena como una cita, ¿verdad?

Louis levantó una ceja.

—Con la salvedad —se apresuró a añadir Thayer, sólo por si alguien lo había malinterpretado— de que no lo era. Entre los dos empezamos a avanzar. Establecimos lo que eran correspondencias casi sólidas y yo...

Hizo una pausa, y por la mirada que Thayer lanzó a su mujer, Louis y Angel tuvieron claro que se trataba de algo que no le había contado.

—Siga —dijo Louis.

Thayer dio un trago de café.

—Siempre había intentado amortiguarlo, o ignorarlo. Cuando tenía un ataque, solía quedarme tumbado un rato, o me distraía viendo la tele hasta que se me pasaba. Es como un músculo, no sé si me entienden. Si empiezas a utilizarlo, se desarrolla y se fortalece. Yo no quería que fuera más fuerte.

»Pero Eklund me convenció para que no me cerrara. Quería que profundizara, que encontrara pistas sobre la gente que hacía esas cosas. Y eso

es lo que hice.

—Oh, no —dijo su mujer.

Thayer no le prestó atención. Estaba quitándose ese peso de encima, quizá por primera vez. Ya no miraba a ninguno de los presentes. Fuera lo que fuese lo que veía estaba muy dentro de sí mismo y, al mismo tiempo, muy lejos.

—Empecé a buscarlos —dijo—. Esperaba a que Laurie saliera, y me sentaba aquí, en un espacio oscuro y silencioso, cerraba los ojos e intentaba relajarme. Era como si quisiera llamar a un sueño. Y a veces, si lo hacía bien, me encontraba caminando por calles en el crepúsculo, recorriendo una ciudad en sombras. Pero tenía que andarme con cuidado porque, en cuanto me abría, ellos empezaban a llamarme, todas las voces. Son muchos, y tú no quieres que entren en tu cabeza porque te volverán loco. Tienes que seguir moviéndote, y no hacerles caso, pero es difícil porque ellos sufren mucho. La mayoría sólo están perdidos, pero algunos...

Estaba temblando. Su mujer alargó los brazos, le puso las manos sobre las suyas y lo calmó.

—Algunos de ellos se esconden. Eso es lo que hacen los Hermanos: se están escondiendo.

—¿De qué? —preguntó Angel.

—Del juicio que les espera.

Louis sabía que ya deberían haber llevado a los Thayer lejos de su casa. Ahí corrían peligro, y estarían más seguros en un motel. Pero también comprendía que lo que estaba escuchando era importante. Parker querría que se lo contara, y si interrumpía a Thayer ahora, era posible que luego callara y no volviera a hablar más de ello, o no tan explícitamente.

—Cuando estás en ese sitio te sientes mareado —dijo Thayer—. No es para los vivos; ni siquiera para los muertos. Es una especie de limbo, una cámara entre los mundos. Está llena de grietas, fisuras y rincones oscuros, muy oscuros, lugares para ocultar y ocultarse. Ahí es donde se han aislado los

Hermanos. Ahí han construido su guarida, lejos de los que simplemente se han extraviado. Es una fortaleza, y es suya. Salen sólo si no les queda más remedio, cuando hay que matar en su nombre, y es entonces cuando yo capto destellos de los Hermanos a este lado. Pero ellos no sabían que yo podía verlos, no al principio. En nuestro mundo casi son ciegos, pero no en el suyo. Ése fue el error que cometí. No tendría que haber ido a buscarlos. Eklund se equivocó al pedírmelo.

»Porque ellos percibieron que llegaba, y ahora ya lo saben.

Era como caminar por una ciudad hecha de humo: así describió Thayer el lugar donde se ocultaban los Hermanos. Había casas, calles y edificios, pero parecían proyecciones sobre la bruma. Titilaban y sus contornos y dimensiones no eran estables. El cielo se veía rojo y las colinas a lo lejos apenas eran manchas de oscuridad recortadas contra el firmamento. Reconocía parte de la arquitectura, sobre todo en la línea del horizonte, que combinaba elementos de varias ciudades grandes americanas, y comprendió instintivamente que el paisaje había sido creado a partir de los recuerdos amalgamados de cuantos se movían por él. Por eso los mayores rascacielos tenían menos detalles que las casas pequeñas: éstas eran importantes e íntimas, mientras que aquéllos no eran más que el telón de fondo de la vida cotidiana.

La ciudad estaba poblada de espectros, figuras tan borrosas como el entorno por el que se movían. Algunas vagaban sin rumbo, pronunciando los nombres de los seres queridos, mientras que otras se sentaban en las ventanas y las puertas de las casas que habían evocado a partir de lo que podían recordar de sus antiguas vidas, y clavaban sus miradas vacías en la eternidad. Pero los niños eran lo peor: Thayer podía sentir su angustia, y no podía evitar reaccionar a ella. Cuando lo hacía, se volvían hacia él, con las manos extendidas, y cuando lo tocaban, notaba que le extraían su propia fuerza vital y era agudamente consciente que podría morir ahí. Al vendedor de muebles lo encontrarían sin vida sentado en una silla en su estudio, y su muerte se

atribuiría a un ataque al corazón, o a un derrame, pero la verdad sería otra, y nadie lo descubriría jamás. Tenía que soltarse de aquellas manitas y obligar a su otro yo, el que seguía en la silla, a despertarse. Volvía en sí repentinamente, como si lo espabilaran de golpe arrojándole agua fría. Sólo habían transcurrido un par de minutos, pero el miedo tardaba horas en remitir.

Ésa fue la primera vez.

—¿Y volvió allí? —preguntó Angel.

—Eklund me dijo que debíamos saber más. Tenía razón, supongo, pero él no sabía lo que suponía para mí entrar allí, o no quería saberlo. Lo único que le importaba era seguir el rastro de los Hermanos. Me convenció para que lo hiciera, por teléfono. Pero, a decir verdad, yo también sentía curiosidad. No fue sólo por Eklund. También fue culpa mía.

»La segunda vez exploré más a fondo y me acerqué a donde percibía que estaban ellos, pero cuando intenté volver, no podía. Había ido demasiado lejos, o quizás había pasado demasiado tiempo al otro lado. Fuera como fuese, no podía despertarme. Entonces reaparecieron los niños, y esa vez venían acompañados de adultos, pero que querían lo mismo que los pequeños. Creo que yo era como un faro, y pensaban que si me seguían podrían encontrar una vía de salida. Aunque no les pudiera ayudar a escapar, yo representaba la luz y el calor. Yo era *vida*.

»Me entró pánico, y eso me salvó. Cuando me desperté sentado en la silla, creía que estaba sufriendo un ataque. Me dolía el pecho y les juro que la cara se me había quedado violácea. Finalmente, reuní las fuerzas para arrastrarme hasta la cama. Cuando Laurie llegó a casa, le dije que no me encontraba bien. ¿Te acuerdas, cariño? Eso fue en diciembre.

—Me acuerdo —respondió ella. Dio la impresión de que su mujer tenía ganas de darle un mamporro en la cabeza por su estupidez, y sólo la presencia de los dos visitantes se lo impedía.

—Lo siento —dijo Thayer.

—No es para menos —replicó ella, pero Angel se dio cuenta de que no

apartaba las manos y seguía cogiendo las de su marido. Puede que pensara que era un idiota, pero era su idiota.

—¿Y se lo contó a Eklund? —preguntó Angel.

—Sí. Llegamos a un acuerdo: sólo iría a buscar a los Hermanos si él estaba conmigo, y pusimos un límite al tiempo que pasaría al otro lado. Vino aquí poco después de Año Nuevo, cuando Laurie se había ido a visitar a nuestra hija a Boston, e hicimos una prueba. Me senté en esta misma silla, con Eklund al lado, y viajé allá. Eklund me contó que supo cuándo me había ido porque se me abrieron los ojos, y, según dijo, era espeluznante: lo estaba mirando fijamente alguien que no lo veía. Contó hasta diez, y luego me trajo de vuelta.

—¿Cómo?

—Fue como despertar a alguien que duerme. Me zarandeó con fuerza, yo cerré los ojos, y cuando volví a abrirlos, estaba de vuelta aquí. Me sentía como Dorothy en *El mago de Oz*, pero sin los zapatos rojos.

»Así que, con Eklund para ayudarme, parecía más seguro que antes. Ya no dependía sólo de mí. Habría alguien más vigilándome. Acordamos que pasaría veinte minutos al otro lado, que era el doble de lo que había pasado jamás hasta entonces, pero ahora sabía adónde tenía que ir. Allí había desarrollado un sentido de la orientación, y recordaba la ruta que me llevaría a donde estaban.

—¿Y usted se fiaba de Eklund?

—No tenía motivos para dudar de él, y no me decepcionó. Cumplió su palabra.

Louis y Angel se dieron cuenta de que Thayer había empezado a temblar de nuevo. Era un temblor apenas perceptible en las manos, los brazos y la mandíbula, como un hombre en las primeras etapas del Parkinson, pero bastó para que su mujer le pusiera una mano en la cara en un intento de tranquilizarlo. Los ojos de Thayer se dilataron con una expresión desolada, como si se hubiera visto obligado a asomarse a una fosa repleta de restos de inocentes.



—Lo que pasó no fue culpa de Eklund —dijo—. Él no podía haberlo sabido. Ninguno de nosotros dos podría.

—Sabido... ¿qué? —preguntó Angel.

—Lo malvados que son.

Y entonces fue cuando sonó el timbre por segunda vez aquella tarde.

Sumner se quedó sin respiración en cuanto apareció el hombre, y tardó unos segundos en recuperarla después de que la figura se hubiera perdido en la habitación al otro lado del salón. Cuando soltó el aire, este salió en una exhalación que sonó como una ola rompiendo contra las rocas, e hizo que Richard le lanzara una mirada de advertencia. Sumner levantó una mano en gesto de disculpa, pero todo iba mal. El timbre funcionaba. Dentro de la casa lo habrían oído llamar dos veces, pero nadie había respondido.

Y alguien tendría que haberlo hecho.

Debían salir de ahí.

Ya.

Pero Richard había empezado a moverse.

Entró en la cocina.

Dejó atrás la mesa.

Dejó atrás la puerta.

Entró en el salón.

Desde detrás de las cortinas de un dormitorio de la primera planta, Thayer y Louis habían visto a los dos hombres alejarse de la puerta principal y desplazarse a la parte de atrás de la casa. Al fondo, Angel intentaba evitar que la mujer de Thayer fuera presa del pánico. Thayer veía con claridad las armas en las manos de los hombres de fuera, pero optó por no mencionárselo a Laurie, del mismo modo que tampoco le pareció oportuno comentarle el nuevo e inaguantable dolor de cabeza que acababa de abatirse sobre él con la fuerza de un ladrillo que le hubiera caído en pleno cráneo. Ella ya se había cabreado

con él por abrir la caja fuerte y sacar el Taurus, sobre todo cuando olió el aceite y supo que lo había estado manteniendo limpio, por si acaso.

—¿Los reconoce? —preguntó Louis.

—No —dijo Thayer—, pero son de los Hermanos. Créame.

Louis no veía motivos para no creerle. Cabía la posibilidad de que fueran los mismos que habían asesinado a Michelle Souliere. De ser así, participaban en una metódica operación de limpieza. Se maldijo por no haber sacado antes a Thayer y a su esposa de la casa. Había permitido, pese a sus reticencias, que la esposa de Thayer llamase a la policía. La policía implicaba preguntas, y a Louis no le gustaba tener que responderlas, sobre todo las del tipo que planteaban las fuerzas del orden. Ya le había pedido a Angel que le entregara su arma: la vista en los juzgados de Nueva York estaba fijada para dentro de una semana, y Louis no quería complicar las cosas con otra arma. Él, por el contrario, nunca había sido acusado de un delito, pese a haber cometido los suficientes para pasar diez cadenas perpetuas en prisión. El arma que sostenía en la mano estaba registrada, y su documentación en orden. Sin embargo, eso no hacía más atractiva la perspectiva de ser objeto del interés policial.

—No me malinterprete —dijo Thayer—, pero ¿de qué lado de la ley están ustedes?

—Eso depende, pero casi siempre del otro lado.

—Eso me ha parecido cuando le ha pedido a su amigo que le diera el arma.

—No se preocupe por eso —dijo Louis—. Es nuestro trabajo.

—No, en mi casa, no.

—No creo que esos hombres vayan a darnos muchas opciones.

—Se equivoca. Yo puedo elegir. Quédense aquí con mi mujer. Manténganla a salvo por mí.

—Señor Thayer...

—Caballero, no hay nada que discutir.

Louis miró el arma que sostenía Thayer en la mano derecha. Los temblores de antes no habían cesado del todo.

—Hagamos un pacto —dijo Louis—. Usted vaya delante y yo le cubro.

Convinieron en hacerlo así, pero Louis sabía que esto sólo podía acabar de dos maneras: con los hombres de fuera detenidos o muertos. Su prioridad era que Thayer saliera ileso.

Porque Parker querría hablar con él.

—Eh —dijo Sumner.

—¿Qué?

—Me parece que el tío que hemos visto era negro.

Richard se detuvo. No había podido ver bien al hombre que había atravesado el salón, sólo había atisbado que estaba allí en el último momento. Vislumbró, eso sí, que era alto, pero Thayer también lo era.

—¿Estás seguro?

Ahora Sumner empezó a dudar también.

—Seguro, no, pero...

Una voz de mujer les gritó desde algún lugar por encima de sus cabezas.

—Váyanse de aquí ahora mismo. Hemos llamado a la policía.

—Mierda —dijo Sumner, pero la advertencia sólo sirvió para incitar a Richard a pasar a la acción. Si la policía estaba de camino, razón de más para ocuparse de los Thayer. Vivos, podrían identificarlos a Richard y a él, y dar detalles de su vehículo, suponiendo que no lo hubieran hecho ya.

Richard había recorrido la mitad del salón cuando una voz masculina dijo:

—A la mierda.

Sumner oyó un disparo, y Richard tropezó y cayó contra la pared a su izquierda. Los oídos todavía le pitaban a Sumner cuando vio a Richard levantando el arma y disparando, y de repente la casa se llenó de un ruido ensordecedor —disparos, cristales rotos— que sólo acabó cuando una esquirla del cráneo de Richard se separó del resto de la cabeza y fue a parar junto al cubo de basura de la cocina.

A esas alturas, Sumner ya estaba corriendo.

Louis miró al otro lado del salón, a Thayer, que estaba en la puerta del comedor con la Taurus humeante en la mano. El plan, por si servía de algo, y sobre todo ante la insistencia de Laurie Thayer, había consistido en comprobar si los intrusos se marchaban si se les advertía. Si no, Louis había dejado que le vieran lo suficiente para atraerlos hacia el estudio, lo que los pondría a tiro de su arma, y de la de Thayer. Pero, en lugar de seguir el plan, Thayer optó por tomar las riendas, con el resultado de que ahora uno de los hombres yacía muerto en el salón y el otro se escapaba.

—¡Quédese ahí! —le ordenó Louis, aunque Thayer tampoco hizo el menor gesto de moverse. Parecía hipnotizado por el cadáver, se había quedado lívido y Louis estaba seguro de que no tardaría en caerse de culo. Llamó a Angel para que bajara y se dirigió a la puerta delantera para interceptar al hombre que huía, pero estaba cerrada con dos vueltas de llave y con el pestillo de seguridad echado, y perdió unos segundos preciosos hasta que consiguió abrirla. Salió justo cuando el Blazer aceleraba por el camino de entrada, pero no disparó. Ya oía el sonido de las sirenas que se acercaban. Volvió al salón, donde, como había previsto, Thayer estaba de nuevo sentado en el suelo, con Angel a su lado. Para evitar situaciones incómodas, Louis dejó sus armas en el compartimiento oculto del Lexus. Las sirenas se oían ahora con más fuerza. La policía estaría ahí en unos instantes. Volvió a la casa a tiempo para oír sonar el móvil de Angel y a Laurie Thayer empezar a chillar.

Parker escuchó la mayor parte de la historia de boca de Angel, pero el relato se interrumpió bruscamente cuando quedó claro que Thayer no se había desmoronado sólo por la conmoción y estaba sufriendo lo que bien podía ser un ataque al corazón. Antes de que acabara la llamada, Parker sólo tuvo tiempo de avisar a Angel de que, en caso de cualquier pregunta extraña de la policía, dijeran que trabajaban para Moxie Castin y que todas las preguntas debían hacérselas a él. Por suerte, ni Angel ni Louis parecían haber infringido ninguna ley ese día —lo infrecuente era maravilloso—, y a ese respecto Parker no preveía demasiados problemas. Con un poco de suerte, pensaba, la policía detendría al segundo pistolero, lo que permitiría que todos averiguaran qué estaba pasando.

Angel colgó y marcó inmediatamente el 911 para informar a las autoridades de que se requería una ambulancia, además de la inminente presencia policial, y que el coche en el que habían llegado los dos asaltantes estaba de nuevo en la carretera, aunque con la mitad de sus ocupantes originales. Laurie Thayer ya había dejado de gritar después de ver el cadáver desangrándose sobre su alfombra y a su marido semiinconsciente —Angel no sabría decir cuál de los dos estímulos había disparado sus gritos—, y se había concentrado en mantener a Thayer todo lo cómodo que era posible. A través de la puerta principal abierta, Angel vio el primer coche de policía deteniéndose en el camino de entrada.

Miró a su alrededor. El suelo era un caos de cristales rotos, cerámica hecha añicos, trozos de yeso y astillas. La pared, por encima de su cabeza, estaba

salpicada de orificios de bala, y había un hombre muerto tendido sobre un charco de sangre que seguía extendiéndose.

—¿Ves? —le dijo a Louis—. Por esto no podemos tener cosas bonitas en casa.

Sumner, por pura carambola, había conseguido inicialmente alejarse en la dirección contraria a la que se acercaban los vehículos policiales. Se resistió al impulso instintivo de echar pie a tierra y salir corriendo a toda prisa, sólo por si, gracias a algún milagro, todavía no habían conseguido el modelo ni el número de matrícula del Blazer. Por el momento, era todo lo que podía hacer para mantener la calma: era como si aún oyera el eco de los disparos y viera la herida que había aparecido en la espalda de Richard cuando salió la primera de las balas. Se preguntó qué iba a decirle a Sophia. Richard le contó que ella había estado tomando Valium desde su aventura. Sumner esperaba que todavía le quedaran algunas pastillas.

Se obligó a respirar hondo y repasó su situación. Iba conduciendo el Blazer de Richard, pero esperaba que nadie en la casa de Thayer hubiera conseguido verle bien, así que no había nada aparte del vehículo que lo relacionara con lo que acababa de pasar. Por tanto, el riesgo de que lo descubrieran era mayor al volante del coche que si iba a pie. Si lograba acercarse lo bastante a la ciudad más próxima, podía deshacerse del vehículo, llegar andando, y tomar un autocar o un taxi a otra parte. No obstante, todavía quedaba el problema del ADN y las huellas dactilares dentro y fuera del Blazer. Podría limpiarlo, pero sería mejor quemarlo, aunque, en ese caso, el humo que provocaría inevitablemente llamaría...

La carretera ascendía suavemente. Entonces aparecieron dos coches de policía en el punto más alto. Sumner no podía seguir en esa dirección, y tampoco podía volver por donde había venido. A su izquierda había un bosque denso, pero vio una vía de servicio más adelante, a mitad de camino entre él y los policías que se aproximaban. Aceleró, giró bruscamente y siguió adelante

todo lo lejos que pudo por el serpenteante camino de tierra, hasta que llegó a una barrera con cadenas. Detuvo el Blazer, se apeó y echó a correr. Oyó sirenas y un aviso por un altavoz que le ordenaba parar. Sumner no hizo caso. Estaba pensando en su mujer y en sus hijos. Quería irse a casa. No había hecho daño a nadie, y Richard estaba muerto. ¿No podían olvidarlo todo y dejarlo en paz?

Atisbó movimientos entre los árboles a su derecha: un hombre de uniforme. Lanzó una mirada hacia atrás y vio más policías acercándose a pie. Sentía una punzada en el costado. No estaba en buena forma física. No llegaría a la siguiente ciudad. Tal como se sentía, no llegaría ni al siguiente árbol. A la mierda. Tal vez se le ocurriría un modo de echarle toda la culpa a Richard, se inventaría una trola sobre un agravio imaginario contra Thayer por un sofá de mierda o un comedor cutre, afirmaría que no sabía qué pasaba hasta que Richard sacó un arma. No podía seguir corriendo. Se derrumbaría.

Sumner se paró. Los latidos le retumbaban en los oídos. Los policías habían empezado a gritarle otra vez, pero él apenas distinguía lo que le decían. Aquello había acabado. Él estaba acabado. Empezó a levantar las manos y entonces se dio cuenta de que todavía sostenía el arma que le había dado Richard. No la había soltado desde que había salido de la casa: la había tenido sujeta en la mano mientras conducía, mientras abría la puerta del coche, mientras corría.

Ahora la sostendría mientras moría.

Sonó una descarga de disparos, pero Sumner sólo oyó el primero.



David Ferrier volvió a casa de pasear a su perra y reparó en que los Buckner no habían regresado todavía del viaje que hubieran emprendido. Era raro que pasaran la noche fuera de casa. Mierda, si no regresaban pronto, se perderían los servicios del domingo y toda su asquerosa iglesia se haría pedazos sin ellos. O peor todavía —al menos para los Buckner—, tal vez no se rompería, y entonces quedaría clara su verdadera posición en la jerarquía universal. Ferrier se dio cuenta de que su desconfianza hacia los Buckner se había convertido en una obsesión: si alguna vez levantaban el campamento y se iban, se sentiría perdido. No tendría a nadie a quien detestar a un paso de casa.

Colgó el abrigo, guardó la correa de la perra y decidió tomarse una cerveza y ver un rato la tele. Su mujer, a la que no le parecía bien que bebiera antes del anochecer, no volvería a casa hasta pasadas las seis, y para entonces no se enteraría, aunque Ferrier pensó que más le valía esconder la botella vacía debajo de otros envases en el cubo de reciclaje, sólo por si ella las contaba, porque, en realidad, a su mujer no le molestaba tanto que bebiera, pero su médico le había metido en la cabeza unas ideas descabelladas. Aunque, bien pensado, si de verdad llevaba la cuenta, sin duda se fijaría en que el pack de seis Leinie's de la nevera tenía una menos, así que tanta tontería no habría servido de nada.

Una vez revisadas todas las posibilidades, se le quitaron las ganas de disfrutar de una cerveza, así que se conformó con un refresco. Se pasó casi una hora zapeando, así que tardó un rato en toparse con el reportaje sobre el asalto a la casa de Tobey Thayer, el rey del mueble. En la imagen apareció un bosque, y un Chevrolet Blazer beis aparcado con la puerta del conductor

abierta. Una tela cubría la matrícula, pero la pegatina del maletero era claramente visible.

«Apoya a tu educador local.»

—Hostias —dijo Ferrier.

Parker casi había llegado a la frontera de Pensilvania cuando le llamó Moxie Castin.

—Bueno, tus chicos no están en chirona, pero es lo único que he podido hacer para contener la marea de curiosidad policial sobre ellos —dijo—. Tobey Thayer ha sufrido un infarto y está en observación. Antes de perder la conciencia, su esposa y él corroboraron la versión de los hechos que dieron Angel y Louis, y Thayer confirmó que él había matado a uno de los hombres que habían irrumpido en su casa. Según parece, la policía tiene un nombre, pero no lo dice. ¿Sabes cuál es?

—¿No acabas de decir que se lo callan?

—Y lo hacen, pero eso no impidió que Angel echara un vistazo a la cartera del muerto antes de que la policía le pusiera la mano encima. Richard Franklin. Tengo una dirección suya en Lima, Ohio, pero a estas alturas su casa seguramente está rodeada de más policías que la Casa Blanca.

—¿Y el otro tipo?

—Para conseguir ese nombre tuve que cobrarme un favor. Se llamaba Sumner Chase. Tenía una empresa de construcción en Findlay. Por si te interesa, Lima y Findlay están a unos cincuenta y cinco kilómetros. Ninguno de los dos tenía siquiera una infracción de tráfico antes de que empezaran a disparar contra Thayer, suponiendo que fuera eso lo que pretendían. Pero esto es lo curioso: por lo que he sabido, la policía cree que llegaron a Greensburg desde el oeste, no del nordeste. Los grabaron las cámaras de varias cabinas de peaje. Quienquiera que matara a Michelle Souliere, no fueron esos dos, a no ser que les diera por seguir una ruta para contemplar el paisaje.

—¿Algo más?

—Sólo que Ross quiere saber si tú y tus, y cito literalmente, «esbirros» entendéis cabalmente el significado de la palabra «discreción».

—¿No me digas? Cuando vuelvas a hablar con él, pregúntale si le suena el concepto de honestidad. Sea lo que sea lo que le preocupa de Eklund, no me lo ha dicho.

—Bueno, estoy seguro de que se pondrá en contacto más pronto que tarde, y no va a gustarle el tamaño de mi factura cuando la reciba.

—Pues añade otro cero —sugirió Parker—. Dile que yo he dado mi visto bueno.

—¿Te parece?

—Claro. Es el Gobierno federal: ni siquiera lo notarán. Y en cualquier caso es el dinero de tus impuestos. Tómatelo como una devolución de Hacienda.

—Me lo pensaré. Mientras tanto, sigo trabajando en la otra cuestión.

Parker se había olvidado temporalmente de Rachel y de Sam. Al darse cuenta, sintió una punzada de culpabilidad.

—Te lo agradezco.

—Y por último, sólo necesito que me confirmes que sigues teniendo clara la importancia de no disparar a...

Parker colgó.

Kirk y Sally Buckner se encontraban a unos kilómetros de Turning Leaf, y Sally se estaba poniendo nerviosa. Necesitaba saber si Richard y Sumner habían hecho lo que se suponía que debían hacer, pero no quería arriesgarse a llamarlos. Habían convenido en que Sumner o Richard enviaría un mensaje de texto diciendo «OK» cuando hubieran acabado, y entonces ya podría deshacerse de los móviles, pero hasta ahora Sally no había recibido nada.

Kirk iba adormilado en el asiento del pasajero, lo que hizo que a ella le entraran ganas de agarrarle por el pelo y aplastarle la cara contra la ventanilla porque no debería quedarse dormido, no con todo lo que estaba pasando. Delante de ellos, un coche patrulla de la policía de tráfico había parado a un camionero y Sally miró angustiada por el retrovisor antes de cambiar de carril.

Eleanor le clavó la mirada desde el asiento de atrás. Los labios de la chica muerta se movían deprisa, pero Sally no podía leer lo que decían. Entonces Eleanor empezó a sacudir la cabeza en señal de advertencia, mientras su boca seguía formando palabras mudas, y Sally se desvió por la siguiente salida y se detuvo en una gasolinera con un Starbucks al lado, cosa que despertó a Kirk.

—¿Ya nos hemos quedado sin gasolina? —preguntó.

Sally se volvió hacia él.

—Eleanor está en el coche. Está asustada. Enciende el ordenador. Comprueba las noticias. Averigua qué está pasando.

Kirk no discutió, aunque no pudo evitar mirar hacia atrás. Percibía la presencia de Eleanor como un escalofrío en el extremo de su columna. Le trajo a la memoria el recuerdo de su sabor.

Cómo odiaba a aquella zorra de Eleanor.

Kirk utilizó el wifi del Starbucks para conectarse a internet, buscó en Google el nombre de Thayer y revisó rápidamente los resultados antes de enseñárselos a Sally. Ella los leyó sin decir palabra. Ahora ya sabía lo que Eleanor intentaba decirle.

—Tenemos que huir —dijo.

—¿Cómo lo sabes? A lo mejor deberíamos esperar y...

Sally le dio una bofetada.

—Ni te atrevas a discutir conmigo, inútil de mierda. Richard y Sumner están muertos y la policía puede que ya esté de camino, si no, Eleanor no habría venido a avisarnos. ¿Lo entiendes?

Kirk tardó un momento en responder.

—Sí —dijo. No la miró. Se estaba restregando la cara con la mano izquierda, pero había cerrado la derecha formando un puño. Sally creyó que estaba a punto de devolverle el golpe. Cuando él por fin la miró parpadeando, a ella no le cupo duda. Tal vez por sus venas todavía corría algo de sangre. Muy bien: la necesitaría.

—Lamento haberte pegado —se disculpó, aunque no lo lamentaba en absoluto. Las palabras eran necesarias para mitigar la rabia de su hermano.

Él no respondió directamente, sólo dijo:

—Casi todo lo que necesitamos está en la casa.

—No podemos volver. De algún modo nos encontramos atrapados en lo que ha sucedido.

Siempre estaban preparados para cambiar de residencia sobre la marcha, incluso después de tantos años. Por eso la casa era alquilada, y no debían nada por el coche, aunque, si Sally estaba en lo cierto, no podrían conservarlo.

—Entonces tendremos que arriesgarnos a ir a casa de Donn.

En el supuesto de que se produjera un desastre, Kirk había previsto disponer de al menos un poco de tiempo para reunir lo que necesitaban. Pero, sólo por si acaso, también había dejado algunos artículos esenciales en casa

de Routh, ocultos en una bolsa hermética en su sótano: dinero en efectivo, permisos de conducir y certificados de nacimiento con nombres nuevos — Dios, éstos sí que le habían costado un montón de dinero y trabajo—, móviles de repuesto y un par de mudas. También había una peluca para Sally; ella llevaba el pelo corto, tal vez para eso, aunque él no había preguntado. Kirk siempre podía cortarse el pelo y afeitarse la barba. No tardaría mucho en hacerlo. Tendrían que separarse, claro —la policía esperaría que viajaran juntos—, pero tenían direcciones de correo electrónico limpias con las que mantenerse en contacto, y los móviles desechables que había en casa de Routh nunca habían sido activados.

Por otro lado, nadie había entrado en casa de Routh desde que emprendió su último viaje a Providence. Sumner había pasado un par de veces por delante y no había detectado ningún signo de intrusión o vigilancia, pero era posible que quienquiera que hubiera sido el responsable de la muerte de Routh estuviera vigilando la casa. Era un riesgo que tenían que correr. También podían dejar su coche en el granero y cambiarlo por el maltrecho Camry, que era el último de una sucesión de vehículos discretos que Routh siempre tenía disponibles. Les llevaría a donde necesitaran ir antes de que tuvieran que separarse. Ya decidirían quién se quedaría el Camry una vez que estuviera a salvo en su posesión.

Pero Kirk todavía no quería darle la razón a Sally y se negaba a aceptar que su casa ya no fuera un lugar seguro para ellos. Se había acostumbrado a ella y empezaba a disfrutar formando parte de la comunidad. Para Sally todo era una impostura: sabía disimular muy bien. No sentía el menor afecto por la gente de la Iglesia, ni siquiera por quienes mantenían vivo su negocio comprándole pastas. A Kirk no le habría extrañado demasiado que se meara en la masa de un pastel, sólo por fastidiarlos.

Pero Kirk no era como su hermana, ¿y acaso podía sorprenderle eso a alguien, dado que no era él quien veía a Eleanor y a los demás cada cierto tiempo? A ese respecto, al menos, estaba agradecido. Le permitía mantener

cierta objetividad y también conservar parte de su cordura. En sus momentos de soledad, sobre todo cuando Sally se mostraba especialmente hostil con él, Kirk fantaseaba a menudo con separarse de los suyos y dejarlos con su pacto. Sabía que podría esconderse con facilidad; era el creador de identidades, el suministrador de nombres e historias falsas. Durante los últimos años, incluso había llegado a hacer el trabajo preliminar para emprender una nueva vida, desvinculada de la anterior, aunque tuvo el cuidado de dedicarse a esa tarea sólo cuando Sally estaba ocupada en asuntos de los Hermanos, porque si Sally se distraía, Eleanor y los suyos también estarían distraídos. Ése era el problema de estar poseído: nunca podías estar seguro de que una presencia invisible no estuviera mirando por encima de tu hombro, y Kirk prefería no pensar en lo que pasaría si se descubrían sus intenciones. Sally, pensaba él, habría hecho que lo mataran. En ausencia de Routh, incluso era posible que se hubiera encargado ella misma de hacerlo; o eso o lo habría entregado a la figura serena y siempre sonriente de Steven Lee, que podía aplastarlo y meterlo en un cubo de metal como un favor a la familia.

Así que Kirk había abierto un par de cuentas bancarias nuevas, una de ellas a su propio nombre y otra con el de Edward Dempsey, el alias que había elegido. Ahora tenía ocho mil en la primera cuenta y casi veinte mil en la segunda, gracias a la manipulación de facturas y de los trabajos que cobraba en efectivo, incluidos un par que eran descaradamente ilegales pero más que lucrativos. Se repetía que era sólo por si todo se torcía para los dos, en cuyo caso él compartiría el dinero con Sally, porque no tenía la menor intención de dejarla, en absoluto. Pero si realmente se torcía todo, él le habría hablado del dinero, y de Edward Dempsey. Sin embargo, permaneció callado y esperó.

Sabía que nunca se le presentaría una oportunidad como ésta: la separación obligada de Sally, con la necesidad de mantenerse alejados durante un considerable periodo de tiempo. Eso le permitiría sumergirse en las profundidades, y cuando emergiera de nuevo, lo haría lejos de allí, con un nuevo nombre y una nueva identidad. No creía que tampoco los Hermanos

podieran encontrarlo. Por lo que Sally le había contado a lo largo de los años, sabía que su vínculo era tan sólo con un puñado de miembros de la familia. Sally no podría haberse ocultado de ellos, pero él solo seguramente sí.

¿Y qué pasaría con el otro mundo? Existía —Kirk no albergaba dudas al respecto—, pero allá donde fuera que vagaran los Hermanos, no era un lugar en el que le apeteciera estar, ni en la próxima vida ni en ninguna otra. Hacía mucho que se había preguntado si la necesidad de reprimir las discrepancias entre los Hermanos estaba relacionada sólo con el temor a que los descubrieran y no ocultaría también una repugnancia aún mayor al arrepentimiento.

¿Y quién podía asegurar con absoluta certeza que todos estaban condenados al mismo destino, que el pacto no podía ser violado? Kirk se había contaminado con la fe baptista que Sally y él habían abrazado al principio sólo como una fachada, hasta el punto de que había leído buena parte de la obra de Albert Mohler, el presidente del Seminario Teológico Baptista del Sur. Al igual que otros evangélicos, Mohler creía en la realidad del diablo y los demonios. Para él, el mal no era una abstracción. Había impartido una conferencia sobre exorcismo y exorcistas en la Convención Baptista del Sur en 2010, a la que Kirk tuvo el privilegio de asistir. «Los poderes que las fuerzas de las tinieblas más temen», explicó Mohler a su público, «son el nombre de Jesús, la autoridad de la Biblia y el poder de su Evangelio.» Si Kirk pudiera ponerse en contacto con Mohler o con alguien como él y convencerle de la verdad de lo que podía explicarles...

Se dio cuenta de que Sally le estaba hablando y se obligó a prestar atención.

—Repito: «¿Sabes dónde guarda las armas?».

Kirk asintió.

—Hay una caja fuerte bajo el suelo del granero —respondió.

—¿Con llaves?

—Tiene una cerradura de combinación.



—¿Supongo que no te acordarás de la combinación?

—A decir verdad, sí.

Recordar números y contraseñas era uno de los talentos de Kirk. Tenía que ver con su trabajo, aunque Sally no le diera ningún valor.

Se asomó por la ventanilla del coche. Fuera hacía frío y estaba nublado. Dondequiera que acabara después de esto, haría calor. Estaba harto de los rigurosos inviernos.

—¿Cómo crees que nos han encontrado? —preguntó. Se imaginó unos coches de policía rodeando su casa, y a unos detectives revisando sus cosas. En cuanto empezaran a examinar los detalles de la última de sus vidas inventadas, atarían los cabos sueltos.

—Lo he estado pensando —dijo Sally—. Apostaría a que fue ese cabrón entrometido de Ferrier, siempre dando vueltas, preguntando. Te lo prometo, cuando todo este ruido se haya acallado, volveremos para hacerle una visita.

Kirk miró a Sally, pero ésta mantenía la mirada fija en la carretera, mordiéndose por el interior de la mejilla, como hacía siempre cuando estaba nerviosa. Él sabía cómo ocultarse y reinventarse, pero ella no. Sin él para ayudarla, la encontrarían. ¿Guardaría silencio cuando lo hicieran? Seguramente. Aunque, pensándolo bien, si él huía y cortaba todo contacto con ella, Sally no tendría motivos para serle leal. Simplemente podía echarle la culpa de todo: de Souliere, de Eklund, de todo.

Volvió a mirar el paisaje. No le había gustado golpear a Souliere cuando ésta fue a por Sally, pero no le resultó tan difícil como había imaginado. Si se hubiera visto obligado, seguramente habría podido pegarle más. Todo era cuestión de enfadarse lo suficiente. Se tocó la mejilla donde Sally le había abofeteado. Todavía le escocía. Le dejaría marca.

Y fuera, la tierra fría aguardaba.

El abogado Eldritch estaba en la bajamar de su vida. Aunque no hubiera sentido el deterioro de su cuerpo y su mente, lo habría sabido por la actitud de la enfermera que lo atendía. Ella disimulaba bien, pero Eldritch se había pasado décadas percibiendo la verdad en los rostros ajenos, y nadie podía ocultársela durante mucho tiempo.

Mientras se preparaba para abandonar esta vida, sus desvelos no eran por sí mismo sino por su hijo, quienquiera o lo que quiera que fuese. Todo lo que tenía que ver con el tal Routh y los Hermanos inquietaba a Eldritch. Había escuchado con atención cuando su hijo le había descrito el contenido del sótano de Eklund, y utilizó esa información como punto de partida para sus propias investigaciones. Era un trabajo lento y difícil: había perdido tanta visión que ahora tenía que ampliar cada palabra en la pantalla del portátil para leer, y sólo podía concentrarse durante breves periodos de tiempo en lo que leía, o en lo que le decían, antes de tener que descansar. Aun así, la mayor parte de lo que había conseguido no pasaba de rumores y conjeturas, pero de todo eso había extraído las siguientes conclusiones: de algún modo Peter Magus había llegado a un acuerdo con una entidad lo bastante poderosa, o eso creía el Magus, para ocultarlos, a él y a sus descendientes, de la justicia divina.

Lo poco que se sabía de los Hermanos procedía de los que sobrevivieron al asedio de Capstead y las ejecuciones extrajudiciales que siguieron. Todos eran mujeres jóvenes y niños, y sus testimonios sólo resultaban relativamente fiables, pero esas declaraciones formaban parte del registro histórico y se conservaban en los archivos de la Universidad de Missouri. Los registros

habían sido digitalizados, pero no eran públicos, aunque Eldritch accedió a ellos en cuestión de minutos.

Según los testigos presenciales, Peter Magus afirmaba estar en contacto con una fuerza elemental, un ángel. Eldritch no tenía tiempo que perder con las tonterías y el sentimentalismo sobre la tradición angélica que había dado lugar a una lucrativa industria de imaginería que debía más a los cuentos de hadas y a los prerrafaelitas que a la Biblia. Fue un ángel quien asesinó al primogénito de Egipto, y un ángel fue el enviado a castigar a Israel por el censo de David, y a otro ángel —específicamente un «espíritu del mal» para distinguirlo de un demonio— mandó Dios contra Saúl por saquear a los amalecitas, mientras a un único ángel se atribuyó la aniquilación de 185.000 personas en el campamento de los asirios. A Eldritch siempre le habían fascinado las diversas traducciones del Salmo 78, 49: «Descargó sobre ellos el ardor de su ira; los angustió con su enojo y su indignación, ¡con un ejército de ángeles destructores!». Pero en la Biblia del rey Jacobo, la *King James Version*, los ángeles eran descritos como «malvados». <sup>1</sup> Había hablado al respecto con el Coleccionista, que no le había dado una respuesta satisfactoria, del mismo modo que su hijo muy raramente aludía a su verdadera naturaleza.

—¿Y si yo fuera un ángel? —le había preguntado una vez a Eldritch.

—¿Es eso lo que eres?

—Sinceramente, ya ni lo sé. Tal vez sólo soy lo que los demás desean que sea.

Eldritch tardó mucho tiempo en descubrir qué podía significar, y la revelación le llegó a través de la fuente más insospechada: el rabino Epstein, que visitó a Eldritch mientras se recuperaba de sus heridas antes de que su hijo se llevara al anciano abogado a un lugar seguro. En el curso de una conversación que pareció durar sólo unos minutos, pero que de hecho se alargó durante dos horas, Eldritch se olvidó del dolor hablando del Dios Enterrado, de los Vigilantes angélicos que pecaron contra la Divinidad tomando esposas en la tierra, y de lo difuso de las distinciones entre lo

angélico y lo demoniaco durante el periodo del Segundo Templo, cuando los mensajeros divinos se transformaron en tentadores, torturadores y verdugos. Fue Epstein quien intentó explicar algo a Eldritch sobre las enseñanzas de la Cábala acerca de los ángeles, que éstos no eran seres físicos, sino más bien estados emocionales controlados y personificados por la Divinidad, de manera que aquellos a los que visitaban veían, de hecho, aquello que deseaban ver, o que tenían que ver. Así, entidades similares podían proporcionar imágenes de consuelo, de revelación y de castigo, o al menos así lo entendió Eldritch, aunque tenía que reconocer que en aquel momento se hallaba bajo los efectos de sedantes y analgésicos, y no podría haber jurado que estaba en condiciones de recordar todos los detalles.

Pero una cosa sí sabía: los que se habían rebelado, los ángeles caídos, estaban fuera del alcance de lo Divino...

A su lado, la enfermera seguía leyendo. Se llamaba Berenice. El Coleccionista le había garantizado que era discreta, y Eldritch no tenía motivos para dudar del juicio de su hijo, así que le había confiado la tarea de resumir la nueva información encontrada. Era alta y morena, y aunque, por separado, sus rasgos eran perfectos, se habían combinado para formar un conjunto poco atractivo, como si hubiera sido creada a partir de las piezas recogidas de otros cuerpos.

Eldritch notó que iba perdiendo la conciencia e intentó mantenerse lúcido. Sabía que dentro de poco se iría por última vez.

La enfermera leía en voz alta un fajo de documentos que le habían enviado por correo electrónico de la Boone County Historical Society. ¿Por qué los había pedido? Ya no podía recordarlo. Por algo que tenía que ver con uno de los hombres que había participado en el enfrentamiento final con Peter Magus, ¿se trataba de eso? Sí, eso le pareció. Una transcripción conservada por su familia, un registro de los susurros de uno de los Hermanos agonizantes.

Se le cerraron los ojos. Una mujer le tendió una mano desde la oscuridad, pero él no podía verle la cara. Ella habló, pero él no entendía lo que le decía.

Si le cogía la mano, moriría. Eso era lo único que sabía. Ella lo arrastraría al vacío, y su vida acabaría.

La enfermera hizo una pausa para bostezar. Eldritch la oyó, pero no abrió los ojos. Reanudó la lectura donde se describían cuerpos, y el olor a madera y carne quemadas, y a una chica que ni siquiera había llegado a la adolescencia que yacía abrasada entre las ruinas, balbuceando en su agonía final. Una palabra le trajo de vuelta a la conciencia con tal fuerza que agarró la muñeca de la enfermera, que se sobresaltó por la violencia del gesto.

—¿Qué ha dicho?

—¿A qué se refiere?

—El nombre que dijo la chica. Vuélvalo a leer.

La enfermera puso un dedo en la pantalla y señaló la referencia.

—Belial —dijo.

*Belial.*

—Busque a mi hijo —dijo Eldritch.

Jennifer, la hija muerta, estaba bajo un promontorio rocoso, su figura quedaba oculta entre la sombra de la roca y sólo el destello de sus ojos delataba su presencia.

Bajo ella se extendía la ciudad. Había sabido de su existencia desde hacía mucho, cuando decidió seguir a un hombre y a una mujer que se habían separado de la gran ola de los difuntos para desvanecerse en las colinas. Jennifer no sabía qué les había llevado a apartarse del profundo océano que les aguardaba. Tal vez temían lo que pudiera haber más allá, intuyendo que podían ser absorbidos en la totalidad que traería consigo una pérdida de la identidad y, en consecuencia, de cada uno de ellos. Fuera cual fuese la razón, encontraron el camino a la ciudad, y allí se ocultaron de lo pasado y de lo que estuviera por venir. Jennifer se preguntaba si ahora lamentaban su decisión. La ciudad, que resplandecía oscuramente en el límite entre lo real y lo imaginado, era un paisaje de dolor, formado a partir de los recuerdos tanto de aquellos que se habían alejado y se habían extraviado irreversiblemente, como de aquellos que habían optado por ocultarse de la conciencia que se extendía más allá del mar.

Mucho dolor. Mucha maldad.

Mientras miraba, apareció una figura en el límite meridional de la ciudad, donde los muros se fundían y eran sustituidos por una tierra quemada y árida, con una serie de plataformas en el centro, como una fortaleza primitiva. El hombre tenía la coronilla calva, pero incluso a esa distancia ella veía los largos mechones pelirrojos que le colgaban y el telón de barba que se

extendían de oreja a oreja. Aunque él no pudiera verla, ella sentía su mirada. Él sabía que ella estaba ahí. Quería que bajara.

Y entonces se la llevaría.

Emergieron más figuras que se unieron a él, el Magus, de forma que al cabo de un rato una gran multitud de Hermanos, generación tras generación, la estaba mirando, inmóviles todos.

*Ven. Ven con nosotros.*

Pero ella permaneció donde estaba, esperando que otra fuerza interviniera contra ellos.

Conducía Kirk. Sally iba en el asiento de atrás. A su lado, a su izquierda, iba sentada Eleanor. Sally tenía la mano izquierda estirada. La mano derecha de Eleanor reposaba sobre la de Sally sin que Kirk pudiera verlo.

Eleanor no hablaba. Permanecía muda; la muerte la había silenciado. Pero podía transmitir emociones, y reconocer los pensamientos y sentimientos de Sally. Ahora Sally le enseñaba las fotografías de Parker que había en el portátil de Eklund, y sintió que le respondía con un estremecimiento, lanzando centelleos de advertencia rojos y púrpuras. Sally no sabía gran cosa de Parker, aparte de lo que había encontrado en internet y en el ordenador de Eklund, pero intuía que llamar la atención de ese hombre no era muy distinto a que dispararan una bala certera hacia donde te encontrases, un proyectil que mantendría su trayectoria y velocidad sin variación hasta que alcanzara el blanco. Sally intentó que Eleanor lo entendiera, pero las señales que emitía ésta eran confusas, y Sally no estaba segura de que estuviera reaccionando sólo a Parker, o si la influía algún otro elemento. Sally sólo sabía que Eleanor tenía miedo.

Una imagen centelleó en la mente de Sally, y Eleanor le aferró la mano con más fuerza.

La silueta de un hombre, luego el vacío.

*No entiendo.*

Volvió de nuevo la imagen: hombre y vacío, dos proyecciones separadas que se fusionaban en una sola. Entonces Sally comprendió. No estaba vacío sino hueco.

*Hombre Hueco.*



La imagen se multiplicó, uno se convirtió en muchos.

*Los Hombres Huecos. ¿Quiénes son?*

Otra imagen, esta vez de fuego y destrucción, y Sally sintió cómo ardía la piel de Eleanor cuando los últimos momentos de la comunidad de Capstead se recreaban para ella. Entonces las llamas fueron absorbidas en un punto de densidad infinita, y se impuso la oscuridad.

*El final. Pero ¿de qué?*

La boca de Eleanor se movió, esforzándose por formar las palabras. Le requirió dos intentos, pero Sally entendió finalmente.

*De todos nosotros.*

Philip había hecho los preparativos. Ahora, Lastrade y él esperaban la entrega. Además de los cien mil dólares de Stevie, tenían otros treinta y cinco mil que habían reunido con sus propios recursos. Philip era optimista y creía que podrían triplicar o cuadruplicar su inversión, dependiendo de cuánto cortaran la heroína antes de venderla. También acordaron con Stevie comprar una sustancia para el corte de la droga por diez mil dólares, lo que significaba que, en última instancia, sacarían entre ciento veinte y ciento cincuenta mil dólares por cabeza. Si todo iba bien, reinvertirían la mayor parte en otra partida de heroína, y puede que también en un poco de coca si podían negociar un buen precio con los proveedores apropiados.

Pero se habían visto obligados a realizar un largo viaje para llegar al punto de adquisición. El contacto de Philip se había empeñado en que se reunieran en Willets Point, Queens, conocido popularmente como el Iron Triangle, lo que suponía un viaje de ida y vuelta de dieciocho horas a un destino que se parecía a la idea de infierno que tenía Philip: un paisaje de vehículos oxidados aguardando a que los desguazaran los talleres mecánicos que flanqueaban la mayoría de las calles sin asfaltar, una vista espantosa interrumpida de vez en cuando por una planta de procesamiento de residuos. La reurbanización de la zona era inminente, pero Philip pensaba que habría sido mejor destruirla con armas nucleares e irse de allí. Mientras la luz diurna empezaba a difuminarse, esperaban, como les habían dicho, junto a un solar abandonado a la sombra de la Whitestone Expressway. Dos interlocutores distintos ya les habían ordenado cambiar de lugar tres veces, primero hasta la Railroad Avenue y luego al Overlook Park. En éste les dijeron que cambiaran de vehículo y abandonaran

el BMW de Philip para coger un Sebring de mierda, después de que Philip encontrara un garaje abierto todo el día donde dejar su coche. Ninguno de los que habían llamado parecía Slaven, el contacto principal. Había transcurrido una hora desde la última comunicación. Philip intentó llamar en dos ocasiones al número que le habían dado, pero saltó directamente el buzón de voz.

No, mejor que sean tres intentos.

—¿Y bien? —preguntó Lastrade desde el asiento de atrás.

—Nada. No contestan.

—Dios. Tenemos que irnos.

—¿Y qué hacemos?

—No lo sé, pero no podemos quedarnos aquí mucho más.

El dinero iba en un par de bolsas de deporte que estaban a los pies de Lastrade. No se sentía cómodo, tanto daba cómo colocara las piernas, pero pensaba que se debía más a sus nervios que a otra cosa.

Philip no estaba nervioso, sólo irritado. Quería la heroína. También quería cerrar de una vez el acuerdo para asesinar a Madre. Sabía que no sería capaz de hacerlo él en persona. La amaba demasiado para eso. Le había dejado claro a Slaven que podría necesitar que se hiciera un trabajo, aunque no había dado nombres, ni lo creía necesario dado que había dejado caer las suficientes pistas para que le quedara bastante claro el objeto de su inquina. También se hacía una idea precisa del precio actual. Con diez mil bastaría. Probablemente podría conseguir que se hiciera por menos, incluso gratis si esperaba lo bastante y le daba a Slaven y su gente suficientes negocios, pero a él le resultaría difícil establecerse mientras Madre siguiera viva. Ella lo acabaría descubriendo. Tenía sus métodos. Sería mejor que no estuviera merodeando cerca.

—Tengo que mear —dijo. También quería estirar las piernas y darse un tiempo para pensar lejos de Lastrade. Se bajó del coche y fue andando hasta la esquina del aparcamiento, que estaba rodeado por un muro con púas por encima. Cerca de la esquina estaba el hueco de la entrada de un garaje, al que

se accedía a través de un par de puertas de acero cerradas. El lugar le ofrecía un poco de intimidad, así que se bajó la cremallera, meó y se encendió un cigarrillo. Intentó ponerse de nuevo en contacto con Slaven. Esta vez el teléfono respondió al segundo pitido, y Philip reconoció la voz de Slaven.

—¿Dónde estás? —preguntó Philip.

—Detrás de ti —dijo la voz en su oído, justo después de que la misma voz le hablara a su espalda.

Philip se dio la vuelta y vio a Slaven sosteniendo un móvil en una mano y una pistola en la otra. Le acompañaba un segundo hombre, también armado, con una cara que parecía una colección de cuchillos. Philip oyó que el Sebring arrancaba en el mismo momento en que se abrían las puertas del garaje.

—Adentro —dijo Slaven.

El Sebring apareció tras ellos, pero Lastrade ya no iba solo. Había un desconocido al volante y otro en el asiento de atrás, sosteniendo un arma. Lastrade parecía asustado cuando el coche entró en el garaje.

—¿Qué es esto? —preguntó Philip.

—Eso —dijo Slaven— es lo que estamos a punto de averiguar.

El móvil sonó cuando Parker llegaba a las afueras de Greensburg. Reconoció el número. Muy pocos más lo conocían.

—¿Diga?

La voz del abogado Eldritch llegó a través de la conexión Bluetooth. Le costaba respirar.

—Señor Parker. Quiero que me escuche. En Kentucky está la vivienda de un hombre llamado Donn Routh...

## Séptima parte

A la casa cuyos moradores están privados de luz,  
donde el polvo es su comida y la arcilla su  
alimento,  
donde no ven la luz y habitan en la oscuridad,  
donde visten como pájaros, con alas por atuendo,  
y donde sobre la puerta y la cerradura se extiende  
el polvo.

«El descenso de Ištar a los infiernos»,

versión de la traducción de E.A. Speiser, *Ancient Near Eastern Texts* (1950)

El Coleccionista recorría la casa sin apenas muebles de Donn Routh, con su comida podrida en la cocina, sus habitaciones sin utilizar, su vida vivida a medias. Allí hedía, y sólo el prolongado periodo de frío impedía que oliera aún mucho peor. No se trataba únicamente de la cazuela de guiso sobre la cocina o de las verduras que habían empezado a ablandarse y deshacerse. La casa de Routh hedía a costumbres infectas y a dejadez. Apestaba a descomposición moral.

El Coleccionista se preguntó si Routh habría matado allí a la joven china. Eso creía, pero no pensaba que hubiera asesinado a muchas otras mujeres de ese modo. Había percibido un vacío en Routh, una carencia de alegría. Tal vez había matado a la chica simplemente para ver qué sentía quitándole la vida, y el Coleccionista casi notó el persistente regusto de su decepción, pese a todo el tiempo transcurrido. Sin embargo, la colección de música era interesante. Indicaba cierta sensibilidad estética, y un deseo, pero posiblemente no una capacidad, de disfrutar con lo sublime.

Le vibró el teléfono en el bolsillo, pero no contestó. En algún lugar de esa casa tenía que haber una pista de las identidades de los Hermanos supervivientes. Debía concentrarse.

El Coleccionista revisó primero todos los discos de vinilo, sacándolos de las fundas y tirándolos al suelo, sin fijarse apenas en si se rompían o no. A todas luces, Routh los había considerado algo precioso y por tanto era posible que hubiera escondido otros objetos de valor entre ellos. Al final, lo único que encontró después de tomarse tantas molestias fueron algunas cartas que le había mandado a Routh un comerciante de vinilos raros, guardadas en una

copia del *Réquiem* de Verdi de la Orquesta Philharmonia dirigida por Carlo Maria Giulini, con las voces de Christa Ludwig, Nicolai Gedda y Elisabeth Schwarzkopf. El Coleccionista estaba a punto de descartar también ese disco cuando, por instinto, sintió el impulso de apartarlo intacto. Su padre siempre decía que Schwarzkopf era la mejor intérprete de *Lieder* que había escuchado en su vida, aunque reconocía que le turbaba lo que parecía una entusiasta militancia en el Partido Nazi. El Coleccionista pensó que esa interpretación concreta de la cantante podía proporcionarle a Eldritch cierto placer.

Reanudó su registro de la casa, pasando de habitación en habitación, encontrando poca cosa de interés, hasta que al final sólo le quedaba por revisar el sótano. Se situó en la parte alta de las escaleras y miró hacia abajo. Antes había echado una mirada fugaz y había atisbado cajas y trastos. Ahora no le quedaba más remedio que afrontarlo. Sin embargo, primero quería beber un poco de agua. Sentía la boca seca y llena de polvo.

Entró en la cocina. Se encontró a una mujer delante de él, acompañada de un hombre que asomaba detrás del hombro derecho de ella. La mujer sostenía un cuchillo de cocina en la mano. El Coleccionista alzó la mano izquierda y abrió la boca para decir algo a la vez que tensaba la muñeca derecha para soltar el cuchillo que llevaba oculto en el antebrazo. La mujer se adelantó un paso y el Coleccionista sintió un dolor agudo en el pecho que, como una llama que prendiera y se alimentara de oxígeno, creció en intensidad hasta que ya no percibió nada más. Dejó caer la mano izquierda hasta el mango del cuchillo, en ese momento el arma blanca oculta en su muñeca se salió de la funda y fue a parar inservible al suelo. La puerta de la cocina estaba abierta, y más allá pudo ver el último resplandor de la luz del día difuminándose en la noche. Empezó a caminar, y la mujer y el hombre se apartaron. El cuchillo en su pecho desgarraba sus entrañas a cada paso que daba, pero no se detuvo. Quería morir a la luz. Llegó a la puerta en el momento en que sus piernas cedían, se dejó caer de rodillas mientras el sol se oscurecía y el mundo se desangraba, rojizo, a su alrededor. Las sombras se abatieron sobre él. Intentó



mantenerlas a raya, pero ya no le quedaban fuerzas. Las sombras adquirieron una terrible solidez mientras pasaba de su mundo al de ellos y se encontraba rodeado de los Hombres Huecos.

«Los halcones no sienten ningún amor por el cazador», pensó. «Para ellos, él no es más que un proveedor.»

Se abatieron sobre él y lo devoraron.

Sally y Kirk contemplaron el cuerpo que se había desplomado ante ellos. El desconocido yacía de costado, con los ojos apenas abiertos tras morir, sus labios formando un óvalo por la conmoción. Todavía sostenía la empuñadura del cuchillo, como si hubiera sido él, y no Sally, el que se hubiera asestado la puñalada fatal. Mientras lo miraban, empezaron a aparecerle manchas en la piel que había quedado al descubierto de la cara y de las manos: heridas punzantes, como si le estuvieran clavando agujas.

O unos dientes afilados.

Alrededor del muerto empezó a arremolinarse una especie de bruma gris, y Sally creyó distinguir en ella unas caras que se materializaban para desvanecerse poco después.

Kirk no podía ver nada de eso. Lo único que él veía era un cadáver que parecía empeñado en descomponerse de forma acelerada, en cuya cara ya estaban aflorando manchas, ahí mismo. No parecía que fuera policía. Eso era lo único de lo que estaba seguro Kirk, y eso les convenía.

—¿Qué le está pasando a la piel? —preguntó Kirk, pero Sally casi no le oyó. Había aparecido Eleanor. Estaba junto al viejo granero y se estremecía con tal violencia que era poco más que un borrón. Irradiaba miedo, y Sally sintió que éste, a su vez, la invadía.

Y entonces Eleanor desapareció.

—Tenemos que largarnos de aquí —dijo Sally—. Ya, ahora mismo.

Por una vez, era Kirk el que mantenía la calma. Recuperó el dinero en efectivo y los documentos del sótano, reunió algo de comida para el viaje y cogió las

llaves del Toyota Camry de un gancho del vestíbulo. Cuando acabó, Sally estaba en el granero, manteniéndose todo lo lejos que podía del hombre al que había matado. Kirk se le acercó, levantó una tabla del suelo del granero y dejó al descubierto la caja fuerte donde Routh guardaba las armas. La abrió, extrajo de ella un par de pistolas y algo de munición antes de volver a colocar la tabla. Por último, abrió de par en par las puertas del granero, sacó el Camry y aparcó en su lugar el Focus. Tuvo que ayudar a Sally a acomodarse en el asiento del pasajero, olvidándose por el momento de sus intenciones de abandonarla. Ella se estaba replegando en su interior, y él tuvo que esforzarse para sonsacarle algo con sentido.

—Eleanor se ha ido —dijo. Se echó a llorar—. Se ha ido, y no volverá.

«Bien», quería decir Kirk, pero se guardó su opinión para sí.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—No importa —dijo Sally—. Todo está llegando a su fin.

—A mí sí me importa.

No estaba dispuesto a rendirse. Tenían dinero y nuevas identidades. Sólo necesitaban un poco de tiempo. Un hotel era impensable porque iban juntos, y no podían recurrir a nadie de la familia porque ahora todos estaban en peligro.

Cuando se encontraba a medio camino de la autopista, se le ocurrió.

Giró a la primera ocasión que se le presentó y se encaminó hacia el nordeste.

Muchas horas después, Parker se detuvo detrás de la casa de Donn Routh, y las luces de sus faros iluminaron el cuerpo que yacía en el suelo. Parker se bajó del coche, con una linterna en una mano y su arma en la otra, y se detuvo un momento sobre lo que quedaba del muerto. Luego inspeccionó la casa, comprobó que estaba vacía y volvió al cadáver.

Parecía imposible que el Coleccionista hubiera muerto, y a Parker le sorprendió su propia tristeza. Al morir, el ogro había menguado, pero también

se había humanizado. Fuera lo que fuese, o lo que hubiera creído ser, había muerto solo y con dolor.

Al otro lado del jardín, las puertas dobles de un granero estaban entornadas. Parker se aproximó lentamente, y utilizó la puerta de la derecha para cubrirse mientras las abría más. Se identificó como investigador privado, pero no obtuvo respuesta. Se arriesgó a echar una mirada y vio un Ford Focus aparcado dentro. Se agachó y rozó con la mano el capó. Estaba caliente, pero percibió que el granero estaba vacío. Encontró la documentación del coche en la guantera, identificándolo como propiedad de un tal Kirk Buckner, con domicilio en Turning Leaf, Virginia Occidental.

Llamó a la policía y esperó junto al cadáver del Coleccionista a que llegaran.

En la casa junto al mar, el abogado Eldritch se despertó; había soñado con mareas. La enfermera estaba sentada en una silla al lado de la cama, hojeando una revista. Eldritch alargó una mano y le tocó la pierna. Ella alzó la mirada. Los ojos del anciano, claros y luminosos, la miraron, y cuando habló, lo hizo sin vacilar.

—Mi hijo ha muerto —dijo.

Philip se arrodilló en el mugriento suelo del garaje. Tenía las manos atadas a la espalda con bridas de plástico, y el lado izquierdo de su cara estaba cubierto de restos de sangre y de sesos de Lastrade. Como a Philip, a Lastrade le habían atado las manos, pero apenas vivió el tiempo suficiente para quejarse de ello.

Philip había cerrado los ojos y esperaba el disparo que pondría fin a su propia vida, pero no llegó. Eso había sucedido hacía horas. Nadie le había hablado desde entonces, y le habían tapado la cabeza con una bolsa de algodón. El almacén estaba helado. Philip no podía parar de temblar. Le dolían las rodillas y la espalda, pero estaba vivo.

Había esperanza.

Se fue inclinando. Pensó en Madre. Cuando se quedó dormido y empezó a desplomarse, recibió un golpe en la cabeza por la muestra de debilidad y lo devolvieron a la posición erguida. Lo estaban torturando.

Pero había esperanza.

Se aproximaron unos pasos y le quitaron la bolsa de la cabeza. En el garaje la luz era tenue, y sus ojos no tardaron en acostumbrarse a ella. Lastrade todavía yacía en el suelo, a su lado, boca arriba, con un agujero donde antes había tenido la nariz.

Pero ahora Slaven se cernía sobre Philip, con las dos bolsas de dinero a sus pies. Slaven metió la mano en una, sacó un fajo de billetes y lo sostuvo en alto, como un pez muerto. Incluso olisqueó el papel, arrugando la nariz en un gesto de repugnancia, antes de sacarse un Zippo del bolsillo, luego lo

encendió y mantuvo la llama pegada a una esquina de los billetes. Esperó a que empezaran a arder.

—Eh —dijo Philip en voz baja—. Eh.

Los billetes se prendieron y la llama adquirió un leve tono azul.

—No valen nada —dijo Slaven—. Falsos, como tú.

—No lo sabía —dijo Philip.

Más pasos, esta vez llegaban por detrás: el cloc-cloc de unos tacones. La olió antes de verla. Conocía su aroma, lo había olido toda su vida. Intentó mirar por encima del hombro, pero un arma le tocó la mejilla, obligándole a mantener la cara hacia delante.

—Madre —dijo, cuando por fin apareció ante él—. Por favor, díselo. Dile que no lo sabía. De verdad, no lo sabía.

Madre bajó la mirada hacia su hijo, y Philip empezó a gimotear.

—No lo entiendo —dijo.

—Te tendieron una trampa —dijo ella, hablando suavemente, como se le hablaría a un niño pequeño que no entiende por qué los niños mayores han sido mezquinos con él—. Te entregaron a las autoridades para que las condujeras a Slaven y su gente, y que luego Slaven las llevara a la droga y la droga a los terroristas, o eso pensaban. Has causado muchos problemas a todo el mundo.

—Iba a conseguir que todos nosotros nos enriqueciéramos —dijo Philip.

—¿Todos «nosotros»? —dijo Madre.

Philip captó en el tono de su voz que ella sabía lo que él había planeado. Slaven se lo había contado. Y eso, contarle a Madre los secretos de otro hombre, era una ruindad.

Philip dejó de llorar, las lágrimas cesaron de golpe, como si se hubiera cerrado un grifo.

—¿Por qué simplemente no podías haberte fiado de mí?

—Porque sabía que habría acabado así: con armas, sangre y muertes.

Alargó la mano hacia él y con el pulgar le secó las últimas lágrimas que

había derramado, arrastrando un poco de sangre con ellas, cuando las primeras lágrimas empezaban a caerle por su propio rostro arrugado.

—No volveré a hacerlo —dijo Philip.

—Lo sé.

Ella atrajo la cabeza de su hijo hacia sí y la sostuvo pegada a su vientre.

—Sólo quiero volver a casa —dijo Philip.

—No —dijo Madre—. Eso no es posible. No puedo permitir que sigas conmigo. Tienes que irte durante mucho tiempo. Ya está todo organizado.

Le acarició el pelo y le besó la coronilla. Recordó el olor de Philip de niño, la sensación del pelo de su hijo contra su piel, el sonido de su respiración mientras dormía. Era demasiado blanda. Todas las mujeres lo eran cuando se trataba de sus hijos.

Lo soltó y retrocedió.

—Adiós, Philip —dijo.

—Madre...

Ella se dio la vuelta y se alejó. Sólo había dado tres pasos cuando sonó el disparo. No se volvió para mirar. No quería que los demás le vieran la cara. Era una debilidad de la madre.

Si hubiera sido más fuerte, lo habría matado ella misma.



Gracias a la ayuda de David Ferrier, la policía disponía ya de un listado de los dueños de los vehículos que habían acudido a la casa de Kirk y Sally Buckner para la reunión familiar, y empezó una sucesión de detenciones.

Las viudas de Richard Franklin y Sumner Chase ocupaban distintas salas de interrogatorio, asesoradas por un par de abogados que les aconsejaron guardar silencio por el momento, aunque no hiciera falta que nadie se lo dijera a Sophia y a Jesse. Sabían que sus esperanzas radicaban en permanecer calladas y, aparte de confirmar que se había celebrado una reunión en la residencia de los Buckner en Turning Leaf, y declarar su ignorancia acerca de qué pudo haber llevado a sus respectivos maridos a casa de Tobey Thayer, no estaban dispuestas a admitir nada.

También habían detenido a Art, Jeannette y Briony Montague, y los tres estaban transmitiendo una convincente impresión de inocencia. Sus historias eran similares a las de Sophia Franklin y Jesse Chase: todos se habían reunido como muestra de duelo por la defunción de una pariente lejana. Incluso tenían un nombre: Elyse Barlow, que había muerto hacía poco en el norte del estado de Nueva York rodeada de gatos semisalvajes, y cuyo cuerpo seguía en una morgue, sin que nadie lo reclamara.

Madlyn y Sally les habían avisado de que podría llegar un día como ése, y todos estaban preparados. La tentativa de asesinato de Tobey Thayer les complicaba las cosas a Sophia y a Jesse, pero no había nada que relacionara a los demás con ellas. Por tanto, para algunos, o para todos, de los interrogados habría sido posible —no muy posible, es verdad, pero a veces con eso basta

— desvincularse del montón de cadáveres acumulado de no haber sido por Steven Lee.

Steven Lee estaba postrado en la cama a causa de una úlcera péptica. La úlcera no respondía a la medicación, a lo que no ayudaba su consumo habitual de cafeína, alcohol y tabaco, así que ya se había resignado a pasar por quirófano. Pero, debido a esa indisposición, en algún lugar del solar de su desguace seguían descomponiéndose los restos de Jaycob Eklund en el maletero de un Oldsmobile Firenza de 1982, que era considerado uno de los peores coches fabricados en la década de 1980, y no parecía que fuera a mejorar con el añadido de un cadáver. En otros puntos, compactados en varios cubos de metal retorcido amontonados en el límite oriental del solar, estaban los huesos de algunos de los desdichados que habían pasado últimamente por las manos de Steven Lee, entre ellos, los de la llorada amante difunta de Richard Franklin, Lucie Mossman. Steven Lee tendría que haber encontrado un modo de deshacerse de ellos, pero por alguna razón le gustaba tenerlos cerca. Constituían a la vez un muro del recuerdo de los difuntos y una vitrina de trofeos.

En cuanto vio llegar a los policías, Steven Lee fue presa del pánico y echó a correr.

Con una úlcera péptica.

Cuando se cayó, empezó a disparar. En el consiguiente intercambio de disparos sólo murió una persona, y esa persona fue Steven Lee, cuyo cuerpo quedó entre dos coches. Uno era un Kia Concord.

El otro, un Oldsmobile Firenza de 1982.

Más policía. Más llamadas a Moxie Castin y al agente especial Ross en Nueva York. Parker fue interrogado sobre cómo llegó a la granja de un tal Donn Routh. Le contó a la policía la llamada de Eldritch, y fue entonces cuando se percató de que nadie había informado al anciano de la muerte de su hijo.

Intentó hacerlo él mismo cuando le dieron un minuto, pero el teléfono sonó sin que hubiera respuesta.

«Aunque, tal vez», pensó, «Eldritch ya lo sabe.»

Parker no ocultó nada a la policía, porque, en realidad, tenía poco que ocultar. Era una situación rara para alguien como él. Se había habituado a las evasivas, a las verdades a medias y a las mentiras completas. La ocasión para una relativa sinceridad le resultó un tanto turbadora.

Caía una aguanieve que, poco a poco, se convirtió en nieve. El cuerpo del Coleccionista seguía en el suelo, cubierto con una sábana, hasta que finalmente se decidió que era hora de llevárselo de allí. Parker observó cómo lo levantaban, y la policía consideró finalmente que también él se podía marchar, pero él titubeó. Le abrumaba una sensación de fracaso. Estaba rodeado de piezas de un rompecabezas, pero no lograba encajarlas de manera que formaran un todo coherente. Eklund seguía desaparecido. Michelle Souliere había muerto. Tobey Thayer, al menos, estaba vivo. Y los Buckner, anfitriones de una reunión que, según la policía, había tenido como consecuencia cuatro muertes hasta ahora —cinco, si el asesinato de Souliere podía relacionarse con ellos—, habían desaparecido del mapa.

Todas las investigaciones tienen su propio ritmo. A veces son los investigadores los que les dan impulso mientras que en otras ocasiones son éstas las que tiran de ellos, y su avance es fruto de factores que escapan a la influencia de quienes buscan respuestas. Para Parker, la que estaba llevando a cabo era una de estas últimas: se sentía siempre un paso por detrás, y había sido así desde el principio, desde que Ross había optado por no contarle la verdadera razón de su interés por Jaycob Eklund.

Parker estaba bajo la nieve, los copos caían como trozos de papel, restos del registro de una historia mucho mayor que ahora nunca conocería, aterrizaban y se acumulaban para ocultar aún más a los desaparecidos y a los muertos, las víctimas de la creencia de que en algún momento del pasado se había llegado a un pacto para evitar la condena eterna.

Belial: según Eldritch, ése era el nombre de la entidad con la que Peter Magus había afirmado estar en contacto. Belial, el más bello de cuantos cayeron del cielo, más bello que el propio Lucifer; Belial, el ángel de la hostilidad, el demonio de las mentiras. Peter Magus prometió a sus seguidores que había llegado a un pacto con un espíritu y, en consecuencia, no serían castigados en la otra vida por sus pecados. Lo único que se les requería a cambio era el sacrificio. Comprarian la seguridad de generaciones con las vidas de otros. Pero el acuerdo se había sellado con un ser que había prosperado gracias al engaño, de manera que se basaba en la mentira. El que la criatura llamada Belial existiera o no carecía de importancia. Lo que importaba era que Peter Magus consiguió convencer a sus acólitos de su realidad objetiva, y sus descendientes habían seguido asesinando desde entonces, para protegerse a sí mismos y a sus antepasados.

Hombres y mujeres registraron la casa de Donn Routh, buscando los secretos de su vida. Parker atisbó sus figuras, como fantasmas recortados tras las cortinas. Los dejó trabajar y se dirigió hacia el norte.

Dos ayudantes del sheriff estaban cerca del cuerpo de Steven Lee cuando se lo llevaron. Ya habían sacado a su madre de la pequeña casa que compartía con su hijo. Sólo dijo una palabra mientras la subían al coche, desde el que se veía el cuerpo de su hijo en la otra punta del solar.

—Asesinos.

La nieve se estaba posando sobre los ayudantes. Si se quedaban donde estaban mucho más, alguien tendría que señalar el sitio con un poste naranja para que los encontraran entre los montones de nieve.

—Ese coche apesta —dijo uno.

—Es un Firenza —dijo el otro—. Mi hermana tenía uno. Es una mierda.

—No es eso, me refiero a que apesta de verdad.

Se acercaron. El interior del coche, sin ventanillas, se veía vacío, pero el maletero estaba cerrado. El mayor de los dos agentes encontró el mecanismo

de apertura y el maletero se abrió de golpe.

Al instante, Jaycob Eklund dejó de ser considerado un desaparecido.

El ritmo de las detenciones se aceleró. Esther y Allan Sherwood fueron detenidos cuando se dirigían a la frontera canadiense en su furgoneta, con un destino evidente dados los dólares canadienses y las guías de viaje de Quebec que se encontraron en su posesión. En cuestión de horas, todos los que habían asistido a la reunión en casa de los Buckner, con la salvedad de los propios anfitriones, estaban siendo interrogados, junto con sus hijos, los amigos de los hijos y cualquier persona que conocieran, aunque sólo fuera de vista.

Las respuestas que dieron los parientes cercanos de los Buckner eran lo bastante similares para que los detectives que les formulaban las preguntas sospecharan, por buenas razones, que las diversas partes se habían puesto de acuerdo en una historia que les sirviera de coartada. Incluso la madre de Steven Lee declaró que no sabía cómo el cadáver de Jaycob Eklund había acabado en el maletero de un coche en el desguace de la familia, y fue por tanto incapaz de aclarar el grado de implicación de su hijo en la muerte del investigador privado, y si la aparición de un cadáver en el recinto de su negocio era una anomalía o se trataba de algo que sucedía con frecuencia.

Pero la balanza se estaba inclinando en contra de los Hermanos, en este mundo y en el otro. Peter Magus había llegado a un pacto de sangre, pero se necesitaba a las sucesivas generaciones de su familia para pagar la deuda. Ahora, cuatro de ellos —Donn Routh, Richard, Sumner y Steven Lee— habían muerto, y todavía no estaba claro cuántos de los que quedaban acabarían en prisión.

Debilidad. Vulnerabilidad.

Los depredadores los cercaban.

Tobey Thayer se despertó en su cama de hospital. Sentía un hormigueo en los dedos de las manos y los pies. Lo atribuyó a las circunstancias en que se encontraba en ese momento, hasta que una voz de chica, una que no reconoció, le susurró:

*ven a ver*

Cerró los ojos de nuevo y fue con ella.

Thayer estaba de vuelta en la ciudad de las sombras, pero ahora era distinta. Las calles estaban vacías, aunque percibía movimientos detrás de las puertas y de las ventanas cerradas, y tenía la sensación de que alguien vigilaba.

Ante él se extendía la fortaleza de los Hermanos. Se alzaba aislada, con tierra quemada por delante y matorrales por detrás. La rodeaban algunas figuras, la mayoría hombres de piel grisácea arrugada como fruta podrida, y algunas mujeres dispersas entre ellos, aunque el género hacía mucho que había dejado de tener sentido para esa gente. Permanecían inmóviles, vigilando la fortaleza, esperando.

Thayer se estremeció. Ahí hacía frío. Cuando exhaló, su aliento era como el humo de un fuego oculto.

Apareció una chica a su lado. Parecía una niña y hablaba con voz de niña, pero sus ojos habían envejecido. Le cogió de la mano. Su tacto era cálido. Él dejó de estremecerse.

—¿Quiénes son? —preguntó.

*hombres huecos*

—¿Por qué están aquí?

*ha muerto el que odiaban*

Un Hombre Hueco miró atrás, como si las palabras de la chica le hubieran alertado de su presencia, y las cuencas de sus ojos eran como agujeros excavados en barro viejo.

*pero sin él están perdidos*

—Entonces, ¿quieren unirse a los otros?

*no*

*quieren castigarlos*

Y dicho eso, los Hombres Huecos se lanzaron contra la fortaleza.



Kirk y Sally llegaron a la cabaña de Jaycob Eklund cuando todavía no había amanecido, y Kirk rompió un cristal de la puerta trasera para poder entrar. Se habían enterado de la existencia de la cabaña por el propio Eklund, cuando le animaron a explicar la función de cada una de las llaves de su llavero con el propósito de que Donn Routh no tuviera dificultades para entrar en su casa. El interior estaba amueblado con sencillez, con una pequeña cocina contigua a una sala de estar, un dormitorio y un cuarto de baño al fondo, así como una ampliación aislada en la parte de atrás, levantada con ladrillo revestido de madera. En ese anexo había una única habitación con un retrete en un rincón, una ducha al lado y un desagüe en el suelo. Aparte de eso, estaba completamente vacía, y olía a lejía. A Kirk le recordó la celda de una cárcel.

Aunque ni él ni Sally tenían hambre, eran conscientes de la importancia de conservar las fuerzas, así que Kirk preparó salchichas y alubias con sus propias reservas y con el contenido de los armarios de la cocina de Eklund. En la cabaña no había televisor ni conexión a internet, así que los Buckner no se habían enterado todavía de que el cadáver de Eklund había sido encontrado en el desguace de Steven Lee, pero Kirk sabía que no podrían quedarse mucho tiempo en ese bosque. Dormirían, se aprovisionarían de artículos básicos y harían lo que pudieran para cambiar de aspecto antes de proseguir su huida.

Kirk se arriesgó a encender un fuego. Había oscurecido, y la cabaña se encontraba al final de una pista forestal, bien oculta de las fincas más cercanas, que eran pocas. Kirk abrazó a Sally y se preguntó cómo había podido llegar a concebir siquiera la posibilidad de abandonarla. Ella se apoyaba en su pecho, temblando como un pajarillo. Apenas le había hablado

desde que habían llegado, pero sus labios no habían dejado de moverse. Si no la hubiera conocido tan bien, habría pensado que estaba rezando.

Kirk estaba agotado. Sólo quería dormir, aunque fuera un par de horas. Cerró los ojos mientras su deseo se hacía realidad.

El incendio se expandía en el centro de la fortaleza. Thayer miraba cómo los Hermanos intentaban huir de las llamas, pero ninguno escapó a los Hombres Huecos. La niña en ningún momento soltó la mano de Thayer, y contemplaba con calma cuanto estaba sucediendo.

Thayer oyó un ruido procedente del cielo negro, como el batir de unas grandes alas. Alzó la mirada y no vio nada, pero sabía que los sobrevolaba una presencia. Un humo oscuro se levantó formando un embudo desde la empalizada mientras los Hermanos se transformaban, y en las nubes empezó a abrirse un agujero para acogerlos, con los bordes teñidos de rojo.

Las alas batían más ruidosamente. Las voces chillaban, las nubes se desgarraban, y Thayer atisbó durante un instante una forma inmensa, un ser terrible en su perfección e implacable en su hostilidad. Sus alas eran las de una gran ave depredadora, sus manos y sus pies estaban deformados como si fueran garras, su cara exudaba la ferocidad de la lujuria, su androginia insinuaba apetitos que nunca podrían ser satisfechos. Resplandecía con un brillo que servía para casi disimular la depravación de sus rasgos, la manifestación exterior de su profunda corrupción. Si era la criatura con la que Peter Magus había sellado su pacto, entonces Peter Magus era idiota.

Y las llamas seguían creciendo, y seguían alimentándose de los Hermanos.

Kirk se despertó a oscuras. El fuego de la chimenea había quedado reducido a unas ascuas rojizas, y el calor había abandonado la habitación. Sally no estaba a su lado. La llamó, pero en ese momento ya la vio junto a la puerta de la cocina. Miraba fijamente a un punto en el centro del salón, y él supo que, fuera lo que fuese lo que estaba viendo, no era de este mundo. La cara de Sally era

un rictus de horror, y estaba negando con la cabeza mientras su boca formaba un «No» una y otra vez, pasando del silencio al susurro y, finalmente, al grito.

—Eleanor..., ¡no!

Sally estaba viendo cómo ardía Eleanor. Fragmentos de piel se separaban del rostro de Eleanor y ascendían, ennegreciéndose al subir. Los labios de Eleanor estaban estirados, dejando al descubierto unos dientes amarillos, y sus ojos se habían cerrado con fuerza en los estertores de su desintegración. Sally extendió las manos, y al hacerlo aparecieron dos figuras a cada lado de Eleanor, figuras con la piel gris y arrugada. Una de ellas la agarró del pelo y tiró de su cabeza hacia atrás, mientras la otra le metió la mano en la boca y le agarró la lengua. Miró a Sally a través del hueco entre los mundos, y oyó que pronunciaba su nombre como una promesa justo antes de arrancarle la lengua a Eleanor.

La fortaleza se había desmoronado. El griterío había cesado.

Peter Magus estaba solo entre las ruinas, rodeado de los Hombres Huecos. Por encima de ellos sobrevolaba en círculos el ángel, tan inmenso que sólo podía ser vislumbrado por partes mientras se desplazaba por la grieta abierta en las nubes. Mientras Thayer miraba, Peter Magus alzó los brazos al cielo y gritó el nombre de la entidad que finalmente le había traicionado, incluso cuando los Hombres Huecos ya lo desgarraban y su espíritu empezaba a arder.

Thayer apartó la mirada. Intentó soltarse de la mano de la chica, pero ésta no le dejó.

—Quiero volver ahora —le dijo.

*no puedes*

—¿Por qué?

*ya sabes por qué*

Y lo sabía. Lo había sabido desde que la chica lo había llevado hasta ahí, pero no había querido reconocerlo.

—No he podido despedirme de mi mujer, ni de mis hijos.

*lo siento*

Y lo sentía.

*ven conmigo*

*te llevaré hasta el mar*

Llegó el alba. Un zumbido despertó a Kirk. Pensó que podría ser una motonieve, pero no vio rastro de ninguna por las ventanas. El fuego había perdido intensidad, pero todavía daba algo de calor. Sally debía de haberlo alimentado mientras él dormía. Tendrían que dejar que se extinguiese. No podían arriesgarse a que alguien divisara el humo.

Sally estaba sentada en un rincón del salón de Eklund, con la barbilla apoyada en las rodillas, contemplando en silencio cómo la luz se volvía lentamente más intensa alrededor de las cortinas. Kirk intentó hablar con ella, pero no pudo sonsacarle ninguna respuesta y al final se cansó del esfuerzo. Rebuscó en el congelador de Eklund y sacó una barra de pan dura como un ladrillo y un paquete de beicon. Utilizó el microondas para descongelarlos, y empezó a preparar el desayuno. Puso en marcha la cafetera y escuchó la radio. Pensó que más tarde a lo mejor podía salir y encontrar algún sitio con conexión a internet. Era importante aclarar hasta qué punto era grave la situación.

Sonó música. Un pájaro voló por encima, lo bastante grande o lo bastante bajo para que Kirk distinguiera el batir de sus alas. No sabía gran cosa de la naturaleza, pero estaban en el culo del mundo y suponía que era normal que hubiera algunas grandes aves de rapiña en el bosque. Puede que viera un águila. Nunca había visto ninguna al aire libre, sólo en los zoos.

Se preguntó qué pasaría si Sally no salía de su aturdimiento. No podía llevarla por ahí como una zombi. Para sobrevivir, los dos tenían que estar alerta. Tal vez fue el gusto del café o el olor de beicon frito, pero empezaba a creer que la huida podría ser posible. Eleanor se había ido, y probablemente

también los demás, eso, al menos, había podido sonsacárselo a Sally. Tal vez, por fin, todo había terminado y lo que fuera que se hubiera llevado a Eleanor y a los otros se daría por satisfecho con su inmolación. Los viejos Hermanos podrían haber llegado a su fin, pero Sally y él seguían aquí. Estaban vivos. Podían empezar de nuevo.

El beicon estaba casi listo y dos rebanadas de pan descongelado acababan de saltar de la tostadora. Se sirvió una taza de café, llenó otra para Sally y repartió la comida en dos platos. La obligaría a comer por la fuerza si no le quedaba más remedio. Le daría de comer como a un niño o a un pajarillo.

Entró en el salón. La manta de Sally estaba tirada en el suelo, pero de ella no había rastro. Comprobó el cuarto de baño, y el extraño anexo de la parte de atrás de la casa, pero ambos estaban también vacíos. Fue hasta la puerta delantera de la cabaña e intentó abrirla. Algo pesado se lo impedía. Tiró con más fuerza y esta vez la puerta se movió ligeramente, justo lo necesario para que viera qué había al otro lado.

Sally estaba arrodillada en el suelo. Se había quitado la blusa, se había atado una punta alrededor del cuello y la otra en el asa ornamental metálica que había en el centro de la puerta antes de utilizar su propio peso para tensar el nudo corredizo. Su cara había adquirido un tono violáceo, y le colgaba la lengua. Su piel todavía estaba cálida al tacto.

Kirk empezó a deshacer el nudo del asa de la puerta con la esperanza de que todavía pudiera revivirla, pero se detuvo. Si conseguía devolver la conciencia a Sally, no podría llevarla a un hospital. Si la dejaba y llamaba a una ambulancia una vez que se hubiera puesto en camino, la policía no tardaría mucho en identificarla e ir a por él.

Kirk se quedó en pie sobre su hermana. Se preparó apoyando un pie en el interior de la puerta, colocó las manos en los hombros de Sally y empujó hacia abajo. Le pareció que ella emitía un sonido, pero podría haber sido una ilusión. Aunque lo hubiera hecho, se convenció Kirk, seguramente no era ningún signo de vida, sólo el último resto de aire abandonando su cuerpo.

Volvió a la cocina, encontró un cuchillo y lo usó para cortar el nudo. Arrastró a Sally al salón y la dejó tumbada en el suelo. Luego se le ocurrió echarle la manta por encima, tapándole la cara. Cuando lo hizo, volvió a la cocina por última vez. Comió un poco de beicon con una tostada y envolvió lo que quedaba en film transparente para más tarde. Sacó un termo del armario de la cocina de Eklund y lo llenó de café. Por último, cogió cuanto podía serle de alguna utilidad —algunos libros, una navaja suiza, un par de jerséis y camisas, un abrigo, un par de vaqueros que sólo le quedaban un poco largos— y lo metió todo en una bolsa ancha de lona. Dejó la bolsa al lado de la puerta y se volvió para mirar el cuerpo de Sally. No tenía sentido perder el tiempo que requeriría enterrarla. Limpiaría lo mejor que pudiera, pero si la policía iba a la casa, sabría por la chimenea y la cocina que alguien había estado allí. El cadáver de su esposa no cambiaría las cosas.

—Adiós, Sally —dijo.

Abrió la puerta y se encontró con el cañón de un arma frente a los ojos.

Había sido una corazonada de Parker, pero una corazonada razonable basada en el descubrimiento del cadáver de Eklund en el desguace, y en que conocía la existencia de la cabaña del difunto. Había llamado a Art Currier, que a su vez se había puesto en contacto con el vecino más cercano de Eklund. Un rápido vistazo a la finca había confirmado la presencia de un coche, pero Art se había tomado la molestia de acercarse en persona mientras Parker estaba todavía de camino, sólo para asegurarse.

Kirk Buckner no intentó resistirse ni huir, aunque tampoco habría tenido ningún sentido, no con Angel y Louis apuntándole también. Se estiró en el suelo, como se le ordenó, y permitió que Parker le quitase la pistola del bolsillo de la chaqueta. Todavía tenía el seguro puesto.

—¿Dónde está su esposa? —preguntó Parker.

—Dentro. Está muerta. Y no era mi esposa. Era mi hermana.

Parker ni se molestó en ahondar sobre el particular. No era el momento.

Angel echó un vistazo dentro, mientras Louis se situaba al otro lado de la puerta.

—Tenemos un cuerpo en el suelo. Una manta le tapa la parte superior.

Parker ató las manos de Buckner con bridas de plástico que sacó de su coche mientras Angel se acercaba al cuerpo y Louis cubría a Parker. Angel apartó la manta de un tirón y dejó al descubierto la cara hinchada de Sally Buckner. Le buscó el pulso, aunque veía que estaba muerta.

—Está muerta —le dijo a Parker.

—Se ha colgado —dijo Buckner—. Del asa de la puerta. —Alzó la mirada hacia Parker—. Yo no la he matado —añadió—. Ni siquiera un poco.



Pospusieron la llamada a la policía. Tampoco tenían otra opción, dado que no había señal de móvil, así que alguno tendría que volver a la carretera principal para llamar, o convencer al vecino de Eklund para que le dejara utilizar su teléfono.

Parker aprovechó la ocasión para registrar la cabaña, pero no había mucho que ver: sólo el salón, la cocina, el baño y el dormitorio principal. El dormitorio y el baño, como el resto de la casa, sólo mostraban signos de haber sido habitados por un hombre, pero los libros de las estanterías del salón y los DVD que había al lado, eran una extraña combinación de gustos masculinos y femeninos, más propios de un espacio compartido por una pareja.

Al fondo de la cabaña había un pequeño anexo, una ampliación. La única ventana estaba muy alta, era estrecha y no podía abrirse. La ventilación procedía de una rejilla en un rincón, aunque el espacio contaba también con instalaciones para aparatos eléctricos. La puerta era de roble, con paneles metálicos a cada lado. Tenía una sola cerradura, y había una rejilla a la altura de los ojos, pero Parker vio agujeros en el metal y en la madera del marco, como si se hubiera quitado un pestillo en el pasado. Parker comprobó la cerradura. Estaba rayada por el exterior, pero no por el interior. Olió el hedor que persistía de lejía, y se arrodilló para estudiar el suelo de cemento. No tardó mucho en descubrir las marcas dejadas por el armazón metálico de una cama, y lo que podrían haber sido una mesa y una silla. Había visto habitaciones como ésta antes, la más reciente en un lugar llamado el Tajo. No era un sitio en el que alguien se quedaría voluntariamente, sino un espacio para retener a otro.

Volvió a la cocina y miró las fotografías clavadas en un tablero de corcho en la pared. Una de ellas era una copia de la fotografía del despacho de Eklund: el investigador sonriendo junto a su ex mujer. No se había fijado en el parecido hasta ese momento. Tampoco saltaba a la vista, no al principio. Si no

hubiera sido por la habitación del fondo de la cabaña, tal vez nunca habría establecido la relación.

Claudia Sansom se parecía vagamente a una versión más joven de la ex esposa de Eklund.

Parker pensó en Eklund entablando amistad con Oscar Sansom, en su ofrecimiento de ayuda, su deseo de mantenerse en contacto con los avances del caso. Recordó los detalles del hallazgo del cadáver de Claudia Sansom, los signos de posible desatención, y el misterio de cómo una mujer podía desvanecerse durante años y luego acabar reposando en una tumba excavada a poca profundidad.

Eklund.

Oyó que Louis lo llamaba, pero no podía moverse. Seguía mirando fijamente la fotografía de la esposa de Eklund, y se preguntó cómo podría uno distinguir ni remotamente el amor del odio en esas circunstancias.

Louis apareció en la puerta de la cocina. Sostenía un antiguo portátil en la mano.

—El tipo de ahí parecía muy disgustado cuando lo he encontrado...

Parker estaba sentado a la mesa de la cocina de Eklund, con el portátil delante. Incluso sin que Kirk Buckner le dijera la contraseña, podría haberla adivinado: Milena, el nombre de la ex de Eklund. Apareció la pantalla de inicio. Contenía unos veinte archivos, pero sólo uno de ellos tenía el nombre de Parker en él.

Lo abrió. Había fotografías: algunas eran de él; pero la mayoría, de su hija, y ninguna había sido tomada hacía más de dos meses.

Diez minutos después, Parker volvió al salón. Kirk estaba sentado, apoyado en una pared, casi en la misma posición que su difunta esposa había adoptado durante la noche. Parecía querer mirar a cualquier parte menos al cuerpo de Sally.

—Éste era de Jaycob Eklund —dijo Parker.

—No sé de qué me habla.

—No soy policía. Nada de lo que diga aquí será admisible ante un tribunal. Por ahora, queda entre nosotros. Lo intentaré de nuevo: Jaycob Eklund. Encontraron su cuerpo en un desguace propiedad de uno de sus parientes.

—No tiene nada que ver conmigo.

—¿Lo mató usted?

Kirk le sostuvo la mirada a Parker.

—No.

Y Parker le creyó.

—Si la policía encuentra este portátil, todas sus negativas no le servirán de nada. Lo relaciona con Jaycob Eklund.

Buckner pareció desconcertado. Abrió la boca para decir algo antes de cerrarla de nuevo sin llegar a pronunciar lo que fuera que estuviera a punto de decir. Kirk Buckner podría ser muchas cosas, pero no era idiota. Ya tenía bastantes problemas tal como estaban las cosas. La posesión del portátil sólo añadiría uno más.

—Mire —dijo—, yo no recuerdo ningún portátil.

Parker se levantó y salió de la casa. Cuando volvió, ya no lo llevaba y la policía estaba de camino.

La sala donde Madre y Parker se habían reunido por primera vez estaba ahora casi vacía de muebles, como el resto de la casa. Sólo Madre permanecía allí. No interrumpió a Parker cuando le contó lo que sabía, o lo que quería que ella supiese. Madre comprendió que le ocultara algunos detalles. No habría esperado menos. Si había alguna verdad más profunda en todo lo que había ocurrido, no estaba segura de que ni siquiera él llegara a comprenderla del todo. Pero estaba impresionada de que hubiera regresado para tener la cortesía de darle una explicación, por más parcial e insatisfactoria que fuera.

—Una historia de fantasmas —dijo cuando él acabó.

—Tal vez.

—¿Usted cree en fantasmas, señor Parker?

—Sólo en los míos. Pero lo que yo crea carece de importancia. Los Hermanos creían, y todo el daño que hicieron provenía de esa creencia.

Madre asintió.

—Entonces hemos acabado. Me gustaría hacer una pequeña aportación por sus esfuerzos.

—No quiero su dinero.

—¿Le parece sucio?

—No me lo parece, lo es.

—Tiene unas ideas muy anticuadas, señor Parker.

—Me gusta creerlo así.

Se levantó para marcharse, pero ella habló.

—No me ha preguntado por mi hijo.

Parker la miró. Su cara adoptó una expresión intencionadamente

indiferente.

—Tengo entendido que se ha ido —dijo.

—Era lo mejor.

—Estoy seguro de que lo echa mucho de menos.

—Sí —dijo Madre—, lo echo mucho de menos.

Esa noche, en el bar del Langham Hotel de Boston, el agente especial Ross del FBI también utilizó el término «historia de fantasmas», pero parecía menos inclinado que Madre a desdeñar esa posibilidad. Sin embargo, era la otra historia la que le interesaba más: la de Jaycob Eklund.

—¿Crees que secuestró a Claudia Sansom y la retuvo durante años en el anexo de su cabaña? —preguntó.

—No sé si ella estuvo allí todo el tiempo —respondió Parker—. Él podría haberse desplazado, pero creo que ella acabó sus días en esa celda.

—No tienes pruebas.

—Estoy seguro de que si alguien registrara la cabaña de Eklund y sus alrededores a fondo y durante el tiempo que fuera necesario, se encontrarían pruebas.

—¿Estás sugiriendo que es eso lo que debería hacerse?

—No.

—¿Por qué?

—Eklund está muerto. Oscar Sansom va a irse a Europa, y la verdad no le devolverá a su mujer. Milena Budny, la ex de Eklund, se ha casado con otro hombre y tiene tres hijastros. La verdad no hará más llevadera ninguna de sus vidas, y hasta es posible que las destruya.

Ross dio un sorbo a su bebida.

—Y —añadió Parker— si hay una investigación, podría sacar a la luz su relación contigo, y tú no quieres eso.

—No —dijo Ross.

—¿Lo sabías? —preguntó Parker—. Lo de Eklund y lo que podría haberle

hecho a Claudia Sansom.

—No.

—¿Lo sospechabas?

—No.

—Entonces, ¿qué hacía Eklund para ti que fuese tan delicado que me necesitaras para dar con él?

—No creo que eso sea asunto tuyo —dijo Ross.

—Supongo que simplemente soy curioso.

—Pues no lo seas. No siempre es saludable, ni siquiera en un trabajo como el tuyo.

Ross pidió la cuenta.

—En cuanto a tu amigo Angel —dijo—, como era de esperar, a mis superiores les incomoda la idea de presentarse formalmente en su nombre, pero no pondremos ninguna objeción al sellado de sus antecedentes. Se lo hemos dejado claro, extraoficialmente, a las partes pertinentes en el estado de Nueva York y al juez asignado a la vista. Dudo que nadie plantee ningún problema.

—Gracias.

—No me lo agradezcas. Habría sido mejor tanto para Angel como para Louis que no los hubiera conocido, pero tanto ellos como yo tendremos que vivir con las consecuencias. También he dispuesto que se te pague una prima a través del señor Castin. Puedes alegrarte. Tengo entendido que tú también tienes un juicio en puertas, algo relacionado con tu hija, ¿no?

Parker no respondió. Si a Ross le molestaba sacar el tema, no dio muestras de ello. Llegó la cuenta. Una vez más, Ross pagó en efectivo.

—Sigue sin haber rastro del portátil de Eklund —dijo mientras se levantaba y cogía su abrigo de la silla contigua—. Kirk Buckner afirma no saber nada del aparato.

—¿Es importante ese portátil?

Ross se encogió de hombros.

—Podría. Yo estaría muy agradecido si se encontrara.

—Lo tendré en cuenta.

Ross miró a Parker durante un momento.

—Hazlo.

Parker y Ross fueron juntos hasta la puerta. No se estrecharon las manos al despedirse. Un coche esperaba a Ross. Abrió la puerta él mismo y el coche arrancó. Parker se quedó mirando cómo se iba. Cuando lo perdió de vista, aparecieron Angel y Louis, como si se hubieran materializado a partir de las sombras y la noche.

—¿Y bien? —preguntó Angel.

—Creo que contrató a Eklund para espiar a mi hija.

—Entonces, ¿por qué te mandó a ti a recuperar el portátil?

—Porque soy bueno en lo que hago. Si lo encontraba y se lo entregaba sin acceder a su contenido, no se habría hecho ningún daño. Si no lo encontraba, el resultado sería el mismo.

—¿Y si lo encontrabas y decidías mirar el contenido?

—En ese caso, Ross me habría mandado un mensaje.

—Que es...

—Que él sabe, o sospecha, algo sobre Sam.

—Algún día —dijo Angel—, todos tendremos que mantener una larga conversación sobre esa niña...



Rachel estaba sentada a la mesa de su despacho, con el último informe de su abogada delante, cuando Sam apareció a su lado. Su hija se había mostrado especialmente atenta con ella desde que había vuelto a casa del hospital. Lo que le había pasado a su madre parecía haber afectado profundamente a Sam.

Rachel estaba cansada. No había dormido bien la noche anterior. Había tenido sueños.

Había soñado con la primera hija de Charlie Parker.

En su sueño, Rachel se encontraba a la orilla de un gran lago. Jennifer Parker estaba sentada en una roca y tiraba piedras al agua. A su lado había un montón de piedras y guijarros, pero no importaba cuántos lanzara a las profundidades, la pila no menguaba.

Rachel se asomó al lago. No soplaban el viento, pero la superficie se ondulaba y se rizaba, como si la agitaran desde arriba o desde abajo, y oía un susurro, como el murmullo de muchas voces.

Jennifer le dio una piedra que tenía una raya blanca de un lado al otro.

*toma*

*cógela*

Rachel aceptó la piedra.

—¿La tiro?

*guárdala*

*como un recuerdo*

Y Rachel se despertó.

Rozó con los dedos la carta de la Sala de Familia de la judicatura de Vermont que le comunicaba la fecha de comparecencia para la vista por la

custodia. No intentó ocultársela a su hija.

—Voy a pedir que pospongan la vista —dijo Rachel—. ¿Sabes qué significa eso?

—Sí —respondió Sam—. ¿Por eso está tan enfadado hoy el abuelo?

—Seguramente.

—¿Hasta cuándo?

—Ya veremos.

Sam abrazó con fuerza a su madre.

—Siento mucho las cosas que te dije —dijo Sam.

—Lo sé.

Rachel besó a su hija y mantuvo la cara pegada a la mejilla de la niña.

—¿Sam?

—¿Sí?

—¿Con quién hablas cuando estás sola en tu habitación?

Rachel contó el silencio. Uno, dos, tres...

—Con nadie.

—Lo digo sólo porque te he oído a veces, al pasar. ¿Tienes, ya sabes, un amigo?

—¿Como un amigo invisible? —La voz de Sam delató su alivio.

—Sí, como un amigo invisible.

Pero Rachel puso un énfasis particular en el sustantivo.

—Tal vez.

—¿Es otra niña?

—Tal vez.

—¿Es...?

Pero Sam se apartó antes de que ella pudiera completar la pregunta y empezó a bailar en círculos.

—Tengo montones de amigos invisibles —dijo, y Rachel no supo si esa alegría era genuina o forzada—. Tengo un poni, un unicornio, un conejo, un hada.

—Sam...

Interrumpió el baile. La sonrisa se desvaneció.

—Mamá. —Sam cogió la mano de su madre—. *No* soy una niña pequeña.

Y se fue.

Rachel añadió la carta a una carpeta marcada como DOCUMENTOS LEGALES. Abrió el cajón de su mesa y metió la carpeta antes de cerrarlo con llave, deteniéndose sólo un momento para volver a mirar la piedra con la raya blanca, la piedra que se había encontrado en la mano cerrada cuando se había despertado esa mañana.

Angel se abotonó la camisa y se puso el jersey. Se calzó las deportivas y se ató los cordones. Recorrió la sala de espera y el pasillo. Salió a la luz del sol invernal y cerró los ojos frente al resplandor.

«Todo el mundo muere», se dijo. «Todos.»

Pero yo no.

Hoy no.

## Agradecimientos

Este libro peculiar —si es que todos mis libros no son peculiares— es tanto el fruto de una vida entera de lectura de historias de fantasmas como el resultado de una investigación específica, pero dos libros de reciente cosecha me han sido especialmente útiles: *Ghosts: A Natural History*, de Roger Clarke (Penguin, 2013) [*La historia de los fantasmas*, Siruela, 2016], y *Paranormality: Why We See What Isn't There*, del profesor Richard Wiseman (Macmillan, 2011) [*¿Es esto paranormal? Por qué creemos en lo imposible*, RBA, 2011]. También estoy en deuda con Brian Showers, de Swan River Press, que sabe más sobre historias de fantasmas de lo que posiblemente sea recomendable para la salud, y cuyo entusiasmo por los escritores irlandeses de ficción sobrenatural me permitió conocer algunas de las citas utilizadas en la novela. Seth Kavanagh, por su parte, dio cumplida respuesta a mis estúpidas preguntas sobre tecnología sin perder la paciencia ni una sola vez.

Mi agradecimiento, como siempre, a Emily Bestler, mi editora en Atria/Emily Bestler Books, y a todo el equipo de Atria/Emily Bestler Books y Simon & Schuster, incluidos Judith Curr, Lara Jones y David Brown; a Sue Fletcher, mi editora en Hodder & Stoughton, y a Kerry Hood, Swati Gamble, Carolyn Mays, Lucy Hale, Alasdair Oliver, Breda Purdue, Jim Binchy, Ruth Shern, y a todos los miembros de Hodder y Hachette Ireland; así como a aquellos editores que han publicado mi obra traducida a lo largo de los años, llevándola a nuevos lectores y permitiéndome, de paso, ver un poco más de mundo. Sigo considerándome afortunado por contar con Darley Anderson como agente, y con su personal, que me hacen de apoyo, aunque a veces me olvido de firmar todo el papeleo. Gracias, también, a Steve Fisher de APA; a

Ellen Clair Lamb por mantenerme por el buen camino; y a Madeira James de xuni.com por instruirme para fingir que entendía internet; y a Michelle Souliere de Portland, de la maravillosa Green Hand Bookshop de Maine, por permitirme utilizar su nombre. Mi amor para Jennie, Cameron —a quien debo un agradecimiento particular por uno de los incidentes que aparecen en este libro— y Alistair.

# Notas

1 El «suelo de rruiseñor» está confeccionado con tablonces de madera secos que chirrían cuando se pisa sobre ellos. Originario de Japón, era un sistema de alerta utilizado en templos y palacios para controlar a quienes recorrían los pasillos. (*N. del T.*)



1 El versículo citado es de Proverbios 9, 17. (*N. del T.*)

1 «Elder» no es aquí un nombre propio sino de un cargo eclesiástico en ciertas iglesias protestantes y evangélicas. En algunas puede tratarse de un misionero sin ordenar, pero en otras cumple funciones equiparables a los diáconos o incluso a los pastores o predicadores oficiales. No tienen por qué ser siempre «Ancianos» (en el sentido literal de la palabra), basta con que posean experiencia, conocimiento de la doctrina, buena reputación y el reconocimiento de la congregación a la que sirven y por la que son elegidos. (*N. del T.*)

1 Madre de cuatro hijos delincuentes que murió tiroteada con uno de ellos por el FBI en 1935. Su figura como cerebro de la banda tiene probablemente más de mito —alimentado por el propio FBI: no quedaba bien matar a ancianas— que de realidad. (*N. del T.*)

1 «*Fear no more the heat o' th' sun / [...] / Golden lads and girls all must, / As chimney-sweepers, come to dust*», *Cimbelino*, acto IV, escena 2. En traducción aproximada, y sin rima: «No temas más el calor del sol [...] los dorados jóvenes y muchachas acabarán, sin excepción, / como los deshollinadores, convertidos en polvo». (*N. del T.*)

1 El Avispón Verde (*The Green Hornet*) fue un héroe de ficción creado para la radio en los años treinta, pero se hizo popular por una breve serie de televisión de mediados de los sesenta emitida por la ABC. El protagonista del título se dedica a perseguir malvados enmascarado y cuenta con un ayudante, el inventor Kato (interpretado por Bruce Lee), que conducía un Chrysler Imperial con artilugios especiales. (*N. del T.*)

1 «Do not fear the sound of a breeze / Brushing leaves against the door. / Do not dread  
the murmuring seas, / Lonely waves washing the shore. / Sleep child mine, there's  
nothing here, / While in slumber at my breast, / Angels smiling, have no fear, / Holy  
angels guard your rest.»

1 De manera relativamente similar, en la versión española de Reina-Valera (1602) se los denomina «ángeles malos»; para la cita se ha utilizado la versión «contemporánea» de la obra, de 2009. (*N. del T.*)

*El frío de la muerte*  
John Connolly

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *A Game of Ghosts*

Ilustración de la portada: © Cover kitchen

© 2017 by Bad Dog Books, Limited

De la traducción: © Vicente Campos González, 2019

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.  
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2019

ISBN: 978-84-9066-716-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



John Connolly  
EL FRÍO DE LA MUERTE

*colección andanzas*

SERIE  
DETECTIVE  
CHARLIE  
PARKER



TUSQUETS  
EDITORES